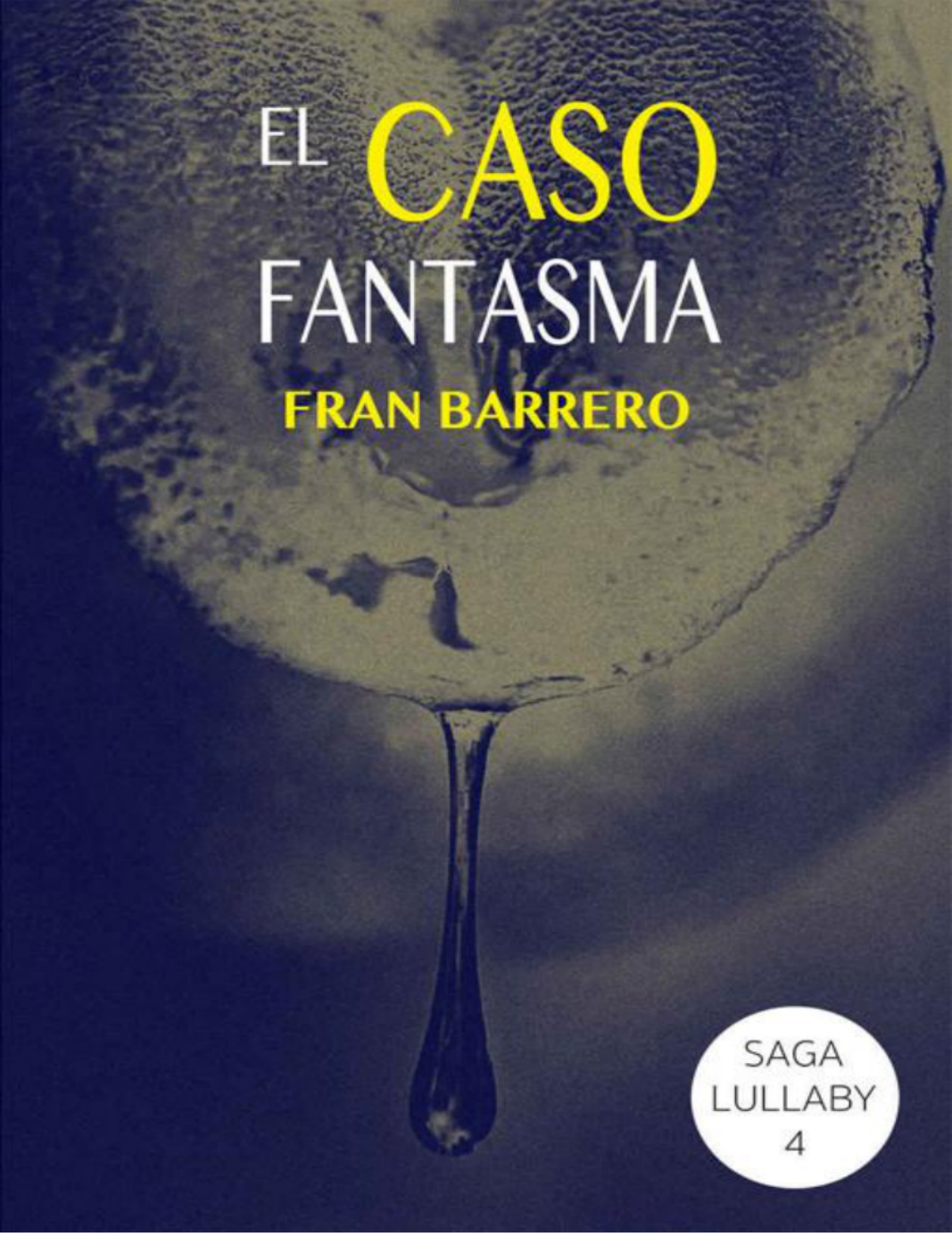
EL CASO
FANTASMA
FRAN BARRERO
SAGA
LULLABY
4

LULLABY

El caso fantasma

–

FRAN BARRERO

Primera edición: Marzo de 2023
© Fran Barrero
www.franbarrero.es

AVISO LEGAL: Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Diseño de la portada: Fran Barrero
Corrección: Eva Tendero y Ramón Portalés.

Depósito Legal: M-21.991-2016
ISBN:

Biografía

Nacido en Huelva (España) en 1976, Fran Barrero es un autor independiente que inicia su carrera literaria en 2008 con su primer libro didáctico sobre fotografía. Tras doce manuales publicados sobre esa especialidad, emprende el desafío de probar suerte en la narrativa de ficción con su primera novela *Alfil*, primera entrega de la Saga de *Alfil*. En la actualidad ha publicado también:

Alfil Blanco, Alfil Azul y Alfil Rojo
Anatomía de un suicidio
Bloody Mary y Bloody Mary 2
Wanda y el robo del cristal
El otro lado del retrato
El corazón del último ángel
Herencia de Cenizas
Lluvia de Otoño
Saga *Amurao*, novela negra de 12 entregas
Saga *Lullaby* (novela negra)
Saga *Inversia* (distopía)

www.franbarrero.es
facebook: turincondelecturablog
twitter: VenusFranB
instagram: franbarrero_escritor

Casi todos podemos soportar la adversidad,
pero si queréis comprobar el carácter de un hombre, dadle poder.
Abraham Lincoln

Si vas a hacer algo relacionado con el sexo,
debería ser cuanto menos genuinamente perverso.
Gran Morrison.

Para todos vosotros

Índice de contenido

Prólogo
El local
Nuevo caso
El peldaño de arriba
Teléfonos pinchados
Teléfonos nuevos
Laura
Primera dama
Ricky
Incursión
Fuera del sistema
Experiencia real
La testigo
Investigación
Confidentes
Una propuesta interesante
El viaje
Chicas nuevas
Una orden directa
David Beckham
Rosa
Una aberración
Sorpresa en la noche
Futbolista
Células grises
Revuelo en la calle
Regreso
Un trato
Otra incursión
Pujalde para el final
Cuchillada
Terminator
Asesino
Una salida angustiosa
Narcisismo
Despedida
Caso cerrado
Epílogo
Otros libros del autor

Su madre no aparece, no está en la puerta del colegio y todos sus compañeros se han marchado a casa, no quedan más niños, padres, ni responsables del centro en la entrada del edificio, que se muestra sombrío como una oscura tarde de otoño.

No había sentido llegar el frío a su cuerpo hasta que pasaron los minutos y el lugar fue quedándose desierto.

Está asustada, más que nunca. Ya ha aprendido, a sus siete años, a medir la hora; su pequeño reloj con detalles de Minnie Mouse, regalo de un cumpleaños pasado, le dice que son casi las tres de la tarde. ¿Dónde se han metido todos? ¿Por qué no ha ido nadie a recogerla?

Su casa está cerca, a menos de un cuarto de hora, es lo que tarda en llegar caminando de la mano de mamá, a veces de su hermana mayor Gloria, cuando van a buscarla. Se arma de valor y se encamina hacia allí con miedo, sola, no sabe qué ha pasado para que se hayan olvidado de ella.

Por el camino imagina cosas horribles, muchas, pero las dos que más le hacen llorar mientras avanza todo lo rápido que puede es que hayan muerto en un accidente de esos que dicen las noticias que ven por las noches, o que se hayan marchado a otra ciudad o país, dejándola abandonada para que no moleste con sus tonterías. Se promete a sí misma que nunca más volverá a importunarles con sus caprichos si vuelve a verlos a cada paso que da. Reza también para que estén en casa y que haya sido otra cosa lo que haya sucedido, una que no sea de las que hacen llorar.

Tuerce la esquina y se ve de repente dentro del pasillo de casa, casi a oscuras, no oye nada a su alrededor, es de noche y todos se han acostado hace un rato. Tiene sed, pero esa noche ha olvidado pedir un vaso de agua para tener sobre su mesita. No sabe si ha bebido ya o no cuando algo la distrae al regresar de la cocina, son sonidos de quejidos o de cansancio, ahora son más fuertes, parecen de daño. Algo o alguien está haciendo daño a sus padres, lo oye al otro lado de la puerta del dormitorio principal tras arrimarse y acercar el oído.

Abre con furia, quiere ayudar a sus padres si están siendo atacados.

Ellos se asustan y se tapan con la sábana al verla aparecer.

—¿Cariño? ¿Qué haces? —pregunta su madre aún con la respiración entrecortada.

Ella no sabe qué responder, aún no comprende qué es lo que ha visto durante un solo segundo.

—Mamá, tengo sed.

—Vete al dormitorio, cielo, ahora te llevo agua.

Ella obedece, aunque sigue sin entender.

De repente está bajo las sábanas, es primavera y refresca por la noche. Mamá llega con un vaso de agua en la mano y entra despacio, se sienta en el borde de la cama. A pesar de la penumbra que ofrece la luz del pasillo entrando tímidamente en su dormitorio, aprecia que su madre está nerviosa y con el rostro encendido, como cuando pasa mucha vergüenza.

—Aquí tienes.

Pero ella ya no tiene sed, tiene dudas, no sabe lo que ha visto y teme preguntar. Tras unos largos segundos en silencio entre ellas, se decide.

—¿Papá te hacía daño?

—¿Daño? ¿Cómo dices eso? Cariño, estábamos jugando, son juegos de mayores.

—¿Juegos de mayores?

—Anda, olvídalo y bebe, vuelve a dormir.

Ella obedeció, dio dos sorbos al vaso, pero no olvidó, ella no podía olvidar nada.

Y Esther despertó.

No podía olvidar nada por su prodigiosa memoria eidética, su don y, a la vez, su tortura. Ese recuerdo era de los que permanecían desde hacía mucho tiempo en el cajón más recóndito de su memoria, en el que guardaba lo que no deseaba tener presente en su día a día. Tenerlo todo a la vez y a cada instante habría hecho que se volviese loca hacía muchos años. Aunque ver hacer el amor a sus padres no era ni de lejos uno sus recuerdos más angustiosos.

Se levantó de la cama, el teléfono móvil marcaba las dos y treinta y siete de la madrugada, fue a beber agua a la cocina de su apartamento y regresó a la cama, aunque sabía que le costaría mucho conciliar el sueño de nuevo.

La mayoría de los niños olvidan el momento en el que descubren a sus padres haciendo el amor, pero ella no tenía esa capacidad tan sana del olvido; para ella cada recuerdo era como vivir la experiencia de nuevo con todos sus matices. Ahora sabía que el sexo era algo natural, sano, placentero… pero pensarlo en unos padres se volvía incómodo.

El local

Llegó temprano y nervioso.

Vista desde la fachada, la entrada del local tenía el peor aspecto del mundo, igual que toda la calle de ese barrio de periferia. Se lo habían recomendado una docena de veces, siempre amigos de la mayor confianza, pero ahora dudaba de estar haciendo lo correcto; no debía dejarse ver en sitios donde lo reconociesen. La cosa mejoró tras llamar al timbre, acto de valor que le llevó su tiempo; a los pocos segundos un responsable bien trajeado abrió la puerta, se le acercó despacio y habló entre susurros.

—Señor, el local está cerrado.

Él recordó lo que le dijeron sus amigos. El tema de la contraseña.

—Mi coche se ha averiado justo a unos metros y vengo a pedir ayuda.

—Esto no es un taller mecánico.

—Lo sé, es una guardería.

—De acuerdo, venga conmigo, podrá llamar por teléfono a su aseguradora.

El tipo, enjuto y no más alto que él, con un negro traje de chaqueta a medida y camisa del mismo color, lo condujo a la siguiente estancia. Abrió la puerta y, tras dejarle pasar, cerró a sus espaldas. Entonces dijo:

—Serán cinco mil por la noche, aunque puede pasar todo el mes por veinte mil.

—¿Cómo? Verá… es la primera vez y estoy…

—Deje que le explique. —Parecía disfrutar al empezar el discurso que habría repetido cientos o miles de veces antes—. Tendrá que ponerse una máscara, está prohibido quitársela durante su estancia en nuestro establecimiento, esa es la primera norma. La segunda norma es que no existen los nombres, no puede usted decir el suyo a nadie ni preguntarlo a los demás usuarios o empleados, ni siquiera usar un seudónimo. La tercera norma es que no puede acceder al local con su teléfono móvil ni ningún otro artículo tipo cámara de foto o vídeo, además de armas. La cuarta norma es…

Y así llegó a la norma veinticuatro. Para entonces, ya estaba más que convencido de que aquello era tan serio y discreto como le habían prometido. Aceptó las normas, dejó su teléfono en la consigna y se puso el antifaz que su improvisado anfitrión le asignó, venía en una bolsa higienizada y olía a nuevo.

Tras pagar por el primer día, ya se pensaría más adelante si merecía la pena el coste de un mes entero, pasó ante una puerta enorme de madera negra que amortiguaba el sonido estridente que inundaba la sala principal. Y se sintió entrando en el paraíso, acababa de acceder al mundo que siempre había deseado y eso que aún desconocía que allí había mucho más de lo que observaba en ese momento. Se centró en la barra y hacia allí se dirigió, necesitaba calmar los nervios y pidió una copa de Chivas de doce años con una pieza de hielo.

—Lo siento, señor, solo tenemos Chivas de veinte años o más, o Macallan de quince. ¿Qué desea tomar?

—El Macallan estará bien.

Le sirvieron uno doble y no le cobraron, lo que le hizo sonreír.

«Madre mía, ¿cómo no conocía este lugar?».

A su alrededor había un centenar de personas bailando, tanto hombres como mujeres con máscaras como la suya, algunos bien vestidos y otros casi desnudos. Varios de ellos se limitaban a bailar, otros se besaban y el resto iban un paso o dos más allá, pues observaba a una pareja que daba rienda suelta a su deseo sin importarle que el resto mirase, además de otra que aceptaba la incorporación de un tercero y luego un cuarto participante.

Se pidió otro doble trago y preguntó el importe, por si solo había una consumición gratis, pero la casa pagaba. ¿En serio? Aquello era un paraíso, aunque aún no había encontrado la forma de sentirse a gusto del todo, no localizaba lo que había ido a buscar allí.

Paseó por la sala, viendo más de lo mismo, hasta que, cuando ya tenía apurada la segunda copa y dejaba el vaso sobre una bandeja adosada a la pared, vio las puertas plateadas, había cinco y sin ningún tipo de indicación en ellas.

Cuando fue a abrir la primera, la que le quedaba más cerca, notó el toque sobre su hombro izquierdo.

—¿Eh?

Era una chica de menos de veinte años, rubia, alta, preciosa y vestida solo con una braguita negra, tacones de veinte centímetros y una bandeja en la mano derecha con una copa. Solo los empleados no llevaban máscara, así era más sencillo que los clientes pudieran diferenciarlos.

—Señor, ¿desea otra copa? ¿Ha pedido Macallan?

—¿Eh? Sí, claro, gracias.

«Joder, aquí deberían amortizar lo que cobran; eso me hace pensar que dan Ballantines por Macallan. No, pues reconozco el sabor. No sacan mucha rentabilidad que digamos…».

Lo que observó en la siguiente sala hizo que olvidase todo lo anterior, incluso sería incapaz de decir su nombre de pila si se lo

preguntasen en ese instante. Más de cuarenta personas participaban en una orgía en la que parecía no quedar un orificio corporal libre; y una docena más de clientes se masturbaba al observar la escena. No se podría definir como sexo homosexual lo que hacían algunos, pues invadían orificios femeninos a la vez que eran obsequiados por otros hombres en la retaguardia. Sonaba por los altavoces música electrónica y se olía a jazmín en el ambiente. Claro que los gemidos lo monopolizaban todo.

Estuvo allí unos cinco minutos, el tiempo de terminarse el doble que le había dado la camarera; por cierto, aún más bella que la mayoría de las chicas que participaban en los juegos, y eso que parecían todas modelos de revista.

Pasó a la segunda sala, allí no estuvo ni un minuto, los animales que protagonizaban la escena no parecían pasárselo tan bien como quienes recibían sus atenciones. Incluso sintió asco.

En la tercera sala vio algo muy diferente.

«Sí, esto es otra cosa…».

Y le llegó una nueva copa de una camarera igual de joven y bonita que la anterior, ¿eran mayores de edad? Dudaba de eso.

Tres tipos de su edad, así lo calculó él sin mucho esfuerzo, penetraban a la vez por boca, vagina y ano a una chica que no tendría ni trece años y lloraba sin parar.

Sintió la erección al instante.

La niña parecía al borde del colapso, ¿cómo soportaba tanto dolor? ¿La habían drogado? ¿Era una mayor de edad con físico de niña que fingía a cambio de un sueldo astronómico? ¿Era una niña secuestrada y obligada por una mafia?

¿Qué más daba? Ya había pagado y aquello era increíble.

Quería participar de forma activa, la niña era preciosa, tan menuda, sin desarrollar aún como mujer, y sus gritos y lágrimas lo estaban volviendo loco.

Se limitó a masturbarse, como hacían todos los que contemplaban el espectáculo amparados bajo el anonimato de la máscara, seguro que pensando en la mala suerte que habían tenido por llegar tarde y no ser los elegidos para participar, o quizás les gustaba solo eso, aliviarse. ¿Quién sabe? Tal vez más niñas fueran llegando para turnarse a lo largo de la noche y todos acabaran formando parte de la acción.

El alcohol consumido no impidió que eyaculara en cuestión de segundos, incluso mantenía la erección. El olor a jazmín del lugar seguro que ocultaba algún tipo de droga pulverizada para estimular a los clientes.

El *show* terminó y él se marchó a otra sala tras oír a un empleado del lugar que pasaría una hora antes de comenzar el siguiente. La mayoría de los presentes se fueron también a buscar otros estímulos.

No aceptó otra copa más, no quería emborracharse y le tocaba regresar conduciendo a casa. A casa, donde esperaban sus dos hijos y la mujer con la que se había casado con el único objetivo de seguir progresando en el partido político. Una mujer a la que habría hecho el amor en cinco ocasiones en los diez años que llevaban juntos, y apenas había llegado al clímax la mitad de esas veces si no hubiera fantaseado con estar haciéndolo con una chica joven e ingenua.

¿Cómo había tardado tanto en ir a un lugar como ese? ¿Podría participar otro día en el espectáculo que vio antes? Esta misma noche pagaría la cuota mensual y llegaría mañana antes que nadie.

Ese pensamiento lo perseguía mientras caminaba hacia la siguiente puerta, ya puestos, tenía que ver todo lo que ofrecía el establecimiento que pensaba visitar todo lo a menudo que se pudiera permitir. Antes de abrir la puerta, otra mano en su hombro. Se giró y vio a otra chica espectacular y más joven aún que las camareras anteriores.

—No quiero tomar otra copa.

—No se trata de eso, venía a ofrecerle un pase privado.

—¿Cómo dice?

—Si le ha gustado lo que ha visto ahí dentro, podemos pasar a un reservado y estar un buen rato juntos, si es que soy de su aprobación.

Claro que era de su aprobación, la chica no podía ser más bonita, y menudo cuerpo delgado lucía.

—¿Un reservado? ¿Qué coste tendría?

—Está incluido, todo está incluido en este lugar.

«El cielo, he muerto y he llegado al paraíso».

Él asintió y la chica lo tomó de la mano para llevarle a una zona apartada a la izquierda de la sala principal, entraron en un largo y oscuro pasillo que estaba flanqueado de gruesas cortinas negras. Accedieron al primero que tenía la cortina abierta. Ella la cerró a su espalda y luego le preguntó qué quería hacer.

—¿Qué puedo hacer?

—Lo que desees, mientras me trates bien. El sado tendrías que pagarlo aparte.

—Será por dinero…

Unos minutos después, la chica estaba colgada de un gancho en el techo, varios metros de cuerda recorrían su cuerpo y la mantenían a la altura y en la posición que él deseaba para poder penetrarla por todos los orificios posibles. Tras unos segundos con la boca llena hasta la garganta, ella pudo gemir, además de gritar de dolor al sentir sus embestidas en el ano, pero él dudaba de que fuese real, que no fuese una buena actriz haciendo el papel por el que le pagarían una fortuna cada noche, un sueldo mensual más elevado del que cobraría al año siendo cajera de supermercado o administrativa. La embestía con furia, con toda la fuerza posible. Ni se molestó en entablar

conversación con ella, saber quién era y por qué estaba allí trabajando, eso era cosa suya y él había pagado por una experiencia inolvidable, no para conversar. Seguía empujando con saña y los gritos lo excitaban cada vez más.

Su posición le daba privilegios en el trabajo, aunque no tantos como los que lograría en breve, tras las elecciones. Ninguno tenía en su familia, ni con su mujer e hijos ni con sus padres. Por lo que esta sensación de dominio que sentía lo era todo en este momento, por fin se sentía todopoderoso y eso no tenía precio; estaba pasando el mejor momento de su vida y pensaba repetir cada noche.

Los gritos de la chica lo estaban volviendo loco, empujaba con furia hasta que sintió llegar el orgasmo. Salió de su ano para afrontar su cara y correrse sobre ella.

—Síií… joder… eres increíble.

Y sintió el golpe en la espalda, seco, casi dulce. Luego el torrente de calor que bajaba por su cuerpo hasta las piernas. No lograba sostenerse en pie, sentía que le fallaban las fuerzas y se desplomó de rodillas. Algo no iba bien, la vista se le enturbió mientras trataba de respirar sin lograrlo del todo. Lo último que vio fue a la chica gritando de un modo antinatural mientras ella miraba a su espalda.

Nuevo caso

El despertador del exinspector Hugo Moretti sonó a las siete y media, como siempre, aunque él estaba ya despierto desde hacía una hora. La noche anterior se había acostado a las once, tras una cena ligera y una conversación de teléfono con su compañera, o perro lazarillo, la oficial Esther Gallardo. Llevaban días sin intimar y no parecía que la situación entre ellos fuese a recuperar esos hábitos, la chica era reacia a una relación más estrecha y él se desesperaba. Unos años atrás, antes de conocerla, hubiera apostado por una pareja que le diese tanta libertad, claro que ninguna de las que había conocido le había gustado tanto, y eso que por su ceguera no era capaz de ver sus facciones; sus sentimientos se basaban en el tono de voz de ella, en su trato diario y en algo más que brotaba de él cuando estaba a su lado y que no sabría definir.

En fin, solo le quedaba su trabajo y en eso había pensado centrarse, en resolver crímenes y ser útil, además de ganarse su actual sueldo de asesor en casos difíciles en la brigada de Homicidios. Antes solo había trabajo, eso le bastaba; así que iba siendo hora de volver a las viejas costumbres.

Desayunó un café solo tras comerse una manzana que no estaba muy fresca, lo que le hizo mandar un mensaje de voz a la chica que le hacía las tareas de la casa para que comprase fruta fresca y el resto de alimentos que le gustaba tener en la cocina. Se vistió tomando uno de los sacos de plástico que tenía en su armario vestidor, se los ordenaba la asistenta siguiendo sus órdenes de colores y estilos tras recoger las prendas de la lavandería. A la derecha estaban los del trabajo, a la izquierda aguardaban los de vestir más elegante.

Bajó a la calle tras recibir el mensaje de su chófer asignado por la comisaría desde hacía un año, Ignacio, y se montó en el Audi S8 negro con la ayuda del mismo, como siempre desde que prestaba sus servicios como consejero del departamento en el que había trabajado antes como inspector.

—¿Qué tal la noche?

—Muy bien, Ignacio, ¿y la tuya?

—De rechupete, aunque te repito que prefiero que me llames Nacho, como hacen Esther y el resto de mis amigos. Precisamente anoche quedé con uno de ellos, lo conocí en Grindr, menudo fichaje, me tuvo dos horas sin parar en la cama.

—Me alegro mucho por ti.

—Vaya, lo siento. ¿Esther sigue sin querer avanzar en la relación?

—No me siento cómodo con este tipo de conversaciones.

—¿Es porque no me consideras un amigo o porque no valoras los consejos de un gay?

—Es la enésima vez que me preguntas eso. No soy homófobo, solo que…

—Que te cuesta abrirte, eso lo tienes en común con la chica. Y, por cierto, solo es la tercera vez que te lo pregunto.

A Moretti le brotó una sonrisa en la cara, aunque no sabría decir si era por lo de tener algo en común con Gallardo o por lo de haber exagerado con el interés de Nacho. Si hubiese podido ver, capacidad de la que fue privado en un caso anterior en el que recibió un balazo en la cabeza, se habría percatado de una pareja que se comía a besos en la acera mientras el coche aguardaba a que se pusiera el semáforo en verde. Ya le gustaría a él estar en ese papel, el de enamorado de una chica que le correspondiese.

En eso se había convertido en los últimos meses, en un calzonazos que presionaba a la chica de la que se había enamorado para avanzar en la relación; quizás de la chica equivocada, pues no demostraba en absoluto sentir lo mismo por él. Llevaba semanas buscándose a sí mismo y recuperar esa ansia por resolver casos importantes, teniendo esas como sus máximas prioridades.

Cuando recogieron a la oficial Esther Gallardo en su domicilio, unos diez minutos después, ya había recibido el anuncio de la comisaría.

—¿No vamos donde siempre? —preguntó la chica tras saludar y ver la dirección que tomaba Ignacio.

—Nos dirigimos al sur, a la zona de Campamento.

—¿Un asunto de esos para mantenernos ocupados hasta que lleguen casos importantes?

—¿Quién sabe? —apuntó Moretti—. No sabremos si el caso es de un tipo o del otro hasta que lleguemos. Revisa los mensajes de la comisaría para saber los datos del homicidio.

Y ella obedeció.

Se sorprendió al ver tanta información puntual, se apreciaba que Elena Castell, la recepcionista y una de las manos derechas de Simón Ramos, el comisario, había hecho su tarea por primera vez desde que ella tuvo la brillante idea de acostarse con el inspector del que la recepcionista estaba enamorada. Aquella era una vieja historia que parecía quedar atrás, por suerte para todos; sobre todo para ella en esos momentos.

—Tengo información. Un crimen en un local de esos para pervertidos. No sabía que existieran más allá de las películas americanas.

—¿Para pervertidos? —preguntaron a la vez Moretti e Ignacio.

—Bueno, uno de esos clandestinos para quienes les gusta la prostitución con cosas raras.

—Seguimos sin entender.

—Se trata de un lugar ilegal en el que han matado a un cliente que pagaba cantidades desorbitadas por recibir… ¿Os estabais burlando de mí?

—Ha sido para romper el hielo, no te vayas a enfadar. —La calmó Moretti—. Ya lo habíamos pillado desde el principio, solo que no sabía que desconocieses que en Madrid hay docenas de lugares como ese.

—Yo os puedo dar algunas direcciones que…

—Nacho, conduce y calla.

Y el agente se limitó a obedecer, pero bajo una sonrisa que ya no se quitaría en horas.

—Dinos todo lo que tengas sobre el caso.

—No hay mucho —dijo ella—. Lo han apuñalado en el corazón desde la espalda mientras…

—¿Mientras qué?

—Mientras se corría sobre la cara de una chica que tenía colgada del techo con cuerdas.

—Parece que hay juegos interesantes en esos lugares.

—Moretti, no me hace gracia tu broma.

—No lo era. En algunos lugares clandestinos y para carteras generosas hay experiencias de lo más perversas.

—No dudo que hayas experimentado de todo en esos sitios.

—No he querido decir que… En fin, que me refiero a que hay fanáticos que pagan por lo que no puedas imaginar.

—Dudo que la víctima haya pagado para que lo matasen.

—¿Cómo estás tan segura?

—Porque se trata de Pablo Hernández.

—¿Qué Pablo Hernández? ¿Te refieres al político candidato a la presidencia del Gobierno?

—Justo a ese.

—¡Mierda!

—¿A qué vienes eso?

—A que tendremos muchos problemas.

Y así lo observaron por ellos mismos al llegar a la escena del crimen. El CNI tenía acordonada la zona y no permitía el paso ni al propio comisario. Simón Ramos había llegado unos minutos antes que Moretti y Gallardo. Contempló la pareja un duelo de poder como nunca antes.

—Es nuestra jurisdicción —decía Simón.

—Es un tema de Estado, un caso reservado, no podemos dejarles pasar hasta recibir la orden desde arriba. —Se refería el agente al

ministro del Interior o al director del CNI.

—Cada hora que pasa es vital para encontrar al asesino.

—Nosotros nos encargaremos.

—¿De qué? ¿De encontrar al asesino o de encubrir el crimen?

—Caballero…

—Comisario. No me hable como a un testigo o a un empleado de supermercado.

—Comisario, obedezca las órdenes que llegan desde arriba y entre cuando se le permita.

Esther se mostraba atónita ante la escena, aunque Moretti sonría a su lado.

—¿Qué te hace tanta gracia?

—Que va a ser uno de esos casos imposibles de resolver, el primero en tu carrera.

—Pues a mí no me hace sonreír.

—Ya lo harás al recordarlo con el paso del tiempo.

—Lo de recordar y el tiempo en mi caso… ya deberías saberlo.

—Relájate, Gallardo, disfruta de la experiencia y de conocer cómo funciona la burocracia en este y en el resto de países.

—No quiero relajarme.

—Lo peor es que nos dejarán entrar cuando todo esté contaminado, además de haberse llevado todas las pruebas que haya y de haber limpiado el cadáver a fondo, si es que lo dejan ahí para que lo examinemos.

—¿Lo van a resolver ellos?

—No han resuelto nada en su vida, su trabajo no es resolver este tipo de crímenes, sino ocultarlos y crear una tapadera.

—¿Una tapadera?

—Ya lo verás. Hoy mismo la televisión informará de un infarto del candidato a la presidencia en su domicilio, u ocurrido el suceso en un accidente trágico mientras conducía hacia el trabajo.

—¿Tan importante es esta persona para montar todo esto?

—Parece que no observas y comprendes. Este tipo no es nadie, el local lo es todo.

—¿El local? ¿Un sitio de perversión y prostitución?

—No es un sitio cualquiera. El CNI no está aquí por el candidato, sino por los ministros, políticos y empresarios influyentes que no quieren que se cierre uno de sus centros de diversión. Puedes preguntarle a Simón si lo deseas, te dará la misma respuesta. Existen muchos submundos bajo el nuestro, miles, y muchos de ellos están protegidos por personas muy poderosas que harán lo que sea para frenarnos los pies.

—Tengo cabeza además de pies.

—Pues úsala en este caso, porque no se trata de uno de esos fáciles

que nos asignan para hacernos perder el tiempo, sino de los que te será imposible avanzar.

—Eso ya lo veremos.

Dos horas y media de espera, además de ver muchas cajas salir con lo que seguro eran pruebas, y eso sin contar con el propio cadáver, que solo pudo analizar Mariángeles Fuentes, la forense, y porque llegó antes que el CNI.

La pareja de investigadores, además del comisario, no pudo entrar hasta que se les dio permiso.

El local era oscuro, más tosco de lo que habían imaginado y enorme como para ocupar los bajos de tres edificios del barrio. Ni los focos de la científica ayudaban a orientarse. Llegaron al lugar del crimen, un cubículo de no más de dos por dos metros y con cuerdas que caían de un gancho en el techo, bajo ellas se observaba una enorme mancha de sangre que parecía petróleo bajo esa penumbra; ni rastro del cadáver.

—Vamos a observar lo que hay —dijo Gallardo.

—Olvida eso —replicó Moretti.

—¿Cómo dices?

—Pregunta a Mari lo que ha visto.

—¿Acaso la forense dirá algo si la han obligado a callar desde el CNI?

—Usa tu encanto personal.

—Capullo.

Esther Gallardo no hizo caso al gesto de contrariedad de Moretti y buscó a la forense.

—Me alegro de que no te hayas ido aún.

—Esperaba que vinieseis, Esther, no quería irme sin saludaros.

—¿Solo saludarnos? ¿No nos puedes decir nada sobre el caso? Nos lo han asignado y…

—Calla, vayamos a hablar a un lugar más seguro.

La forense, con las raíces del cabello ese día necesitadas de un tinte con urgencia, condujo a la oficial hacia otro cubículo en el que hedía a sudor.

—¡Qué asco!

—Los cadáveres huelen peor, parece que lo has olvidado.

—No, pero no esperaba que aquí… Está bien, ¿qué tienes para nosotros?

—No podréis ponerlo en informes oficiales sin que nos despidan a todos.

—Lo imaginaba, ya me ha puesto al corriente Moretti.

—Hazle caso, sabe de lo que habla. Esto es un crimen fantasma.

—¿Qué me dices?

—Ya lo has oído. Se trata de una persona influyente asesinada en

un lugar protegido por personas más influyentes aún.

—Me hago a la idea.

—Lo sé, también sé que no lo olvidarás nunca.

—¿Has descubierto algo?

—Lo que te voy a decir es confidencial, así que toma nota, cerebrito. En la sangre hay unas huellas de calzado del número cuarenta y cuatro que no se corresponden con la víctima ni con la chica que colgaba de las cuerdas, a la que no vais a encontrar salvo que quiera hablar, y lo más probable es que aparezca muerta en una cuneta o vertedero antes de hacerlo. Las huellas son de un calzado con suela grabada a rombos, solo puedo deciros eso, porque las fotos las han requisado los del CNI.

—¿Qué más tienes?

—La puñalada se efectuó con la mano izquierda, fuerte, como la de un hombre o quizás una mujer con buena musculatura o una rencilla pendiente que le diese motivos para estar muy alterada.

—¿Algo más?

—Han hecho desaparecer hasta el semen, y pronto lo harán con la sangre del suelo, así que no tengo nada más. Dudo que Criminalística encuentre ni un cabello en la escena.

—Gracias por la información.

—Por nada.

—¿Y la autopsia?

—El cuerpo no irá a *mi oficina*, será enterrado tras ubicarlo en otro lugar y hacer creer a todos que se ha tratado de un infarto o accidente.

—Comprendo. Gracias de nuevo, se lo diré a Moretti y al comisario.

—Ellos ya saben que esto es lo que va a suceder.

Estaban en una cafetería cercana cuando Esther informó, palabra por palabra, a su compañero y al comisario de los pocos avances de la forense. Habían pedido cafés, Simón también eligió un trozo de bizcocho de chocolate, cuando hicieron balance del caso.

—Olvidadlo —dijo el comisario a la vez que masticaba el bizcocho.

—¿Cómo dices?

—Esther, Simón se refiere a que es un caso negro.

—¿Un caso negro?

—También llamados casos fantasmas porque así se considera a las víctimas. Uno que no se puede ni se debe resolver.

—Pero nosotros debemos resolver todos los crímenes.

—No seas ingenua.

Gallardo, con la boca abierta, observaba a su comisario a la espera de más información. Este terminó sin prisas de comer y luego le dio

un sorbo al café antes de decir:

—El CNI tiene la potestad, su autorización está por encima incluso de la Policía Judicial. Tienen el caso y nosotros solo podemos esperar a sus conclusiones para pasar página con lo que nos digan.

—¿Se refiere a que taparán lo ocurrido y harán como si aquí no hubiera pasado nada? ¿Como si no tuviéramos un asesino que perseguir?

—Eso digo. Bienvenida al Cuerpo. Incluso tendremos que borrar cualquier ficha sobre el caso que hayamos redactado y los informes del sistema informático sobre los avances, si es que se produjesen.

—Ese diputado merece que investiguemos su muerte, aunque sea por su familia, que querrá saber la verdad.

—¿En serio?

—¿Cómo dice?

—Gallardo, el comisario te pregunta sin crees que la mujer de la víctima desea saber que su esposo estaba cumpliendo con una fantasía o perversión mientras era ejecutado.

—Moretti, nuestro trabajo es…

—Cumplir órdenes, y siempre llegan desde arriba. Ahora más que nunca.

—Entonces, ¿hemos venido para nada?

—No, para realizar un informe con los datos que nos lleguen estos días desde arriba. Mentiras para cerrar un caso que luego será borrado de los sistemas.

—No estoy conforme con eso.

—Te lo repito, bienvenida a Homicidios.

—No lo imaginaba cuando llegué al Cuerpo. Pienso que este crimen no es diferente a los anteriores, a cuando descubríamos qué homicida había matado y sus motivos, sin importar el nombre o el cargo del mismo ni de la víctima.

—Una lección nueva, Gallardo. Siempre hay órdenes que nos frenan a todos.

—Con su permiso, comisario, esto es una mierda.

—Pues bienvenida a la mierda, oficial Gallardo.

Regresaron a la comisaría con el mal regusto en la boca. Ignacio conducía el coche, con Esther y Moretti en el asiento trasero, despacio entre las calles de Madrid ese inicio de verano soporífero.

La chica rumiaba la información sin saber si sería capaz de asimilarla con el paso de los años. Tanto estudiar Psicología y luego las clases de la academia de Policía para esto. ¿Había habitantes de primera y de segunda categoría en el país? Eso no tenía que preguntarlo porque ya le quedaba claro tras lo que había oído. No, no

era capaz de asimilarlo por ahora. Necesitaría horas o días para eso. O años.

Eran las doce menos cuarto del mediodía cuando entraron en su despacho de la comisaría, donde les esperaba aún el caso de un farmacéutico asesinado sin que pareciese haber móvil alguno para ello.

Ella se sentó ante su mesa y encendió el ordenador para revisar el correo electrónico. No vio ninguna novedad sobre el caso, tampoco sobre el que acababan de presenciar, aunque de ese no esperaba nada porque habían pasado solo unas horas y también porque deducía que llegaría muy poca información y tras haber sido esta censurada por el CNI.

Suspiró hondo antes de hablar a su compañero.

—Hugo, ¿crees que podremos resolver el caso?

—¿Te refieres al del candidato a la presidencia?

—Claro.

—No lo creo.

—Pero, si nos esforzamos y dedicamos todo nuestro tiempo a ello…

El exinspector suspiró hondo y se dejó caer en el sillón.

—Ya sabes que para hacer entrevistas, interrogatorios y registros de viviendas dependemos de permisos de la fiscalía o de jueces.

—¿Y qué me quieres decir con eso?

—Te lo resumo con un «a todos ellos los eligen a dedo los políticos».

—No comprendo que… Ah, vale. No sabía que el sistema estaba tan corrompido.

—Corrompido significa que son corruptos. En el caso que nos atañe, se trata más bien de trabar la investigación para no dañar a un partido político y tampoco para que no se cierre un antro que será propiedad de un empresario amigo de esos políticos.

—Pues eso, corruptos.

—No seas tan cuadriculada. Que la víctima quede retratada en los medios como un ciudadano ejemplar que falleció en un accidente de coche o de un infarto en casa, en lugar de asesinado en un local de alterne para millonarios perturbados, no cambia mucho las cosas, pero evita manchar el partido político que gobernará en los próximos cuatro años.

—Con esa forma de pensar, eres tú el que me parece corrupto tras lo que acabas de decir.

—No me juzgues tan a la ligera. Solo hablo por la experiencia.

—¿Has tenido antes algunos casos de políticos?

—Y de empresarios influyentes. Son una pesadilla, los jueces y fiscales ponen todo tipo de trabas a la investigación.

—Pero su labor…

—Igual que la nuestra, depende de superiores que nos autoricen para seguir o mirar hacia otro lado.

—No querría investigar un caso en el que mi comisario me dijese lo que tengo que hacer.

—Eso es lo que has hecho desde que llegaste, seguir sus directrices. Solo que los casos que llevamos en este año no han tenido intervención desde arriba.

—Ya comprendo. ¿Podremos entrevistar a los familiares, compañeros y amigos de la víctima? ¿Podremos indagar entre los trabajadores del local en el que ha fallecido?

—A tu primera pregunta, solo si nos autorizan, que lo dudo. A la segunda, ¿a qué local te refieres?

—¿Me estás diciendo que ese local va a desaparecer?

—Es adorable tu ingenuidad.

—Deja de tratarme como a una niña pequeña e ingenua.

—Solo lo segundo.

—Vaya, gracias.

—Olvida este juego. El local seguirá adelante en esa ubicación o en otra, pero ni tú ni yo podremos acceder a él ni a sus empleados y responsables.

—¿Ni llegando allí y mostrando la placa?

—Ni mostrando el escudo del Capitán América, la tarjeta de visita de James Bond de Universal Exports o la varita mágica de Harry Potter. No entraremos dentro salvo que sepamos la contraseña secreta de esos lugares y paguemos la cuantía por una jornada.

—¡Su puta madre!

—¿Cómo? —Moretti estaba con la boca abierta.

—Nada, que tengo que encontrar esa contraseña secreta y tú conseguir que el comisario te autorice para ese pago por una jornada o tendrás que pagarlo de tu bolsillo.

—¿Yo?

—Sí, estás forrado.

—Serán miles de euros.

—No me distraigas con milongas.

—¿Milongas? ¿Esther? No te reconozco.

—Eso es porque ayer era una policía ingenua y ahora sé lo que hay tras mi cargo, y no pienso dejar este caso al margen o cerrarlo con las directrices que me manden jueces y fiscales corruptos.

—Joder, nos vamos a meter en un lío.

—Ni te lo imaginas.

El peldaño de arriba

Le llegó el mensaje de su agente subalterno a las cuatro de la madrugada, dos horas después del suceso, lo que suponía casi una hora de retraso en la toma de decisiones y eso le hizo enfurecer. Para más inri, había discutido otra vez con su mujer durante la cena por no querer ir a la fiesta de aniversario de sus suegros, esas dos putas momias que se negaban a morirse de una vez. Ni se había molestado este año en buscar una excusa decente. «Tengo mucho trabajo y no puedo permitirme ni un solo fin de semana libre», le dijo a Alicia. Ella se limitó a decir que él pasaba muchos días fuera de casa sin justificar a nadie y que su cargo le permitía la libertad de hacer lo que desease.

—Claro, ni que fuese el presidente del Gobierno.

—No me vengas con esas, eres más poderoso aún que él, ya lo has demostrado en el pasado.

—Al final tendré que ordenar tu eliminación.

—¿Qué has murmurado?

—Nada, que no he descansado y necesito un café.

«¿Para qué demonios te contaría datos confidenciales y secretos de casos del pasado, joder?».

—¿Un café por la noche?

—Sí, ¿qué tiene de malo?

—Sueles dormir mal o tener pesadillas cuando tomas café.

Ahora se arrepentía de haberlo tomado, le dolía el estómago, pero no se lo diría a Alicia.

—¿A dónde vas? ¿Qué hora es?

—Sigue durmiendo, ha ocurrido algo grave en el trabajo y tengo que salir ya.

—¿No vas a ducharte? ¿Has desayunado? ¿Qué es eso tan grave que ha pasado?

—No tengo tiempo para preguntas, sigue durmiendo y ya te veo para la cena.

—Hoy es la cena de aniversario de mis padres.

—Lo había olvidado, ya ves que no puedo ir.

—Excusas, todo son excusas.

«¡Dios, qué paciencia!».

Llegó en su propio coche al local, que ya conocía de oídas por algunos altercados menores en el pasado, como cuando un ministro mató a una menor de edad a golpes en una de sus salas y tuvo que taparlo, ese era su trabajo. Claro que aquello no fue nada comparado

con el marrón de esta noche.

En la puerta había cuatro coches de los muchachos y tres de la policía con sus jodidas luces azules anunciando la fiesta de Navidad. Menuda discreción. Pasó de largo ante las llamadas insistentes del comisario Simón Ramos y entró en el establecimiento. No quedaba más empleado dentro que el encargado, ahora siendo instruido por uno de sus agentes. A otro se dirigió para preguntar:

—¿Qué coño pasa? ¿Qué es este circo?

—No entiendo, director.

—¿Qué hace una forense analizando el cadáver?

—Estaba dentro cuando llegamos, también dos agentes.

—¿No nos han llamado a nosotros primero?

—Parece que no. Un cliente vio la escena del crimen y se marchó, pero usó su teléfono móvil fuera para llamar a la policía de forma anónima.

—Hay que dar con ese cliente.

—Ya lo hemos hecho, hay dos compañeros en su casa en estos momentos haciéndole comprender que no debe contar lo que ha visto o sus amigos y familiares sabrán que él era cliente de este negocio.

—Está bien. Que echen a la forense de una puta vez y le expliquen las normas. Espera… deja que termine su trabajo, tampoco podrá seguir con el caso si no quiere perder su empleo.

Su teléfono móvil comenzó a sonar, ya iban a apretarle desde arriba, como si no conociese su trabajo. Era el ministro del Interior. Ese idiota se creía Dios cuando daba órdenes como un niño consentido.

—Buenas noches señor ministro.

—Nada de buenas, Gutiérrez, ¿qué coño ha pasado?

—Ya le habrán informado de la muerte del candidato de la oposición.

—Me importa una mierda ese imbécil. No quiero que se hable en la prensa de ese local, también debes encargarte de hacer lo necesario para impedir que la policía husmee.

—Eso es tarea suya.

—Ya cursé la orden, pero tú estás ahí y quiero que compruebes que hacen lo que se les ha ordenado. Gutiérrez, haz tu trabajo y mantenme informado.

—¿Qué tapadera para el crimen desea, señor?

—¿Crees que eso me importa? Usa tu imaginación.

Y colgó.

Un infarto era una tapadera floja porque la víctima solo tenía cuarenta y dos años. Sería mejor un accidente de coche en el que quedase calcinado. Uno de sus agentes ya le había dicho que localizaron el vehículo del político unas calles más allá. Estaría todo

listo para el mediodía, antes de eso se encargaría de que no quedase ni la más mínima prueba cuando entrase la policía a cumplir con la pantomima de su trabajo. También debía tranquilizar al encargado del local y que transmitiese esa calma al propietario, asegurándole que podría abrir esa misma noche, claro que tendría poca clientela tras extenderse entre los participantes de la última fiesta que uno de ellos había sido asesinado mientras se divertía.

Manuel Gutiérrez, director general del CNI, volvía a hacer su trabajo como se le requería, limpiando la mierda y ocultándola a los ojos de los ciudadanos.

Esa misma madrugada:

—¿Qué te han dicho?

—Está todo solucionado, o lo estará esta misma noche, Héctor.

—Nunca había ocurrido algo así en mis locales y no quiero que la mierda me salpique.

—No lo hará, tienes mi palabra, Héctor, no es la primera vez que te salvo el culo.

—Es tu trabajo, yo te puse ahí, yo os puse a todos.

Héctor Pujalde, el mayor empresario de la construcción en España, había puesto al partido en el poder a cambio de reducciones en los despidos y de bajar los impuestos a las grandes empresas. No solo él, una veintena de empresarios del Ibex-35 habían logrado a golpe de talonario que el partido político actual ganase las elecciones como una inversión de futuro más.

—Ya he dado órdenes a mis sabuesos del CNI —respondió el ministro del Interior—, todo estará olvidado y limpio hoy mismo; incluso podrá abrir el establecimiento esta misma noche.

—Más te vale.

Tras colgar, Héctor Pujalde se preguntó si había merecido la pena invertir en quince locales entre Madrid y Barcelona para satisfacer las mentes enfermas de millonarios aburridos. Lo cierto es que más del treinta por ciento de sus ganancias provenían de ese negocio oculto tras un entramado de empresas fantasmas que derivaban en un paraíso fiscal muy ventajoso. No iba a cerrar por algo así. Ni la policía ni la prensa destaparían nunca su vinculación, ellos mamaban de la misma teta, o casi; la policía lo haría por cumplir con el ministerio y la prensa estaba a sueldo desde hacía mucho.

Todo el mundo tiene miedo, no es un miedo a morir, en eso solo piensa quien tiene una enfermedad terminal, sino miedo a perder lo que tiene, aunque sea muy poco, todos temen perder su *statu quo*, a empeorar en la vida, a perder su trabajo o ganar menos dinero. El dinero mueve el mundo y Héctor Pujalde tenía muchísimo, sabía de lo

que hablaba.

¿Cerrar el local y abrir en otro inmueble nuevo? Tenía locales de sobra para lograrlo en menos de setenta y dos horas, pero prefería pensar en la imagen que daba su negocio, sobre todo ese local que inyectaría el morbo a los clientes que lo llenarían esta noche tras oír los rumores que se estarían extendiendo ahora sobre lo ocurrido. Un local con tanta perversión que incluso muere algún cliente de vez en cuando… No, lo mejor era seguir adelante, confiar en el ministro y en la buena suerte en los negocios que siempre lo había acompañado. La policía no tendría caso, todos los datos y pruebas desaparecerían, el CNI taparía lo ocurrido y crearía una tapadera para la muerte del político. Todo saldría bien. Todo.

¿Y si el asesino no se contentaba con esa víctima y mataba a más clientes? No, no quería pensar en esa posibilidad, seguro que se trataba de un crimen político o uno casual. ¿Casual? De todos los clientes que allí habría, más de cuatrocientos, tuvo que asesinar al candidato con más posibilidades en las futuras elecciones. Joder, era su local, ya podría haberlo matado en mitad de la calle o en su vivienda.

No dejaba nunca los hechos al azar, no confiaba en la suerte, él dirigía su propio destino, él creaba esa suerte. Aumentaría la seguridad del local, de todos los que tenía, pondría esa misma noche detectores de metal en todos ellos.

Héctor Pujalde se acostó tras dar unas órdenes a empleados, aunque no lograría conciliar el sueño de nuevo. Estaba en el peldaño más arriba del escalafón de poder y no se vería a sí mismo caer de esa posición por no haber previsto todo lo que pudiera suceder ante sus ojos.

Teléfonos pinchados

El reloj casi marcaba las ocho de la tarde, al otro lado del ventanal la ciudad bullía bajo el anaranjado atardecer y Hugo Moretti ya se había dispuesto a marchar del despacho de la comisaría que compartía con la oficial Esther Gallardo.

—¿Ya te vas?

—No podemos hacer gran cosa, no tenemos avances del homicidio del farmacéutico.

—Bueno, es que tengo que confesarte que he estado centrada estas horas en lo del local, en el crimen del político.

—Joder, Esther, no voy a decirte más que no te esfuerces en un imposible, que ese caso no será tal dentro de unas horas y nos llegará otro a acumular al del farmacéutico. Y no te lo diré más porque sé que harás lo que te plazca.

Ella le lanzó una mirada afilada, aunque él no pudiese verla.

—Moretti, nunca me ha gustado que me digan lo que no puedo hacer, menos aún lo que no puedo lograr.

—Eres terca, eso me gusta, pero en el trabajo hay que saber lo que se puede y no se puede hacer. Esther, dependemos de arriba y es desde donde nos están pidiendo que miremos hacia otro lado.

—¿Hacia otro lado?

—Tenemos que olvidarnos del caso del local.

—¿Por qué?

—Ya te lo he dicho, también Simón, hay altas esferas detrás que piden que se archive o se convierta en algo que no ha ocurrido.

—¿Algo qué no ha ocurrido? Pero sí ha ocurrido. ¿Crees que me despedirán si sigo con ese caso? ¿Me lo dices por eso?

—Es posible.

—¿Hablas en serio?

—Claro, siempre hablo en serio. Te darán tu indemnización y a la calle, no estoy de broma. Tendrás que trabajar de psicóloga o lo que puedas tras el despido.

—Pero…

—No hay peros, así es este empleo.

—Para mí es una vocación.

—Más que eso. Aunque te empeñes en negarlo, es una obsesión.

—¿Qué hay de malo en obsesionarse con el trabajo?

—Eres psicóloga, sabes de sobra el daño que hacen las obsesiones en las mentes de las personas.

—No sabría vivir sin resolver casos, es una droga que he probado y no puedo dejar de consumir.

—Pues desengánchate. Yo también vivo de resolver casos, lo he hecho desde que empecé en la Policía, pero obsesionarte con uno solo te trae dolor y quebraderos de cabeza.

—¿Me ayudarás con el caso si te lo pido? Podemos investigar en nuestro tiempo libre.

—Pedirme eso es muy egoísta. Más aún, pues yo te pido quedar para cenar muchas noches y pasas de largo ante mis deseos.

—¿Me ayudarías si ceno contigo cada noche y tenemos sexo?

El gesto de Moretti fue similar a recibir un disparo en el pecho.

—Buenas tardes, Esther.

Y el exinspector se marchó.

La chica se quedó observando la puerta de cristal del despacho sin saber qué decir, sin comprender durante unos largos segundos qué había dicho para molestarlo de esa manera. Seguía sin tener tacto en su trato con otras personas, sin saber que había dicho lo incorrecto o que se había quedado en silencio cuando debía responder.

Recordar cada libro de la carrera de Psicología y cada palabra de los profesores le había llevado unas noches antes a analizar su situación, también basada en los recuerdos de su trato con amigos, familiares y parejas. Había llegado a una conclusión que no le gustaba en absoluto.

Había creado una cueva en su mente para refugiarse del mundo exterior, tan peligroso y en el que podían ocurrirle cosas malas, como la muerte de un familiar, su madre, o descubrir que su pareja formal, tras casi una década de relación, no la amaba ni quería avanzar en la misma; esa cueva lo era todo, en ella usaba el monólogo interior para aislarse de las conversaciones que se mantenían a su lado entre amigos cuando quedaba con ellos, llevaba tanto sin socializar con ellos, rechazando sus ofertas para salir a tomar algo o cenar, que los había perdido a todos; prefería esa conversación consigo misma antes que participar con los demás; analizaba las palabras de ellos, gestos y miradas, y sacaba conjeturas. Se había descubierto incapaz de decir gracias o lo siento. No pedía ayuda nunca a nadie. Le costaba cambiar de aspecto, así llevaba el cabello igual que cuando tenía trece años y vestía con el mismo estilo que en la adolescencia, ¿para qué cambiar? Todo cambio sería empeorar porque ya era perfecta. Era débil e insegura, eso lo sabía porque había edificado el pilar central de su vida, el que la sostenía como a un edificio, en su madre y no en sí misma; era débil por eso y porque no lograba superar su muerte, ella cayó cuando lo hizo su madre; luego no fue capaz de levantarse por sí misma y buscó otro pilar en su hermana mayor, en alguien que sí era fuerte y segura de sí misma. El mundo exterior la asustaba, sentía

verdadero pánico ante él, por eso había creado dos zonas de confort, dos oasis en el difícil desierto que la mantuvieran a salvo: el trabajo y la familia. Todo lo demás era secundario y pasajero, como sus relaciones de pareja, en las que se comportaba como una tirana que solo quisiera satisfacer su deseo de divertirse o soltar tensión, impermeable al cariño o el amor que le profesaban sus parejas de turno, como el mismo Moretti; incapaz por completo de tener sentimientos hacia ellos, los sentimientos los consideraba sobrevalorados y no pensaba albergarlos, al menos por el momento, a saber cuánto tiempo sería eso… quizás el resto de su vida.

Ese análisis la había llevado a comprender que padecía narcisismo, una patología de tipo sociopatía que no era nada compatible con la felicidad, quizás por eso se sentía tan sola, incluso cuando estaba rodeada de familiares o compañeros del trabajo.

No le apetecía seguir trabajando, pues solo indagaba en páginas web, foros y grupos de redes sociales en las que hablaban de locales para saciar el deseo sexual los depravados; y eso no la llevaría a solucionar el caso. Tomó su bolso y se fue al aparcamiento a por el coche. Esa tarde tendría tiempo de sobra para hacer pesas, dar una clase de artes marciales y luego cocinar algo sano para la cena.

Le dolía la mano derecha por dar golpes demasiado fuertes y notaba algo de agujetas en el pecho, el día siguiente el dolor sería mucho peor, pero prefería no pensar en eso. Volcó los guisantes con jamón de la sartén al plato y lo llevó al salón junto a un vaso de agua fresca. Se disponía a devorar la cena cuando puso el televisor en un canal de noticias, se había olvidado de ver las noticias esa tarde y comprobó que Moretti y el comisario no se habían equivocado: todos los noticiarios estaban volcados en hablar del grave accidente de coche del candidato a la presidencia, los bomberos habían sacado sus restos calcinados tras apagar el fuego. Una vez narrada la tragedia, daban un resumen de la vida del honorable político, hablaban de cómo su familia estaba destrozada, de los dos días de luto que habría en la capital y de cómo ese suceso había provocado que su partido subiese cinco puntos en las encuestas para ganar con más margen aún las próximas elecciones. Pronto se sabría quién sería su sucesor en las listas electorales, aunque todo apuntaba a que ese puesto recaería en el presidente de la comunidad de Galicia, el más valorado por los votantes del partido.

Esther ya no sentía apetito, y eso que el plato olía delicioso, le salía muy bien esa receta que le había dado su hermana mayor.

Tomó el teléfono móvil y se pensó llamar a su compañero, pero marcó otro número. No, no era el de su hermana Gloria, a la que le

gustaría contarle la verdad sobre el suceso de esa mañana a modo de confidencia.

—¿Sí, Esther?

—¿Estáis cenando, Cristina? ¿Os he interrumpido?

—Para nada, incluso ya están los niños en la cama tras la ducha y la cena.

—No sé en qué día ni hora vivo.

—Eso es porque solo hay trabajo. Si tuvieses responsabilidades de personas o mascotas a tu cargo, ya te estabilizarías.

—Quizás compre un canario.

—¡Ja, ja, ja! No sé si lo has dicho en serio o en broma, nunca te pillo el punto.

—Lo decía en serio.

—Me temo que un canario no te hará lograr la estabilidad, lo haría mejor un perrito que dependiese de ti para que lo saques, le des de comer y beber y lo bañes. Si necesitas algo menos dependiente, pues un gato.

—Prefiero el perrito, me lo pensaré.

—¿Me has llamado por algo relacionado con el trabajo?

—Ya me conoces.

—¿Estás con un caso difícil?

—Con uno negro o fantasma, así los llaman.

—He oído hablar de ese tema.

—¿Has tenido alguna vez uno?

—Tengo que dejarte, te lo explico en otro momento, perdóname.

Y colgó.

Esther se quedó con el teléfono en la oreja durante unos largos segundos sin saber qué demonios acababa de pasar. Miró el plato y se obligó a comer la mitad antes de que se enfriase del todo, le había añadido un huevo y estaba delicioso, pero comió sin ganas.

No supo el motivo que la llevó, tras recoger la mesa y fregarlo todo en la cocina, a llamar a Moretti.

—Buenas noches.

—Buenas noches, Esther —respondió él con tono seco y distante.

—Lo siento.

—¿Cómo dices?

—Vamos, no imaginas lo que me cuesta disculparme. No te dije eso en el despacho con mala intención, solo que no sé medir mis palabras, a veces me cuesta saber qué intención tienen; pero en esta ocasión comprendo que fue una barbaridad.

—Parecía que me ofrecías compañía y sexo a cambio de mi ayuda.

—¡Joder! Sí, supongo que es eso lo que parecía.

La chica pareció sumirse en un silencio que la oprimía.

—¿Esther? ¿Sigues ahí?

—Sí, es que no sé qué más decir, salvo que no quiero que hagas nada que no quieras hacer.

—Es un comienzo.

—Por favor, no me lo hagas difícil.

—Es que no sé el motivo de tu llamada, además de pedir perdón, pero eso lo podías haber hecho mañana en la comisaría.

—El asesino del farmacéutico es Javier Sánchez.

—¿Ese cliente y amigo de la víctima?

—Sí, hay una elevada cantidad de dinero que salió de la cuenta del farmacéutico hace dos meses, cien mil euros, se corresponde con un ingreso de Javier Sánchez en su cuenta el mismo día. Supongo que una inversión beneficiosa de esas que suele prometer a sus clientes Sánchez, un estafador profesional por lo que cuentan sus acreedores. Seguro que la víctima estuvo tratando de recibir los beneficios en balde y luego amenazó al asesino con denunciarlo.

—¿Has investigado eso durante la tarde?

—No, lo he hecho mentalmente mientras hablaba contigo.

—Solo llevamos dos minutos.

—Suficiente.

—Yo había llegado también a esa conclusión, no iba a tardarse mucho en resolverse el caso. ¿Algo más?

—No voy a pedirte que me ayudes con el caso del político. Ya te lo he dicho.

—¿Qué vas a hacer tú al respecto?

—Pues había pensado que…

—Espera, siento interrumpirte, tengo que colgar.

Esther no se lo podía creer, otra vez le ocurría lo mismo que con Cristina Collado, la inspectora onubense que la había ayudado en los casos anteriores.

Se preparó una infusión de manzanilla tras asegurarse de haber dejado todo el apartamento recogido, luego se fue a la cama y puso música suave de fondo para tratar de dormir, las agujetas y el dolor de la mano seguían aumentando, quizás necesitase tomar un analgésico.

Llevaba media hora en la cama, dando vueltas sin lograr conciliar el sueño cuando sonó el timbre del telefonillo, seguro que era una equivocación o broma de un gracioso que pasaba por la calle. Otra llamada, esta vez más prolongada.

Se levantó y fue a preguntar, era Moretti.

¿Qué hacía allí? ¿A qué venía esa visita a las doce de la noche? Fue a ponerse una camiseta y unas mallas del gimnasio, pues no iba a recibirlo en bragas, que es lo que usaba como pijama en verano.

—¿Y eso? ¿Qué haces aquí? —dijo al verlo salir del ascensor en el rellano.

—No podemos hablar del caso del político por teléfono.

—¿Cómo dices?

—Tenemos los teléfonos pinchados, los del trabajo y los personales.

Esther se quedó muda.

—Sigamos la conversación aquí, no entremos en tu casa, puede que nos hayan colocado micrófonos.

—¿Estás de broma?

—¿Tú qué crees?

—No pueden hacer eso.

—Pueden hacer lo que quieran, no tienen que dar explicaciones luego a nadie. En España son como la ASN, la Agencia de Seguridad Nacional de los Estados Unidos. Ellos tienen que asegurarse de que el caso se anula y nos olvidamos de él.

—¿Y eso les da derecho a espiarnos?

—Y a mucho más. ¿Quieres acabar calcinada en tu coche?

—No hablas en serio.

—¿Tú qué crees? Estamos cuchicheando en el rellano de tu escalera.

La chica se lo pensó unos segundos.

—Quizás esté metiendo la pata, no imaginaba que esto sería así.

—¿Crees que los de arriba se contentan con decirte que te mantengas al margen y marcharse a sus casas a dormir? Ellos tienen que asegurarse de que hayas comprendido lo que se juegan en esto. Su trabajo es el que has visto en las noticias, porque estoy seguro de que has visto lo del accidente de coche. Nosotros somos cabos sueltos, igual que el comisario o Mariángeles. Estarán semanas o meses escuchando lo que decimos.

—Me provoca escalofríos saber que han entrado en mi casa para poner micrófonos.

—Y puede que cámaras. Así que todo lo que hablemos respecto a ese suceso debe hacerse alejados de los teléfonos móviles y de nuestras casas. Veo que no llevas tu teléfono encima.

—Así es, está en el dormitorio.

—Bien, mañana tenemos tarea al respecto.

—¿A qué te refieres?

—Visitaremos a un amigo mío informático.

No pudieron decir nada más, pues el vecino de enfrente abrió la puerta de repente.

—Lo siento, ¿estamos molestándote?

El vecino les miraba con asombro.

—No, no imaginaba que estuvieseis aquí, es que… Bueno, he recibido una llamada extraña, es de una policía, Cristina Collado, y me ha pedido perdón por molestar a estas horas, además de que te llame para hablar a través de mi teléfono aquí en el rellano. Sonaba todo

muy raro, pero como sé que eres policía, he salido para llamarte a la puerta.

Llevaba su teléfono móvil en la temblorosa mano ante la mirada de Moretti y Esther.

—Gracias —dijo Hugo tras tomar ella el teléfono. El vecino se quedó mirando unos segundos más sin saber qué hacer.

—Ah, claro, entro en casa, ya me devolvéis luego el… el teléfono.

—Sí, solo serán unos minutos, gracias de nuevo.

—¿Sí?

—Esther, ¿cómo se te ocurre hablar de un caso fantasma usando tu propio teléfono?

—Acaba de venir Moretti y ya me ha dicho… Lo siento.

—Ahora nos pincharán a Pablo y a mí también. Bueno, no pasa nada, solo espero que seas más cautelosa la próxima vez que hablemos.

—Es que no comprendo la magnitud de esto, parece todo una conspiración como las de las películas.

—La realidad siempre supera a la ficción, quédate con ese dato.

—¿Cómo has conseguido…?

—Soy una chica de recursos, a pesar de ello me ha llevado más de hora y media geolocalizar un teléfono tan cercano al tuyo para que te pasase mi llamada.

—Ya me explicarás cómo hacer eso.

—En otro momento, ahora háblame de lo que sabes sobre ese candidato a la presidencia asesinado.

—¿Cómo sabes que…?

—Vamos, no insultes mi inteligencia, lo del accidente de coche es un caso fantasma como una catedral de grande.

Entonces Esther susurró más bajo todavía.

—Lo asesinaron en un local clandestino mientras se corría en la cara de una chica que tenía colgada del techo por cuerdas.

—Vaya, a mí no me llegan casos tan originales.

Esther sonreía sin muchas ganas.

—Sabía que dirías algo así. El problema es que no tenemos acceso al cuerpo, que ya está calcinado, ni a la chica que estaba con él ni a las pruebas, que habrán sido destruidas.

—Lo de la chica es una vía factible, quizás puedas presionar en el local a algún empleado para que te ayude a localizarla.

—Es buena idea, aunque necesitaría a Moretti para encontrarla y no desea meterse en un lío como este.

—Yo tampoco te ayudaría.

—Pensaba que eras como yo, idealista, que impondrías la justicia sobre la ley y las trabas de la misma.

—No imaginas lo que he hecho en el pasado, ni por este teléfono

ni en persona susurrando te las contaría, pero estás ante un caso que no se podrá resolver porque te van a quitar de en medio en cuanto te vean venir.

Esther sintió recorrer el escalofrío por la espalda a pesar del calor veraniego que azotaba Madrid.

—Hoy no para de meterme miedo todo el mundo.

—Tienes una memoria prodigiosa, úsala esta noche para hacer balance de todo lo que ha ocurrido, eso te hará tener miedo nuevamente.

—¿Puedo llamarte si necesito ayuda? Te prometo que usaré un teléfono limpio.

—Llámame cuando quieras, pero para hablar de cosas triviales o de las vacaciones que me has prometido pasar aquí con mi familia.

—Entiendo, perdona por el jaleo.

—No pasa nada. Tengo que dejarte y tranquilizar a Pablo, mi marido está algo asustado tras decirle lo que me habías contado desde tu teléfono particular.

—Lo siento, no sabía que…

—Nada, olvídalo. Y céntrate en los casos oficiales.

Esther llamó a la puerta de su vecino, le devolvió el teléfono y le dio las gracias, obviando su cara de curiosidad por lo ocurrido. Una vez a solas de nuevo en el rellano:

—Moretti…

—Te ayudaré con el caso, lo haré porque me apetece y por no dejar sola a mi compañera con esto.

—No iba a decirte eso, sino a pedirte que te quedes a dormir, es tarde y no quiero que regreses en taxi a tu casa.

—Espero que no pienses que voy a aceptar que tú a cambio…

—No, por Dios, me avergüenzo de haberte dicho eso en la comisaría, entiendo que te enfadases. No mido lo que digo, soy una idiota.

—No, no eres idiota, solo alguien que no sabe manejar las palabras adecuadas.

—Eso es. Te pido perdón.

—Deja de pedirle perdón a todo el mundo hoy, parece que sea tu propósito del día. Entremos y descansemos, mañana será un día duro, tenemos que interrogar al asesino del farmacéutico.

Teléfonos nuevos

Dentro del apartamento de Esther no hubo más conversaciones de trabajo, solo una cerveza entre amigos y luego se acostaron sin que ninguno tomara la iniciativa de pasar a hacer algo más. Ella aún se sentía avergonzada por su propuesta en la comisaría. Él, en lo que le concernía a sí mismo, no haría nada que bajase aún más su autoestima, ya fuese pedirle sexo o aceptar el que ella le ofreciese. Durmieron cada uno en su lado de la cama, o trataron de hacerlo, hasta que sonó el despertador de ella.

—Dios, sigues teniendo ese sonido horrible.

—No me despierto si pongo melodías o una canción.

—Pero eso parece como un tigre arañando con saña una plancha de hierro.

—Ja, ja, ja. Es cierto. ¿Has dormido bien?

—Claro —mintió—. ¿Y tú?

—También —mintió ella.

Ambos se habían despertado durante la noche y habían ido a baño a orinar y a la cocina a beber un poco de agua. Moretti lo hizo torpemente y despertó a la chica, pero ella se hizo la dormida cuando él regresó.

No hubo más palabras esa mañana, se besaron tras un cálido abrazo, pasaron a las caricias e hicieron el amor bajo la luz que ya entraba por las ventanas, la más absoluta y placentera oscuridad para el ciego. En silencio y durante hora y media. Luego llegó la ducha juntos.

—Espera, te doy una toalla limpia.

—Gracias.

Él la tomó de su mano y se secó con la vergüenza adquirida por su condición, antes no se hubiese azorado ante una chica que lo viese secarse su cuerpo desnudo ante ella, si es que Esther lo observaba, quizás esa duda era la que provocaba esa vergüenza.

—La de cosas que cambian cuando uno se vuelve ciego… —dijo en un impulso.

—¿A qué te refieres?

—A nada, solo divagaba.

—No, por favor, dime.

—Me siento desconcertado.

—¿Por hacer el amor o por ducharnos juntos?

—Quizás por ambas cosas.

—No voy a pedirte que me ayudes con…

—No, no pensaba en el trabajo.

—Entonces, no comprendo.

—Olvídalo. Vamos a llegar muy tarde a la comisaría.

—Tienes razón.

—Vamos a desayunar allí para no perder más tiempo.

Y entonces fue Esther la que sintió el golpe en el pecho. ¿Había dicho «perder el tiempo»? ¿Ese momento íntimo era una pérdida de tiempo en la vida de él? Sería incapaz de preguntarle para que le matizase ese comentario, prefería tomar sus propias conclusiones antes de indagar en la mente de Moretti. ¡Joder!, eso era lo que más temía, lo que la hacía cada vez más narcisista, el usar su monólogo interior en lugar de dialogar. No, tenía que salir de la cueva que había creado en su mente, era su tratamiento para eliminar su patología.

—¿Perder más tiempo? —se atrevió por fin a preguntar.

—Es una forma de hablar, no quiero decir que a tu lado esté perdiendo el tiempo, todo lo contrario, ha sido maravilloso, pensaba que lo habías sentido.

Y lo que sintió ella fue culpabilidad por haber sido tan estúpida de pensar que él… En fin, que tenía que salir de la cueva de una vez por todas, no solo asomar la cabeza como había hecho con todo el esfuerzo del mundo unos segundos atrás. Y así se lanzó a decir:

—Para mí también ha sido maravilloso.

—¿Lo dices en serio? Nunca me habías dicho… ¿estás planteándote que nosotros… ya sabes… demos un paso más y…? ¡Espera! Esto no será para que te ayude en —y comenzó a susurrarle al oído— el caso del político.

—¡Joder, lo acabas de estropear!

«Mierda, la Esther de siempre». Eso lo pensaron los dos a la vez.

Ignacio los recogió en la puerta del edificio de ella, así que tenía una sonrisa de oreja a oreja cuando los dos entraron juntos. Claro que el semblante del chófer cambió al ver los que exhibían sus acompañantes.

—¿A la comisaría?

—Sí, por favor.

Obedeció en silencio, pero no pudo soportar más de un minuto y preguntó.

—¿Una mala noche?

—Nacho, conduce, por favor.

—Cari, nunca me hablas así. ¿Ha tenido un gatillazo tu amante? Mierda, no, no quería decir eso… me he pasado.

Moretti comenzó a reír, era el comentario que necesitaba para liberar toda la tensión que acumulaba y las carcajadas inundaron el espacio. Hasta Esther tuvo que rendirse a lo contagioso de las risas y

acompañarle, a pesar de la incomodidad de saber que él la oía reír a su lado.

—Esther, responde a Nacho, está intrigado.

—Qué gracioso eres… No, Nacho, no ha habido gatillazo, solo un comentario fuera de lugar.

—Nacho —apuntó Moretti—, nuestra amiga no sabe medir sus palabras, pero sí que es experta en castigar a quienes no miden las suyas.

—Nacho —siguió Esther—, el disparo en la cabeza de Moretti no solo acabó con su buen humor y su tacto, también con su capacidad de comprender lo que ocurre ante él.

—Nacho…

—¡¡Ni Nacho ni leches!! ¿Qué pasa con vosotros? Parecéis críos. A ver si maduráis de una vez y resolvéis esa tensión entre vosotros, porque es más que evidente que no se ha solucionado en la cama.

Y los pasajeros de la parte de atrás del coche no supieron qué responder a eso. Permanecieron en silencio hasta llegar a la comisaría, y luego unas horas más, justo tras salir de la sala doce de interrogatorios.

—Felicidades, lo has hecho muy bien.

—Gracias.

Y regresaron al despacho para que Esther redactara el informe final del caso del farmacéutico. Moretti se sentía más desubicado allí que nunca; no, ahora sentía incluso vergüenza ajena ante la situación de las últimas horas, ya no tenía edad para esas estupideces, ni siquiera Esther la tenía. Debía tomar las riendas, después de todo era el consejero de la chica para resolver los casos que les asignaban. Se levantó y fue a ver al comisario.

—¿Estás ocupado?

—Siempre, pero pasa. Enhorabuena por la solución del caso, os pasaré otro ahora mismo para que vayáis ayudando con los asuntos que se me acumulan.

—Claro, que tu secretaria le lleve el informe a Esther para se ponga con los datos.

—Vamos, tengo mucho lío, dime para qué has venido. Bueno, espera unos segundos. —Sacó su teléfono móvil y lo dejó sobre la mesa—. Vamos a por un café a la cocina.

Una vez allí:

—No me apetece tomar otro café.

—A mí tampoco.

—¿Entonces?

—¿Llevas el teléfono móvil contigo? —Moretti dijo que no—. Te he traído aquí porque sé que vas a pedirme consejo sobre lo ocurrido con el político. No, no me preguntes cómo lo sé, es algo obvio. Veo el

trato que tienes con tu compañera, no voy a reprochártelo, ya eres mayorcito para saber lo que haces. Ella está empeñada en solucionar el asesinato y tú la ayudarás aunque sepas que es una completa estupidez.

—De acuerdo, ya has hecho un resumen acertado. Pero quiero saber si existe alguna posibilidad de que hagamos justicia y encontremos al asesino.

—Siempre hay alguna posibilidad, aunque aquí es muy remota. ¿Has pensado que pueda ser un asesinato orquestado desde el propio CNI?

—Sí, ellos siempre trabajan para el actual gobierno, se han quitado a su mayor amenaza política de en medio, pero ahora el partido de la oposición ha ganado más opciones de éxito en las próximas elecciones; no habría sido una jugada inteligente para ellos.

—Ya veremos, hay que esperar hasta el recuento de votos en la noche tras las elecciones.

—¿Y si el asesino vuelve a actuar?

—Esa sí que sería una posibilidad muy remota.

—¿Apuestas algo?

—¿Tienes pensado salir a matar tú mismo a un antro de esos para sostener tus palabras o ganar una cena, Hugo?

—No seas cínico, hablo en serio.

—¿Matar al sustituto de Pablo Hernández?

—O a otro político del partido de la oposición o a otro del gobierno actual o a otra persona influyente no políticamente.

—Tendríamos un móvil diferente, ya no se trataría de un crimen político, sino de un homicida en serie que mata a perturbados al azar dentro de esos locales.

—¿Qué poder tendría el CNI en esos casos?

—Supongo que el mismo si quieren encubrir los negocios.

—¿Se puede saber de quién es ese local?

—No tengo ni idea, seguro que hay un buen entramado de empresas fantasma detrás para tapar al propietario.

—Ya lo suponía.

—Moretti, no podréis investigar para descubrir al propietario sin que lo descubra el CNI, no podéis entrevistaros con los amigos y familiares de la víctima sin que lo descubra el CNI, no podéis entrar en el local sin saber la contraseña y sin que lo descubra el CNI. No podéis hacer una mierda sin que os pongáis al descubierto y acabéis despedidos o algo peor.

—Lo que más me fastidia de eso es que ya lo sabía yo.

—Házselo saber también a Gallardo para que se le quite esa absurda idea de la cabeza.

—Como si fuese tan sencillo. Creo que si le dijese que toda su

familia moriría por seguir la investigación, se mantendría igual de obstinada en hacerlo.

—Sois mis mejores recursos en la brigada, no quiero perderos, pero eso no dependerá de mí si husmeáis donde no se debe.

—Gracias por el consejo.

—Nada de gracias, resolved el caso nuevo que os daré ahora mismo.

Moretti entró en el despacho de Esther, tomó su teléfono móvil tras buscar a tientas sobre su escritorio y le pidió que lo acompañase.

—¿A dónde vamos?

—Te lo diré por el camino. —Ella lo siguió a regañadientes hasta el aparcamiento y entrar en el coche de Ignacio.

—¿A dónde vamos? —preguntó también el agente que hacía de chófer.

—Vamos al barrio de Aluche, a la calle Miraflores, debemos interrogar a un sospechoso de haber matado a su madre para que no se entrometiese más en su vida.

—Hijo de puta…

—Nacho, conduce y no opines, ya deberías estar acostumbrado a estas cosas.

—Me alegro de que me llames Nacho, Hugo.

El exinspector hizo una mueca, no estaba del todo seguro de ese trato, no le gustaba que lo llamasen por su nombre de pila los que no eran sus amigos y los subordinados, claro que él ya no era policía de servicio, así que Nacho, o Ignacio, no ostentaba un cargo inferior.

Moretti le pidió que parase el coche en un cruce de calles y dijo.

—Vengo en unos minutos, esperadme aquí.

—¿Cómo que te esperemos? ¿Yo no voy?

—Esther, vuelvo en unos minutos, espera aquí, por favor. —Ella iba a replicar de nuevo cuando él le dio su teléfono móvil a la vez que le apretaba la mano con mucha fuerza.

«Espero que haya comprendido lo que he querido decirle, que no esté con su mente buscando alternativas que le hagan enfadarse conmigo de nuevo».

Moretti recordaba mentalmente la zona, fue caminando despacio por las calles hasta encontrar su destino, claro que tuvo que pedir ayuda a los viandantes en dos ocasiones. Llamó al portero automático y:

—¿Sí? ¿Quién es?

—¿Alberto?

—Alberto vive en el segundo-C.

—Lo siento, soy ciego y he pulsado donde creía que…

—Le abro.

—Gracias.

Subió por las escaleras y recordó que el piso estaba en la esquina superior derecha del rellano. Dos minutos eternos:

—¡Italiano! Estaba dormido, no habría abierto si no hubieras insistido en la llamada.

—No recuerdo muy bien tu piso, indícame.

—¿Cómo dices? ¡Joder! ¿Es una broma tuya o estás ciego de verdad?

—Es una larga historia, y tengo mucha prisa.

Tras el breve resumen de la vida de Moretti en el último año y rechazar un café:

—Necesito tres teléfonos móviles no rastreables para ya.

—¿Para ahora? ¿Estás loco?

—Te transferiré cinco mil euros hoy mismo.

—Prefiero efectivo.

—Pues será en efectivo, te llegará por mensajería antes de la noche.

—Te los traigo ahora.

—Espero que sean números fáciles de recordar.

—La duda ofende.

Moretti regresó al coche. Para acelerar el trámite, Ignacio salió a ayudarle en cuanto lo vio aparecer al final de la calle.

—Vamos a una cafetería y os cuento.

—Tienes mucho que contar, han sido muchos más de unos pocos minutos.

—Es que se trataba de un hueso duro y quería exprimirlo a fondo por mí mismo, te prometo que te lo contaré ahora ante una buena taza de café.

—Prefiero té.

—Pues eso.

Y llegaron al local que había elegido Moretti, que resultó estar lleno y ser muy ruidoso. Él sonreía al entrar en el mismo.

—Pedidme un capuchino con canela en la barra, pedid vosotros y luego nos sentamos, nos lo traerán todo a la mesa. —Obedeció Ignacio, como el ciego había imaginado, así que este pudo tomar a Esther con fuerza del brazo y susurrarle al oído—: Oye lo que te voy a decir y repíteselo a Ignacio cuando llegue, tenemos que mantener los teléfonos móviles en el bolsillo del pantalón y frotar con los dedos sobre la tela que los separe de nuestras manos, tenemos que hacer eso mientras dure esta conversación que vamos a mantener.

Esther lo miró como se hace a alguien que ha perdido por completo el juicio, aunque acabó por seguir el consejo de quien era su asesor; de todas formas no importaba cómo lo mirase, él no podía verla.

Una vez sentados ante una mesa del centro del local, la más

ruidosa y a petición explícita de Moretti:

—Tenemos los teléfonos móviles pinchados, así que no podemos conversar del caso del político sin que los del CNI lo averigüen.

—Pero no estamos hablando por los teléfonos ahora.

—Ignacio, el CNI usa el micrófono de tu teléfono para saber de qué hablas y con quién, aunque esté sin utilizar y en tu bolsillo, espero que sigas frotando el pantalón como te dije.

—Sí, eso hago, aunque nos miran mal a nuestro alrededor.

—Da igual, seguro que no volveremos a ver a estas personas nunca más. Hacedme caso, no habléis de este asunto en casa ni con el teléfono móvil cerca. He comprado teléfonos sin registro para que nos comuniquemos cuando estemos alejados de nuestras viviendas, el despacho del trabajo y nuestros teléfonos móviles personales, los que espero que sigáis usando para vuestras llamadas personales o del trabajo en otros casos y así no levantar sospechas.

—¿De qué estáis hablando? ¿Qué está pasando?

—Ignacio, nos llevaste a un local para cubrir un caso, ¿recuerdas?, se trataba de la muerte de un político en un lugar que está protegido desde arriba. Siento hacerte un resumen demasiado escueto, pero eres inteligente y asimilarás lo que te estoy diciendo. Si seguimos adelante para resolverlo, nuestras carreras, incluso nuestras vidas, estarán en un serio peligro.

—¿Cómo de serio?

—Entenderé… entenderemos Esther y yo que no quieras seguir con esto y podemos pedir otro chófer.

Ignacio los miraba algo asustado, pero sin dejar de frotar con las uñas el pantalón sobre su teléfono.

—No quiero dejaros solos, pero me da miedo.

—Eso es bueno, el miedo nos hace estar más despiertos y obrar en consecuencia ante lo que tenga que llegar.

—¿Lo que tenga que llegar?

—Hugo, quiero hablar contigo a solas —dijo Esther de repente.

—Esther, sé lo que me vas a decir, pero no podemos estar aquí más de la cuenta, ahora estamos participando en un gran hermano mortal que nos monitoriza y no podemos salirnos de una pauta de comportamiento que se aleje de lo habitual.

—Yo no he querido meterte en esto, no consideraba que fuese tan peligroso. Mucho menos meter a Nacho también.

—Somos un equipo —dijo Moretti.

—Eso somos, cari —añadió Nacho.

—Me siento fatal por haber decidido seguir con este caso, más aún tras comprobar lo que nos jugamos y haberos metido en el asunto.

—Esther —preguntó de repente Moretti—, ¿quieres resolver el caso o no?

—Sí, pero…

—No hay peros. Estamos los tres dentro y vamos a seguir adelante. Un confidente y amigo me ha proporcionado estos teléfonos móviles y los usaremos para hablar entre nosotros cuando nos comuniquemos avances del caso.

—Pero no podremos entrevistarnos con familiares ni empleados del local, no tenemos acceso a las pruebas o restos de la escena del crimen, no tenemos a forense ni criminalística a nuestro lado. Es una locura.

—Eso lo sabías desde ayer, compañera, y has decidido seguir adelante. Pues vamos a por todas. ¿Todos estamos de acuerdo?

Ella se lo pensó unos segundos antes de asentir.

Ignacio tardó algo más, pero lo hizo finalmente.

Pasaron el día tratando de resolver el crimen que les había pasado el comisario, uno de esos que parece claro desde que lees el informe. Les tocaba hacer un teatro a modo de tapadera o cortina de humo para ocultar lo que hacían en sus ratos libres, sobre todo por las noches.

Y llegó esa noche, Esther había regresado a casa tras una sesión de práctica de tiro, ya lograba un noventa y dos con frecuencia, y una clase de pesas en la que había apretado los dientes para no acusar las agujetas más de la cuenta. No le apetecía hacer la cena y tomó el teléfono móvil para pedir una pizza, los del CNI tendrían poco que sacar de eso. Aunque le preocupaba saber que habían entrado en su casa para poner micrófonos y cámaras ocultas. Le gustaría buscarlos, como había visto en algunas películas de James Bond que veía su padre en el salón de casa cuando ella era pequeña. Prefirió dejar a un lado su instinto, es lo que le habría aconsejado Moretti, y no hacer nada, comportarse como siempre, como si no supiese que estaba siendo investigada para impedirle hacer su trabajo, el que amaba, el que se había preparado a conciencia para ser cada día una versión mejorada de sí misma.

Pensar en Moretti le pedía llamarlo para quedar, pero sentía mucha vergüenza al ser consciente de que lo ocurrido en su cama esa mañana lo pudieran haber visto ojos indiscretos y no invitados a la fiesta.

«¿Os lo habéis pasado bien observando cómo él y yo hacíamos el amor?».

Esa noche le gustaría conversar con él sobre el caso del político, además de tener luego otra sesión de sexo que la liberase de tensión, pero se avergonzaba solo con el hecho de llamarlo para decírselo, además de ofrecer a sus espías momentáneos otra ocasión de verla desnuda y disfrutando de algo tan íntimo.

Entonces recordó que tenía el teléfono nuevo. Se lo pensó durante

un largo rato y decidió salir al rellano. Serían unos segundos, así que no se cubrió sobre la escueta lencería que vestía para soportar el calor del verano que azotaba la ciudad.

Marcó las teclas 1y #.

—¿Esther?

—Hugo, ¿nos vemos?

—¿En tu casa?

—No, ni en la tuya. Vamos a algún hotel que esté a mitad de camino.

Laura

Había encendido el televisor y el vídeo para reproducir la cinta de nuevo.

La niña apareció corriendo por el jardín con su muñeca nueva, el regalo que más ilusión le había hecho por su séptimo cumpleaños. Él mantenía el foco a esa distancia y la seguía con la cámara de vídeo pleno de felicidad y orgullo; su niña pequeña, su sobrinita. No solo en la familia la veían como la niña más guapa del mundo, con su largo cabello rubio, los grandes ojos azules y esas facciones en la cara que la hacían parecer una princesa Disney; también despertaba miradas de admiración en el colegio y por las calles al pasear con sus padres. La niña seguía corriendo en el vídeo, se sentó de repente en el césped y comenzó a acariciar el cabello de la muñeca; miró a la cámara y dijo que era la muñeca más bonita del mundo. Él, sin dejar de grabar, le dijo que no, que la muñeca más bonita era ella. La niña se sonrojó y se le marcaron las pocas pecas de sus mejillas.

Ha visto el vídeo cientos de veces, la mayoría de ellas, cuando las lágrimas y el congojo se lo permitían, ha reproducido los pocos diálogos susurrando a la vez que sonaban en la televisión.

Rebobinó la cinta para que comenzase de nuevo, esos siete minutos le traían de nuevo a su sobrinita Laura mientras él planificaba su siguiente paso.

«Siete minutos, como los siete años que tenías cuando desapareciste, cuando ellos…».

Tenía frente a él una serie de fotografías de hombres, una de ellas había sido elegida y ahora contaba con un círculo trazado varias veces con un rotulador rojo sobre su rostro.

Fue a darse una ducha, la necesitaba, aún sentía el hedor del local tras casi dos días; no se iría de su mente ni con una docena de duchas más, pero no le importaba. Esa mañana temprano había visitado la tumba de su hermana y su cuñado, les había llevado rosas blancas, como las veces anteriores; había conversado con ella y le había prometido que tendría cuidado, que no temiese por él, que estaba haciendo lo que debía hacer por ellos y por la niña. Las visitas semanales al cementerio siempre le dejaban un regusto amargo, pero no por sus planes, sino porque aquel lugar le ponía el vello de punta, además de pensar que su pequeña sobrinita debería estar reposando allí, y no donde algún hijo de puta la tirase como a un despojo hace un año.

Porque Laurita estaba muerta, seguro que sí, eso había decidido creer hacía mucho. Su hermana pensaba en otra cosa, algo mucho peor en lo que no quería pensar él. Pues claro que no iba a creer en eso, en que estuviese esclava aún de un grupo de desalmados que la hiciesen trabajar como… No, eso era imposible, la habían matado en una de sus fiestas de mierda, la habían usado como si fuese un juguete para depravados sin escrúpulos y luego…

Corrió a vomitar al pensarlo. Se limpió la boca con el dorso de la mano y se miró en el espejo, había perdido más de veinte kilos en el último año. A pesar de eso, se veía fuerte y fibroso. Y lo mejor de todo, con ganas de seguir adelante, no pensaba parar.

Primera dama

Era la segunda noche que dormía a pierna suelta sin comprender cómo podía hacerlo. Su marido había muerto hacía dos noches en un accidente con el coche y ella no acusaba cansancio ni culpa ni pesar. Otra cosa es lo que transmitía a sus familiares y amigos cuando llamaban a casa o le hacían una visita de cortesía; nunca se deben perder las formas ni las costumbres que nos definen, así la habían educado. Los niños lo llevaban mucho peor, eran aún pequeños y no comprendían que papá no volvería nunca. La tarde anterior había sido una pesadilla, tener que gestionar todo con los del CNI, con los del partido, con las más de cincuenta llamadas de conocidos, familiares y amigos, recibir a sus padres en casa y mil historias más; menos mal que contaba con el personal del servicio doméstico para las tareas del hogar y encargarse de los niños.

Pensar en Pablo le daba lástima, más aún tras el detalle de saber que ya no sería la primera dama del país. ¿Cómo había sido tan estúpido de tener un accidente a menos de tres meses de las elecciones en las que iba a ser nombrado presidente del Gobierno? Llevaban ambos soñando con eso desde hacía años, casi desde que comenzaron la relación. Se lo debían a ellos mismos y también a los niños. Menuda vida se pegarían en el palacio de la Moncloa y, tras terminar el mandato, con un sueldo desorbitado en alguna empresa como asesor. La política era una escalera muy difícil de subir y con muchas trabas en todos los peldaños, así se lo había explicado a ella su padre, también a Pablo. Ellos estaban casi pisando el último y ahora pasaba esto.

Y los del CNI… ¿Por qué no era la Policía la que investigaba lo ocurrido? Suponía ella que se trataba de algo de burocracia. Eran personas privilegiadas, no el populacho. Aunque cuando robaron en casa, siendo ella pequeña y su padre ejercía como ministro de Economía, había sido la Policía la que se había encargado del caso.

Mientras se sentaba en el comedor a la espera del desayuno que le traería su doncella de confianza, recordó parte de la conversación que mantuvo el día anterior con el agente que estuvo en su casa durante dos horas.

—¿Le dijo su marido a dónde se dirigía la pasada noche?

—A una reunión de urgencia con el partido, solía hacerlas cada pocos días, y más ahora con las elecciones a la vuelta de la esquina y planificando las estrategias.

—¿Oyó hablar a su marido sobre el lugar de la reunión con alguien por teléfono?

—No, no lo recuerdo, claro que pudo hacerlo desde el despacho que tenemos en casa y yo no podría haberlo oído.

—Revisaremos sus llamadas de teléfono y sus mensajes tanto de móvil como realizados a través de sus cuentas de correo electrónico.

—Claro… Por cierto, no comprendo estas preguntas y que se lleven los equipos de mi marido. ¿Qué tiene que ver esto con el accidente de coche?

—Es un procedimiento estándar, señora. Le devolveremos el ordenador, el móvil y la tableta en unos días. Su marido era una persona importante para el Estado y debemos asegurarnos de que no se filtren decisiones del partido.

—Claro, comprendo.

Hablando luego a solas con su padre, este hizo una mueca extraña al contarle ella lo ocurrido con el CNI, aunque su progenitor se mantuvo hermético en su opinión, o casi.

—Hija, son cosas de Estado, no les des importancia. Espero que pronto pasen estos días y semanas, que podamos enterrar a Pablo y que puedas recuperar algo de normalidad. No pienses en otra cosa que no sea la de estar pendiente de los niños, te necesitan más que nunca y nosotros estaremos aquí para apoyarte.

Ella le dio un abrazo, no lo hacía desde que era pequeña, y obedeció para ir con sus hijos al salón azul de la casa que le habían regalado sus padres por su boda.

El psicólogo contratado le había dado muchas pautas a seguir para superar el duelo. Ella se asombró al observar cómo se había llevado todos los objetos personales, como la ropa, los utensilios de aseo personal, recuerdos y objetos importantes para Pablo a un trastero, dejando la casa como si solo ella y los niños hubieran vivido en la misma, incluso cada retrato en el que aparecía el fallecido. También le dio un listado enorme de sugerencias que parecían órdenes, cambiando sus rutinas de comidas, la dieta a seguir y el lugar en el que desayunar, almorzar y cenar. El especialista le aseguró que era muy efectivo, que se trataba de provocarle lo que se conoce coloquialmente como «el síndrome del turista», hacer tantos cambios en su vida cotidiana que su cerebro estaría ocupado al cien por cien en adaptarse a su nuevo hogar y costumbres como para pensar en el dolor por la pérdida del familiar. Y estaba dando resultado, vaya que sí, en un solo día. Marta se había cortado el cabello y lo había oscurecido un poco, además de cambiar su forma de vestir, casi no se reconocía cuando pasaba ante un espejo. Le estaba costando asimilar a la nueva persona en la que se había convertido y también al lugar, pues se habían sustituido muchos muebles por otros nuevos y el resto

se habían cambiado de lugar, especialmente en el dormitorio y resto de estancias en las que ella solía hacer su día a día.

«Quizás por eso no está siendo tan difícil asimilar lo ocurrido, aunque me hubiera gustado tanto ser la primera dama…».

Ricky

La fachada señorial del edificio, situado en plena calle Velázquez, los recibió a las ocho y media de la mañana cuando se bajaron del Audi S8 negro. Un nuevo caso a seguir, esta vez el de un chico de diecisiete años que había aparecido aparentemente suicidado en su dormitorio. Hacía calor ya e Ignacio llevaba encendido el aire acondicionado del coche desde antes de recogerlos en la inusual dirección que Moretti le había enviado por mensaje de audio de WhatsApp a su teléfono.

El chófer sonreía al verlos algo azorados cuando entraron en el asiento trasero.

—¿A dónde vamos?

—Al barrio de Salamanca, a la calle Velázquez.

—Marchando.

Unos largos y tensos segundos después:

—¿Nacho? Estás muy callado esta mañana.

—He pasado mala noche.

—¿Sí? ¿Una pesadilla?

—No, en realidad he dormido como un bebé, es que no quiero meter la pata otra vez. Os he visto salir juntos de ese hotel y…

—Una investigación rutinaria —dijo Moretti antes de que Esther hablase.

—¿Por qué no me llamasteis? ¿Fuisteis en taxi?

—Solo fueron unas consultas entre nosotros, pero no queríamos hacerlas en mi casa o en la suya, por temas personales, ya sabes.

—Sí, ya comprendo… —Y miró a Esther a través del espejo retrovisor interior buscando un gesto cómplice. La chica iba mirando por la ventanilla y no le siguió la jugada, lo que hizo que él se limitase a cumplir con su labor.

Una vez llegaron a su destino, la pareja subió a la cuarta planta y entró en la vivienda, pocas veces antes había visto Esther un piso como ese, era interminable y lleno de salones, salitas de té, una cocina de treinta metros cuadrados, contó seis dormitorios, siete baños… Entraron en la estancia donde estaba aún el cuerpo, obviando la escena de dolor de los padres en un salón cercano mientras eran atendidos por la psicóloga del Cuerpo y dos agentes, además de una doncella de la casa. Olía a flores frescas por todo el lugar y la luz casi cegaba más que en la calle gracias a ventanales enormes que daban al este y al sur.

Joder, se dijo Esther al entrar en el dormitorio del adolescente, pues el cuerpo seguía colgado del gancho de la lámpara en mitad del lugar.

—¿No lo han descolgado aún? —preguntó la chica.

Moretti no pudo responder porque lo hizo la forense Mariángeles Fuentes por él.

—Hay detalles importantes que tenéis que ver sin modificar la escena. Ya me lo pidió el comisario cuando le detallé mi informe.

—Pues, adelante.

—Varón blanco de diecisiete años y cincuenta y ocho kilos. Aparentemente un suicidio, eso es cosa vuestra. El caso es que tiene marcas de pelea en cuello y cara, son recientes.

—¿La puerta estaba cerrada desde dentro?

Un agente de criminalística respondió:

—Sí y no. Estaba cerrada, pero es una puerta con sistema de seguridad, tiene una especie de tuerca en la parte de fuera que puede provocar el desbloqueo usando una simple llave, una moneda o un destornillador.

—Entiendo —dijo Moretti, que es el que hacía las preguntas—. ¿Sabemos algo de peleas en su instituto?

—Universidad. Sus padres dicen no saber nada.

—¿No apreciaron las marcas de su cuello y cara?

—Dicen que anoche no las tenía, aunque dudo de que las vieran, porque aseguran que el chico llegó cuando ellos ya habían cenado y estaban a punto de irse también a la cama.

—¿Saben los padres dónde estuvo anoche?

—No.

—Bien. Esther, quiero una relación completa de la víctima con su familia, eso incluye situación personal, económica, de libertades, etc.

—Me pongo con los padres, voy a entrevistarlos y a pedir a los de informática que lo indaguen todo a fondo.

—Gracias. También llama a Gonzalo Iglesias, si lo ves ahí fuera, y le pides que venga, por favor.

Ella se marchó y Mariángeles se atrevió a preguntar.

—¿Desde cuándo has vuelto del todo? Casi no recordaba ese carácter seco y decidido que acabo de presenciar.

—No sé de qué hablas.

—Bueno, si no quieres hablar de eso… pero te advierto que la cara de Gallardo era un cuadro, menuda obediencia.

—Mari, ciñámonos al caso, quiero tenerlo listo hoy mismo para dejar atrás estas tareas infantiles que nos manda Simón.

—¿Hoy mismo? Muy optimista te veo.

—Dime si hay huellas dactilares en el cuerpo. También quiero saber qué huellas hay recientes por el dormitorio, especialmente en la

puerta de la entrada y en la silla que ha usado para colgarse.

Tanto la forense como el agente de criminalística hicieron una segunda revisión a fondo al lugar en los siguientes veinte minutos, para detallarle que el chico solo tenía huellas dactilares y saliva por la cara, el cuello, el pecho y los genitales, donde se apreciaba que había eyaculado en las últimas diez horas. Además de casi mil huellas dactilares por todo el dormitorio, que tendrían que ser cotejadas con las de la familia y el personal de servicio.

—Bien, tenemos que buscar a la novia formal o puntual del chico, además de tomar huellas de mucha gente y tocar madera para que el programa informático de cotejado y emparejado sea rápido.

—¿Tienes alguna conjetura? —preguntó la forense.

—Aún nada.

Moretti oyó la voz de Esther desde el fondo del pasillo y se orientó para encontrarse con ella. Parecía haber terminado con la tarea que le dio, así lo intuyó él por la cordialidad que desprendía la conversación con los padres de la víctima.

—Buenos días, soy el exinspector Hugo Moretti, asesor de la oficial Esther Gallardo, encargada del caso. ¿Puedo hacerles unas preguntas?

—¿Es usted ciego?

—Así es, oriénteme para que no me siente sobre un florero o una pecera, por favor.

—Esto… claro. —Y la mujer lo tomó del brazo para llevarlo hacia el sofá.

Una vez acomodado en un mullido asiento que no le parecía tan cómodo como el sofá de su casa:

—¿Saben si su hijo tenía novia o amigas con las que quedaba?

—Le acabamos de decir a la oficial que no conocemos a más chicas desde Irene, su exnovia, y de eso ya han pasado muchos meses.

—¿Han visto o sospechado que su hijo trajese a chicas a escondidas algunas noches o días que ustedes estuvieran fuera?

—Ricky no… bueno, no hemos sabido de ello; aunque quizás Matilde pudiera servirles de más ayuda.

—¿Matilde?

—Ella limpia los dormitorios, las sábanas, la ropa… ya sabe.

—Comprendo… ¿Está Matilde en estos momentos en la casa?

—No, pero puedo llamarla ahora mismo.

—Hágalo, por favor, o deme su teléfono para que pueda llamarla yo mismo y que sea todo mucho más rápido.

Eso último hizo la madre de la víctima, algo temblorosa en sus manos, pero con voz firme; así Moretti pudo hacerle las preguntas en el acto a la empleada.

—No imagina el dolor al saber que… —rompió a llorar la mujer al otro lado del teléfono.

—Siento que para usted también está siendo una dolorosa pérdida.

—No se lo imagina, conozco al niño desde que tenía dos añitos, casi llegué a tiempo para ponerle los pañales y darle los potitos; es como un hijo para mí.

—¿Conocía usted sus entradas y salidas en los últimos días?

—No sé a qué se refiere.

—Quiero saber si ha llegado algunas noches acompañado de una chica.

—No recuerdo haber visto al señorito Ricky llevar a ninguna chica en los últimos meses, hace mucho de eso, cuando tenía novia formal.

—Ya me ha dicho eso mismo su madre, pero no le pregunto solo por lo que ha visto, también por lo que ha deducido al limpiar su cuarto.

—¿A qué se refiere?

—Las sábanas y la ropa interior de un chico dicen mucho de su vida privada.

—¡Válgame el Señor! Yo no…

—Señora, no se trata de un cotilleo entre vecinos, sino de descubrir quién ha podido matar al chico. Esto es una confidencia entre usted y yo, se lo garantizo. ¿Me oye? Le estoy dando mi palabra. Vamos, puede decirme lo que sepa y nadie lo sabrá, ni siquiera sus señores. ¿Oiga? ¿Sigue ahí?

—Estoy temblando, casi no me creo que esto no sea una pesadilla.

—La comprendo, pero cada minuto cuenta y necesitamos su ayuda.

—El niño… el señorito Ricky debe de haber pasado algunas noches durante estos meses con una chica o varias.

—¿Cómo está tan segura?

—Por los cabellos largos de diferentes colores en las sábanas y la almohada.

—Comprendo.

—También había marcas de… ya sabe usted, en la ropa interior.

—Sí, de haber mantenido relaciones íntimas.

—Esto es muy embarazoso.

—Sus señores no sabrán nada, ya se lo he prometido. ¿Vio en algún momento a alguna de esas chicas entrar en la casa o desaparecer por la mañana?

—No, eso no lo he visto nunca, claro que la casa es tan grande… y podría haber entrado o salido por la puerta del servicio.

—¿Tenía buena relación con el chico? Dice que lo conocía desde los dos años.

—Antes sí, pero desde los once o doce, cuando entró en la adolescencia, se apartó de la casa, de sus padres y de los empleados que habíamos sido sus amigos y familia.

—Eso suele pasar, ¿verdad?

—No lo sabe usted bien, a mi hermana le ha pasado también con sus dos hijos.

—Lo comprendo. Me ha servido usted de mucha ayuda, espero poder contar con ella de nuevo en el futuro si la necesito. Se quedará en un secreto entre nosotros. Llámeme a este número si recuerda algo inusual en la conducta de Ricky en los últimos días o semanas.

—Claro, así lo haré.

Moretti no pudo contar a Esther lo hablado porque estaban los padres aún presentes, y también porque en ese momento apareció el responsable de la científica.

—Hugo, me dijo Gallardo que querías hablar conmigo.

—Sí, acompáñame de nuevo a la escena del… al dormitorio. Por cierto, gracias por su atención —dijo a los padres del adolescente—, regresaré para hablar con ustedes en unos minutos. Excúsenme.

Esther se quedó mirando sin saber si tenía que ir con sus dos compañeros o quedarse allí preguntando todo lo que se le ocurriese. Decidió hacer esto último y seguir analizando las reacciones y el resto del lenguaje no verbal de la pareja.

Mientras tanto en la habitación:

—Alberto, quiero que tus chicos saquen todo lo posible de los equipos informáticos que habéis requisado, especialmente información sobre peleas, amenazas y demás; quiero saber si el chico se metía en líos. Mariángeles, dime lo antes posible si esas marcas son de una pelea o de haber estado jugando con la amiga con la que practicó sexo ayer.

—Esas marcas son muy fuertes, en tal caso, al chico le gustará el sexo duro.

—No divaguéis y poneos con ello ya.

Los colaboradores asintieron.

—Alberto, dime que esa cuerda es fácil de rastrear para saber dónde fue adquirida.

—Te veo muy lanzado y tus pesquisas me hacen pensar que consideras que fue asesinado.

—Te lo diré en un minuto, llama al agente que entró el primero en el dormitorio.

Así obedeció el responsable de la científica. El agente uniformado llegó a los pocos segundos.

—¿Cómo te llamas?

—Juan, señor.

—No hace falta esa formalidad, ya no soy policía ni tu superior. Dicen que hay una silla en el suelo, tumbada a unos dos metros del chico, ¿es así?

—Sí, señor, perdón, Moretti. ¿Puedo llamarle así?

—¿Sabes si alguien la ha movido? Quiero decir que si recuerdas

que estuviese más cerca cuando entraste en la habitación por primera vez, o quizás en una posición diferente.

—No se ha movido, está tal como la vi al entrar.

—Descríbemela.

—¿Cómo? Ah, claro. Es de madera blanca con un tapizado beis que parece seda con…

—No, lo que quiero es que me que digas cómo está en relación con el chico.

—No comprendo…

—Ya lo hago yo —dijo Alberto—. La víctima está orientada hacia ti, Hugo; la silla está a casi dos metros en una diagonal a tu derecha y hacia atrás.

—¿Cómo está? Me refiero al respaldo.

—El respaldo está apoyado sobre la alfombra.

—Es un asesinato. Si el chico se hubiera suicidado, habría colocado el respaldo frente a sus piernas para usar la silla como escalón sin problemas; del modo en que ha caído la silla, indica que el respaldo estaba impidiéndole subirse, salvo que lo hiciese dando un paso hacia atrás para subirse y eso es absurdo, es complicarse sin tener la necesidad.

—Eso es poco para certificar el crimen.

—Lo sé. Averigüemos más cosas, tenemos todo el día. Vamos a hacer nuestro trabajo, chicos.

Llegaron a la comisaría una hora más tarde. Nada más entrar en el despacho, recibieron la visita del comisario.

—¿Qué tenéis?

—Esperaba encontrarte en la escena, Simón.

—Mi mujer ha sufrido otro cólico nefrítico y lo ha pasado muy mal esta noche.

—Vaya, lo siento mucho, comisario.

—Gracias, Gallardo. Contadme lo que sepáis, lo que hayáis averiguado.

—Todo hace indicar que podría tratarse de un asesinato, por las marcas del chico en el cuello y cara, además de la posición de la silla en la que se subió para colgarse del techo. Tendremos más datos cuando indaguemos en la vida del chaval y su entorno.

—Bien, mantenedme al corriente de lo que vayáis descubriendo.

Y se marchó a su despacho.

—Bien, Gallardo, ponte con las redes sociales del chico, mira las últimas fotos que haya subido a Instagram y lo que haya publicado en Facebook.

—¿Qué vas a hacer tú?

—Tomar otro café, ¿quieres uno?

—Preferiría un té, gracias.

Cuando el exinspector se marchó a la cocina, Esther se preguntó si esa actitud seca, distante y tan directa de su compañero era por el acuerdo al que habían llegado en el hotel esa noche o porque estaba algo desilusionado con la relación que mantenían. Habían vuelto a tener sexo tras la charla sobre el caso del político, y dejado claro que no podían hablar del caso fantasma salvo en lugares alejados del despacho de la comisaría y de sus casas, además de no llevar cerca los teléfonos móviles particulares consigo; así lo hicieron anoche, dejando los terminales en el cuarto de baño de la habitación del hotel y con la puerta cerrada para conversar entre susurros. Ni siquiera deberían hablar dentro del coche de Ignacio, ya que era un vehículo oficial que podrían tener monitorizado los del CNI.

Con un acuerdo así, la pareja no avanzaría en la relación como deseaba Moretti, y el caso podría llevarles meses resolverlo, o incluso años, si es que lo lograban, cosa esta última por la que él no apostaba mucho. Haberse empecinado en resolver el difícil y peligroso caso parecía beneficiarla a ella personalmente, que podría seguir viendo a su compañero de forma esporádica como era su intención desde que se acostaron por primera vez.

«Quizás Hugo se canse de esto en unas semanas o meses y decida dejarlo todo. ¿Solo a mí o también el caso? Soy egoísta, mucho. Me he propuesto cambiar, pero ahora vuelvo a las andadas… No es justo para él. ¿Me importa tanto? Creo que sí, así lo siento. Sentir… llevo mucho sin familiarizarme con los sentimientos».

Moretti iba a tardar en regresar, así que ella llamó a su hermana mayor.

—¿Esther?

—Hola, ¿estás ocupada?

—Nunca para ti, cuéntame.

A la oficial le costó, por primera vez, soltar lo que llevaba dentro a su mayor consejera desde que ambas habían perdido a su madre. Quizás porque se había propuesto ser firme y hacerse fuerte, no tener que depender de los consejos de otra persona y que no fuera ella misma la que eligiese los pasos a seguir en su vida. «Ni yo ni nadie puede saber mejor que tú lo que sientes y deseas» fue lo mejor que Gloria le dijo, porque le corroboraba que tenía que lograr esa fortaleza interior. No todo era hacer pesas y practicar artes marciales, también tenía que endurecerse por dentro y ser más valiente y decidida.

Moretti entró por la puerta con las dos tazas.

—Hugo, me gustaría irme a vivir contigo.

Incursión

A las seis menos diez de la tarde llegaron más datos sobre el caso del adolescente. Esther informaba de ellos a Moretti.

—El chico, Ricky, se metió en una pelea en la puerta de una discoteca por haberse puesto cariñoso con una chica en los baños del local, el contrincante era el novio de ella, le dio un puñetazo en la cara tras agarrarlo del cuello, eso ha dicho uno de los porteros de la discoteca, lo presenció todo y ya ha prestado declaración, luego el chico se marchó del lugar en un taxi. Por la hora en la que ocurrió y la que dijeron los padres que lo vieron llegar, fue directo a casa.

—Pues descartamos que los golpes fueran de sus padres, pero no que ellos no lo matasen.

—¿Crees que los padres ahorcarían a su hijo?

—Dame los datos de los equipos informáticos.

—El chico conversaba con muchas chicas, siempre con un alto carácter sexual, era muy activo y quedaba con alguna casi a diario. No hay rastro de amenazas, solo conversaciones posteriores con las chicas que, esperando algo más serio de él, se enfadaban al descubrir que él solo las quería para el sexo.

—Lo imagino, ¿qué más?

—Presumía ante algunos amigos íntimos de sus conquistas, también de que pronto su vida iba a cambiar. Al parecer, le quedaban pocos meses para cumplir los dieciocho y heredar la fortuna de su abuelo, controlar el dinero en lugar de sus padres. ¿Crees que es motivo para que estos lo matasen? Ellos administraban el dinero.

—Quizás el chico recibía menos de lo que deseaba e iba a marcharse y dejarlos sin un duro. ¿Qué sabes de las finanzas de sus padres?

—No tienen apenas ingresos propios, viven de administrar la herencia.

—Ya tenemos un móvil.

—Quiero esperar un poco y hacer más averiguaciones antes de tomar la decisión de pedir un interrogatorio a fondo de dos personas que tal vez sean inocentes y estén pasando un duro momento.

—Me dijiste que su comportamiento cuando hablaste con ellos delataba que no había tanto dolor.

—No todo el mundo se desmorona ante un duro golpe, la fortaleza interior…

—Lo sé. ¿Tenemos algo de toxicología?

—Mucho alcohol en sangre, suficiente para haberle provocado un coma etílico.

—Pero pudo mantener relaciones sexuales con una chica en los baños de la discoteca, participar en una pelea y luego irse en taxi a su casa y que los padres no lo notasen ebrio; eso es muy extraño.

—Coincido contigo.

—Esperemos hasta las ocho por si llega más información, sigue con las redes sociales por si descubres algo nuevo.

Ella asintió. Entonces llegó un paquete para Esther, lo traía la recepcionista. Elena lo dejó en la mesa sin mucha simpatía y se marchó. La oficial lo miró extrañada, pesaría unos dos kilos y tenía un tamaño de cincuenta por treinta centímetros, con un grosor de otros cuatro centímetros.

—Ábrelo luego, estamos ocupados con el caso.

—¿Cómo dices? —Esther levantó la mirada y vio a Moretti haciéndole una mueca de complicidad.

—Claro, luego.

Llegaron al hotel del día anterior a las diez y media. Esther no había hecho las prácticas de tiro ni había ido al gimnasio, ya que estuvo hasta las nueve y media interrogando al padre de Ricky, que acabó derrumbándose ante la presión y confesando el crimen. Tras una discusión en la que el chico había bebido más alcohol, hasta el punto de perder la consciencia, ejecutaron el falso suicidio de un modo improvisado, chapucero como has podido observar esta mañana.

—¿Nunca te equivocas? —preguntó ella tras haber dejado los teléfonos móviles personales en el cuarto de baño.

—¿Te refieres al caso anterior? Era muy evidente.

—¿Experiencia?

—Un poco, también talento innato.

—No debo tener de eso, y tampoco todavía de lo anterior.

—No te menosprecies, en tu caso creo que es una cuestión de moralidad y prejuicios.

—¿Cómo dices?

—Todavía te cuesta creer que se sucedan crímenes entre personas que deberían tener un lazo de unión inquebrantable. Seguro que tienes un fuerte vínculo con tu familia, un pasado y presente muy feliz, y eso te hace dudar de que un padre pueda matar a un hijo o a la inversa.

—No creo que pueda pensar de otro modo con el paso del tiempo, es antinatural.

—Pero no lo convierte en imposible, la experiencia te lo dirá y te endurecerá.

—Ya me lo has dicho más veces, no sé si quiero que eso suceda, me asusta perder parte de mi humanidad, o toda…

—Vamos, abre el paquete que te dio Elena.

—¿Sabes qué es?

—Claro, te lo he comprado yo.

Ella le lanzó una mirada sin comprender lo que significaba ese comentario, luego procedió a quitar el embalaje.

—¿Un ordenador portátil? —preguntó al ver el MacBook Pro de última generación.

—Lo he comprado usando una tarjeta de crédito a nombre de un amigo, los del CNI no sabrán que lo tienes, así podrás indagar en el caso del político sin tener ojos y orejas en la espalda. Te he comprado un módem USB recargable con cien *gigabytes* para que navegues allá donde estés. Debes crearte cuentas nuevas de correo con otro nombre y datos personales, además de accesos a redes sociales y demás.

—Todo esto cuesta mucho dinero, no debiste…

—Vamos, será por dinero. Es una inversión.

—¿En qué? ¿En mí?

—No sigas por ese camino. Es para resolver el caso fantasma, para que te demuestres lo que vales y dejemos de hablar entre susurros en lugares como este.

—¿Qué pasará si lo resolvemos? ¿Eso salpicará al CNI?

—Y al ministerio también, será la noticia del siglo y caerán muchas cabezas, lo que hará que nos labremos importantes enemigos.

—Me asusta esa idea.

—¿Quieres dejarlo? ¿Quieres abandonar y seguir con tu vida?

—No, no pienso hacerlo. Y, por cierto, hablar entre susurros en lugares como este me pone caliente.

—Ja, ja, ja, no esperaba ese comentario. Voy a pedir comida, ¿quieres ducharte?

—No, pediré comida yo, así voy arrancando el ordenador. Dúchate tú primero.

Moretti salió del cuarto de baño y supo que ella seguía con la mirada fija en la pantalla, como solía hacer en el despacho.

—¿Te manejas bien con él?

—Lo primero que he hecho ha sido ver un vídeo en YouTube para aprender las diferencias que tiene con un PC, así que estoy alucinando con la rapidez y ya metida en foros sobre locales de alterne clandestinos. No he tenido tiempo para pedir la comida, hazlo tú, por favor.

—Claro, ahora mismo. Recuerda que puedes sincronizar el teléfono que te di con el ordenador; solo conéctalo por AirPlay y será automático.

—No lo sabía, ahora lo hago.

Moretti pidió dos platos de *risotto* de setas, además de una botella de vino blanco, a la recepción, y se mantuvo a la espera mientras oía teclear a la chica a su lado. No encendió la televisión, suponía que las noticias se centrarían en más reportajes sobre el trágico accidente de Pablo Hernández, con imágenes de sus mítines y también de su familia desconsolada, además del crimen atroz de los padres asesinos de un adolescente para lograr el control absoluto del dinero de su herencia.

Eran las once y cuarto cuando la comida llegó, Esther aún no se había separado del ordenador.

—¿No vas a ducharte?

—Después de la cena, estoy con algo jugoso.

—¿Me lo vas a contar?

—Luego.

Comieron en silencio, ella trabajando y él esperando a que lo informase de lo que fuese averiguando. Una situación incómoda para Moretti, que no contaba con el sentido de la vista y ahora no podía recrearse con el del oído al conversar. La chica se levantó tras terminar con su plato y dar un largo sorbo a su copa de vino.

—Voy a la ducha.

—¿No vas a contarme nada?

Ella salió en menos de diez minutos y con el cabello mojado, llevaba la misma ropa y no el pequeño pijama de la noche anterior.

—Tengo que ir a casa.

—¿Cómo dices?

—¿Qué hora es? Las once y treinta y siete. —Miró ella misma en el teléfono móvil—. Aún tengo tiempo de sobra.

—¿De qué hablas? ¿Tiempo de sobra para qué?

—Tengo que arreglarme.

—¿Arreglarte? ¿Me vas a explicar de una vez lo que pasa?

—Voy a entrar en el local a la una y media.

—¿Te refieres al local donde murió el político?

—Claro, ¿a cuál si no?

—Pero… ¿qué has averiguado?

Suspiró hondo y se sentó a su lado.

—No tengo mucho tiempo. Te lo resumo. Tras indagar por más de treinta foros y páginas donde hablan de esos asuntos, encontré una conversación en la que un cliente del local, más indiscreto de lo que dicta la lógica, hablaba de lo que allí se cuece. Le mandé un mensaje privado y respondió en el acto. Al principio se mostró escéptico, luego le hice creer que me gusta el vicio, que quiero vivir experiencias al límite y que adoro que me traten como a una puta, ya me entiendes. —Vio fruncir el ceño a su compañero, pero este no la interrumpió—. El tipo se puso cachondo al instante y trató por todos los medios de convencerme para quedar en un hotel a solas, pero le dije que eso no

me podría tan caliente como vivirlo en un local lleno de gente mirándonos. Me ha llevado lo mío, pero lo he convencido para que me invite.

—¿Así de rápido y fácil?

—Usé la psicología, sé lo que él quiere y he dado los rodeos justos para llevarlo hacia donde quiero yo. Él pretendía que fuésemos juntos, pero rechacé la invitación, le dije que prefería ir por mi cuenta y pagarme yo la entrada.

—¿Cuánto cuesta?

—Cinco mil por una noche.

—¿Tienes ese dinero?

—Pensaba que tú…

—No voy a permitir que vayas sola.

—No empecemos con eso, no soy una damisela desvalida, soy policía y sé protegerme por mí misma, ya lo he demostrado en casos anteriores.

—Esto no es una detención en un bar de carretera, y aun así suele ir media docena de policías bien equipados para realizarla. ¿Cómo te voy a dejar ir sola a un lugar así? Ni siquiera podrás entrar con tu arma.

—¿Dudas de mi capacidad?

—¿Capacidad? ¿Para qué? Es un antro lleno de pervertidos donde la vida de una chica no vale nada, solo serías un trozo de carne.

—Te veo como a un novio celoso que corta las alas de su pareja.

—¿Estás comparando una situación de salir de fiesta con unas amigas con esto? ¿Te has vuelto loca? Allí mataron al candidato a la presidencia del Gobierno y calcinaron el cuerpo en pocas horas para crear una tapadera. A saber cuánta gente habrá muerto sin que lo sepamos. ¿Cómo puedes creer que estarás segura allí yendo sola? Ah, vale… ya lo comprendo. Sería absurdo ir con un ciego, yo sí que estoy poco capacitado para entrar.

—Por favor, no le des la vuelta al asunto y tampoco vayas por ese camino. Yo no he hablado en ningún momento de tu capacidad en el trabajo de campo.

—Porque es obvia.

—Lo siento, Hugo, no tengo tiempo para esta interminable conversación. Soy mayorcita y voy a ir tanto si te gusta como si no.

—¿Y cómo piensas pagar la entrada?

«Joder».

—Esperaba más apoyo por tu parte.

—¿Te refieres al económico?

—Me refiero a todo. Quieres que sea una buena policía, lo esperas de mí y me instruyes, pero me cortas las alas cuando tengo una oportunidad como esta de infiltrarme.

—No uses la psicología conmigo, no soy ese baboso con el que chateabas hace unos minutos.

—No pretendía…

—¿Acaso no eres consciente de dónde vas a meterte y de lo que vas a encontrar allí?

—Solo voy a indagar entre los empleados, no voy con la intención de tener sexo, sabré cómo decir que no y quitarme de encima a esos pervertidos.

—Lo dices como si hablaras de infiltrarte en una empresa fiscal en la que preguntar a contables sobre un fraude. Allí hay depravados poderosos que estarán drogados y bebidos, personas que no valoran siquiera la vida de las mujeres o niñas de las que abusan por saciar unos minutos de placer sexual.

—Lo enfocas desde el punto de vista equivocado, eres como un novio celoso que le dice a su chica que se fía de ella, pero no de los chicos que la abordan. Sé lo que tengo que hacer y sabré defenderme allí dentro. Debes confiar en mí como lo harías en otro compañero que te pidiera lo mismo.

—Pero no lo eres, ¡joder!, no lo eres. Eres mucho más que eso y temo por ti más que por nadie en este mundo.

La chica se quedó sin palabras, nunca antes había recibido una muestra de amor como esa. Moretti, de no estar ciego, habría ido en su lugar solo por protegerla.

—Te quiero —dijo ella sin saber realmente si lo sentía o no.

—¿Me quieres?

—Sí, y necesito que me apoyes en esto.

—¡Dios, qué locura! Vas a hacer que pase la peor noche de mi vida, incluso peor que la de saber que mis padres habían muerto en un accidente o la que pasé tras el disparo que hizo que…

Ella comenzó a llorar y lo abrazó con fuerza, luego lo besó. Era algo que deseaba hacer. Valoraba ese cariño y protección que le brindaba, lo hacía sinceramente. Sabía que para ella esa noche sería muy difícil, la peor de su carrera como policía, y eso que había tenido que enfrentarse cara a cara con más de un asesino, pero más aún sería el calvario que sufriría Moretti al no saber qué estaba pasando en el interior del local.

—Te doy mi palabra de que me mantendré al margen de todo, de que me desharé del baboso que me ha dado la contraseña y de que me centraré en preguntar a las chicas empleadas con todo el tacto del mundo. Tengo que hacer esto, compréndelo, siento que debo hacerlo o me arrepentiré de una oportunidad como esta el resto de mi vida.

—Deja que vaya Ignacio u otro agente contigo. Yo pagaré las cuotas de entrada.

—No es una cuestión de dinero, sino de confianza en mí.

—Llevas un año en el cuerpo.

—Tú mismo me has dicho que debí tomar experiencia en la calle.

—Esto no será la calle.

—No, pero sabré defenderme.

—Está bien, eres demasiado terca como para hacerte cambiar de opinión. Pero tendré a dos patrullas camufladas en la puerta y quiero que lleves un teléfono móvil contigo.

—No se puede entrar con teléfono.

—Entregarás tu móvil personal en la puerta, pero llevarás otro oculto.

—¿Otro iPhone de ese tamaño que me has dado? ¿Dónde lo podría meter bajo un vestido ajustado?

—Te daré uno antiguo y pequeño, de esos de teclado y sin pantalla táctil, ya te supones dónde vas a tener que metértelo, pero lo harás y no hay más negociación.

—Está bien. Me marcho a casa para arreglarme como es debido para no levantar sospechas.

—Haré que unos agentes te lleven allí con la excusa de una misión de investigación rutinaria, apaga tu teléfono antes de salir de casa, pero llévalo contigo para dejarlo en la consigna del local y mete el otro en… ya sabes. Te lo haré llegar en unos minutos. Pulsa 1, # y llamada si necesitas ayuda, como siempre; estaré fuera toda la noche.

—¿Estarás allí?

—Claro, no querría estar en otro lugar esta noche.

Se besaron de nuevo y ella partió en un taxi a casa.

Moretti sentía que se le saldría el corazón del pecho en esos momentos, pero tomó su teléfono para conseguir un móvil pequeño y libre de escuchas.

El reloj marcaba la una y cinco de la madrugada, Esther salía de su casa con el pelo engominado hacia atrás y los ojos pintados de negro, se había puesto un vestido también negro, ajustado, muy corto y con escote, lo más apropiado que encontró en su armario, lleno principalmente de pantalones y camisas. Remataba el *look* con unos zapatos de tacón que no usaba desde hacía años y con los que le costaba andar sin parecer un pato mareado.

Sentía frío, y eso que la temperatura era ideal esa noche de verano, pero seguro que la sensación térmica era fruto del miedo que sentía a defraudarse por no dar la talla, a hacerlo también con Moretti, además de pensar que quizás esa noche sería la última de su vida, que no volvería a ver más a sus seres queridos. O era todo fruto de lo que Hugo y su pánico ante la idea de perderla le habían insuflado a presión en el estómago.

El coche camuflado esperaba ante ella con dos agentes vestidos de paisano y la dirección a la que debían llevarla. No hubo conversación durante el camino.

Llegó a la fachada tocando madera para que la contraseña fuese válida, quizás el tipo del foro solo era un fanfarrón que quería llevarla a un hotel. Tuvo suerte y por fin entró. Por ahora todo estaba saliendo bien, esperaba que siguiese así durante el resto de la noche. No se lo diría a Moretti, ni a su hermana, pero estaba más asustada que en ningún otro momento de su vida. Le dieron la charla de las normas, parecía que el tipo trajeado se supiese las caras de todos los clientes porque detectaba a los nuevos, o quizás soltase aquella chorrada interminable siempre a todo el que aparecía.

Soltó su teléfono móvil personal en la consigna y entró caminando como buenamente podía, con los zapatos de tacón y el otro móvil metido en una zona demasiado íntima de su cuerpo, una que últimamente solo había visitado Moretti.

La música a todo volumen era extraña y el lugar estaba en penumbra, pero podía ver a algunas parejas dando rienda de su deseo en mitad de corrillos de hombres mirando o masturbándose. Camareras muy jóvenes y casi desnudas iban de aquí para allá con bandejas para obsequiar con copas a los clientes. Fue a la barra para no desentonar con el ambiente y pidió una Heineken. Tras recibirla, le dio un trago y se decidió a caminar por la zona. Había que estar loco para pagar cinco mil euros por algo así, pensó, seguro que cualquier discoteca de adolescentes ofrecía casi lo mismo por veinte euros de la entrada con derecho a una copa. Claro que en esas discotecas no solían entrar personas de la edad que observaba y, si lo hiciesen, no tendrían el éxito de ligar y tener sexo con una chica bonita y joven.

Recordó de repente al idiota que le había dado la contraseña, apostaba a que seguía esperándola cerca de la puerta y deseando tener una cita íntima con la modelo cuyas fotos ella había tomado de Internet para enviarle a modo de gancho.

Vio las puertas plateadas al fondo y entró en la primera. Una orgía como no había pensado que existiesen, dentro el ambiente estaba muy enrarecido y tuvo que rechazar a un pesado borracho que le pidió unirse a la fiesta y a otro después que se conformaba con una mamada. Tuvo ganas de darle una patada en los huevos, pero se contuvo para no llamar la atención y delatarse.

El hedor en el ambiente no era solo una mezcla de ambientador y sexo, también notó algo en su organismo, alguna droga para lograr la desinhibición de los clientes le estaba afectando, pero no tanto como para que ella olvidase su objetivo.

«No bebas más para no aumentar el efecto de esa droga».

Sentía miedo al verse sola y en un lugar en el que ella, como

mujer, valía muy poco. Un sitio muy peligroso. Querría tener cerca a… a Cristina Collado, la que la había asesorado y también ayudado de forma activa en los casos que había resuelto. Pero ella estaba a casi setecientos kilómetros e iba siendo hora de emanciparse, de Cristina, de su hermana y de Moretti. Estaba sola y lograría su propósito sin más que su buen juicio y su formación.

En la siguiente puerta vio animales, sí, animales siendo sodomizados o participando de otro modo en una fiesta que era de lo más repugnante. ¿Eso era una cabra y aquello una serpiente pitón? Salió conteniendo las arcadas. Algunos animales incluso habían orinado y defecado mientras abusaban de ellos.

Pasó a la siguiente sala, tras dejar la cerveza vacía en un saliente de la pared para ese menester, y deseó haber llevado su arma reglamentaria.

«¡Dios mío! ¿Eso es una niña? ¡Qué asco y aberración!».

Alrededor del espectáculo había tres docenas de hombres masturbándose. Los gritos de la niña eran aterradores. Iba a saltar para partirles la cara a los tres tipos que la penetraban por todas partes cuando se fijó mejor en ella, tenía varios tatuajes, tres piercings y una marca de cesárea. ¿No era una niña? Ni por asomo con esas marcas. ¿Una actriz contratada para el *show*? Se fijó en los gritos de la chica, seguían un patrón, como una secuencia programada cada veinte segundos; fingía dolor, aunque lo hacía tan bien que engañaba a todos los enfermos mentales que se corrían literalmente a su alrededor.

Salió de la sala tras rechazar tres ofertas más de tener sexo con ella y buscó durante un largo rato los aseos del lugar, porque en algún sitio allí tendrían que aliviar la vejiga los clientes que no paraban de beber.

No había baños separados, eran mixtos. Mierda.

Si le costaba ducharse en los aseos del gimnasio ante las posibles miradas de otras chicas, aquello sería una tortura. Logró entrar en un cubículo cerrado después de rechazar con esfuerzo a seis hombres que quisieron un «favorcito rápido» por parte de ella pensando que era una viciosa más en el lugar.

«No quiero partirle la cara a uno de estos idiotas y llamar la atención, debo calmarme. Quizás, si me pongo violenta con uno, los demás lo ayuden a reducirme y acaben haciéndome todo lo que deseen antes de dejarme tirada en este asqueroso suelo. Luego los encargados del local me dejarían tirada, quizás muerta, en algún callejón cercano».

Se sacó el teléfono móvil de la vagina con algo de esfuerzo y susurró un mensaje de voz a Moretti entre arcadas por la repugnancia de tocarlo y acercarlo a la cara todo pringado de vaselina y sus propios fluidos.

<Esto es el infierno, está lleno de depravados y hay espectáculos que no creerías, pero sobrevivo y sigo adelante. Te mando otro mensaje en una media hora>

Se arrepintió al salir del baño por haberle dicho que sobrevivía, el exinspector podría imaginarse en su mente toda una suerte de abusos y agresiones, pero el mensaje ya estaba enviado y no había vuelta atrás, no tendría otra oportunidad de indagar allí sin sacar otros cinco mil euros a Moretti por otra noche, además de arriesgarse a que la contraseña cambiase cada jornada.

Solo esperaba que, tras oír el mensaje audiodescrito en su teléfono, él no entrase con la caballería y arrasase con el local antes de que ella encontrase a quien pudiera hablarle de lo ocurrido la noche del crimen de Pablo Hernández.

Sí, debió medir mejor las palabras del mensaje.

Se puso a toda prisa a buscar empleadas de las que iban en tanga y tacones para preguntarles. Encontró a una rápido.

—Hola guapa —le dijo—, ¿trabajas aquí solo como camarera? Me gustaría estar un rato contigo a solas.

—Lo siento, solo soy camarera, pero te envío a una compañera ahora mismo, no te muevas de aquí.

¿Qué hacer ante eso? ¿Se había delatado como policía? Era su primera misión encubierta y pensaba que todos a su alrededor la iban a descubrir de un momento a otro. Veía una conspiración contra ella por todas partes. ¿Quedarse allí a la espera de lo que le había prometido la camera o huir del lugar? ¿Qué habría hecho Moretti en su situación? Seguro que moverse de sitio. ¿Qué habría hecho Cristina Collado? Seguro que liarse a patadas y puñetazos para no dejar allí a ningún empleado ni cliente con consciencia.

«Cálmate, Esther, estás sufriendo una paranoia por la situación y por esa mierda de droga que están pulverizando en el aire. Sabes defenderte físicamente ante un ataque, salvo que venga de un enorme portero de discoteca experto en artes marciales o de un grupo numeroso. Relájate y confía en tu instinto».

Su instinto… como si eso lo tuviese ella en esos momentos.

Por suerte, una chica llegó para calmar sus nervios.

—Hola, no es usual que me llamen mujeres, menos aún una tan bonita y joven.

Esther se quedó unos segundos sin saber qué decir. Fue la empleada la que retomó la conversación.

—Si no te gusto, puede venir otra compañera, una más joven o de cabello moreno o de piel negra u oriental…

—No, no es eso… Es mi primera vez, no sé qué decir. Eres muy guapa.

—Tú también, ¿quieres ir a un reservado?

—Claro, te acompaño.

La chica no tendría, aparentemente, más de diecisiete años y era de una complexión idéntica a la suya: rubia, delgada, alta y de cara aniñada. Fingía timidez con su rostro de una forma convincente, pero la delataban los detalles físicos, sobre todo la forma de caminar decidida hacia el lugar en el que supuestamente iban a pasárselo bien.

La condujo hacia un pasillo oscuro y con gruesas cortinas negras a los lados, desde el que se podían oír gritos y gemidos por igual.

—Desnúdate, aquí nadie nos ve ni nos molestará —le dijo tras correr la cortina—. Te lo digo porque me has dicho que es tu primera vez, nunca antes te he visto aquí y tu cara me sonaría, eres preciosa.

—Gracias. ¿Qué podemos hacer aquí?

—Lo que quieras, pero si es sado y me harás daño con golpes o juguetes, te costará algo más.

—Entiendo. Ya oí ayer que incluso habían matado a un cliente hace dos días, deben de ser muy raros algunos para pedir que los maten.

La chica se puso blanca en el acto, paralizada por completo.

—No serás policía…

Esther actuó con toda la rapidez que pudo. Se desnudó ante ella por completo.

—He venido a pasarlo bien, pero también me gusta conversar un poco y ese rumor es muy jugoso, ya me comprendes. Las chicas no podemos evitar ser algo cotillas. Vamos, no te hagas la estrecha, no es tu oficio.

Ella se desnudó también, aunque solo tuvo que despojarse de la braguita. Mantuvo los zapatos de tacón el doble de altos que los de la oficial.

—Vamos, dime, me come la curiosidad, quedará entre tú y yo. Debió de ser una experiencia alucinante para tu compañera si vio eso en vivo. No me digas que es un rumor, dime que pasó de verdad, tuvo que ser muy fuerte presenciar algo así. —Fingía incluso sadismo en su rostro para convencerla de que no era más que curiosidad.

La empleada se lo pensó dos segundos, luego bajó la mirada a la vez que mostraba un gesto apesadumbrado.

—Vanessa dijo que casi se muere del susto, no esperaba que sucediese. Ni siquiera sabía si eso formaba parte del espectáculo que había pagado el cliente.

—Ya lo imagino. ¿Cómo está ella?

—No viene desde aquella noche, fue la última vez que habló con las demás, con nosotras.

—¿En serio? ¿No ha venido más?

—No. ¿Por qué haces tantas preguntas? ¿No prefieres que te coma el coño? Soy la mejor y pensaba que querías eso.

—¿Por qué te asustas así? Solo quería hablar contigo para conocernos.

—Aquí nadie viene a conocernos, solo a saciarse. Nos han dicho que pulsemos el botón de nuestra pulsera cuando pensemos que tenemos a un periodista o policía en el local. —La chica tenía el pulgar de su mano izquierda sobre una negra pulsera en la mano derecha.

—No soy policía ni periodista. Por favor, solo soy curiosa y te estaba intentando sonsacar algo demasiado privado, te pido perdón. Vamos, cómeme el coño como sabes, demuestra lo que vales.

La chica dudó unos segundos y luego obró como si no quisiera problemas, se arrodilló ante Esther y se acercó a donde ocultaba el teléfono móvil.

Si la oficial no había olvidado sus clases de artes marciales, cosa imposible, le sería fácil inmovilizarla.

Lo hizo sin esfuerzo por el pequeño tamaño de la chica y su nula formación para zafarse de sus brazos. Pero eso no hizo que gritase con todas sus fuerzas. Esther le tapó la boca con la mano izquierda y esperó durante más de dos eternos minutos. Nadie apareció para curiosear desde el otro lado de la gruesa cortina negra, ni para socorrer a la empleada, lo que le hizo pensar que en esos reservados pasaban cosas horribles ante los oídos sordos del resto de clientes y empleados.

—Escucha lo que te voy a decir y colabora. Soy policía y quiero que me respondas a unas preguntas. No te haré daño si no te lo buscas tú, ¿está claro? Parpadea si lo has comprendido. —Ella lo hizo—. Quiero que me cuentes todo lo que te dijo Vanessa y cómo localizarla. Voy a soltarte la boca, no te servirá de nada gritar porque ya sabes que aquí nadie vendrá. Vas a cooperar por las buenas o por las malas, porque tengo dos patrullas ahí fuera que te sacarán de aquí esposada y te pasarás interminables horas en una sala de interrogatorios. ¿Me has comprendido?

Ella volvió a parpadear para asentir.

Esther le arrancó la pulsera negra de goma y la tiró al suelo antes de interponerse entre ella y la cortina para impedir que escapase.

—No quiero que me detengas, por favor, no lo hagas. Te diré lo que quieras.

—¿Tienes miedo a lo que piensen tus padres si te detienen en un sitio así?

—¿Mis padres? No los veo desde hace un año y no creo que les importase. Lo que no quiero es acabar muerta, como Vanessa.

Esther quedó muda, no imaginaba esa respuesta, ni siquiera se sentía ya incómoda al estar completamente desnuda en ese lugar desconocido y donde hasta hacía unos pocos minutos se sentía tan

vulnerable y sola.

—¿Qué le ha pasado a Vanessa?

—¿Tú qué crees? Ya te lo he dicho. La han matado.

—Continúa hablando. Cuéntamelo todo.

—No sé más, solo son habladurías aquí dentro. No debió estar en ese reservado y la han matado para que no hable.

—Que no hable de qué.

—Si te lo digo, acabaré igual, prefiero que me mates ahora, lo harás mejor que ellos.

—¿Ellos? ¿Tus jefes? Dime lo que sabes de ellos y te prometo que te protegeré.

—Tu vida valdrá lo mismo que la mía, nada, ellos pueden hacer lo que deseen.

—Te estoy dando mi palabra.

—Estás loca, no sabes en lo que te has metido. Vanessa, o como se llamase de verdad, vio a uno de los nuestros matar a un político y ahora está muerta. Todos morirán si meten la nariz en eso. Por favor, déjame irme, déjame salir y te prometo que no te delataré, me iré para siempre de aquí, de Madrid y de España.

«Está aterrorizada, tiene mucho que contar y no puedo dejarla ir».

—¿Viste a los del CNI esa noche? Seguro que sí. ¿Se llevaron ellos a Vanessa tras contarles lo que había presenciado?

—Claro, y no la hemos vuelto a ver. Ni siquiera responde a las llamadas cuando hemos intentado contactar con ella. Su teléfono está como muerto o desactivado. La han matado y matarán a toda la que hable.

—¿Que hable de qué? Has dicho antes que fue uno de los vuestros. ¿Quién mató al cliente?

—Eso no nos lo dijo Vanessa, solo que era un camarero, estaba muy alterada, casi le costaba hablar.

—Uno de los empleados de este local mató a un cliente ante ella y aún sigues aquí.

—Necesito el dinero.

—Por favor, dime algo más, te vuelvo a prometer que me encargaré de tu seguridad.

—No, tú no puedes…

—Tengo que hacer una llamada, no te muevas o te golpearé hasta dejarte inconsciente si es necesario.

La chica, arrodillada y llorando, asintió.

Esther volvió a sacar el teléfono móvil y llamó directamente a Moretti.

—¡Entrad! ¡Entrad ya y no dejéis salir a ningún empleado!

Fuera del sistema

Los gritos policiales se oyeron desde el propio cubículo privado en el que permanecían Esther Gallardo y la empleada, ya vestidas cuando irrumpieron los agentes con las armas en alto. No habían hablado mucho más sobre el tema, la oficial se había dedicado a calmarla asegurándole una y otra vez que se encargaría personalmente de su seguridad.

Moretti apareció y, a pesar de su ceguera, se las ingenió para acercarse y abrazar a la oficial con todas sus fuerzas. La empleada del lugar vio su dolor en el rostro y luego pidió a Esther que la protegiese con el mismo mimo que había empleado él en ella.

Esther acompañó a la chica fuera, allí había una docena de patrullas, también estaba Ignacio con el Audi S8.

—¿Y esto?

—Ni por asomo te hubiera dejado aquí sola con solo dos camuflados, hice venir a todos los efectivos de la ciudad. Simón te va suspender de empleo y sueldo durante dos años por lo menos, y eso significa que yo estoy fuera del programa también.

—¿Has hecho todo esto por mí?

—No imaginas lo que les ha costado a los agentes impedirme entrar ahí con un arma, aunque no pudiera ver a quién disparaba.

Ella lo abrazó de nuevo, como no lo había hecho con nadie en su vida, y rompió a llorar como una niña pequeña entre sus brazos. Había pasado un miedo horrible, indescriptible, en ese lugar, pero no sería capaz en ese momento de reconocerlo. Había cometido una imprudencia, pues podría no haber controlado a la chica y que la descubriesen otros empleados, que hubieran hecho con ella lo que hicieron con Vanessa; ahora estaría camino de una muerte horrible por no haber pensado mejor en la forma de llegar allí y contactar con una empleada. El caso es que lo había logrado y tenía que centrarse en ella, en protegerla y sacar todo lo que llevase dentro.

—La chica, Hugo, la chica es la clave, protégela.

—Ya lo estamos haciendo.

—No, la policía no, tenemos que protegerla nosotros. La policía no es segura ahora.

—Está bien, lo entiendo, se lo diré a Ignacio y que la lleve a un lugar que solo conozcamos tú y yo.

—El coche de Ignacio no es seguro.

—Bien pensado, me encargaré de todo personalmente, me iré con ella en un taxi y te contactaré por el iPhone.

—Lo dejé en el hotel. Me traje el mío personal y seguirá confiscado en la consigna del local.

—Pues ve al hotel y espera instrucciones.

—Hugo, ¿hemos detenido a los organizadores o gerentes del local?

—Lo siento, cuando hemos entrado, solo hemos podido atrapar a dos clientes que estaban muy ebrios.

—¡Mierda! ¿Cómo han…? Si ahí había cientos de personas hace unos minutos.

—Contaban con una puerta trasera y se nos han adelantado.

—¿Con tan poco espacio de tiempo? La mayoría estaban muy borrachos y drogados y no habrán podido correr siquiera.

—Alguno de los policías que han participado en la operación ha dado el chivatazo concediéndoles un valioso tiempo, estará a sueldo de los gerentes del negocio.

—Entiendo… No pasa nada. Gracias por todo lo que haces por mí.

—De lo tuyo hemos llegado a tiempo, pero no de impedir otro crimen.

—¿Cómo dices?

—Hemos encontrado a otra persona asesinada en uno de los reservados.

A pesar de la reprimenda que podría recibir en breve, la situación peligrosa vivida minutos antes hizo que el edificio de la comisaría se mostrase ante ella como un paraíso de luz y color a su llegada, aun sin ver a los agentes y oficiales que la miraban con asombro tras saber de la peligrosa incursión que había acometido sola y sin armas. Esther venía de coger su iPhone no registrado en el hotel y entró como un zombi, ni siquiera vio a la recepcionista a su izquierda ni se percató de que seguía con el vestido de fiesta, los tacones y el maquillaje corrido por la cara, así como el cabello despeinado. Entró en el despacho y se sentó para suspirar hondo.

Moretti estaba aún en paradero desconocido.

No tuvo ni cinco minutos de descanso hasta recibir la llamada del comisario.

—¿Da su permiso?

—Pasa, pero no te sientes, será rápido.

—¿Cómo?

—Estás suspendida durante seis meses de empleo y sueldo. —El comisario no era capaz de mirarla a la cara.

—¿Por qué motivo?

—Por desobedecer órdenes desde arriba, de tu superior.

—Estaba investigando un crimen en un lugar en el que se acaba de cometer otro. Tenemos a un asesino en serie que ha actuado dos veces en setenta y dos horas.

—Lo sé, ese nuevo crimen lo llevan los del CNI también. Pero teníais unas directrices.

—Gilipolleces.

—No lo hagas más difícil.

—Simón, esto es una putada.

—Es la primera vez que me llamas por mi nombre, eso me gusta, ya te están brotando los huevos que se necesitan para tu puesto, pero no me agrada que desobedezcas mis órdenes. Ya me has oído, recoge tus cosas y márchate.

—Estás sucumbiendo a una mierda de sistema corrupto que va en contra de la ley y la justicia.

El comisario se levantó de repente y la tomó por la fuerza del brazo, luego la llevó a empujones a la cocina.

—Vamos, márchate y no des más problemas; no te metas en algo que acabará con tu vida, no solo con tu carrera. Moretti ya te dirá lo que debes hacer.

—Pero… ¿Moretti?

—Eso has oído. —Se acercó y le susurró al oído ante su sorpresa—. Lárgate y agacha la cabeza, joder. Seguid con los que estáis haciendo, pero hacedlo en secreto. ¿Me has oído? Estar en la comisaría y continuar con vuestros puestos no es algo seguro.

Ella asintió y fue al despacho a por sus cosas. Al llegar a la puerta que daba al garaje para montarse en su coche pudo ver a Ignacio haciéndole señales desde la distancia, lo siguió en silencio a la calle y de ahí a un coche diferente al habitual. Entró en el asiento trasero.

—Teléfonos no registrables —dijo Nacho—, y ahora un coche diferente, uno alucinante, un Audi RS5 que ha alquilado Moretti. No nos oye nadie ahora, cari.

—Lo siento, Nacho, estoy en *shock*.

—No me extraña nada después de lo que habrás vivido hace un rato, a ver si te recuperas y me lo cuentas, que estoy que me muerdo las uñas.

—Asco, Nacho, solo asco.

Y el agente la dejó reposando lo que llevaba dentro. Se adentraron en el barrio de Carabanchel, llegaron al cruce de la calle General Ricardos con la avenida Oporto y aparcaron en una calle muy estrecha.

—Ya hemos llegado. Veo por tu cara que no reconoces la zona, es nuestro piso franco.

—¿Piso franco?

—Pregunta cuando llegues al tercero, espero que te queden fuerzas, no hay ascensor. Mejor quítate esos tacones tan pasados de moda.

Arriba esperaban Moretti y la chica del local, aunque esta permanecía durmiendo en uno de los tres diminutos dormitorios del piso. Olía a café recién hecho. El exinspector no dejó hablar a la chica al recibirla, solo le dio un abrazo y le dijo que toda la ropa de su apartamento y su ordenador nuevo estaban allí.

Tardaron unos minutos, tras tomar los cafés, en ponerse al día. Lo hizo Moretti:

—Ahora estamos al margen de la policía, aunque supongo que eso lo barajarías cuando empezó todo esto.

Ella asintió con la cabeza, aún tratando de asimilar su nueva situación.

—Aquí no nos buscará nadie —dijo Moretti—, lo he previsto todo para que seamos invisibles para el CNI y para el propio comisario.

—Él sabe que ahora seguiremos con el caso, me lo ha dicho en la cocina de la comisaría.

—Él sabe lo que tiene que saber, no le he contado más para no implicarlo, ni siquiera lo de la empleada que tenemos aquí.

—¿Te has gastado tanto dinero para esto?

—¿Para esto? Es para lograr algo que yo no tuve cojones de hacer cuando lo tuve delante hace unos años.

—¿También tuviste casos fantasmas?

—Claro, todos tenemos que vernos las caras con el CNI en algún momento. Yo no tuve valor de levantar la mirada. Tú lo has hecho y eso me ha dado las fuerzas que necesitaba para ayudarte.

—Estamos fuera de la Policía, estás loco.

—Estamos fuera del sistema. Y me siento más vivo que nunca. Date una ducha, pareces necesitarla. Luego hablaremos.

Esther no objetó nada, tomó la ropa de la maleta que le había traído Moretti y se dirigió al cuarto de baño, tan cutre como el de su apartamento. Allí observó su cuerpo desnudo ante el espejo, delgado y demacrado como el de siempre, no sentía en ese momento que se hubiese fortalecido con las clases del gimnasio. Pero había sobrevivido a la incursión a solas en el local, a pesar de la ayuda externa posterior. Eso le daba ánimos, pocos. Se duchó rápido y salió mientras se secaba el cabello con una toalla. Observó a Moretti y a Nacho en el pequeño salón.

—En menudo lío os he metido —dijo a la vez que no evitaba las lágrimas brotar.

—Cari, estamos contigo para lo que haga falta. ¿Necesitas un achuchón?

—Claro, pero antes dime qué has querido decir con lo de zapatos

pasados de moda.

—Necesitas urgentemente que vaya de tiendas contigo.

—Bueno —interrumpió Moretti—, dejemos esa conversación para otro momento; la gravedad de la situación nos exige centrarnos en el caso.

—Tienes razón. ¿Cómo vamos a investigar si no tenemos acceso a la información? Ni siquiera estará en los archivos del sistema interno de la comisaría, solo en los del CNI.

—Tendremos que contar con algunos de mis confidentes.

—Ya los echaba de menos —dijo ella con una sonrisa.

—Seguro que su ayuda es más valorada ahora, ¿verdad?

Ella no objetó.

—¿Cómo vamos a movernos? ¿Nos perseguirán con satélites, como en las películas?

—No lo creo, Ignacio, al menos por ahora. Si intuyen que estamos haciendo averiguaciones importantes y comprometedoras, sí que lo harán, usarán todo lo que esté a su disposición para frenarnos y silenciarnos. Tenemos que ser cautos, pasar desapercibidos al movernos y no dejar rastro de cada entrevista que hagamos, así como preguntas indiscretas en la red.

—¿Puedo llamar a mi madre para decirle que estoy bien?

Ante la pregunta del agente, Esther preguntó también si podía llamar a su padre y a su hermana mayor.

—Claro, pero lo haremos desde algún teléfono público que esté lejos de esta zona. Nunca en un hotel o lugar donde haya cámaras de vigilancia privadas ni públicas, aunque os recomendaría que no lo hicieseis.

—¿Por qué?

—Porque es muy probable que el CNI haya pinchado los teléfonos de vuestras familias y amigos; y, al ver que os estáis hospedando fuera de vuestras casas y no usáis los teléfonos particulares, supongan que estamos investigando donde ellos no quieren que lo hagamos. Yo esperaría unas semanas.

—Mi madre se muere si tardo cinco minutos de más en llamarla cada noche.

—Bien, Ignacio, entonces vete a casa esta noche, siguiendo todas las precauciones posibles y en un taxi, y llámala para decirle que te han destinado a otra tarea en la comisaría y que estás decepcionado porque no sabes a qué viene ese cambio. Dile a tu madre que nadie te ha contado nada y que te sientes frustrado porque no hemos confiado en ti. Muéstrate convincente, dile que pensabas que éramos tus amigos, pero hemos obrado a tus espaldas sin hacerte partícipe. Simón te ha concedido otro destino, pero es una tapadera, será en tareas informáticas dentro de la comisaría y allí habrá otro agente

manejando el ordenador en tu lugar.

—Vaya, lo has pensado todo.

—Gracias, Esther, espero no haberme olvidado de nada y que todo salga bien, porque lo he planificado con demasiada urgencia.

—¿Cómo has pensado que podría llamar yo también a mi padre y a mi hermana?

—Lo siento, eso no sé cómo hacerlo.

—Se van a preocupar mucho si no los llamo al menos una vez por semana.

—¿Tienes algún familiar, primo o tío, en Madrid?

—Una hermana de mi padre.

—Mándales cartas a tu padre y tu hermana con remite a nombre de esa tía tuya, usa el correo ordinario, eso no lo investigarán por ahora. Echa cartas en buzones en la calle y diles que… bueno, usa tu psicología para hacerles saber que estás bien, pero que no puedes llamarlos por teléfono.

—Eso será complicado.

—Recuerda que no puedes enviar muchas cartas o será demasiado sospechoso.

—Ya lo había pensado. Una a la semana o cada diez días.

—Vamos a descansar, es muy tarde. Y recordad que los del CNI tienen recursos ilimitados, pueden descubrirnos tras cualquier descuido.

—Qué pena que no los usen para resolver casos. Es vergonzoso que en la Policía estemos tan limitados cuando somos nosotros los que resolvemos los crímenes.

—Aún peor, ellos se permiten el cometer muchos asesinatos amparándose en que defienden al país y a sus ciudadanos.

Unas horas antes:

Manuel Gutiérrez, director del CNI, veía esa noche cómo su patata caliente se multiplicaba de tamaño sin previo aviso y a un ritmo asombroso. Se había vuelto a levantar de madrugada ante la llamada de teléfono y regresado al local que había visitado dos noches antes. Allí le informaron de otro crimen, el de un empresario importante y protegido por las altas esferas.

—¿Por qué hay tanta presencia policial en la zona? —preguntó a uno de sus agentes de confianza antes de entrar.

—Estaban en una misión secreta.

—¿Secreta? ¿De qué coño hablas?

—Parece que la policía ha infiltrado a un inspector esta noche en el local.

—¡Me cago en Dios!

Llamó al comisario Simón Ramos en el acto.

—¿Señor?

—Ni señor ni pollas, ¿qué coño te ordené? El caso es nuestro y te dije que os olvidarais de esto.

—Uno de mis operativos decidió obrar por su cuenta.

—¿Uno de tus operativos? Eres responsable de lo que hacen tus chicos. Esta es la última vez que te lo digo, te haré responsable directo de lo que ocurra al margen de mis órdenes, ¿me has oído?

—Voy a suspender durante seis meses a mi operativo.

—No me vale, quiero sus datos y los de todos los implicados en esta operación.

—No sé si estoy autorizado a darte esos datos.

—Me autorizará un juez en menos de cinco minutos, ¿prefieres que te llame el ministro en persona?

—Está bien, tendrás toda la información en una hora.

—No me fío de ti, Ramos, y no me gusta desconfiar de mis apoyos. Te voy a tener vigilado.

«Haz lo que te salga de los huevos, gilipollas engreído. No soy tu apoyo ni nada parecido, ni siquiera un subalterno» —pensó el comisario tras colgar la llamada.

Manuel Gutiérrez entró en el local pensando en la forma en la que iba a hacer responder al comisario por sus actos, se cebaría con él a conciencia cuando todo hubiese acabado. Fue conducido por el agente hasta el lugar del crimen, donde encontró el cadáver del empresario.

—¿Le han hecho la autopsia?

—No, no hemos dejado entrar esta vez a la forense ni a los de la científica.

—Bien, ¿y la chica?

—No hemos encontrado a la chica que estaba con la víctima.

—¿Cómo has dicho?

—Todo ocurrió muy rápido. La policía entró a toda prisa para hacer una redada o rescate de su agente y todo el mundo desapareció.

—Y aquí no hay cámaras para saber qué chica estaba con él en el reservado ni quién es el agente o inspector que husmeaba.

—Eso es.

—Joder, pues al menos consigue localizar a todos los empleados hasta que des con la que falta.

—Ya estoy en esa tarea, señor.

—Dame resultados en menos de dos horas.

Se separó de su agente y llamó por teléfono.

—¿Qué quieres a estas horas?

—Tenemos otro crimen, señor —le dijo al ministro.

—Estoy aún dormido y no sé de qué me hablas.

—El local, ya sabe, el de hace dos noches, han asesinado de igual forma a Javier Kimmel, el empresario de las máquinas tragaperras.

—Dime que eso es una puta broma. —Ya estaba el ministro despierto del todo.

—Eso me gustaría, pero no hago bromas con mi trabajo, y menos de madrugada.

—Mantén a la policía al margen y cierra el asunto como sabes. ¿Javier Kimmel? Eso nos dará muchos problemas, los alemanes harán muchas preguntas, tanto sus socios como su familia. ¿Tienes pensada una tapadera?

—Un ataque al corazón.

—No colará en su familia. Tendremos que hablar con ellos.

—¿Contarles lo sucedido?

—Ya suavizaremos la historia. Encárgate de eso, es tu labor.

—Hay algo más, señor.

—Dime que es algo positivo.

—¿En una situación como esta? Lo siento, la policía estaba en el local, hacía una operación encubierta con apoyo desde el exterior.

—¿No es tu tarea encargarte de mantener a la policía al margen?

—Sí, pero acabo de enterarme de que un dispositivo insurgente ha obrado por su cuenta.

—Mantén vigilado al comisario, sigue de cerca a esos insurgentes y mándame un informe cada seis horas. Encárgate de esto y dime que está cerrado antes de que termine el día de hoy.

—Así lo haré, señor.

Lamerle el culo al ministro le hacía revolver las tripas, pero ahora tenía otros inconvenientes mucho peores que solucionar: tenía que encontrar a la chica que estaba con la víctima y hacerla desaparecer de forma limpia, también tratar con los socios y la familia de Kimmel, cosa complicada; y la peor de todas, con diferencia, era la persecución y posterior anulación de la investigación que llevaban a cabo esos inspectores de la Policía. ¿A cuánta gente tendría que matar esa próxima semana? Joder, no aceptó el cargo para eso.

Experiencia real

¿La imagen mostraba cada vez más arañazos de esos de los cabezales o se lo parecía a él? Había reproducido la cinta de VHS como mil veces y ya tenía que hacer otra copia desde el original, en DVI, para lograr algo más nítido y sin interferencias.

A pesar de esos pensamientos, se centró en observar una vez más como la niña corría por el jardín con su muñeca nueva, el regalo que más ilusión le parecía haber hecho por su séptimo cumpleaños, el que le había traído él. Mantenía el foco a esos pocos metros y la seguía con la cámara exultante de felicidad y orgullo; su pequeña, su sobrinita querida. No solo en la familia la veían como la niña más guapa del mundo, con su largo cabello rubio, los grandes ojos azules y esas facciones en la cara que la hacían parecer una princesita Disney; también atraía las miradas de admiración en el colegio y por las calles al pasear con sus padres por las tardes y los fines de semana. La pequeña seguía corriendo, se sentó de repente en el césped y comenzó a acariciar el largo cabello de la muñeca; miró a la cámara y dijo que era la muñeca más bonita del mundo. Él, sin dejar de grabar, le dijo que no, que la muñeca más bonita era ella, sin duda. La niña se sonrojó y se le marcaron las pocas pecas de sus mejillas.

Y pasaron los siete minutos.

No se cansaba de aquel vídeo, ¿cómo iba a hacerlo? Era la gasolina que necesitaba para seguir avivando el fuego de su venganza. Por ese motivo, revivía los diálogos y los mismos pensamientos que tuvo cuando vio la cinta por primera vez.

Ya se había cobrado dos vidas, no las llamaría víctimas, pues esa palabra entraña socialmente algo de inocencia y esos dos no sabían lo que significaba la inocencia. Los monstruos no deben recibir consuelo ni piedad, solo una patada en el culo hacia el infierno que se merecen y que se han ganado con sus acciones.

Fue fácil, como lo podría ser cada noche que trabajase en aquel antro de perversión, de vicio antinatural. Mucho más de lo que fue lograr que lo contratasen en el mismo como camarero.

La entrevista vino a su mente como un sueño remoto, a pesar de no haber pasado ni un mes.

—Tienes referencias como camarero de garitos y bares nocturnos, aunque esto es algo muy diferente.

—Me hago cargo, pero soy trabajador, también discreto, necesito el dinero y haré lo que sea por ganarme el sueldo.

—El sueldo es mejor que los que hayas recibido antes, te lo garantizo —le dijo el tipo de sesenta años, trajeado y muy seguro de sí mismo—, pero de tus cualidades necesito sobre todo la discreción.

—Soy ciego, sordo y mudo, aunque no lo haya mencionado en el currículo.

—Esa es la respuesta más original que he recibido. El empleo es tuyo, espero no arrepentirme de mi decisión.

—No lo hará, se lo aseguro.

Sí, eso fue fácil también visto desde la distancia, pero lo que había ocupado todo su tiempo, lo difícil de verdad, fue encontrar a los que iban al local a los espectáculos secretos, por los que había que pagar nada menos que veinte mil euros por persona, esos solo podían mirar. El resto, unos pocos elegidos, participaban de la fiesta a cambio de cien mil euros. Claro que, para descubrirlos, tras entrar como empleado, tuvo que ganarse la confianza de los que ya trabajaban allí desde hacía años.

Era totalmente nauseabundo oír las experiencias que le narraban, cómo esos perturbados abusaban de niñas pequeñas en una sala privada y muy apartada del resto de clientes, niñas secuestradas para dar una experiencia más intensa, totalmente real, a quienes pudieran pagar por ella y fuesen de la más estricta confianza del gerente que lo dirigía todo. La mayoría de clientes se cansaban de lo que veían y experimentaban en las cinco salas, descubrían con el tiempo que era todo programado como en una película para engañar a los clientes comunes; si tenían el suficiente dinero, se les ofrecía esa experiencia nueva y totalmente real para que se dejasen más dinero y no abandonaran su suscripción mensual. Aquello es lo que daba beneficio verdaderamente al negocio.

Sintió que debía hacer una prueba antes de comenzar con su plan. El día que eligió para comenzar con su venganza, siguió a los clientes comunes y vio al candidato a las presidenciales que le habían señalado dos compañeros. Daba igual el antifaz, era solo para que ellos se sintieran seguros en el anonimato, pues entre los empleados se iban susurrando quién era un actor, deportista, cantante o, en este caso, político famoso. Lo siguió para ver que el tipo solo se interesó por la sala tres, la que simulaba la violación de una niña; vio desde la distancia cómo se masturbaba pensando, el muy imbécil, que Inés era una niña sufriendo una violación en lugar de una actriz contratada a un precio desorbitado. Ya tenía a la víctima de prueba y solo tuvo que seguir sus movimientos hasta que se decidiese a probar los reservados.

Lo sentía mucho por Vanessa, era una buena chica y los del CNI le habían quitado la vida para atar un cabo suelto, siendo tan estúpidos de no haberla interrogado para que lo delatase. Esta noche había sido más precavido para no dejarse ver por la empleada que estaba con la

primera víctima del juego, su segundo crimen.

Y dibujó otro círculo sobre la foto de la tercera persona que iba a matar en los próximos días, la segunda pieza del puzle, en cuanto tuviese la ocasión de hacerlo.

La testigo

La distribución de los dormitorios en el piso dejaba solo dos opciones; uno para Ignacio, otro para la chica y el tercero para compartir entre Moretti y Esther; la segunda opción era dormir por separado todos y que uno de ellos lo hiciese en el sofá pequeño del salón. La testigo del local se ofreció ingenua a ocuparlo cuando se unió a ellos tras dar una larga cabezada, luego comprendió que se estaba metiendo donde no la habían llamado y regresó al dormitorio que había ocupado para continuar el resto de la noche.

Unas horas más tarde:

Moretti despertó y no sabía qué hora era, tampoco podía accionar la aplicación de su teléfono móvil para ciegos y que le anunciase la orden sin despertar a Esther, que dormía plácidamente a su lado en la única cama de matrimonio del piso. Decidió acurrucarse muy despacio con ella, abrazarla y oler su cabello, eso era mejor que nada de lo que había experimentado nunca antes. Y se quedó dormido de nuevo. Despertó cuando ella se movió, no estaba despierta del todo, solo desvelada, así lo sintió por sus leves gemidos, y aprovechó para abrazarla más fuerte pero despacio, sin querer sobresaltarla.

—Hummm.

—¿Esther?

—Hugo.

—¿Has tenido dulces sueños?

—Ojalá, pero ha sido dulce el despertar.

—Me alegro. ¿Me contarás la pesadilla?

—Nada del otro mundo, estaba en la casa de campo de mi familia y había desaparecido mi madre, la buscábamos sin cesar repartidos por la zona, yo la oía llamarme entre gritos y gemidos de dolor, pero no lograba encontrarla por más que buscaba.

—¿Sabes qué significa?

—No —mintió ella.

—¿Vamos a desayunar?

—Claro. Deja que vaya al baño.

Esther se lavó la cara tras vaciar la vejiga, le apetecía otra ducha, pero no iba a acaparar el único baño que compartía con otras tres personas. Claro que sabía el significado del sueño, recordaba todas las clases al detalle de la carrera de Psicología; además, era una de las pesadillas más comunes. Soñar que se pierde un ser querido es un mensaje del subconsciente, del cerebro, para avisarte de que estás

descuidando a esa persona, o que la estás defraudando.

«No puedo descuidar a mamá porque está muerta, recuerdo cada día su pérdida con todo el dolor del mundo. ¿Defraudarla? ¿Por ser policía, por estar con Moretti o por seguir este caso que nos pone en peligro a todos? Quizás la defraudo por no ser capaz de pasar página, de hacerme fuerte y recordarla con una sonrisa en lugar de lágrimas. Saber de dónde procede un sueño no sirve de mucho, o quizás para mortificarme más, cuando no sé cómo obrar para eliminar de mi mente ese pesar».

—¿Esther? ¿Estás bien?

«Joder, llevo demasiado tiempo en el baño».

Salió para dejar entrar a su compañero y decirle que iba a preparar el desayuno, aunque ella no sabía si la cocina estaba repleta de alimentos para eso.

Encontró fruta, café, leche, té, galletas de avena, azúcar moreno… Sí que había de todo. Tardó unos diez minutos en tenerlo listo para cuatro comensales. Al llevarlo al salón, se encontró con sus tres improvisados compañeros de piso allí en pijama y esperando ante el televisor.

—¿Hablan de lo de anoche? —preguntó ella mientras dejaba la bandeja sobre la mesa.

—Nada del local, solo que le ha dado un infarto a un importante empresario alemán del ocio y las máquinas tragaperras.

—Pues ya tenemos la coartada. Al menos me alegro de que no hablen de mí.

—¿Por qué iban a hacerlo? —Lo había preguntado Moretti y los otros dos la observaban con curiosidad.

—Lo decía por si informaban de que yo fuese sospechosa para endosarme el crimen.

—Pero si hablan de un infarto…

—Es cierto, estoy espesa aún, lo siento.

—¿Cómo estás, cari? ¿Cómo has dormido?

—Bien, Nacho. Mejor de lo que pensaba, aunque siempre surge alguna pesadilla.

—¿Por lo de anoche?

—No lo sé. Comamos, se van a enfriar los cafés y las tostadas.

Se sentaron a la mesa y Moretti decidió no darles respiro tras el descanso del sueño.

—Lo siento, me gustaría que esto fuese un desayuno distendido, pero vamos contra reloj y tenemos que avanzar antes de que veamos entrar al CNI por la puerta. Dijiste que te llamabas Laura, ¿verdad? Cuéntanos todo lo que sabes.

—¿Todo?

—Sí, y comienza por el principio.

La chica miraba la tostada, la fruta troceada y el café, pero no se decidió por probar uno de ellos antes de comenzar a hablar.

—No hay trabajo, que es lo mismo que decir que el trabajo que te ofrecen en todas partes es una mierda. En casa, la situación con mis padres se había vuelto insostenible hacía un año y quería marcharme de allí lo antes posible. Me dijeron en una discoteca que podría entrar en un programa de la tele de esos para buscar novio o poner celoso a otro, pero el sueldo era ridículo y había que pasar por varias camas antes de que te garantizasen la participación y el contrato. También me planteé la prostitución de lujo o *escort*. Todo era mucho mejor económicamente que limpiar casas y portales, pero mucho peor en otros aspectos. Ya me sentía desesperada cuando me encontré con una amiga con la que había hecho un curso de modelo un año atrás. Me dio un número de teléfono y me insistió para que fuese a conocer las condiciones, añadiendo que no debía decírselo a nadie. Lo reconozco, fui muerta de miedo, más aún al ver el lugar. Me recibió un tipo amable y que rezumaba poder y dinero, lo que me seducía tanto como me aterraba. Me pidió que me desnudase y eso hice, tras darme el visto bueno, me dio dos opciones, ser camarera por cien euros la noche, una cantidad que nunca había oído para ese puesto; o pasar a la acción. Me explicó lo que tendría que hacer en esa segunda opción y tuve que pensármelo, pero ya comprenderéis que en mi situación desesperada… Tengo que decir que fui sexualmente activa desde los catorce, con mis novios no tenía freno, probaba de todo: tríos, anal, *sado-maso* y lo que se nos ocurriese, me gustaba mi placer y el de ellos. Así que lo que me dijo el tipo de la entrevista no sonaba tan mal cuando habló del dinero. Me ofrecía mil euros por noche por follar con los clientes que quisieran pasar el rato, con un extra de quinientos euros por cada anal y otro de mil por cada sesión en la que me azotasen o golpearan. Nos dejaban trabajar diez días por mes, para ir reciclando a las chicas y ofrecer caras nuevas, así que hablamos de más de veinte mil al mes por diez noches de trabajo. ¿Cómo rechazarlo, cuando es lo que gana mi padre al año trabajando como un miserable en la fábrica ocho horas al día?

Laura se decidió a morder su tostada y luego a darle un sorbo a su café, le costó masticar y tragar ante la mirada y el silencio de los policías más de lo que le había costado soportar algunas sesiones sádicas de los clientes.

—Hice lo que tenía que hacer, lo que las circunstancias me llevaron a hacer. Elegiría el mismo camino ahora mismo, no sé hacer otra cosa y he ganado mucho dinero en pocos días.

—Nadie te juzga —dijo Moretti.

—Solo queremos saber lo que ocurrió, tus motivos para entrar a trabajar allí no son de nuestra incumbencia —añadió Esther.

—Una cosa son las palabras y otra muy diferente las caras de quienes las pronuncian. La pena es la peor de las cosas que puedes sentir por alguien, y vosotros me miráis con cara de pena. ¿Soy un producto del sistema? Seguro que sí, pero también libre de decidir y elegí por mí misma esta vida.

—Laura, solo queremos saber lo que has visto u oído; y disculpa si nuestras caras delatan lástima por la vida que has decidido llevar. Desayuna con calma y luego hablamos a solas.

—Claro… —Y la chica obedeció a Esther, siguió comiendo la tostada y bebiendo el café, ambos ya fríos.

Moretti descansaba oyendo las noticias, Ignacio fregaba los platos, vasos y cubiertos de la cocina, Esther se había llevado a Laura al dormitorio que ocupaba esta para que se sintiese en el lugar más cómodo de la casa, si es que sentirse a salvo y protegida no era ya suficiente.

—Es pequeño.

—¿El qué?

—El dormitorio.

—Supongo que como todos. Tú tienes el de matrimonio, ¿te beneficias al ciego?

Esther sintió el latigazo en la espalda. Le costaría suavizar la entrevista con la chica si ella no medía sus palabras.

—No me ha gustado el comentario ni el tono.

—No quería decir… el tipo es guapo, me gusta.

—Es un compañero, aunque es cierto que hay algo más.

—Siento haberte dicho lo de antes.

—No pasa nada.

Laura sabía, por la mirada fría de la oficial y su tono de voz, ahora más seco, que había metido la pata, pero intentó arreglarlo a su manera.

—Yo me acosté con un jefe en una ocasión, era el responsable de las relaciones públicas de una discoteca en la que estuve seis meses, entonces tenía diecisiete años y nos daba a cada chica cincuenta euros de mierda por cada noche pasando frío en minifalda en pleno invierno, pero necesitaba ese dinero. Era guapo, pero un capullo. Ese Moretti no parece un capullo.

—No quiero hablar de eso. Cuéntame sobre tu empleo en ese local de anoche.

—Ya lo sabes todo.

—No, quiero que me digas lo que has oído sobre lo que le ocurrió a Vanessa.

—Seguro que no se llama así, nadie en este oficio tiene un nombre tan bonito, a mí me dijeron que me llamase Candy.

—Te queda bien, aunque me gusta más Laura.

—Me llamo así por una serie de la tele que le gustaba a mi madre.

—Yo me llamo Esther por unos cómics que leía mi madre en su adolescencia; eso no lo elige una.

—Claro…

Se habían sentado juntas en el borde de la cama, aún sin hacer. Esther apoyaba su hombro en el de ella porque sabía que ese gesto la reconfortaría, le daría confianza y seguridad en ella, se abriría de una forma más rápida a lo que tuviese dentro y quisiera decir para liberarse.

—Todo lo que nos digas será útil para resolver el caso y volver a nuestras vidas.

—¿Nuestras vidas? ¿Acaso no te he dicho cuál es mi vida? Sería regresar a casa de mis padres y soportar un infierno aún mayor; reproches, miradas lastimeras y una cuenta atrás para marcharme de nuevo. Además, no soy estúpida, he visto muchas películas de crímenes. Tras los chivatazos de los testigos, se inicia un proceso de juicio que dura incluso años, los del local o los del CNI me matarán para que no testifique, o después como venganza.

—Eso solo pasa en las películas.

—La realidad supera la ficción. No esperabas que dijese eso, ¿verdad?

—No, no lo esperaba. Pero ya te prometí que te protegería.

—¿Vas a vivir siempre al margen del sistema y conmigo? Aunque pudieras hacerlo, no sería una vida digna para ninguna de las dos, siempre escondidas y sin tener relación con nadie. No trates de mentirme, no soy estúpida.

—En ningún momento lo he pensado. Claro que tú no has pensado realmente en tu situación actual.

—Claro que lo he hecho. Si no digo nada, seguiré a salvo.

—Estúpida…

—¿Cómo dices? —Miró a la oficial sin comprender, a la defensiva.

—Digo que eres muy estúpida para no haber pensado en la situación en la que estás ahora. Te hemos sacado de la escena de un crimen y estás desaparecida para quienes te buscan con malas intenciones, ya me comprendes. Si no colaboras, te marcharás de aquí para volver a tu casa y nosotros desapareceremos. ¿Qué crees que harán tus jefes o el CNI cuando no tengas nuestra protección? Seguro que lo adivinas, lo mismo que a Vanessa.

—¡Joder!

—Justo eso.

—No podéis dejarme desamparada.

—¿Por qué no?

—Sois policías.

—No, estamos suspendidos de empleo y sueldo y perseguidos por

el CNI, podemos hacer lo que nos dé la gana.

—No, por favor, no se os ocurra…

—¿Qué? Vamos, deja esa mierda de historia de niña de extrarradio que se abre camino en un mundo difícil para ayudarme o te vas a quedar sola ante el peligro.

—No puedo…

—Entonces vete, lárgate del piso y afronta tu destino.

—No me jodas, no podéis hacerme eso.

—Es lo que hago.

—No sé nada.

—No cuela.

—No sé nada, joder, no sé nada. ¡No sé nada! Esa puta de Vanessa no dijo nada.

—Cálmate, estoy a punto de darte una hostia.

—Vanessa solo dijo que era un camarero.

—Por algo se empieza.

—Allí nadie sabe nombres reales, solo apodos entre los empleados, además de no conocer nada más. No sé dónde vive ni otro dato.

—¿Recuerdas su cara?

—Un poco.

—Pues podremos hacer un retrato robot.

Cuando salieron del dormitorio y le contó Esther a Moretti lo obtenido de la chica, toda la euforia se fue por el sumidero.

—¿De qué nos serviría un retrato robot si somos clandestinos y no podemos distribuirlos por la policía y guardia civil, además de medios de comunicación? Recuerda que las dos víctimas están siendo tomadas por todos como si hubiesen muerto en accidentes, nadie busca a un asesino.

—No lo había pensado.

—Necesitamos que la chica nos dé la forma de contactar con ese asesino o con quien pudiera localizarlo, quizás un compañero.

—Me temo que eso es imposible.

—Ya lo sabía. Solo podemos protegerla, a no ser que…

—¿Qué?

—Que sepa dónde viven otros de sus compañeros, aunque no se trate del asesino. Llámala para que venga a contarnos.

Eso hizo Esther. Laura regresó al salón afligida, atemorizada.

—Siéntate, por favor, no permanezcas ahí de pie como si fuéramos a hacerte daño, eso no va a pasar.

—No me dejéis sola, por favor.

Moretti no comprendió durante unos segundos, luego ató cabos sobre lo que Esther había hecho a solas con ella. No la culparía por su poca experiencia. Asustarla para hacerla hablar… eso solo provoca que el testigo se cierre y no coopere por miedo. Y obró con cautela.

—No te vamos a dejar sola, somos un equipo que tratará de solucionar el problema, o mejor dicho los problemas que tenemos ahora cada uno de nosotros. Porque todos estamos aquí metidos en un buen lío. Ninguno quiere acabar en una bolsa para cadáveres, ¿verdad?

—No —le costó decir tras unos segundos.

—Y menos aún querrás volver a tu vida anterior. No respondas, eso es evidente hasta para un ciego.

La chica cambió de postura en el sofá sin decir una palabra.

—Si no sabes quién es ni dónde encontrar al homicida, quizás sepas dónde podemos localizar a algunas de tus compañeras.

—¿Cómo?

—Me refiero a las chicas que hacían esos servicios especiales en los reservados, seguro que más de una noche fuiste a un apartamento o piso de alguna de ellas tras una larga jornada, o saliste de fiesta con ellas. ¿No es así? Vamos, ayúdame a ayudarte, a ayudarnos a todos los que estamos aquí. Somos un equipo y tenemos que seguir juntos en esto.

Moretti casi podía sentir cómo la mente de la chica daba vueltas en ese largo silencio al otro lado del pequeño salón. Su experiencia le decía que iba por el camino adecuado, esa psicología se aprendía sin pretenderlo, pero anexionándose a su mente a base de casos entrevistándose con testigos. Ella se ablandaría y sería más colaboradora que antes.

Y así fue.

—No sé… quizás conozca dónde viven algunas, tres o cuatro compañeras, no más.

—Cada minuto que pasa puede ser vital para salvar a la chica que estuvo ayer con el empresario que fue asesinado. Los del CNI nos llevan ventaja, mucha, y tu ayuda puede salvarla. Dinos nombres y direcciones e iremos a verlas, quizás alguna de ellas presenció el crimen y podamos ponerla a salvo.

—Tengo algo de confianza con cuatro compañeras.

—No son pocas.

—Creo que trabajaban cincuenta chicas en mi puesto.

—Joder. Pues vamos a darnos prisa a ver si tenemos suerte, tal vez ellas nos lleven a las demás y demos con la testigo.

Ignacio y Esther iban a toda velocidad por la ciudad hacia las direcciones indicadas por Laura. Llegaron a la primera y llamaron al telefonillo, eran las doce y ocho minutos del mediodía. Insistieron varias veces.

—¿Quién es?

—Soy Candy —respondió la oficial Gallardo.

—No conozco a ninguna Candy.

—Trabajamos en el mismo local por las noches. Ya sabes que me conoces, Susi.

—Sube.

Eso hizo Esther a solas, bueno, armada y con la precaución de que la chica pudiese estar en el apartamento acompañada de alguien, quizás varios agentes del CNI para tenderle una trampa.

—¿Quién coño eres tú? —dijo quien usaba Susi como nombre en el local al verla aparecer tras el resquicio de la puerta.

—Soy la mejor amiga de Candy, me dio tu dirección y me dijo que podría ayudarte.

—¿Ayudarme a qué? ¿Estás loca? ¡Márchate! —Y trató de cerrar la puerta, pero Esther puso el pie en el resquicio y se lo impidió.

—Solo quiero hablar unos segundos, no soy policía, solo alguien que puede ayudaros si me cuentas qué ha pasado y lo que has visto.

—No he visto nada, no sé de qué coño me hablas, vete o llamaré a la policía.

Esther insistió un poco más, pero vio que la chica se cerraba por completo. No tenía tiempo que perder allí. Usando sus conocimientos de psicología, sabía que la testigo de un homicidio habría actuado de un modo menos agresivo y cerrado, que estaría muy asustada y solo quedaban otras tres.

«¿Qué pasará si una de esas tres es la que ha presenciado el crimen y se ha marchado a casa de un familiar o amigo? No, no lo hará, su zona de confort será su piso, como lo es para mí mi familia o mi trabajo. Estará en casa parapetada y sin atender a las llamadas del telefonillo».

Corrió hacia el coche con Ignacio y lo apremió.

—Vamos, Nacho, date toda la prisa que puedas.

—Eso hago, solo espero que no aparezcan patrullas de la local para detenerme.

—¿Con este coche?

—Tienes razón. A correr.

Y ambos vieron la ciudad pasar a toda velocidad hasta el siguiente destino.

Nada, mismo resultado.

—Nos quedan dos direcciones.

—Hay una muy cercana, cari.

—Vamos allá.

Zona de Ibiza, menuda calle… A Esther le gustaría vivir allí, con el parque del Retiro al lado y todo lo que ofrecían la zona del centro y el barrio de Salamanca.

Llamó dos veces, tres, cuatro, cinco… Ya iba a marcharse cuando

un vecino del inmueble salió y ella aprovechó para entrar en el portal, subió a la sexta planta y llamó con los nudillos a la puerta con insistencia.

Nada.

—¿Lucía? ¿Me oyes? Lucía, soy Candy, ya sabes… Por favor, abre, estoy sola y tengo miedo.

Nada.

Más golpes en la puerta.

—¿Lucía? Tengo mucho miedo porque me buscan; abre, joder. ¡Lucía!

Nada.

Quizás estaba ante la testigo que buscaba, la que se parapetaba en casa, aunque eso no le serviría si los del CNI se decidían a entrar en su vivienda.

Probó una vez más.

—He visto que salías de un reservado al lado del mío cuando todo se fue a la mierda esta noche. Tengo miedo a que vengan a por mí, soy Candy. Abre de una puta vez o tus vecinos llamarán a la policía.

Y se obró el milagro.

Cuando la puerta se abrió:

—¡Joder!

No pudo cerrar porque Esther empujó con su hombro con todas sus fuerzas para abrirla del todo y entrar en la vivienda.

—No grites, ya los vecinos habrán alertado a la policía y tenemos solo unos pocos minutos.

—No eres Candy, aunque te pareces a ella, me has engañado por la mirilla de mierda que no ha cambiado el casero aún.

—Eso es evidente, dejemos las presentaciones absurdas para más adelante. Si quisiera matarte, ya lo estarías. —Esther le enseñó su arma—. Ven conmigo si quieres vivir.

—Eso es de una película de robots que viajan al pasado, la vi de pequeña.

—No soy ningún robot, joder, deja de decir tonterías y vámonos antes de que sea demasiado tarde para las dos. Tengo un coche abajo.

—¿Cómo sé que no me matarás luego?

—Eso de matar solo lo hace el CNI y no entra llamando a la puerta. ¿Recuerdas lo que hicieron con Vanessa?, ya me lo contó Candy, que está a salvo conmigo y con quienes queremos descubrir y solucionar este problema.

—No te creo. —La chica lloraba, tendría unos dieciocho años y era muy menuda, de cabello corto negro y rasgos asiáticos, aunque nada de acento extranjero.

Ella sacó su cartera.

—Mira, es mi placa de policía, aunque estoy suspendida por

investigar este caso, por salvaros y descubrir al asesino.

—Es una patraña, eso puede ser falso.

—Escucha atentamente, me quedan solo unos pocos segundos para salir de aquí antes de que vengan a por mí o a por ti; me marcharé contigo o sola, y que sea lo que quiera que te tenga que suceder tras mi marcha. ¿Te vienes conmigo y con Candy o te quedas a esperar a los del CNI para correr la misma suerte que tuvo Vanessa?

Esther esperó unos segundos y luego se giró para salir del piso.

—¡Espera! Voy contigo. ¿Me da tiempo a coger algo de ropa y otras cosas?

—Te doy un minuto exacto.

Esther llamó por teléfono a Ignacio, que esperaba en la calle en doble fila y le preguntó por la emisora de la policía.

—No hay nada de nuestros muchachos, pero eso no incluye a los del CNI.

—¡Corre, Lucía! ¡Mueve el culo, joder!

Investigación

Manuel Gutiérrez recibió la noticia de quién era la chica desaparecida a la una y doce del mediodía. Le había costado mucho descubrir, o lo habían hecho sus muchachos, los datos de la puta que compartía el reservado con el empresario que había muerto y cuya coartada debía dejar completamente cerrada ese mismo día. Para ello, tenía que encontrarla y se había asegurado de que ya hubiese un gran dispositivo creado entre sus operativos para tal menester. Claro que no esperaba ni por asomo cerrar el suceso en el margen de tiempo que le había propuesto el ministro, y eso que quedaban muchas horas para el siguiente informe.

«En este oficio, cuando algo puede salir mal, seguro que sale bien, eso dicen en el CNI; pero sé que siempre hay una primera vez para joder la teoría. No hay que dar margen al error y ahora este se muestra más cercano que siempre».

Llamó al comisario.

—¿Señor Gutiérrez?

Detestaba que lo llamase así.

—Ramos, ¿dónde están Moretti y Gallardo?

—¿Cómo dice?

—Ya me ha oído.

—Lo siento, pero no sé a lo que se refiere. Gallardo ha sido suspendida de empleo y sueldo y a Moretti se le ha notificado que no participa por el momento en las operaciones de casos irresolutos.

—No juegue conmigo, Ramos, están desaparecidos y no me gusta esto.

—¿Desaparecidos? ¿Ha tratado de dar con ellos?

—Sabe de sobra que sí.

—¿Qué quiere de ellos?

—Respuestas, solo eso. ¿Sabe dónde están?

—Se habrán ido de vacaciones.

—¿Estás jugando conmigo, Ramos? Los he tratado de localizar y están en paradero desconocido.

—Es lo que hago yo cuando me voy de vacaciones, señor. Cuando me dan vacaciones o una suspensión, me desconecto y me marcho a descansar.

—Muy gracioso.

—Mi mujer dice que soy muy soso, que no sé contar chistes.

—El chiste vendrá en pocos días, se lo garantizo, Ramos. Moretti y

Esther no aparecen en sus residencias ni están operativos sus teléfonos.

—No puedo ayudarle con eso, estoy ocupado con mis casos.

—Pronto yo le liberaré de esa presión, ya lo verá. Entonces no verá tan divertido este juego. Le doy una última oportunidad para decirme dónde están.

—Tiene usted recursos de sobra para averiguarlo, no voy a privarlo de un placer como ese. Por cierto, ¿me informará del momento en el que los descubra?

El director del CNI terminó la conversación y arrojó su teléfono móvil al suelo con furia.

«Ese traidor a la patria de Simón Ramos pagará como los demás, ojalá reciba pronto la orden de su ejecución, estaré encantado de elegir la coartada del crimen, será la de un funcionario corrupto que ha abusado de niños pequeños, o la de quien ha traficado con drogas. No, mucho mejor hacerle asesino confeso de su propia mujer, a la que mataré yo con mis propias manos».

Se vio sorprendido por su secretaria, que había entrado en el despacho sin pedir permiso, o lo había hecho sin que él oyese los golpes en la puerta. Daba igual.

—Señor, ¿está bien?

—Perfectamente. ¿Qué quieres?

—Tiene una llamada del ministro, su teléfono comunicaba.

—Pásame a ese capullo.

—¿Cómo dice?

—Nada. Pásame al señor ministro.

Esperó paciente al teléfono hasta que oyó la voz nasal que anunciaba a su interlocutor.

—¿Has solucionado el problema?

—Sí, estoy en ello.

—¿Sí o estás en ello? No me ha quedado claro.

—Estoy a punto de encontrar a la chica y he hablado con el comisario.

—Hablamos de mucho más hace unas horas. ¿Qué pasa con el comisario? ¿Los policías insurgentes que entraron en el local para investigar por su cuenta? ¿La chica que estaba con Kimmel?

—Me dio veinticuatro horas y no han pasado más de doce, estoy en ello para cerrarlo. Tengo que dejarle, hay mucho trabajo, señor ministro.

Colgó sin dejar que hubiese réplica, tampoco serviría de mucho la presión cuando ya estaba haciendo todo lo que podía, tenía a todos sus agentes destinados al caso y no estaba del todo seguro de que aquello fuese lo mejor para el país. Había participado en docenas de casos como agente, también otros tantos como inspector y luego

director tras su honorífico nombramiento, pero nunca se había cuestionado su labor como lo hacía en ese momento, salvaguardando a empresarios y políticos que no parecían merecer su empeño.

Adolfo Arteaga seguía al pie del cañón a sus noventa y dos años, ¿a quién dejarle el mando de su emporio empresarial creado desde la nada? Llevaba más de setenta años luchando por ello, por crear algo único, inigualable, una suerte de empresas que generaban más de diez mil millones de euros al año en beneficios para una familia que era la máxima accionista del negocio. Cotizaban en bolsa porque era lo obligatorio tras superar los límites empresariales de los mercados en los que competían, así que habían lanzado acciones y obligaciones a la venta esos últimos años para cumplir con las normas del mercado, pero nunca para que otros tuviesen siquiera una pizca de poder sobre su imperio.

Se habían extendido en el último lustro en el mercado inmobiliario, aprovechando la crisis económica, para hacerse con edificios emblemáticos en Miami, Nueva York, Los Ángeles, Moscú, Pekín, Hong Kong, Londres… y abrir tiendas que compitiesen con Chanel, Dior, Versace y demás marcas de primera línea, pero de mucha menos potencia económica que la suya gracias a las líneas de ropa para bolsillos más modestos.

No se consigue algo así durante años, décadas, ¡joder, siglos! Sin manejar todos los aspectos para que todo salga como uno ha planificado. Y la luz desaparece de la ecuación cuando uno delega, a pesar de los años que llevaba oyendo que debía descansar el peso de sus hombros sobre la familia.

Sobre la familia, tal vez, pero la de sangre, y él lo hizo sobre un yerno, o un yerno de una nieta, ¿cómo se llama eso? No hay nombre para definirlo salvo pesadilla. Maldita sea. Un paso en falso en una trayectoria impecable que lo había llevado a ser el hombre más rico del mundo durante un par de años, ahora estaba el tercero. El ranking en la revista Forbes no le preocupaba tanto como las pérdidas de la cotización de acciones que tendría la corporación si se filtraba que el tipo, yerno de su hija, o lo que fuese, se veía involucrado en un escándalo de ese tipo.

El ministro del interior en persona le había llamado esa mañana para decirle que habían aparecido asesinados dos clientes de un local al que solía ir ese yerno. Un local de prostitución ilegal con menores, animales y… ¡joder, animales! Tenía que hablar con él y dejarle claro cuál era su lugar dentro de la empresa y de la familia.

Tomó el teléfono y lo llamó.

—¿Abuelo?

Detestaba que lo llamase así.

—Miguel, el local que visitas de vez en cuando no es seguro.

Silencio durante unos segundos.

—¿Local? No sé de qué…

—Dejémonos de gilipolleces. Vas a dejar de ir y punto. Es una orden.

—Está… está bien, olvida ese detalle, considéralo algo solucionado, como te gusta decirlo.

—Eso espero, céntrate en tu puesto en la empresa y en darme bisnietos sin pegarle una enfermedad guarra de esas a mi nieta, ¿estamos?

—Pero yo…

Y Adolfo colgó porque no quería oír más a ese malnacido.

Confidentes

Esther llegó con la chica al piso franco a las dos menos veinte. Laura y su compañera se saludaron con un abrazo en cuanto esta entró por la puerta. Miradas cómplices y gestos de cariño de quienes habían aceptado vivir en el infierno al precio acordado.

Moretti le preguntó a Ignacio si había tenido problemas durante la incursión.

—Nada, no he visto coches siguiéndome. Todo ha sido rápido y fácil.

—Me alegro. ¿Cómo se llama la chica?

—Lo cierto es que aún no lo sabemos.

—Marta, me llamo Marta —gimoteó ella.

—Bienvenida a la resistencia.

—¿Cómo?

—Olvídalo, es una broma de Nacho —dijo Esther—. Tendremos que apretarnos para dormir en el piso. ¿Necesitas algo? ¿Comida, una ducha u otra cosa?

—Estar en el otro lado del mundo.

—Lo imaginamos. Pero ahora nos tienes que contar lo que sepas sobre lo que ocurrió ayer en el reservado con el cliente que mataron ante ti.

Marta miró a Laura, esta asintió con la cabeza.

—Puedes confiar en ellos, nos protegerán.

—Es que me da algo de vergüenza.

—¿Quieres contárselo solo a Esther?

—Da igual, al final lo sabrán todos… —La chica parecía una adolescente sacada a la fuerza de su instituto, sobre todo por el miedo que transmitía, casi no era capaz de mirar a los ojos a las personas que tenía delante, pero se armó de valor y—: el tipo era un cliente habitual, ya me había seleccionado media docena de veces en los últimos meses, salía de la sala tres y venía a por mí o preguntaba a las camareras para que me llamasen.

—¿La sala tres? —preguntó Moretti.

—Es donde se simula la violación por parte de tres tipos de una niña. Aunque la chica es mayor de edad y finge dolor, ya sabes —dijo Esther.

—Así es —lo corroboró Marta—. Son pederastas, aunque visto desde nuestro punto de vista no son los peores, porque solo nos piden que nos comportemos como niñas vírgenes para sentir que nos

desfloran. Los peores con diferencia son los que disfrutan pegándonos, por mucho que esa noche cobremos el doble.

Laura asintió con la cabeza, en silencio y sin que nadie pudiera verlo porque estaban centrados en el relato de su compañera.

—Ese tipo siempre huele u olía a sudor, gordo y desagradable en el trato. Creo que su fantasía era querer abusar de una niña que conocía; me llamaba siempre Elena, aunque sabía que me llamo Lucía, bueno, ya me entendéis… Me pedía que fingiese miedo e ingenuidad, luego gritaba al correrse sobre mi cara «Elena, te amo, te amo». El muy cerdo…

—¿Y esa noche qué pasó?

—Pues que apareció un tipo tras él y lo apuñaló por la espalda antes de que me salpicase.

—¿Le viste la cara?

—Llevaba una máscara, como el resto de clientes.

—¡Mierda!

—Aunque esa mandíbula y la sonrisa que puso al apuñalarlo…

—¿Cómo has dicho?

La tensión se podía cortar en el ambiente del salón. Todos la miraban expectantes.

—Había sido simpático conmigo en el poco tiempo que llevaba allí, soy buena fisionomista y me gustan las sonrisas de la gente, sobre todo cuando son sinceras.

—¿Reconociste al tipo?

—Miguel, el camarero que llevaba poco allí. Me miró tras asesinar al cliente y me lanzó esa sonrisa para que no me preocupara, para hacerme saber que no iba a hacerme daño. Ni siquiera grité al ver la escena.

—¿Podrías describirlo para que hagamos un dibujo, un retrato robot de él?

—No sé, supongo que sí.

—Esther, no servirá de mucho si no podemos distribuirlo.

—Pero podemos hacer ese retrato robot entre Laura y Marta y saber qué aspecto tiene.

—¿Por si nos lo encontramos casualmente por la calle en una ciudad por la que pasean más de seis millones de personas?

—O por si traemos a algún empleado más que sepa dónde vive.

—Dudo que ese tipo haya llevado a nadie a su casa o haya dado más datos sobre él de los que le interesen, obviamente todos falsos.

—Joder, no hay por dónde tirar del caso. ¡Espera! Si le decimos al comisario que tenemos a dos testigos que pueden identificar al asesino…

—Simón está a un paso de perder su empleo, igual que nosotros, no podrá hacer nada con un caso que está en las manos de un

organismo superior.

—Entonces, ¿no podéis hacer nada? —preguntó Laura.

—Solo atrapar al asesino.

—¿Y cómo vais a hacer eso?

—Haciendo nuestro trabajo. Estamos en esto para hacer justicia y para impedir que os maten para atar cabos, ¿os parece poco?

Laura y Marta agacharon la cabeza.

—¿Moretti, se te ocurre algo?

—Pienso mejor cuando me llamas así que Hugo, gracias. Creo que vamos a salir a visitar a mis confidentes.

Las dos chicas se quedaron viendo la televisión tras haber entregado sus teléfonos móviles mientras Ignacio llevaba a la pareja de policías a su siguiente destino, una casa de pueblo a las afueras de Alcobendas. Aparcaron en la fachada y el exinspector tocó madera mentalmente para que su conocido estuviese allí.

Tuvo suerte.

Entraron en la vivienda invitados por un tipo que pesaría más de ciento cincuenta kilos y que se mostró algo escéptico al verlos allí.

—Vicente, tenemos prisa y no quiero ponerme violento contigo como las veces anteriores.

—Esto… ¿estás ciego?

—Eso no me impedirá darte dos hostias como antaño, y mi compañera es experta en artes marciales y tiene mal humor, así que colabora rápido.

El tipo miró a Esther con miedo.

—No sé de qué me hablas.

—Una sala en la que han matado a dos tipos importantes esta semana, un local para pervertidos como tú, pero algo diferentes a ti porque ellos pueden pagar por la entrada. Seguro que tus redes sociales han ardido bajo tus manos estos días.

—En serio, me suena a chino.

—Esther, dale dos hostias.

—¿Cómo? —Ella estaba asombrada, sin saber qué pasaba allí.

—No, espera, algo he oído, pero ningún detalle sobre lo ocurrido salvo que los han acuchillado.

—¿Esperas que me crea que no tienes algo más?

—No soy adivino, joder. Que no me pegue tu amiga.

—Lo hará si me mientes, y sabré si lo haces por tu tono de voz, se pone aún más agudo cuando lo haces.

—No te miento, no sé nada, solo que un local ilegal está siendo más ilegal que nunca.

—Quiero que preguntes estos días a los que te hayan informado del asunto para que te den más detalles. No quiero tener que venir a tu casa de nuevo, detesto el olor a comida mexicana. Te dejo mi nuevo

número de teléfono para que me avises de lo que vayas averiguando, dame algo hoy.

—No sé qué más puedo darte.

—Eres un amante de la pedofilia y sabes todo lo que se cuece en ese mundillo. No quiero recordarte que pasarías quince años en la cárcel si hago que vengan a analizar tus discos duros.

—Solo miro, coño, solo miro y eso no es ilegal.

—Tus discos duros…

—Está bien, te ayudaré, dame unas horas.

—Te llamaré esta noche.

Y se marcharon a un destino cercano a su piso franco, el barrio de Usera.

Llegaron ante la fachada de un restaurante chino. Esther no se molestó en preguntar, dejaba el control a Moretti, que mostraba una seguridad en sus movimientos como no había visto antes; eso lo hacía más seductor aún a sus ojos.

El piso no podía ser más cutre, hasta la puerta de la vivienda parecía tener más de cincuenta años. Esther sentía el hedor que desprendía el lugar cuando entró, era como a comida podrida mezclada con algo que no podría definir, quizás orina de perro o gato.

—Samuel, necesitamos tu ayuda. Estamos en un caso complicado y he pensado en ti.

—No sé cómo…

El tipo se mostraba desconcertado, como si se acabase de despertar y tuviese que hacer unas raíces cuadradas a toda prisa. Tendría algo menos de cuarenta años y a Esther le parecieron como sesenta. Enjuto, oscuro de piel y con algo de joroba.

—Se cuece algo en el mercado de los locales clandestinos de chicas y quiero saber qué está pasando.

—¿Es por los crímenes de clientes?

—Me alegro de que estés al tanto. ¿Qué has oído?

—Solo que son tipos con influencia, el político y el empresario de anoche; las tapaderas para sus muertes las he visto en la tele, las típicas del CNI, esos imbéciles carecen de imaginación.

Esther observó la televisión del pequeño salón, tendría como cuarenta años y dudaba de que funcionase. Claro que el sofá, el mueble aparador y la mesa de centro tenían el mismo aspecto. Aquello parecía un hogar sacado del pasado, de una película de terror de los años ochenta o noventa. Y sobre esa mesa de centro ante el sofá estaba el único detalle que certificaba que el tipo vivía en el siglo veintiuno: un ordenador portátil nuevecito.

—No se te escapa nada —dijo Moretti—. ¿Tienes algo más?

—Solo al chico que lo ha publicado en la red, pero no sé nada de él.

—¿No tienes ningún dato?

—Solo los de la red.

—Está bien, dame el nombre de la red y el *nick* que usa el tipo.

—¿Qué gano yo con esto?

—Lo sabes de sobra.

El tipo miró con miedo a Moretti y a Esther.

—¿Esto no me salpicará?

—Sabes que no. Venga, que tenemos prisa.

Se marcharon con los datos en el coche de Ignacio mientras el ciego hacía una llamada de teléfono. Estuvo hablando unos breves minutos entre susurros. Se dirigían de nuevo al piso franco, con la esperanza de que las dos chicas permaneciesen allí y no hubieran decidido buscar más seguridad por otro lado.

—¿Tienes algo nuevo? —preguntó Esther.

—Tengo a alguien que podría señalar al sospechoso, pero solo se trata de un nombre.

—No es poco.

—No es solo eso, podría señalarnos al CNI si se va de la lengua tras consultarle.

—Tendremos que arriesgarnos. Los del CNI sabrán que estamos tras esta investigación, cosa que ya sospechan. Pero podremos dar con el camarero del local que ha matado a las dos víctimas.

Esther sonreía y miraba por la ventanilla. Moretti lo intuía.

—Gallardo.

—Dime.

—¿Nunca te planteas los homicidios? Me refiero a los motivos del asesino.

—No… no había pensado en eso antes.

—Yo no suelo hacerlo a menudo, lo hago de forma mecánica para descubrir el móvil de los crímenes. Pero en este caso… ese lugar…

—Tratas de justificar en tu mente lo que hace ese tipo.

—Con los años se vuelve uno sentimental.

—No eres tan mayor.

—Gracias, pero eso no hace que me pregunte si hay asesinos despiadados y otros que hacen una labor social.

—Ya está la justicia para eso.

—¿La justicia? Estamos ahora al margen de ella.

—Solo de la ley, pero tienes razón. Me olvido de ese detalle.

—Ese tipo asesina a clientes de lugares donde pasaste un infierno. Quiero hacerte una pregunta.

—Adelante.

—¿Pasaste ese miedo por los empleados o por los clientes?

Esther calló por respuesta.

Llegaron al piso y, por suerte, las dos chicas permanecían allí, estaban conversando mientras en la televisión había sintonizado un programa de cotilleos.

—Hola, habéis tardado mucho —dijo Laura.

—Tenemos hambre. ¿Habéis almorzado?

—Aún no.

—Pediremos algo por teléfono.

—Italiano.

—Chino.

—Mexicano.

Moretti puso orden teniendo en cuenta sus orígenes y encargó unas pizzas y dos platos de pasta.

Durante el almuerzo hicieron balance de la situación y volvieron a preguntar a las dos chicas por si recordaban algo nuevo. Nada.

Una vez a solas Esther y Hugo:

—¿Te fías de ellas? —preguntó él.

—Claro, tienen mucho que perder.

—¿Y si ellas no son conscientes del todo de ese detalle?

—¿A qué te refieres?

—Hacen piña, están unidas y eso les da seguridad. Quizás no comprendan del todo la situación en la que están metidas.

—Confío en mi psicología, Hugo, conozco la mente de las chicas y creo que nos ayudarán si está en sus manos.

—Y yo confío en ti, aunque no mucho en ellas.

—Debes ser menos escéptico.

—Ojalá todo fuese más sencillo, pero nuestras propias vidas dependen de ello, espero que lo comprendas. Si esas chicas nos venden a cambio de inmunidad con el CNI…

—No lo harán, saben lo que le ocurrió a Vanessa.

—Mucho confías en esa lealtad, espero que no nos explote entre las manos.

—Eres mi consejero, si piensas lo contrario, te creeré.

—No, vamos a seguir tu instinto por el momento.

—Gracias. Solo espero que esto no sea como con el profesor Snape.

—¿De qué me hablas?

—De *Harry Potter*.

—¿Cómo?

—¿No te gusta la saga?

—No la he visto ni leído.

—No me lo puedo creer…

—Esther.

—Vale, te cuento que el profesor de pociones Snape parecía el malo, luego el bueno, más tarde el malo, luego…

—Vale, no me lo cuentes, espero leerlo.

—Las películas están muy… vaya, lo siento.

—No pasa nada, estando ciego me libro de ver las horribles sagas que están haciendo de *Star Wars*.

A varios kilómetros en un apartamento del barrio de Malasaña:

—¿No vas a ir a trabajar hoy? —le preguntó su compañero de piso.

—No me han llamado aún, quizás no abran esta noche.

—¿No te da miedo después de lo que está pasando?

A Mario le pasó por la cabeza la idea de que no debió contarle a su compañero de piso lo que había ocurrido en el local en el que trabajaba.

—No soy un cliente, ese asesino solo mata a los pervertidos más locos que van allí.

—Ya me contaste lo de la sala esa privada, no comprendo cómo puedes trabajar en un lugar así. Ya las demás salas, las que son para los clientes normales, me parecen una aberración.

—¿No has visto lo que me pagan? Podría vivir aquí solo y que te tuvieses que buscar la vida en otro lado, pero no me gusta estar solo.

—Mario, te lo agradezco de veras porque el piso es una gozada y tú has comprado todos estos muebles chulos, la tele, el equipo de sonido y la videoconsola, pero a mí me costaría ir a trabajar a un sitio así.

—He trabajado de camarero toda la vida y no sabes la mierda que te comes a diario en los bares y discotecas a cambio de un sueldo ridículo. Aquí cobro el triple y los clientes no dan problemas, van allí a lo que van y no se preocupan de gritarle al camarero porque consideran que les han puesto garrafón. No sé cuánto tiempo más durará este empleo y quiero mantenerlo como sea para ahorrar de cara al futuro.

Bruno lo dejó cenar en paz y se fue a la ducha.

Mario sentía lástima por las chicas que trabajaban en los reservados, algunas eran muy simpáticas y había entablado amistad con ellas en esos meses, también con el resto de camareros. A veces salían juntos a desayunar o a una discoteca tras la larga jornada de trabajo para soltar tensión y echar unas risas que hicieran olvidar lo que habían presenciado. Ese trabajo, el de las chicas, sí que era una mierda, dejarse hacer todo lo que los clientes quisieran con ellas, pero lo cierto es que también ganaban una fortuna al mes y con la crisis y los sueldos actuales…

«Bueno, todos tenemos nuestros propios problemas. Allí no hay ningún empleado obligado a trabajar. Si exceptuamos a esas niñas que

traen una vez al mes y que… ¡Dios, qué asco! Menos mal que nunca he visto a ninguna, no podría dormir teniendo el rostro de las niñas en mi mente».

Se le había cortado el apetito con ese último pensamiento y llevó el plato y el vaso a la cocina. La montaña del fregadero invitaba a poner el friegaplatos y eso hizo. Estaba en la tarea cuando recibió el mensaje, entraba a las doce a trabajar.

Se ducharía cuando saliese Bruno del baño e iría a por otra jornada poniendo copas a millonarios que buscaban estímulos nuevos a su cansada vida sexual.

Aún se aclaraba el pelo cuando rompieron de un fuerte golpe la puerta del cuarto de baño, casi se resbala con el susto, abrió la hoja de cristal y vio a un tipo completamente vestido de negro apuntándole con una pistola. No supo qué decir, ni siquiera cuando el tipo lo sacó a gritos y empujones, desnudo, hasta el salón, allí había cuatro tipos más de negro apuntándolos a él y a su compañero de piso.

Una propuesta interesante

A Hugo Moretti le había costado mucho contar con amigos en el sistema, compañeros de la policía y de estamentos superiores, para lograr el nombre de un camarero que estaba registrado en un foro sobre pedofilia. No era un usuario como el resto, por lo que había visto en sus publicaciones en dicho foro, sino alguien que entraba a denunciar la enfermedad que padecían los que allí se excitaban viendo fotos y vídeos de abusos a menores. Al exinspector le caía bien el tipo por ese dato, aunque no debía ser muy listo cuando se exponía de esa forma; en esos locales la discreción es un valor añadido, más que eso, es una forma de mantener el empleo y a veces la vida.

Se dirigía con Esther e Ignacio al barrio de Malasaña para hablar con él, en el coche pudo ser testigo de la conversación entre sus compañeros.

—Voy a echar de menos salir de fiesta o quedar con chicos del Grindr.

—Nacho, parece que no comprendes la situación actual, estamos siendo vigilados y puede que pronto nos persigan para hacernos desaparecer.

—Sí, pero no sabes lo duro que es no poder descargar la tensión, ¿cómo vas a saberlo si tú y Moretti por las noches…?

—Joder, no te pases.

—Lo siento, cari. No quise decir eso, es que me puede el ansia.

—Luego os quejáis algunos gais cuando se os dice que sois muy activos en el sexo.

—Es que tengo veintisiete años, si no me apetece follar a esta edad, dime cuándo. Cuando tenga cuarenta tendré otra mentalidad, pero ahora aprovecho.

—No te disculpes. Ojalá esta situación pase pronto y recuperemos nuestras vidas.

—Me temo que eso no pasará —dijo Moretti.

—¿Por qué dices eso?

—Nuestras vidas no volverán a ser las mismas. Si no solucionamos el caso, seremos parias y acabaremos despedidos. Quizás Ignacio se libre del despido, pero tendrá una carrera que no saldrá de tareas administrativas. Y en el caso de que encontremos al asesino y logremos llevarlo ante los jueces, cosa muy complicada esta última, casi más que atraparlo, seremos perseguidos de por vida por el CNI, por los que ocupen los puestos de quienes ahora nos persiguen.

—No te comprendo.

—Esther, si demostramos que los del CNI han obrado de esta forma, serán despedidos y algunos de ellos condenados, a pesar de que cumplían órdenes de políticos que se saldrán de rositas. Sus sucesores nos tendrán vigilados para evitar que hagamos lo mismo con ellos. Y no te he dicho lo peor, me asusta la idea de hacerlo.

—Estoy acojonado.

—No es para menos, Ignacio. Ellos se juegan mucho en esto, sus trabajos y su libertad, harán lo que sea, usarán todo su poder para hacernos desistir en la tarea; y eso incluye buscar a nuestros seres queridos y amenazar sus vidas para que paremos. Por ese motivo hay que ser invisibles, que no sepan lo que estamos haciendo, porque de lo contrario nos golpearán donde más nos duela.

—¿Hablas en serio? ¿Atacarán a mi familia?

—Me cuesta entender que no lo hayas deducido por ti misma.

—No lo había pensado, creí que solo tratarían de frenarnos impidiendo que trabajásemos o amenazándonos solo a nosotros.

—Creo que estoy cagado de miedo. Mi pobre madre…

—Nacho… Lo cierto es que yo también, no quiero que vayan a por mi padre y mis hermanos, ellos no tienen la culpa de lo que yo decido hacer.

—No, no la tienen, ni la familia de Ignacio, pero son sus armas y su forma de actuar. Estamos sin recursos, sin agentes de apoyo, sin forense y científica, sin el comisario, y lo peor de todo es que tenemos que ser muy rápidos y terminar con esto antes de que todo se vaya a la mierda.

—Chicos, ya hemos llegado.

Esther y Moretti se bajaron del coche para ir al piso del posible testigo, lo hicieron en silencio y apesadumbrados por la conversación anterior. Llamaron al telefonillo y nadie respondió tras unos minutos insistiendo.

—Quizás esté trabajando en el local, hemos venido muy tarde.

—Lo sé, Gallardo, pero es cuando hemos obtenido sus datos, mucho trabajo me ha costado.

—Lo siento, no quería decir que has fallado.

Entonces salió un vecino.

—Disculpe, ¿conoce a Mario García, su vecino del segundo-D?

El vecino los miró con desconfianza. Esther sacó su placa para identificarse como policía, una suerte que el comisario no se la confiscase cuando la suspendió de empleo.

—¿Mario? ¿Se refiere a los dos chicos jóvenes que viven ahí desde hace unos meses?

—¿Tiene un compañero de piso?

—No sabemos en el edificio si son pareja, pero vinieron juntos,

creo que uno trabaja en una tienda de ropa y el otro es camarero, lo digo por las conversaciones que he oído por casualidad cuando me los he encontrado por las escaleras, no soy cotilla, pero si hablan tan fuerte…

—Sí, justo buscamos al camarero.

—Hace una hora han venido unos compañeros suyos y se han llevado a los dos chicos.

—¿Cómo dice?

—La que han formado ha sido gorda, gritos, patadas a las puertas, han entrado como en las películas, todos vestidos de negro y con las armas en las manos. Ha sido un visto y no visto.

—Gracias por la información.

Ya se marchaban al coche de Ignacio cuando:

—¿Han hecho algo malo?

—Nada, caballero, no han pagado los impuestos.

—¡Joder con Hacienda!

Esther se reía con el comentario de Moretti, aunque se sentía decepcionada por haber llegado tarde a hablar con quien podría saber la identidad del asesino, o quizás fuese él mismo.

—Hugo, ¿crees que Mario es el asesino, el que se hace llamar Miguel en el local?

—Existe esa posibilidad, claro. Por un lado, estaría bien que lo hayan apresado y así no habrá más muertes; por otro lado, el caso estaría finiquitado y nosotros habríamos hecho todo esto para nada, ya no podríamos denunciar a los empresarios, al CNI ni al propietario del local; necesitamos capturar nosotros al asesino para que se destape el asunto.

—Ese camarero estaba en contra de lo que sucedía en el antro, es un móvil para cometer los crímenes.

—Lo sé.

Una vez en el piso, informaron a las dos chicas de que no había sido posible hablar con Mario.

—Es una pena, porque Mario lo cuenta todo, cada cosa que se entera, es como una portera.

—Entonces, ¿Mario no es Miguel?

—¡No! Mario lleva muchos meses allí y suele salir de fiesta con nosotros, es muy simpático, trata de ligar todo el tiempo y se pasa las noches contando sobre cada famoso que va al local.

—Ahora lo estará contando a la gente equivocada y acabará mal —dijo Esther. Moretti le lanzó un gesto de desaprobación y le pidió que lo acompañase a la cocina.

—¿Qué pasa? ¿He dicho algo inapropiado?

—Esas chicas no tienen por qué saber que ese camarero ha metido la pata y ahora puede acabar muerto.

—Al contrario, es psicología. Si comprenden que fuera y sin nuestra protección están desamparadas, serán más participativas con nosotros.

—Olvida la teoría aprendida en la Universidad, esto es el mundo real y esas chicas no necesitan oír eso, sino que existe una salida, una vuelta a su mundo anterior, aunque sea ganando mucho menos dinero. Se trata de sus vidas y meterles miedo de forma innecesaria no nos beneficiará ni a nosotros ni a ellas.

Prepararon la cena con lo que había en el frigorífico y la llevaron al salón, allí pusieron el canal de noticias para comprobar que seguían hablando del accidente del político, del empresario alemán dijeron poco, salvo que sus familiares entrarían en disputa por su enorme herencia.

Moretti trató de calmar a las dos chicas asegurándoles que pronto habría acabado aquello y que recuperarían la libertad, mintió, aunque ellas tampoco se mostraban muy felices con la idea. Comenzaron a hablar de irse a vivir juntas y buscar otro empleo, aunque dudaban de lograr una posición económica como la que habían experimentado esos meses y la opción principal que barajaban era la prostitución de lujo por su cuenta o en locales legales. Aseguraban que se podía ganar unos quince mil euros al mes.

—¿No queréis salir de ese mundo? —preguntó Esther.

—¿Y trabajar diez horas al día de lunes a sábado como cajeras de un supermercado o limpiado portales por mil al mes? Ni por asomo —respondió Laura.

—Los chicos guapos con los que me he acostado son iguales o peores que los clientes, te conocen en una discoteca, echas un polvo rápido en su coche y cumpliendo con sus deseos. Los clientes hacen lo mismo, pero pagando. No son jóvenes y guapos, pero sacas un beneficio —añadió Marta.

Esther no pudo seguir con la conversación por no tener argumentos para contrarrestar sus palabras. Solo pensaba en la seguridad de ellas, de ese oficio tan peligroso, pero las chicas se veían fuertes y decididas, la vida las había hecho así y no era tarea suya convencerlas de lo contrario.

«Qué diferente es la educación de las personas, yo he recibido una firme y cariñosa por parte de mis padres, estoy orgullosa de ellos y de la persona en la que me han convertido, a pesar de ese narcisismo que debo tratar. Estas dos chicas han recibido una muy distinta y eso las ha llevado a una vida totalmente diferente a la mía. No soy quién para actuar y reconducir sus decisiones, aunque me apena que solo tengan esta salida a vivir cómodamente durante unos años. Solo unos pocos».

—¿Qué pasará después? —preguntó Esther con sincera curiosidad.

—¿Después?

—Bueno, tenéis veinte años o menos, pero un día cumpliréis treinta y cinco o cuarenta y ya no podréis ganar esas cantidades de dinero; los clientes buscarán chicas más jóvenes.

Las dos la miraban con asombro, como si no se hubiesen planteado nunca su futuro.

—No sé, supongo que habremos ahorrado tanto que podremos vivir de esos ahorros el resto del tiempo.

—¿Cincuenta o sesenta años? Os quedará más de la mitad de la vida por delante y los gastos de la vivienda y demás serán cada vez mayores.

—Joder, pareces mi madre. Ya veré lo que hago —dijo con desprecio Marta.

El reloj marcaba la una y veinte de la madrugada cuando Esther, tras una pesadilla, se levantó para ir al cuarto de baño. Moretti respiraba intensamente a su lado, quizás también tuviese un mal sueño.

Luego fue a la cocina, sacó una de las botellas de agua del frigorífico y se sirvió un vaso que bebió con ansiedad, luego lo rellenó con la idea de llevarlo a la mesita de noche por si volvía a tener sed.

Apoyada aún en la encimera, y agradeciendo ir descalza por el suelo fresco, no se quitaba la pesadilla de la cabeza, había soñado con su madre, eran felices en la playa, siendo Esther pequeña; jugaban en la orilla cuando su madre fue engullida por una ola gigante. La niña se quedó llorando al verse sola de repente en la playa, ya no había nadie, ni su padre y hermanos, solo ella en mitad de la arena observando el mar.

Otro sueño en el que la perdía, otra señal de que sentía que la defraudaba. Regresó al dormitorio en silencio y puso el vaso de agua sobre la mesita, justo al lado de su teléfono móvil.

«Si han confiscado el mío personal los del CNI cuando fueron al local, a estas alturas sabrán que estuve allí; solo tenían que rastrear todos los terminales de las consignas de la entrada. Mierda. Y tendrán acceso a todas las llamadas y mensajes, los de mi familia y amigos. ¿Amigos? Quizás Cristina Collado me haya llamado».

No necesitaba una agenda, ni física ni dentro del propio móvil, pues recordaba de memoria cada número de teléfono que le habían dado en la vida. Regresó a la cocina, cerró la puerta y llamó con su nuevo iPhone.

—Cristina —dijo en cuanto oyó que descolgaban al otro lado.

—¿Esther?

—Lo siento, lo siento mucho, no te habría llamado si no fuese una emergencia.

—¿Qué ha pasado?

—Creo que he cometido una locura.

—¿De qué me hablas?

—Del caso fantasma, decidí investigar un caso que el CNI había cerrado o se había reservado para sí mismo y ahora me han suspendido seis meses de empleo y sueldo.

—Puf, debiste seguir las directrices desde arriba.

Esther sabía que Cristina, aun estando medio dormida, comprendía que la llamada podía ser monitorizada desde su propio terminal y le seguía el juego haciéndose la ingenua.

—Lo sé, ha sido un error. Ahora estoy con Moretti de escapada romántica, pero me arrepiento mucho y quiero volver a la comisaría, a los casos, sin más problemas.

—Tendrás muchos meses por delante, vente a pasar unos días o semanas de vacaciones a Huelva y así salimos por las noches y te enseño la ciudad.

—Suena tentador.

—Te doy la dirección de mi casa, sé que no podrás olvidarla, por si te lo piensas mejor y así nos vemos de nuevo.

—Gracias.

Esther despertó a Moretti al regresar al dormitorio.

—¿Qué pasa? ¿Qué hora es?

—Aún es de madrugada y no ha pasado nada, solo quería consultarte algo que no puede esperar.

Le contó la oferta de Cristina.

—¿Quieres irte y abandonar esto que has montado tú misma?

—No sé lo que quiero, nunca lo sé.

—Joder, Esther, me parece muy inmaduro.

—No me machaques, solo quería tu opinión al respecto.

—No quiero perderte unos días o semanas, aunque eso es egoísta por mi parte. ¿Necesitas ese tiempo para meditar?

—Pienso trabajar desde allí en el caso, con la ayuda y la presencia de Cristina me sentiré más capaz y segura.

—Entonces vete.

—¿Lo dices en serio?

—Claro, además, si los del CNI ven que estás de vacaciones, reducirán la presión sobre nosotros y podremos trabajar desde aquí con más seguridad.

—¿Me lo dices totalmente convencido o es que me das alas ante la decisión?

—Te lo digo con sinceridad, puede ser positivo. Tienes el móvil y el ordenador, puedes trabajar desde allí y que permanezcamos en

contacto estos días.

—Me alegra saber que me apoyas.

—Solo espero que no cambies de idea.

—¿A qué te refieres?

—A que decidas dejar el caso.

—¿Por qué piensas eso?

—Tú misma lo has dicho antes, no sabes lo que quieres.

—No dejaría a todo el equipo desamparado. No pienses eso de mí, nos he metido en un lío a todos los que estamos en este piso, sobre todo a ti y a las dos chicas. No voy a cambiar de idea, quiero encontrar a ese asesino y llevarlo ante la justicia, junto a los que nos impiden trabajar siendo igual o peores asesinos que él.

—Está bien, te prepararé el billete de tren para mañana.

—No tienes que pagarlo tú todo.

—Estás suspendida también de sueldo. Olvida el dinero y trata de desconectar un poco estos días, te vendrá bien el cambio de aires.

—No voy a desconectar del caso ni de ti, te lo prometo.

El viaje

Se despertó a las seis y media de la mañana, aún era de noche en pleno verano. No había llamado a su amiga para decirle que iría a verla, sería una sorpresa.

Moretti e Ignacio bajaron con ella a la calle para despedirla ante el taxi.

—Te echaré de menos, cari.

—Y yo a ti, marica mala. Te contaré si he visto a muchos chicos guapos en la playa.

—Hazles fotos y me las envías, mi radar gay te dirá si son de mi club o del tuyo.

—Ja, ja, ja.

—Llama cuando llegues —dijo Moretti.

—Lo haré, mantenedme informada de lo que vayáis descubriendo y yo os diré lo que obtenga por mi parte.

—Relájate estos días y olvídate del caso, aunque solo sea un poco, te sentará bien.

—No voy para eso, Hugo.

—Lo sé, pero siempre es bueno desconectar de vez en cuando.

—Os he metido en esto y vamos a salir, esa es mi intención viajando allí, te lo prometo.

—Deja de prometer y márchate o perderás el tren.

—Gracias por el billete, regresaré lo antes posible.

—Cuando tú estimes oportuno.

—No te merezco.

—Chicos, me siento incómodo, así que me subo de nuevo al piso, a ver si duermo una hora más.

La pareja no hizo caso al comentario de Ignacio, se dieron un abrazo y un largo beso de despedida. Moretti sentía que quizás la chica volviese siendo otra, era algo que lo aterrorizaba; ese tipo de viajes para aclarar la mente hacían pensar en mucho más que en el tema laboral. Ella en ese momento no sabía qué pensar, su mente era un caos absoluto.

Ya en la estación de trenes de Atocha, Esther barajó la idea de comprar una revista para distraerse, pero tenía en el ordenador portátil mucha información sobre el caso que prefería repasar en lugar de apagar el cerebro con noticias sobre famosos o reportajes

científicos. El exinspector le había comprado un billete en preferente y, a los pocos minutos de partir el tren, le llevaron un desayuno de zumo de naranja, bollo y té verde, por lo que no tuvo que sacar el pequeño bocadillo que se había preparado por si le entraba hambre.

Abrió el ordenador de nuevo en su asiento y repasó todos los datos, que eran muchos menos que los que barajó en casos anteriores. No había noticias de forenses ni de la científica, no hallarían huellas dactilares, cabellos ni grabaciones de cámaras de las zonas cercanas, y nada de agentes de apoyo. ¿Cómo resolver un caso así? Levantó la mirada y vio en la pantalla de televisión que echaban *Asesinato en el Orient Express*, la última versión. Eso le recordó a Moretti cuando se ponía en plan Hercules Poirot en los casos fáciles que le asignaba el comisario. Seguro que Simón estaba pasando una tortura por encubrirles, a pesar de que ella misma había recibido una mácula en su expediente que nunca hubiera imaginado cuando estaba en la academia.

«¿Hercules Poirot? Ese tipo, aun siendo un personaje de ficción, resolvía casos usando sus células grises; se supone que yo tengo muchas de esas por mi memoria, o quizás no funcione así la inteligencia, quizás yo solo tenga memoria rara, como me dicen desde pequeña. Pero ¿y si yo tengo esas células sin aprovechar? Debería pensar en eso. ¿Quizás viendo la película y descubriendo cómo actúa ese tal Poirot? Es una opción. Voy a verla».

La película terminó sin dejarle claro cómo usar su intelecto, ¿buscar quién se beneficia del crimen? ¿Analizar coartadas? Eso no servía de mucho en el caso que llevaba entre manos. ¿Analizar el comportamiento de los sospechosos? Menos aún porque no se había entrevistado con ninguno. Era todo muy fácil cuando un inspector o detective está rodeado de la escena del crimen y de los que participan en ella.

Le gustaría haber estado en el local y en los reservados en los que se habían cometido los crímenes, pero eso era solo una ilusión sin sentido. Los investigadores siempre llegan después y tienen que recomponer lo que ha sucedido. Esa era su labor, saber qué había pasado y no podría hacerlo sin los testimonios de los que sobrevivieron allí. Marta era una de las dos, pero solo pudo decir que se trataba de un camarero del local que se hacía llamar Miguel, claro que Esther no tenía ni tendría nunca un listado de los mismos a los que poder llamar para interrogarlos y descubrir al culpable.

Si el caso anterior, el de los crímenes del ajedrez, resultó difícil, este lo hacía parecer de risa por su dificultad añadida. Se sentía como observando el espacio, los planetas y estrellas, usando una lupa en lugar de un telescopio potente. Pero así se resolvían los casos hacía un siglo. No iba a darse por vencida.

Al poco de terminar la película, el tren hizo escala en Sevilla y luego cambió a la vía estrecha para llegar a Huelva, el tiempo se le hizo eterno en ese proceso de adaptación de las ruedas. Tras llegar a la estación, entró en un taxi y dio la dirección, llegaron en menos de diez minutos. Llamó al telefonillo y respondió una señora mayor.

—Cristina y Pablo están en el trabajo.

—Me llamo Esther Gallardo, soy una amiga de Cristina, venía a darle una sorpresa. ¿Le importa que deje mi maleta y vaya a buscarla a la comisaría?

La mujer asintió y ella subió, dejó la maleta y achuchó al pequeño David, que se mostraba cariñoso y juguetón. Luego cumplió su promesa y se marchó caminando a la dirección que le indicó la que era la madre de Cristina y que, sorprendentemente, había oído a su hija hablar de ella.

Llegó a la comisaría en unos quince minutos, las distancias en esa ciudad eran una gozada, aunque hacía un calor horrible y tanta humedad que la hacía sudar sin parar, incluso caminando por la sombra a esa hora temprana; hasta sentía las manos mojadas y nunca antes le habían sudado.

Cristina estaba cubriendo un caso, le dijo la recepcionista, pero el comisario la atendería en el acto.

—¿Da su permiso, comisario? —preguntó tras llamar a la puerta y entrar.

—Por favor, tutéame, llámame Pablo.

—Lo siento, no estoy acostumbrada.

—Pasa y siéntate. Cristina no se va a creer que estés aquí.

—Encantado de conocerte, Pablo, Cristina me ha hablado mucho de ti.

—Lo mismo digo. ¿Qué haces por el sur?

—Aceptar la invitación de tu mujer.

—Vaya, no me había dicho nada. Quiero decir que no me había contado esa oferta, no que no seas bienvenida, todo lo contrario, nuestra casa es tu casa.

—Me alegro, porque le he dejado la maleta a tu suegra.

—¿Has estado en casa?

—Sí, vuestro hijo David es un cielo, se parece mucho a ti.

Pablo se hinchó de orgullo.

—Es un torbellino, pero nada comparado con Evita, está en el colegio y ya la conocerás luego. Por cierto, hoy es viernes y lo prepararemos todo para ir al barco a pasar el fin de semana, tu visita es excepcional y lo merece.

—¿Tenéis el fin de semana libre? No quiero que sea una complicación mi llegada.

—Siendo el comisario —le guiñó un ojo cómplice—, no creo que

haya problemas.

—Sois muy considerados y buenos anfitriones, gracias.

—Cuando me ha dicho la recepcionista que estabas aquí, he mandado un mensaje a Cris, llegará en cuanto termine con una detención.

—Me alegro, y no quiero suponer una carga, puedo esperar fuera.

—Nada de eso, quédate.

—Pero tienes muchas carpetas sobre la mesa, serán casos por resolver.

—Así es, pero puedo permitirme unos minutos.

«Qué simpático es este tipo, no como Simón, siempre malhumorado».

—Eres muy joven para ser comisario. Lo siento, perdona por la indiscreción.

—No pasa nada, supongo que Cris no te ha hablado de mí en el aspecto laboral, tampoco quiero hacerlo yo y pecar de soberbia.

—No, al contrario, cuéntame.

—Entré en la policía con veintitrés, me hicieron inspector dos años después y luego llegó un ascenso a sargento al cabo de diez meses, otros tantos y era teniente. Con veintisiete me nombraron capitán y recibí ofertas para ser comisario en la Central-1 de Sevilla, pero me gustaba más el trabajo de campo. Acepté ser comisario aquí por Cristina y por Marcos, el que era comisario en ese momento, un cambio de aires que me ha sentado bien en cuanto a estar cerca de mis seres queridos y del mar, que es mi pasión, aunque no tanto porque echo de menos la acción en la calle.

—Lo supongo.

—¿Estás en un caso jugoso?

—No te lo imaginas.

—Nos pondrás al corriente, si puedes, en cuanto llegue Cris y nos vayamos a almorzar. Me dijo ella que eres excepcional, con una memoria prodigiosa y una actitud fuera de serie.

—Lo de la memoria no es mérito mío, es algo con lo que nací, pero me ha encantado que ella piense lo de la actitud.

—Dice que eres la mejor policía que conoce, eso es mucho si considero que ella es la mejor que yo conozco.

—Yo también pienso eso de ella.

Esther tuvo que contener las lágrimas. Lo había hecho cada vez que había oído las palabras que le dedicaba la inspectora, aquella de la que tanto había oído hablar en las clases de la academia y a la que tanto admiraba por los casos resueltos y por las veces que la había ayudado. Ahora no sería una oficial reconocida sin su apoyo. Bueno, en realidad ahora era una policía suspendida por desobediencia.

—Perdona, estaba algo abrumada aún por el viaje, ¿has dicho que

habías ascendido a teniente y capitán?

—Sí, fue tras algunos casos complicados.

—Cristina me habló del fantasma, aunque me dijo que era un tema complicado para ti.

A Pablo se le dibujó una mueca de pesar en la cara que no pasó desapercibida para ella.

—Eso fue hace años.

—Lo siento, no quería…

—No pasa nada. Un asesino en serie que seguí por España y luego por Europa. Un tipo que marcó mi carrera. Espero que no te obsesiones nunca de ese modo en tus casos.

—Me suena, creo que lo estudié en la academia. Asesinaba a chicas en hoteles y puso a todo el continente patas arriba hasta ser detenido.

—Es cierto que tienes una memoria prodigiosa, aunque no lo detuve yo, lo hicieron Cristina y Livia en Londres. Livia es una amiga y protegida de Cris.

—Lo sé, está ahora en la Interpol. Tuvo que ser un caso increíble.

—Esa palabra lo define muy vagamente. Vayamos a tomar un café a la cocina, ¿te apetece?

—Pensaba en un té.

Esther prefirió no indagar más en los casos pasados del comisario, así que se limitó a decirle que necesitaba despejar la mente tras un año complicado y él pareció creérselo. No sabía cuánto le había contado Cristina sobre el caso fantasma que seguía. Se limitaron a preguntas y respuestas sobre temas cotidianos, luego tomaron el café y té y entonces apareció la inspectora por la puerta como un torbellino, como solo podía hacerlo ella.

—¡Esther!

Ella se dejó abrazar, la inspectora jefe casi le rompe las costillas.

—He decidido aceptar tu oferta de pasar unos días contigo, si es que sigue en pie.

—Claro, estás en tu casa. Bueno, tanto la comisaría como también nuestra casa. Te presento a mi compañero, Marcos Navarro, aunque creo que lo recordarás de pasada por el caso en el que nos conocimos.

El tipo tenía una edad aproximada a la de Pablo, algo menos de cuarenta años, era más atractivo, con el cabello castaño algo largo y alborotado, luciendo una sonrisa de sinvergüenza que le recordó a Moretti. Era el comisario antes de Pablo y había decidido cederle el puesto, eso le gustaba. El trabajo de campo era lo que la mantenía viva a ella, así que no comprendía a quienes abandonaban para ser solo intermediarios entre los casos por un sueldo mejor y la climatización del despacho.

—Encantada de volver a verte, Marcos —dijo ella y se extrañó de que el aludido le diese dos besos en lugar de estrecharle la mano.

Cristina intervino.

—Vamos a comer, pero dame diez minutos para hacer el informe.

—Claro, estoy de «vacaciones» —dijo ella marcando con las manos las comillas.

—Pronto volverás a estar en activo. Y tranquila. —Se acercó para susurrarle al oído—: Estás entre amigos, Pablo y Marcos conocen lo del caso fantasma y te apoyan y admiran por tu decisión.

Ella solo pudo mostrar asombro ante las miradas de quienes la rodeaban.

Esperó a que la inspectora terminase y se fue a solas con ella a almorzar.

—Vamos a un sitio más discreto del habitual.

—Invito yo.

—No digas tonterías, que lo pague el Estado. Pablo me autorizará el gasto.

—Es una suerte que tu pareja sea… Lo siento.

—¿Quieres parar de pedir perdón?

—Es que mi comisario no es mi pareja.

—Háblame de Moretti, me tienes en ascuas con ese tema. ¿Cómo te va con él?

—Ahí vamos.

—Escueta, como siempre. Suéltate, no llevo el teléfono móvil conmigo y puedes hablar de lo que quieras, sea personal o profesional.

—Estamos juntos, ahora compartimos vida y dormitorio en un piso franco.

—¿Un piso franco?

—Hay mucho que contar. Estamos al margen de la ley investigando ese caso fantasma.

—¿Tu compañero te apoya en eso? Guau, sí que debe estar enamorado para hacerlo.

—No me digas eso, me metes una presión que no imaginas.

—Cuéntame todos los detalles, no habrías venido aquí si no fuera por eso. Dime y te doy mi opinión.

Y Esther lo soltó todo.

Terminaban el segundo plato cuando la oficial acabó con la exposición.

—Un piso franco, testigos con vosotros, un coche y teléfonos nuevos…

—Y un ordenador portátil del que no me separo.

—¡Qué locura! Nunca he vivido un caso así, creo que te lo dije; pero te envidio, suena emocionante y todo un reto en la carrera de cualquier policía que ame su trabajo.

—¿Me ayudarás con tu consejo?

—La pregunta ofende. Esta noche nos vamos al velero y desde allí

montamos el operativo.

—¿Operativo?

—Claro, vamos a ser un equipo. Supongo que estás en contacto con Moretti.

—Sí.

—Pues seremos tu apoyo y consejo en el caso.

—No querría meteros en un lío con el CNI y el ministerio por esto.

—Deja de decir tonterías, esto es casi lo más emocionante que he vivido, gracias por contar conmigo.

Esther la miraba como si no supiera decidir entre la locura de la inspectora o su implicación con la justicia.

Partieron a casa a las ocho. Esther se sorprendió del calor y de lo alto que seguía el sol a esa hora en Huelva. A las nueve, tras coger lo imprescindible y despedirse de la «canguro» del niño, fueron los cinco al puerto; porque los acompañaban los hijos de Cristina en el todoterreno que conducía Pablo.

—¿Cómo te llamas? —preguntó la niña.

—Esther.

—¿Eres amiga de mamá?

—Sí.

—No pareces policía, eres muy flacucha.

—Gracias, hago lo que puedo.

—Evita, no molestes a Esther o te quedas sin postre luego.

—Es que es muy flaca para ser policía.

—No digas tonterías, mamá también es flaca.

—No compares, Pablo.

—¡Eva María! Que no te tenga que decir más que te comportes.

—¿Iremos a la isla?

—Ya veremos.

—Quiero ir a la isla.

—Y yo quiero un millón de euros, pero no lo tengo, así que aguántate.

—Jo, siempre estás con lo del millón de euros, mamá. Róbalo en un banco y ya está.

Esther reprimió la carcajada. Luego pensó en lo fácil que sería para ellos, con su intelecto y conocimiento del crimen, además de su posición como investigadores y comisario, ocultar las escasas pruebas del delito. Fantaseó con la idea en los pocos minutos que llegaron al puerto.

—Esther, estás muy callada, ¿te ha asustado la niña?

—No, al contrario, pensaba en un atraco perfecto a un banco. Tu hija es un portento.

—Mira que me estoy arrepintiendo de haberte invitado. No le des alas o se convertirá el día de mañana en una delincuente de primera.

—¡Venga, mami, vamos a robar un banco! Tendremos mucho dinerito para juguetes.

—Lo siento, Cris, no he debido decir eso.

—No pasa nada, con Evita todos los días son así, no te sientas culpable, es una mecha en busca constante de gasolina y una cerilla para encenderla.

El velero de Pablo tenía catorce metros de largo, o de eslora, como decían los amantes de la navegación; era de madera pintada de blanco salvo en la cubierta y el interior; Esther no podría calcular cuántos años tenía, pero apreciaba que estaba mimado y bien conservado. Entraron y colocaron sus ropas en los camarotes, además de la comida en las despensas y el pequeño frigorífico. Ya atardecía sobre el horizonte cuando salieron del puerto.

—Tómate una Biodramina o lo lamentarás en un rato.

Esther obedeció, luego le ofrecieron una copa de vino blanco para soportar aún mejor el mareo, hubiera preferido una Heineken, pero no estaba allí para imponer gustos, así que se dejó llevar.

Llegaron a la isla que había mencionado la niña.

—Evita juega a piratas en esa isla desde que Pablo nos trajo por primera vez.

—Es preciosa.

—En realidad no es una isla, sino una alargada península que sale de unos kilómetros más allá, se llama La flecha del Rompido.

—Es asombroso, no había visto nada más bonito.

Se apreciaban los destellos azulados sobre el agua en calma. El sol se había ido, pero quedaba algo de luz en el cielo, una agradable y fresca gama cromática desde el cian al cobalto más oscuro en la línea que limitaba un océano meciéndolos con mimo en un suave vaivén.

—Me alegro de que te guste.

—Mucho.

Cenaron pescado a la plancha con una ensalada y acostaron a los niños antes de quedarse a solas en la cubierta del barco. Cristina había encendido docenas de velas por el lugar tocando madera para que no soplase viento y las apagase. Aquello parecía un sueño.

Antes de hablar del caso que llevaba Esther, acabaron la segunda botella de vino charlando sobre experiencias del pasado. Esther contó casos cotidianos que cubría con Moretti para aliviar el trabajo de la comisaría y Pablo y Cristina le narraron un par de ellos muy interesantes, como el del asesino que preparaba bombas caseras para matar policías, en ese caso perdieron a un compañero y buen amigo que acabó dando el nombre al segundo hijo de Cristina.

Chicas nuevas

El director Manuel Gutiérrez se dirigió a las oficinas centrales del CNI en cuanto le llegó la información de que tenían a un testigo. Una vez allí, pasó directamente a la sala en la que este permanecía retenido desde hacía una hora.

—Buenas tardes, ¿se llama Mario García?

—Sí. Por favor, ¿qué está pasando? ¿Por qué me han traído aquí? ¿Por qué no puedo llamar a un abogado?

—Vayamos por partes. Lo que pasa es que tenemos dos personas muertas en el local en el que usted trabaja, lo hemos traído aquí para saber los motivos que le han llevado a tener tanta comunicación en foros sobre pederastia, sobre lo que usted ve o sabe de lo que ocurre en el local; y no puede llamar a un abogado porque usted, sencillamente, no tiene derechos.

—¿Está loco?

—Deje de decir tonterías y responda a mis preguntas. ¿Ha hablado con la policía?

—Claro que no.

—¿Por qué publica esas informaciones en los foros?

—Me repugna lo que hacen algunos clientes.

—A mí me repugnan muchas cosas y no voy adoctrinando a la población.

—¿Por qué no traen aquí a esos dementes en lugar de a mí?

—La mayoría de esos dementes, incluyendo al propietario del club, hacen que España progrese con sus empresas o decisiones políticas.

—Eso es repugnante, no me puedo creer que el gobierno esté tan podrido.

—Guárdese su opinión, a nadie le interesa.

—Le interesará a mucha gente cuando cuente lo que estoy pasando aquí.

—Eso ya lo veremos… —Omitió una mueca macabra, permaneciendo frío y directo. Tenía prisa por terminar con el caso de una vez—. Quiero que me diga lo que sepa sobre las chicas que trabajan haciendo servicios extras en los reservados del local.

—No conozco a muchas, tampoco sé dónde viven más de dos o tres, pero eso lo sabrá usted mejor que yo.

—El local no hace contratos, no hay DNI de los empleados y cuesta mucho averiguar quiénes son y dónde encontrarlos.

—Me han encontrado a mí.

—Tú has sido tan estúpido de entrar en esos foros. A través de Internet es fácil localizar a un idiota que se mete donde no debe.

—Busque usted a las chicas, ese no es mi problema.

—Te informo, por si no te ha quedado claro, de que hay dos formas de que colabores: me dices lo que quiero oír o se lo dices a un agente que use un método menos amable, pero más eficaz.

Mario se asustó, ¿serían capaces de torturarlo? Claro que sí, ya le habían dejado claro que no tenía derechos.

—Pero yo solo conozco los pisos de dos o tres.

—Es un comienzo, señor García, me alegra saber que va a cooperar.

Mario comenzó a llorar mientras se orinaba.

Tres horas más tarde y ya en su despacho, Gutiérrez tenía los informes de los nombres y las viviendas, ninguna de esas chicas era la que había estado presente durante el segundo crimen; lo sabía porque tenía identificadas y localizadas a todas las que permanecían en el local cuando él llegó. En los interrogatorios de esas chicas obtuvo todos los datos que necesitaba, incluso dos de ellas señalaron a una tal Lucía, esa era la que necesitaba encontrar. El resto de chicas había regresado al trabajo la noche siguiente, pero no lo había hecho Lucía. El informe que recibió desde un agente del local le erizó el vello de los brazos y la espalda, ya que había una segunda desaparecida que, sorprendentemente, se les había pasado por alto cuando comenzaron a investigar el segundo crimen. ¿Por qué había desaparecido la otra? ¿Quién es y dónde vive? Y, lo más importante de todo, ¿qué podría decir a oídos indiscretos sobre lo que ha visto?

«Hubo una incursión de la policía esa noche, es posible que la otra chica, o las dos, estén bajo custodia de esos inspectores insurgentes».

Los interrogatorios con las chicas sirvieron para obtener los nombres y direcciones de casi todas, porque faltaban esas dos, maldita sea.

Tomó el teléfono para hacer una llamada.

—Buenos días, señor.

—¿Sabemos algo de Moretti y Gallardo? —preguntó el empresario Héctor Pujalde sin devolver el saludo.

—Siguen en paradero desconocido, tampoco se han comunicado con sus teléfonos móviles con nadie, de hecho, conseguimos el terminal de Gallardo en la consigna del local, es la oficial que entró y pudo escabullirse antes de mi redada. —Gutiérrez sabía que la chica no había presenciado el crimen o habría actuado antes de que llegasen ellos.

—¿Has monitorizado a sus contactos frecuentes como prometiste?

—Sí, a amigos y familiares con los que tuviese trato en los últimos meses.

—Sigue por ahí, quiero que descubras si alguno de ellos hace algo anómalo.

—Ahora que lo dice…

—Habla.

—Gallardo mantenía una comunicación periódica con una inspectora de Huelva, una que parece ser que la ha ayudado en casos anteriores.

—Una especie de mentora o consejera.

—Así es. El caso es que esa inspectora, Cristina Collado, desactiva el teléfono en estos días salvo cuando está de servicio.

—Eso es muy débil, pero indaga sobre ella y su entorno.

Y colgó.

«Con el primer crimen tuvimos suerte, pero esto se nos está escapando de las manos. Hay un asesino en serie y no puedo centrarme en tapar lo ocurrido, cada vez habrá más testigos, más crímenes y no podré resolverlos porque no puedo meter en ese local a mis agentes a proteger a putos pervertidos en los reservados. ¿A cuánta gente puedo silenciar? ¿A dos, a veinte, a doscientas personas? Este caso será el último de mi carrera si el asesino vuelve a actuar. Y lo hará porque nadie lo está persiguiendo, nadie salvo esa pareja de investigadores que por mis acciones están limitados de movimientos».

Ahora le tocaba lo peor de su trabajo, llamar al ministro para decirle que no había avanzado nada y luego al resto de empresarios que le presionaban para saber qué coño estaba pasando en ese lugar.

Adolfo Arteaga recibía informes del CNI y del ministerio sobre el caso que estaban tapando. Todo parecía halagüeño, lo que le hacía desconfiar y, lo peor de todo, no podía controlar al marido de su nieta como le gustaría: metiéndolo en una celda durante esos días o semanas y someterlo a *electroshock* para que se curase de esa enfermedad del sexo que tenía. La familia… costaba tanto controlarla…

Llamó a Miguel esa noche, era la una y media de la madrugada. Tardó en contestar mucho.

—¿Abuelo?

—¿Dónde estás?

—En casa, estaba dormido, ¿ha pasado algo?

—Nada, solo quería asegurarme de que no sales para hacer una tontería.

—Eso está superado, ya te lo dije.

—Pues perdona si no me fío. Hay mucho en juego, nada menos que

la empresa, así que no descansaré en paz hasta que todo se haya acabado.

—Ya te dije que eso se había terminado, ten confianza en mí.

«Como si eso fuese fácil».

—Está bien, sigue durmiendo.

Adolfo colgó sin mucha confianza, claro que esa no era su mayor virtud, no se hace uno a sí mismo confiando en los demás, solo en su propia persona.

Miguel, el marido de su nieta, dejó el teléfono móvil en la guantera central de la parte de atrás de su limusina y salió del vehículo. Llevaba allí más de cuarenta minutos esperando la llamada, por fin podría entrar en el local y desahogarse tras una larga jornada de trabajo.

Despidió al chófer y entró sin saludar al estirado recepcionista ni tener que oír sus estupideces sobre normas, ya las conocía de sobra porque llevaba dos años yendo casi a diario.

Le sirvieron un *brandy* Napoleon, como siempre y sin tener que pedirlo, y se dirigió a la sala tres, allí se sentó a observar el espectáculo que ya no le provocaba una mísera erección, pero le gustaba seguir la rutina y estuvo veinte minutos, el tiempo de acabarse la bebida sin prisas. En la puerta había una chica esperándolo con otra copa, allí sabían cómo tratar a alguien de su importancia.

En la sala cinco vio que habían cambiado a las chicas que hacían el espectáculo. Tres supuestas niñas con faldas muy cortas de colegiala hacían las delicias de un gordo peludo de más de ciento cincuenta kilos tumbado en una enorme cama. Las niñas no llevaban ropa interior y se les veían los genitales al estar inclinadas o arrodilladas lamiendo el cuerpo desnudo del gordo; una de ellas le dedicaba una mamada épica. Eso hizo que se excitase.

Nunca había logrado dos orgasmos allí, así que se contuvo de masturbarse con el espectáculo y estuvo el tiempo justo de salir para tomar del brazo a una camarera y preguntarle:

—¿No hay esta noche tampoco un *show* para los clientes vip?

—Señor, siento decirle que muchas de las chicas faltan porque se las han llevado para lo de… bueno, ya sabe, la investigación. Pero hay otras chicas nuevas y, aunque no haya espectáculo privado, son muy jóvenes y bonitas.

—Claro, venga, lárgate. ¡Espera! Dile al encargado que quiero ver a esas chicas nuevas, date prisa y prepárame la siguiente copa.

Se fue a una sala que conocía, una que estaba ubicada al fondo en el mismo pasillo que los aseos. Esnifó dos rayas de cocaína mientras esperaba, ya se había metido otras seis durante la espera en la limusina. No tardó mucho en recibir visita, la misma chica de antes.

—Aquí tiene su copa, señor, enseguida llegarán las chicas nuevas.

Y llegaron tras un sorbo. Eran jóvenes como había prometido la camarera, iban vestidas con un simple tanga negro y zapatos de tacón, parecían tímidas e inexpertas. Una de ellas, la más menuda, fue la elegida para sufrir su ira por la decepción de no tener un *show* privado y de mucho más valor para él.

Llevó de la mano a la chica a un reservado en el que había una cama pequeña. Fueron en silencio, pero, una vez dentro, Miguel dejó de ser un caballero para empujar a la chica a la cama.

—Zorra, te gusta que te traten como a una puta perra, ¿verdad?

La chica estaba asustada y eso le provocó una erección inmediata.

—Hacerme daño le costará más.

«Podría matarte y solo me costará unas llamadas de teléfono que todo se olvide. Quizás haga eso, me apetece matarte».

—Deja esa mierda, la he oído muchas veces. Te voy a partir en dos, como seguro que te gusta. Llora y grita para mí, putita, voy a hacerte sangrar. ¡Y quítate ese tanga de una puta vez!

No esperó, le arrancó la prenda mientras la chica, de no más de cuarenta kilos, rompía a llorar y a pedir ayuda, como si allí alguien fuese a auxiliarla.

Miguel no llevaba ni cinco minutos disfrutando de penetrar su ano, extasiado por los gritos de la chica, cuando sintió el golpe en la espalda.

—¿Pero qué…?

Y luego otro golpe más certero que le atravesó el corazón.

La chica dejó de gritar, a pesar de sentir de repente el peso del cliente sobre su espalda. El asesino incluso pensó que se quedaría dormida tras dejar de recibir el dolor en su interior.

Una orden directa

Simón Ramos llegó esa mañana a la comisaría tras haber tenido una mala noche, se tuvo que levantar dos veces a beber y orinar por lo salada que estuvo la cena preparada por su mujer.

Entró en la cocina y se escanció una taza del café que alguien, seguro que la recepcionista, había preparado unos minutos antes, pues el brebaje estaba aún muy caliente.

Con la taza en la mano se sentó ante su escritorio, encendió el ordenador y observó la columna de carpetas que no paraba de crecer sobre su mesa, una pesadilla. Miró su correo electrónico y, de las docenas de mensajes nuevos, observó uno de ellos que tenía el título de «muerte tras robo con violencia en la calle Aurora Menéndez», ¿de qué le sonaba el nombre de aquella calle? Claro, era la misma en la que se ubicaba el local en el que habían ocurrido los dos crímenes del caso fantasma. Llamó al agente que había hecho el informe.

—¿Comisario?

—Lo siento, sé que has acabado tu turno, pero acabo de ver tu mensaje del suceso en la calle Aurora Menéndez.

—No sé qué ha pasado allí, señor, iba con mi compañero y nos encontramos el cuerpo. No hemos podido investigar.

—¿Cómo dices?

—Llegaron los del CNI, o estaban por allí cerca, eso me pareció, y nos dijeron que siguiéramos patrullando. No he realizado informe, solo el mensaje para usted.

—Has hecho lo correcto, descansa.

Simón colgó y se pensó en llamar a Moretti el tiempo justo como para salir del despacho y dirigirse a la sala en la que trabajaban los agentes de apoyo informático, pidió el teléfono personal de uno de ellos y marcó el nuevo número del exinspector.

—Te estás arriesgando demasiado, Simón.

—No me toques los huevos, Hache.

—No me llames así. ¿Qué sabes del tercer crimen?

—Aún nada, solo te aviso, sabrás quién es la víctima en cuanto la prensa informe de la tapadera que haya creado el CNI.

—Eso lo imaginaba. Ya ves que tenemos a un serial. Los fiscales y jueces deben de estar muy presionados para que no se hayan puesto ya de nuestra parte; al final les salpicará todo esto.

—Ellos pueden perder sus empleos, pero obtendrán buenos beneficios económicos por haber estado del otro lado estos días. Te

hablo de millones de euros.

—Joder, contra eso no se puede luchar.

—No, no se puede salvo con la verdad. Seguid investigando, pero no me digas dónde estáis ni lo que hacéis porque no quiero saberlo.

—Seguimos con ello, aunque cuesta sin tener apoyo de los compañeros y sin poder estar en las escenas de los crímenes. Simón, van a matar a los testigos, a la pobre desgraciada que estaba con el cliente, la única que podría señalarnos al asesino.

—Lo sé, coño, lo sé, esta misma noche ha aparecido la chica que tenía todas las papeletas de ser la que estaba con la tercera víctima. Pero si hago ruido, me iré al exilio contigo y con Gallardo.

—Filtra esto a la prensa.

—La prensa está comprada, ya deberías saberlo.

—A Internet, pásalo a los portales neutrales e independientes de Internet, que hablen sobre esto y siembren la duda en los ciudadanos.

—Eso no es tan sencillo ni eficaz.

—Pues es tu labor si quieres que todo regrese a la normalidad y que esos hijos de puta del CNI paguen por lo que están haciendo.

—Lo voy a tantear, no te prometo nada.

—Que sea algo más que un tanteo, las vidas de muchas personas dependen de ello, además de la seguridad de Gallardo, de la mía y de las de muchos más que estamos luchando por la verdad y la justicia.

—No me metas más presión, joder. Tengo que dejarte, ni siquiera sé si este teléfono es seguro del todo.

Le devolvió el teléfono al agente tras haber hablado apartado del resto de policías y se dirigió a su despacho de nuevo. Lo de la prensa independiente de Internet sonaba como algo viable, aunque desde arriba podrían tildar a esos medios como conspiranoicos al no tener pruebas. Nunca había pensado que ser comisario implicaría ese tipo de decisiones, pero la vida siempre le sorprende a uno y acaba ante dilemas que debe solucionar sin saber qué hacer con seguridad.

Moretti, tras la conversación con el comisario, sintió un escalofrío en su espalda, y no tenía a Esther a su lado para compartir esos datos, que no servían de mucho para resolver el caso y regresar a sus vidas.

Dudó en llamarla, pero prefirió dejar pasar el tiempo para hacer algunas averiguaciones y tener algo más que contarle en la conversación diaria que se habían prometido tener. Debía desayunar con sus improvisados compañeros de piso.

—Ignacio, necesito que hagas la compra, sé que no es tu tarea como policía, pero ya sabes…

—Claro, en unos minutos voy al supermercado.

—Gracias. Marta, Laura, necesitamos contactar con más gente del

local, podéis usar mi teléfono para eso, está libre de escuchas.

—No sabemos cómo…

—Dejemos esas tonterías atrás, ¿de acuerdo? Tenemos que dar con más testigos o con quien nos señale al asesino para terminar con todo esto. Nuestras vidas dependen de ello, por si no os habéis enterado todavía. Vuestros jefes podrían haber averiguado por seguridad datos sobre vosotras, sobre todos los empleados, durante el tiempo que estuvisteis ahí trabajando; es de donde tirarán los del CNI para encontraros. Si no resolvemos esto, todos acabaremos enterrados en una cuneta.

Las chicas, risueñas al aparecer tras dormir, cambiaron sus semblantes por otros más asustados.

—Llamaremos a amigos y compañeros, pero desconocemos si ellos saben algo más que nosotras.

—No lo sabremos hasta que lo hayáis hecho —dijo Moretti tajante. —No digáis dónde estáis ni llaméis a familiares y amigos, centraros en los compañeros para avanzar con esta pesadilla de asunto en el que estamos metidos.

«Estas chicas no parecen tener ni idea de dónde están y qué se juegan, es increíble cómo la juventud hace ser tan ingenuo al individuo. ¿Era así yo a los veinte años? Seguro que peor aún. Debo tirar de experiencia para resolver el caso, y también llamar a confidentes que me puedan echar una mano. La idea de contar con canales de información de Internet para Simón no es mala, pero debo darles algo jugoso de lo que hablar, con muchos datos reales y contrastables para que sean creíbles. ¿Qué hará Esther estos días en Huelva? Espero que no olvide el caso en el que nos ha metido y aporte algo. No me gustaría descubrir que me he enamorado de una chica que solo piensa en sí misma y que desaparece cuando más se le necesita, cuando nos ha implicado en un asunto que acabará con nuestras carreras y quizás con nuestras vidas también».

Marta esperó a que Laura terminase con el teléfono, esta se había pasado más de dos horas hablando con una docena de personas y Marta ya temía que no podría usarlo ese día. Pero por fin pudo acceder al terminal y llamar a un compañero. Se planteó durante la espera el llamar a su madre, pero lo descartó porque solo oiría reproches tipo «ya te lo había advertido» o «sabía que acabarías así», y se centró en Gonzalo.

—¿Sí?

—Soy Marta, del local, llamo desde un teléfono seguro.

—¡Joder! Todo el mundo parece buscarte.

—¿Todo el mundo? ¿Te refieres a los polis de negro?

—Sí, a esos.

—Son los que mataron a Vanessa y se inventaron lo de la prensa, lo del accidente de coche del político. Estoy a salvo, no puedo hablar mucho desde este teléfono y quiero saber si sabes algo de lo de anoche.

—Mataron a otro cliente, el tercero.

—¿Con quién estaba?

—No lo sé.

—No me jodas, Gonzalo.

—Te lo digo en serio, no sé quién fue la compañera, pero tienen a una nueva como objetivo.

—¿De qué me hablas?

—Entraron chicas nuevas ayer, cuatro, una de ella parece haber estado presente cuando el crimen, pero ha desaparecido y la buscan.

—¿No sabes cómo localizarla?

—No sé ni qué cara tiene.

—Gracias.

—¿Gracias? ¿Qué pasa contigo? ¿Vas a dar más señales de vida?

—Ya lo veré, tengo que colgar.

Marta le contó las novedades a Moretti.

—Entonces, la chica que ha aparecido muerta esta noche en la misma calle no es la que estaba con el cliente, quizás era la chica del asesinato anterior o se trate de una muerte no relacionada con el local —murmuró para sí.

Olivia, Livi para los amigos, estaba en casa de sus padres viendo la televisión, no se podía creer lo que decían del tipo que había visto matar unas horas atrás ante ella. Aún recordaba cuando le dijeron que el trabajo sería fácil y muy bien remunerado, si tuviese delante a su «amiga» Rosa…

Recordaba y recordaría siempre su primer y único día de trabajo con miedo, el miedo a sufrir daño, no a decepcionar a un jefe que apenas conocía. El cliente la trató como a un objeto, como algo de su propiedad y muy diferente a lo que ella imaginaba de una relación sexual, como había tenido con tres novios antes. No sentía lástima por lo que le había sucedido, a saber qué pensaba hacer él con ella en el tiempo que restaba en el reservado que compartían. Vio aparecer de repente al asesino a la espalda del cliente y acabar con él, corrió con todas sus energías para colocarse su gabardina en los vestuarios y desaparecer del local por la puerta de empleados en el acto. Menuda locura. Pensó durante unos segundos que el asesinato era ficticio y parte del espectáculo que brindaban a los clientes, pero se asustó tanto que no quiso quedarse a que le explicasen nada. Aquello no estaba en

el contrato. Llegó a casa de sus padres en la madrugada, se duchó y metió en la cama en silencio.

Esa mañana solo podía observar las noticias falsas que todos los canales daban, asustada, sin casi haber dormido por la experiencia, y sin ser capaz de tomarse su café.

«¿Qué está pasando? ¿Qué ocurrió anoche? A pesar de la máscara, reconozco los rasgos del cliente… del muerto, esa boca es inconfundible. Lo vi sonreírme y hablarme todo el rato con ese gesto tan grotesco, tan malvado que había visto en la televisión y en las revistas del corazón… Dios mío, no debí nunca aceptar entrar ahí».

Necesitaba el dinero para su familia, que iba a perder la casa si no pagaban los atrasos de la hipoteca, pero no debió obrar a la ligera sin pedir consejo a sus padres, claro que ellos nunca le habrían permitido acceder a un trabajo así.

Estudiaba primero de Arquitectura y todos la miraban en la facultad como si fuese una niña por su tamaño menudo y rasgos infantiles, quizás era eso lo que quería Rosa, una conocida de la discoteca a la que solía ir con sus amigos para ofrecerle semejante trabajo.

Olivia permanecía con su pijama infantil, que aún le quedaba bien, en el sofá cambiando de canales en la televisión del salón. Sus padres ya se habían levantado.

—¿Qué haces tan temprano despierta? ¿No saliste anoche?

—Sí, mamá, pero regresé pronto y no tengo sueño.

—¿Viendo las noticias? Qué raro que no estés buscando algo en Netflix o en tu móvil.

—Jo, mamá, déjame en paz.

La mujer se marchó a la cocina cuando su marido, el padre de Olivia aparecía en ropa interior por la estancia.

—¿Las noticias?

—Papá, vete a desayunar y déjame aquí sola.

—Vaya con la niña, cómo se ha puesto…

«¿Qué debería hacer? ¿Llamar a mis jefes para decirles lo que vi? ¿Mantener la discreción que ellos mismos me pidieron como máximo valor para el trabajo y quedar muda? ¿Decir a mis compañeros lo que vi para que me orienten por si he cometido un error al desaparecer del trabajo sin contarlo? No tengo el teléfono de ninguno de ellos. Decidido, llamaré a mis jefes».

La chica hizo la llamada y el encargado se lo agradeció, también le pidió que no se moviera de su casa. Eso haría ella durante el día, aunque no sabía muy bien el motivo de pedirle eso, pues esa noche tendría que regresar al trabajo y, lo que tuviese que decirle, lo podría hacer en persona y en el mismo local.

«¿Regresaré esta noche al trabajo para vivir una experiencia

similar? Claro que sí, mi familia lo necesita».

Media hora más tarde vio llegar a los del CNI y se la llevaron ante las protestas de sus padres.

Adolfo Arteaga entró en casa de su nieta como había hecho dos docenas de veces antes, aunque nunca en una situación como esa; solía ir a los cumpleaños de su pequeña cuando era una niña y en otras ocasiones casuales, cuando pasaba con el coche por la zona y decidía dar dos besos a su nieta favorita. Ahora era muy diferente, el aire que se respiraba en la vivienda estaba muy enrarecido, es lo que provocaba el dolor por una pérdida importante, que siempre rezumaba algo agrio y denso en el ambiente al pasar al interior. Adolfo ya había visitado, como era lógico a sus años, muchas casas tras un fallecimiento; aunque esta vez era el que menos le afectaba. Se veía venir que ese imbécil iba a acabar mal. Al menos, y era su único consuelo, el marido de su nieta había muerto y no en la situación que él más temía, la de implicado como violador o asesino en una red de pederastia de lo más salvaje. Que se jodiera ese cabrón. Solo con pensar que dormía en la misma cama que su nieta, a la que quería más que a nadie en el mundo, y que mantenía sexo con ella de vez en cuando… ¡uf!, le llegaba el dolor por la úlcera de nuevo.

Su niña, aunque ya tenía treinta años, fue corriendo a abrazarlo, no lo hacía con ese ímpetu desde que era una renacuaja de poco más de un metro de alto, aunque esa mañana lo hizo llorando desconsolada.

—Cariño, mi vida, cuánto lo siento.

—Abu, te quiero, ¿cómo ha pasado esto?

—Son cosas que pasan, mi niña.

—Lo han matado en mitad de la noche para robarle la cartera y el reloj, ¿te lo puedes creer? Teníamos que haber contratado un servicio de seguridad mejor.

—Ya tenéis el mejor, pero si él salía de noche a tomarse una copa sin los escoltas… pues son cosas que pueden pasar.

La chica se separó de repente de él y lo miró a los ojos de una forma que nunca antes había hecho. Se puso muy seria y bajó la voz para decir:

—Abu, no tendrás nada que ver en esto, ¿verdad?

—Cariño, me estás asustando, ¿a qué viene esa pregunta?

—Nunca te gustó el hombre que elegí para formar una familia.

—¡Por Dios! ¿Estás preguntándome si lo he matado?

—No grites, por favor, el salón está lleno de gente.

—Sonia, yo nunca te provocaría ese daño; además, eres muy inteligente y te han educado de la mejor manera. Piensa, si hubiera

querido apartarlo de ti, ¿no habría sido mejor hacerlo cuando solo erais novios?

—Abu, me das miedo.

—¿Por qué? Jamás te haría daño, tampoco a las personas que quieres. ¿Cómo has pensado eso de mí?

—Nunca te ha gustado.

—Pero respeté tu elección. Llevo ocho años respetándola sin decir ni una palabra y hasta le di un alto cargo en el *holding* empresarial. Lo hice por ti y no me arrepiento, aunque podría haber contratado a otro más capaz.

—Abu… es que lo machacas con cada cosa que dices.

—Solo digo la verdad, también te lo puedo decir de tus padres y tus tíos, os he dado la mejor formación, pero hay personas en el mundo con más talento. A pesar de eso, ocupáis cargos importantes porque quiero que esto sea una empresa familiar y que todos estemos juntos.

—Siento decirte… —agachó la mirada hasta el suelo—… que pensé en ti cuando me dieron la peor noticia de mi vida.

—Pensaba que la peor noticia había sido la muerte de Carmen, tu abuela.

—Abu…

—Ahora resulta que me consideras un asesino, no esperaba esto.

—Lo siento, ya veo en tus ojos que no has tenido nada que ver, pero es que no comprendo cómo ha ocurrido, cómo pueden pasar estas cosas y más aún a personas como nosotros.

—Que tengamos más dinero o poder no nos hace inmunes a un cuchillo que se clave en nuestra espalda en mitad de la calle para robarnos.

—¿Cómo ha sido tan inconsciente de salir de casa sin la escolta?

—Esa pregunta no es la que más me preocupa, cariño.

Ella levantó la mirada, dejó de llorar y preguntó ingenua:

—¿Cuál es?

—Que no te plantees, con lo inteligente que eres, qué hacía tu marido de madrugada a solas en mitad de esa calle.

La chica lo miró muy avergonzada y sin saber qué decir, lo que corroboró la teoría de Adolfo de que su nieta conocía, total o parcialmente, las aficiones de su marido y las aceptaba por el bien de la familia que había formado.

No pudieron hablar más porque sonó el teléfono de él y se marchó a la cocina para buscar un vaso y servirse una copa de *brandy* mientras conversaba con el sabueso. A la mierda la úlcera ese día.

—¿Se puede saber qué coño ha pasado?

—No nos encargamos de la seguridad de su familia, señor —le dijo el director del CNI. Lo que haga en su tiempo libre y al margen de su

propia seguridad no es cosa nuestra.

—¿Ha muerto en el local?

—Así es. Lo del robo es la tapadera.

—Es el tercero, ya podíais haber incrementado la seguridad allí.

—Siento decírselo, señor, pero nuestra labor tampoco es esa; demasiado hacemos para encubrir los motivos reales de las muertes y que las familias no sufran más por esos datos, y que las acciones de los empresarios muertos no caigan en la bolsa.

—Lo sé, lo sé… ¿cuánto costaría encontrar al asesino?

—¿Como dice?

—Me refiero a meter agentes en el lugar y atraparlo, pagaré lo que sea para que esto se termine y que se pueda vengar la muerte del marido de mi nieta. —No le importaba ese imbécil lo más mínimo, pero esto era algo personal y lo haría por su nieta y por la afrenta al atacar a su familia.

—No es una cuestión de dinero, los recursos son destinados en función de…

—No me vengas con gilipolleces, los recursos los controlo yo, soy quien tengo a sueldo a tus jefes, y a sus jefes, y a los jefes de ellos y así hasta arriba, donde estoy yo.

—Lo siento, señor.

—Mete a veinte o treinta hombres allí y tráeme vivo al que ha hecho esto.

—Señor, eso no es todo.

—¿Cómo dices?

—Hay una pareja de la policía que investiga para sacar la verdad.

—¿La verdad? Eso no va a suceder. Dame todos los datos.

Manuel Gutiérrez informó sobre Moretti y Gallardo.

—Termina con ellos.

—¿Disculpe?

—Ya lo has oído, termina con ellos, además de con el asesino y que todo regrese a la normalidad. Quiero que esto se olvide, que se convierta en algo que sencillamente no ha pasado nunca. Acaba con quien sepa lo más mínimo sobre el caso, incluyendo policías.

Moretti se dio toda la prisa que pudo en coger la llamada que lo había despertado, no sabía qué hora era, pero seguro que antes de las siete y media porque no había sonado aún su despertador. La llamada sería importante porque el número del iPhone nuevo solo lo tenía media docena de personas.

No era Esther, así que se decepcionó un poco.

—¿Te he despertado, Hugo?

—Así es, esperaba una voz menos ronca. No importa, ¿qué ha pasado, Simón?

—Tenemos otro cuerpo, el de otra chica joven.

—Eso me lo dijiste ayer. ¿En el local?

—Se trata de otra que ha aparecido varias calles más allá, la descubrió una patrulla, pero pronto apareció el CNI de nuevo y los echó de la zona. Parece como si hubieran esperado agazapados al hallazgo para intervenir, como con el empresario; como si os esperasen a vosotros. Me han informado de que el parte oficial indica que fue violada y robada antes de matarla.

—¿Son datos de la forense?

—Ningún forense oficial del Anatómico firma el parte.

—Hijos de puta, han eliminado a otra testigo. ¿Has hablado con sus familiares o amigos?

—Eso te tocará hacerlo a ti, por suerte mis chicos llegaron a tiempo de tomarle las huellas dactilares presionando la palma de su mano sobre una bolsa de patatas fritas.

—¿Patatas fritas?

—No preguntes, ha servido a la perfección para que Iglesias sacara las huellas. Resulta que la chica fue fichada por robo durante su adolescencia y he conseguido su nombre y su dirección; pero ya sabes que…

—Sí, que habrá ojos y oídos allí, es más que probable que me esperen los del CNI cuando vaya a buscarla.

—No puedo darte protección y cobertura.

—Lo sé. Aunque… déjame pensar. ¿Tienes a algún agente de total confianza?

—A varios. ¿En qué piensas?

—Quiero que averigües si la familia tenía un seguro de decesos y, en caso afirmativo, me des la información lo antes posible sobre la empresa aseguradora.

—Me pongo con eso ahora mismo.

—Gracias, te debo una.

—No me debes nada, terminad pronto con el caso y así os tendré de vuelta; tengo muchos casos comunes a la espera de vuestra llegada.

—Vaya, qué tentador…

Moretti colgó, se vistió y fue al cuarto de baño. Al salir, se encontró con Ignacio en la cocina preparando el desayuno.

—Me alegra saber que ya estás despierto.

—¿Cómo sabías que era yo y no una de las chicas?

—Porque no se levantan nunca antes de las diez. Prepárame un café, tengo algo importante y urgente para ti, si decides aceptarlo.

—¿De qué se trata? Cuéntame mientras te sirvo un café y otro para mí.

—¿Tienes un traje de enterrador?

—¿Cómo has dicho?

Moretti esperó a las nueve para llamar a Gallardo, no sabía si la chica madrugaría estando de vacaciones; aunque ellos mismos habían dicho que solo era una cortina de humo para el CNI. Claro que no tenía noticias de ella desde el escueto mensaje, para variar, que le había mandado para decir que había llegado bien a su destino la mañana anterior. Ni siquiera se habían comunicado por la tarde y noche.

—¿Hugo?

—¿Te he despertado?

—La verdad es que sí, estuvimos anoche repasando el caso en el barco de Pablo, el comisario y marido de Collado, hasta muy tarde, eso y el vino…

—Lo siento.

—No, en absoluto, debí llamarte o enviarte un mensaje.

—No pasa nada.

—¿Ha ocurrido algo?

—Los del CNI han eliminado a una chica joven, quizás a dos, y ya sabrás que tenemos tres víctimas dentro del local.

—Lo vimos en las noticias. ¿Simón sigue sin querer presionar al ministerio y que nos asignen el caso?

—Así siguen las cosas, aunque no te llamo solo para informarte de avances.

—¿Qué quieres hacer?

—Preguntarte si crees que Ignacio está preparado para una misión peligrosa de incursión.

—¿Vas a meter a Nacho en el local? Aquello es una locura.

—No había pensado en el local, aunque recuerda que el agente

lleva más tiempo en la Policía que tú y no hubo forma de impedirte entrar.

—Es diferente.

—No, no lo es. Y no quiero otra conversación infinita, no tenemos tiempo para eso. Voy a hacer que Ignacio se haga pasar por un empleado de la empresa aseguradora en la que los padres de la víctima tenían la póliza, así podrá hablar con ellos.

—¿Va a ir solo?

—Claro, el CNI me reconocería si tiene vigilada la vivienda.

—Me gustaría ir con él.

—Estás lejos y, además, a ti también te tienen identificada. Ignacio regresará en unos minutos de comprarse un traje y se afeitará la cabeza para pasar más desapercibido aún.

—Qué pena, le gusta presumir de su pelo. Aunque tengo algo de miedo ante la idea de que vaya solo.

—Se trata de una entrevista con los padres de la chica, no hay más; confía en él, yo lo hago.

—Esos fanáticos del CNI no tienen escrúpulos a la hora de eliminar cabos sueltos y temo por él.

—Somos policías, nos metimos en esto a sabiendas del riesgo que supone, aunque eso no te consuele.

—Por favor, dame adelantos, yo regreso en uno o dos días, no quiero pasar más tiempo aquí sabiendo lo que está ocurriendo.

—Tómate tu tiempo de relax, apuesto a que tu mente vendrá descansada y fortalecida, así serás de más ayuda.

—Ya veré qué hacer, mantenme informada de lo que ocurre con lo de Nacho.

—Lo haré. Cuídate y disfruta, aprovecha para relajarte y olvidar por unos días el caso.

—Sabes que no puedo hacer eso, ni olvidar el caso ni que os he metido en ese lío a vosotros y a las dos chicas.

—Bueno, solo inténtalo.

Moretti acababa de colgar cuando Ignacio entraba por la puerta.

—¿Y bien?

—Traje y corbata negros con camisa blanca, me queda de lujo, es lo que tiene esta percha que me dieron mis padres.

—Me alegra tu entusiasmo.

—Lo que me he pensado durante el paseo es lo del pelo… Quizás no debí lanzarme tanto con la idea de afeitarme la cabeza.

—El pelo crece.

—Lo sé, pero tarda mucho el hijo de puta.

—He hablado hace unos minutos con Esther, dice que eres muy guapo y que te quedará como a David Beckham cuando anunciaba las cuchillas Gillete.

—¿Eso ha dicho? Es un amor de niña. Quizás me ponga pendientes de diamantes como Beckham.

—Tampoco te pases. Vamos, tenemos poco tiempo, los del CNI no pueden ver llegar a los agentes reales de la aseguradora antes que a ti o sospecharán.

—No, espera, eso de los pendientes no es mala idea, aunque sea para después de la misión de hoy. ¿Sabes una cosa? Para una noche loca de sexo preferiría a Cristiano Ronaldo, ese torso musculado… y ya te aseguro yo que *entiende*, ese es de mi club, pero Beckham es un *crush* en toda regla, así tan cercano, simpático y elegante, y con la edad perfecta, un caballero inglés.

—Ignacio, no te disperses.

—¿Qué habláis de Cristiano Ronaldo?

Laura acababa de aparecer en el salón con cara de haberse dormido más allá de las cuatro de la madrugada.

—Nada, del partido de ayer.

—Pero si no jugó, lo pusieron de suplente.

—No sabíamos que eras una entendida en fútbol inglés.

—Es que ver a Cristiano siempre es una gozada.

—Venga, no distraigas a Ignacio, que tiene que afeitarse la cabeza.

—¿Cómo?

—Nada, vamos, cada uno a su tarea.

Ignacio partió hacia la casa de Olivia Gómez en el coche y se presentó en el telefonillo como agente de Ocaso Seguros. Una vez en la vivienda comenzó con las directrices que le había hecho memorizar Moretti:

—Buenos días, lamento muchísimo su pérdida. Les doy mi más sentido pésame en un momento tan difícil.

—Gracias.

El matrimonio se mostraba destrozado, como lo esperaba él, como estaría cualquier padre o madre tras la noticia de la muerte de un hijo. El hogar, ya desde la entrada, se veía sombrío y con un ambiente denso.

—Me imagino que la policía hablaría con ustedes anoche.

—Sí, vinieron y se mostraron dolidos por nuestra pérdida, aunque no comprendemos por qué ellos mismos se la llevaron horas antes.

—¿Cómo ha dicho?

—No importa, supongo que no ha venido para eso.

—Por curiosidad, ¿estuvieron en el interior de su casa?

—Sí, durante unas horas para informarnos de la tragedia.

—Claro, lo imagino. Les resultará más cómodo tratar el asunto del seguro fuera, en una cafetería cercana.

—¿No desea pasar dentro?

—Lo digo porque el seguro incluye desayunos y almuerzos en caso necesario. Podemos ir a algún bar o restaurante cercano y les invitaré a comer, así no tendrán que pasar más dolor en el interior de una casa que les traerá recuerdos.

Ellos se miraron entre sí durante unos segundos. Ignacio debía sacarlos fuera por si habían colocado cámaras o micrófonos los del CNI, o si mantenían vigilada la vivienda.

Accedieron tras cambiarse de ropa y lo condujeron a un restaurante cercano, donde pidieron la carta para ver el menú.

—En estas circunstancias, no tenemos mucha hambre, pero agradecemos el detalle —dijo el hombre, de no más de cuarenta años y pendiente en todo momento de su mujer, que parecía muerta en vida.

—Vamos a pedir algo para picar y les cuento.

—Sí, nos hablará sobre el féretro y las flores, además de la música a poner en el velatorio y demás detalles que en el fondo no nos importan.

—Me temo que no voy a hablarles de eso. No se asusten, pero no soy un agente de su aseguradora, sino de la policía.

Lo observaron sin comprender.

—Tengo que contarles algo que quizás no comprendan o que no les guste, pero es la verdad. Su hija no ha muerto tras ser robada y violada en la calle.

—¿De qué está hablando? ¿Se trata de una broma? Le advierto que…

—Esta es mi placa y mi carné de policía. Los hombres que han hablado con ustedes hace unas horas son del CNI.

—¿El CNI? —preguntaron a la vez en un susurro tras inspeccionar su placa.

—El Centro Nacional de Inteligencia, se encargan de salvaguardar las instituciones, o eso es lo que deberían hacer, pero son la policía de los ricos.

—No comprendo lo que me quiere decir.

Ignacio midió cada palabra que pronunciaba ante la atenta mirada de la pareja, pues no quería decirles el oficio de su hija, que apenas había cumplido los dieciocho años dos meses atrás. Habló de un club para millonarios gestionado por las altas esferas y de asesinatos que se producían en los últimos días. El resultado fue el que esperaba, los padres de Olivia se sentían aún más apenados al saber que su niña había sido asesinada por agentes del Estado para tapar las prácticas de personas influyentes, para encubrir el asesinato de un empresario cuyas acciones caerían si se supiese en qué estaba metido.

—Pero… pero esos agentes deberían defender al pueblo.

—Así es, pero para eso solo quedamos los policías, y, por desgracia, no todos. El caso es que nos han apartado para que no destapemos la verdad. Siento ser tan escueto, pero me temo que nos estén observando en este momento y tenemos que darnos prisa. Si quieren saber lo ocurrido, que se haga justicia con su hija Olivia, tendrán que decirme todo lo que hayan oído de ella en las últimas semanas.

—¿Las últimas semanas? —Aún estaban muy alterados y sin comprender del todo la situación.

—¿Qué les dijo su hija sobre su nuevo trabajo?

—Solo que estaría muy bien pagado y que ayudaría a salir de la situación en la que nos encontramos. He perdido mi empleo y cuesta encontrar otro a mi edad y con esta crisis que no termina nunca —decía el padre—. El caso es que la hipoteca ya lleva dos meses sin pagarse y… No me puedo creer que la niña se metiese en ese asunto por ayudarnos. ¡Dios, mío! ¡No! ¡No! —Y se abrazó a su mujer, los dos lloraban.

—Siento apremiarles, pero necesito saber más, todo lo que ella les dijese, además de que me den su lista de contactos, sus amistades y con quién habló a menudo en los últimos días.

La madre fue la que por fin alzó la voz, más ronca de lo que esperaba Ignacio por su rostro dulce y apenado, y pronunció una sola palabra.

—Rosa.

Ignacio regresó al piso franco media hora después con un nombre y un número de teléfono, antes fue a una joyería y compró dos pendientes pequeños de diamantes, minúsculos como los de David Beckham cuando jugaba en el Real Madrid. Se veía genial en el espejo, aunque la ropa no era la más adecuada para su nuevo look, pero ya pensaba en su cazadora de cuero rojo y los pantalones vaqueros azules completamente rotos. Había sido todo un acierto la idea de Gallardo de afeitarse la cabeza, aunque él no sabía que todo se trataba de una estratagema de Moretti para convencerlo.

Entró en el piso y observó las caras de sorpresa de Laura y Marta, así como la tensión en Moretti, que seguro llevaba el arma aferrada en la mano, aunque no pudiese apuntar para disparar.

—Siento haber entrado tan de repente.

—¿Qué llevas en las orejas?

—Nada, un capricho que se ha comido mi sueldo del mes.

—Ignacio, al grano, ¿qué tienes?

—Un nombre y un teléfono.

—Vamos a ello.

—Espera, quiero quitarme este traje primero. Solo será un minuto.

Moretti envió las novedades a Esther en un mensaje de móvil antes de llamar a la tal Rosa. Comunicaba en las dos primeras llamadas, luego logró contactar en la tercera.

—¿Sí?

—Mi nombre es Hugo Moretti, soy investigador asesor de la policía y…

La chica ya había colgado.

«¿En serio? ¿Qué hacer ante esto? Tengo a varios amigos en la comisaría que me darían la localización del teléfono de la chica en pocos minutos, pero en mi situación…».

Y recurrió a Esther de nuevo, pero llamándola directamente.

—Acabo de leer tu mensaje e iba a responderte, Hugo.

—No tenemos tiempo para charlar, pásame al comisario de Huelva si lo tienes a mano.

—Sí, seguimos en el barco, te lo paso.

—¿Hola?

—¿Pablo Aguilar? Soy Hugo Moretti. Un placer conocerte.

—Al contrario, el honor es mío.

—Bueno, esto no es una llamada de cordialidad, necesito un favor importante, de esos que solo piden los amigos cercanos y me temo que no soy uno de ellos.

—Estoy al tanto del caso, olvidamos las formalidades y ve al grano.

—Quiero que localices a una persona, te daré el número de su teléfono móvil.

—Me llevará unos largos minutos.

—Lo sé.

—Dame el número y te paso la geolocalización.

—No quiero meterte en un asunto complicado.

—Ya estoy metido en él, Esther nos tiene al tanto del asunto con todos los detalles.

—Pues lo siento por ti y por los quebraderos de cabeza que te ocasione.

—Estando casado con Cristina… los quebraderos de cabeza son el pan nuestro de cada día.

—Voy tomando nota.

—Te paso lo que tenga en cuanto me llegue la información.

—Gracias.

Moretti colgó a la vez que oía a las chicas al fondo del salón sorprenderse ante Ignacio.

—¿Qué pasa?

—Nuestro chófer preferido está cañón.

—¿Cómo?

—Parece Zac Efron.

—¿Quién?

—Jo, vaya carroza.

—Chicas —apuntó Ignacio—, me parezco más a David Beckham. —Se había puesto su cazadora de cuero rojo y los vaqueros azules rotos.

Rosa

Esther estuvo atenta a lo que Pablo les contaba a ella y a Cristina mientras llamaba a Nuria, su mejor oficial de apoyo informático y novia de Marcos Navarro, el antiguo comisario y ahora compañero de Cristina. No podía apartar de su mente la sensación de culpa por estar a tantos kilómetros de donde se cocía el problema. Divirtiéndose y sintiéndose a salvo en lugar de estar preocupada y centrada en el caso en el piso franco junto a quienes había metido en la receta, y más ahora que iban descubriendo novedades.

Pablo se separó de Cristina, Esther y los niños y fue al interior del barco para mantener la conversación con la que parecía una compañera de total confianza, así lo intuyó Esther por la forma de hablarle al inicio de la charla.

—Es Nuria —dijo Cristina—, no hay nada que no pueda averiguar. La conocerás esta noche porque vendrá con Marcos a cenar. Te advierto que está algo loca y se descontrola con el alcohol, pero te caerá bien.

—No pienso en eso ahora, solo en que estoy en el lugar equivocado.

—No digas eso, estás investigando y te ayudaremos de una forma que no imaginas, todos estamos en el caso y vamos a resolverlo, ya lo verás.

Pablo regresó y les dijo que Nuria ya estaba buscando la geolocalización del teléfono de la tal Rosa. No habían terminado la conversación siguiente, sobre lo que iban a preparar para la cena en la que vendrían Marcos y Nuria, cuando llegó la llamada de esta última. Pablo apuntó los datos, le dijo por enésima vez desde que ocupaba su cargo lo increíble que era y luego pidió el móvil a Esther.

—¿Hugo?

—Dime, ¿hay algún problema?

—Ninguno, mi oficial de apoyo informático tiene la posición fijada del teléfono, también ha encontrado la vivienda de Rosa.

—¿En serio? Solo han pasado ocho minutos.

—Sí, hoy ha tardado algo más de la cuenta. ¿Quieres que le dé tu número de teléfono y que estéis en contacto directo? Así será todo más rápido, la chica es de la misma confianza que yo mismo o Cristina.

—Me fío de tu palabra, dale mi número. Además os agradezco de forma infinita lo que estáis haciendo.

—Bueno, Esther y Cristina son un equipo, eso nos implica a todos.

—Pues gracias nuevamente.

Moretti tenía la dirección de Rosa y la posición en la que estaba en este momento, además de la comunicación directa con la oficial de Huelva que le iría informando si la chica se desplazaba.

—Ignacio, deja de mirarte al espejo, tenemos que salir.

—Dame dos minutos para cambiarme de ropa otra vez.

Hugo suspiró hondo en lugar de enfadarse, no iba a ir con el agente vestido de futbolista en una noche de fiesta; llamarían la atención allá donde fueran.

Dejaron a Laura y Marta buscando algo que ver en la televisión y partieron con el coche a toda velocidad. El exinspector llevaba el teléfono en la mano por si recibía un mensaje de audio de Nuria Carvallo en el caso de que Rosa saliese de su casa.

Llegaron en media hora al barrio de Villaverde Alto, aparcaron tras dar un par de vueltas a la zona y se dirigieron a la entrada del edificio con la preocupación de que el CNI estuviese vigilando el edificio; tal vez tuviesen agentes en la calle o algún micrófono en la casa de la chica. Bueno, ya estaban allí y no conocían otra forma de avanzar en la investigación.

Fue a pulsar el botón del portero automático cuando sonó el teléfono.

—¿Sí?

—Soy Nuria.

—¿Qué ha pasado? ¿La chica se ha marchado de casa?

—Su teléfono sigue ahí, pero no te llamaba por ese motivo. He entrado en el sistema del CNI.

—¿Cómo dices?

—Bueno, se trata de un *hackeo*. No sé si me entiendes, una puerta de atrás para vigilarlos.

—Te vas a meter en un lío.

—Ya lo estamos todos, ¿no? Y esto es lo más divertido que he hecho este año.

Ignacio lo miraba con intriga, sin saber de qué hablaban, pero Moretti no podía ver su expresión. Ya se lo contaría en unos segundos.

—Madre mía, todos los que se asocian con Esther están igual de locos que ella.

—Pues claro, ¡*yippie ki yay*, ja, ja, ja!

«¿Eso es lo que dice siempre Bruce Willis en las películas de *La jungla de cristal*? Lo dicho, están todos locos como Gallardo».

—Me estás asustando.

—Vamos, tómatelo con humor, solo se vive una vez. Por cierto, el

caso del CNI tiene el nombre de *Putas*, no han sido muy originales esos fascistas de mierda. Hay como doscientos archivos en el servidor y da náuseas leerlos.

—Si se los pasas a Esther, los memorizará de por vida.

—Ya me lo dijo mi amiga Cristina, los estoy enviando mientras hablo contigo. Aunque te aviso de que no hay informes de forenses, de criminalística ni de investigación de ningún tipo que no sea para tapar lo sucedido.

—No me cuentas nada que no sepa.

—Ahora viene lo bueno, tengo acceso en tiempo real a las órdenes que dan los superiores, nada menos que el mismísimo director general del CNI, y sé cuándo ordenan ir a por testigos o a por los investigadores, a por vosotros. Te informo que la tal Rosa no está en el listado de investigados, podéis hablar con ella sin problemas.

—No sabes el peso que me quitas de encima.

—Estaré pendiente por si llegan órdenes nuevas, seré vuestros ojos. Ups, perdona, no recordaba lo que me dijo Pablo de que eres ciego.

—Tranquila, ya me he acostumbrado y lo veo con otro enfoque.

—¿Eh? ¡Ja, ja, ja! Me gustas, eres educado, con sentido del humor y tienes una voz bonita, esta noche se lo diré a Esther cuando cenemos todos juntos.

Moretti se quedó sin palabras, ¿qué responder a eso?

—Gracias, bueno… por todo, cuando esto termine deberé muchos favores.

—Anda ya, esto es más divertido que lo que hacemos aquí a menudo, con diferencia. No te robo más tiempo, tengo mucho que hacer, apoyar en cinco casos y mantener un ojo en lo que vaya surgiendo en el sistema del CNI.

—Ten precaución.

—Eso lo haría si entrase de forma ilegal en el servidor de un banco, pero las instituciones oficiales son penosas en cuanto a su nivel de seguridad. Un abrazo, Hugo, me has caído bien.

Y colgó.

Ignacio lo miraba intrigado y Moretti lo intuyó.

—Esa chica está loca.

—¿Qué chica? Me tienes en ascuas, cuéntame.

Tras un breve resumen, llamaron al telefonillo por fin. Ignacio se identificó con su placa de policía al llegar a la puerta de la vivienda.

—Ya oí que erais polis por el portero automático, pero no sé qué queréis de mí. Estoy muy ocupada, iba a salir ahora de casa para ir al gimnasio.

—Solo serán unos minutos.

La chica seguía sin ofrecerles entrar en la vivienda. Tenía el cabello largo y teñido de rubio platino, no aparentaba más de

veinticinco años y lucía un cuerpo delgado bajo mallas y un top. Su semblante, a pesar de los rasgos dulces de su rostro, era de desconfianza más que de desconcierto, lo que no pasó desapercibido para Ignacio.

—¿Vas al gimnasio a convencer a más chicas de que trabajen en el local donde han muerto ya tres socios y las chicas que estaban con ellos en los reservados?

Moretti, a la espalda del agente, hizo una mueca de desaprobación; Ignacio había pecado de inexperiencia yendo demasiado pronto al grano del asunto. Ahora Rosa se mostraría reacia a hablar y enfadada. Se cerraría como una ostra para proteger la perla que suponía la información que tuviese sobre los sucesos.

—¿De qué coño hablas? ¿Tengo que llamar a mi abogado?

Hugo tiró de experiencia para tomar el control y solucionar la situación tomando un desvío en la conversación.

—¿Tienes abogado? Una chica tan joven y viviendo en un barrio como este no es habitual que tenga abogado. ¿A qué te dedicas?

—¿Qué coño te importa? Espera, ¿eres ciego? Los ciegos no son policías.

—Soy un asesor en casos especiales, me llamo Hugo Moretti y ya rechazaste mi llamada de teléfono hace unas horas. Por cierto, no has respondido a mi pregunta. Hemos venido porque Olivia ha sido encontrada muerta a pocas calles del local. Tú le conseguiste ese trabajo.

—Joder, yo no hago más que informar de buenos empleos a chicas que me dicen que están necesitadas de dinero.

—Sigues sin responder a mi pregunta, ¿en qué trabajas?

—No trabajo, ahora mismo estoy en paro.

—¿Y pagas esta casa, tus gastos y tienes un abogado estando en paro? Y otra cuestión más, ¿por qué no trabajas tú en esas ofertas tan buenas de empleo en lugar de cedérselas a otras chicas?

—Yo…

—Tú estás metida en un lío de cojones.

—Quiero un abogado.

—¿Quieres que sigamos esto en la comisaría? Perfecto, pero recuerda que no estás acusada de nada, todavía, así que no tienes derecho a un abogado de oficio, tendrás que pagarlo tú.

—Eso no me importa.

—Pero sí te importará saber que el caso lo dirige el CNI, sus agentes están atando cabos sueltos sobre lo que ocurre en el local y tú serás uno más. ¿Quieres que te llevemos a la comisaría y que pongamos tu nombre en un informe que ellos verán en el acto?

—¡Coño, no! No me jodáis.

—Pues cuéntanos lo que sepas del local y danos los contactos de

los responsables con los que hablas para llevarles las chicas.

—Eso me salpicará.

—No tanto como lo que te ocurrirá si todo esto se destapa y estás implicada en un asunto tan feo. Ellos no te ayudarán, solo serás una piedra en su camino, una a la que dar una fuerte patada para apartarla, no sé si me comprendes. No vales nada para ellos y acabarás como Olivia y las demás, en mitad de una calle desierta una noche y con la coartada oficial de que te han robado y violado antes de matarte. Puedes ponerte bajo nuestra protección o esperar a que alguien aparezca a tu espalda esta misma noche.

La chica se derrumbó y comenzó a llorar y temblar. Ignacio la sostuvo y la ayudó a entrar en la casa, Moretti les siguió tras cerrar la puerta. A pesar del barrio de periferia y el edificio antiguo, por dentro la decoración indicaba que la chica tenía un alto poder adquisitivo, tanto por la evidente reforma efectuada como por los muebles y los aparatos electrónicos, como la televisión de setenta y cinco pulgadas Samsung o el equipo de música Bang & Olufsen.

Moretti solo olía a ambientador de lilas, uno muy refinado, y retomó la conversación:

—Dinos lo que necesitamos saber y te prometo que no habrá informe oficial sobre tu declaración. No queremos que te maten para cerrar la boca de una posible testigo. Solo queremos la verdad, vamos contra los que están muy por encima de tus jefes.

—Pero yo no sé nada, solo me pagan por llevarles chicas cada semana o mes.

—Rosa —dijo Ignacio, que seguía maravillándose de la decoración —, pues te pagan mucho solo por eso; ya quisiera yo tener un apartamento así.

—Me pagan mil euros por cada chica para los locales, son siete en Madrid y les envío unas diez chicas cada mes.

—Fiuuuuuu —silbó Ignacio.

—Tienes que saber más, mucho más —dijo Moretti—. No me creo que desconozcas lo que se cuece en esos locales.

La cena programada como informal se convirtió en una sesión de trabajo en toda regla, a pesar de la buena comida y el alcohol que disfrutaron Esther, sus anfitriones y la pareja que había venido con dos niños más. El barco no era pequeño, pero parecía que fuese a hundirse de un momento a otro por el peso de sus nueve ocupantes, sobre todo por las carreras y juegos de los cuatro niños.

—No me puedo creer que estas cosas sucedan con la cantidad de información que se mueve en las redes sociales —dijo Nuria mientras se terminaba la copa de vino, ya había pedido una ginebra con

naranja a Cristina.

—Lo que pasa en estos casos es que se corta la información de raíz, la prensa no sabe nada, no hay testigos con teléfonos móviles; y si los hubiese, se quitarían de en medio como hacen con las chicas —dijo Pablo.

—El CNI tiene un poder absoluto, o control absoluto —añadía Cristina—. Atan de manos a la policía y controlan con su influencia a las televisiones y periódicos. El ciudadano de a pie no se entera de lo que sucede, o se informa de lo que les dicen los que controlan esa información. Tenemos un caso fantasma, de esos que no se han resuelto nunca porque se guardan en una especie de cementerio nuclear; se meten en un bidón, se sellan y luego se entierran a varios metros de profundidad para que nadie los vea ni huela el hedor a mierda que desprenden.

—Lo vemos y olemos nosotros —dijo Esther—, y nos salpica de forma directa. Está muriendo mucha gente y más que lo hará. Hay un asesino en ese local, uno que está acabando con personas influyentes. El CNI no lo persigue, así que obrará a su antojo hasta que se canse, si decide hacerlo. Tanto ese tipo como las víctimas están siendo protegidos, o se trata de salvaguardar al propietario del local, que será aún más poderoso; por lo que trabajamos a ciegas, sin saber qué ha pasado hasta que es demasiado tarde y no podemos actuar.

—Ahora tenemos al CNI bajo vigilancia —dijo Nuria tras tomar la copa que le daba su amiga—, no van a moverse sin que lo sepamos.

—Eso es peligroso, nos exponemos a ellos si descubren tu puerta de atrás para entrar en su sistema.

—Esa puerta de atrás no la he creado hoy, la hice una noche que estaba aburrida en casa hace dos años y en todo este tiempo no la han descubierto. De todas formas, ¿qué van a hacernos, Marcos? ¿Nos van a matar a todos?

—No los subestimes. Aunque es cierto que, si ven que hay muchos policías implicados, tomen una huida hacia delante y traten de lavar su imagen colaborando en la detención del asesino. El propietario solo tendrá que reubicar el local en otro sitio y seguir como si nada.

—Se trata de un antro de vicio ilegal.

—No sabemos si es ilegal en cuanto a las chicas, son mayores de edad a sueldo. La prostitución no es ilegal en locales registrados y con los empleados dados de alta en la Seguridad Social y pagando el impuesto de Autónomos.

—Ahí no cotizan ni los camareros, ya te lo digo yo; les pagan a todos en un sobre con billetes que vendrán del blanqueo de dinero de otras actividades.

—Eso no lo sabemos.

—Me bastaría media hora para averiguarlo, dame un ordenador.

—Nuria, no te crezcas, que ya llevas tres copas de vino y esa ginebra empezada.

—Ja, ja, ja, es verdad, pero todavía soy letal, no estoy borracha.

Esther observaba a la chica, tendría solo unos cuatro o cinco años más que ella, con una larga y voluminosa cabellera castaña y muy rizada, y llevaba un escote imposible, de esos que no sabes cuándo se va a salir un pecho de repente, y los de Nuria eran como balones de fútbol. La oficial se maravillaba del buen ambiente y de la predisposición hacia ella de sus compañeros de cena, a pesar de que no eran policías de su comisaría. Eso le hizo recordar que no había llamado a Moretti esa tarde. Su reloj marcaba las diez y media de la noche, seguro que no era tarde para contactar con él.

—¿Sí?

—Hugo, siento haberte llamado tan tarde.

—No importa, el detalle es lo que cuenta. ¿Cómo estás?

—Bien. ¿Qué habéis logrado de esa tal Rosa?

—Tenemos el nombre del gerente del local.

—Me alegro, es un avance.

—Pero uno muy pobre, no nos llevará al propietario.

—Quizás lo haga hacia el camarero que asesina a las chicas.

—Eso espero. Vamos a trabajar sobre eso mañana.

—Nosotros estamos tratando el caso esta noche también.

—Eso es fantástico. Por cierto, te echo de menos.

—Yo también querría estar ahí para aportar como activo.

Moretti esperaba un «también te echo de menos» personal y no algo frío, profesional, basado en el caso, pero se mordió la lengua.

—Regresa cuando hayas descansado, lo necesitas.

—Dale un abrazo a Nacho de mi parte y te mando muchos besos, seguimos en contacto.

—Claro, lo haré, mañana hablamos.

—Adiós.

Y Esther regresó a la mesa de la cubierta en la que todos habían pasado a tomar copas, pero ella ya estaba más que mareada con el vino de la cena; incluso se preguntaba si Hugo se había dado cuenta de que se le trababa la lengua un poco al hablar, seguro que sí, él siempre se fijaba en esos detalles.

—¿Estás bien? —le preguntó Cristina al verla regresar a su lado.

—Sí, claro, le decía a Hugo que seguimos en el caso.

—¿Solo eso?

—¿Cómo dices?

—Digo que si solo le has hablado del caso, estaría bien que le dedicases unas palabras más personales, seguro que las recibe bien.

—No se me da bien hacer eso.

—Los pensamientos sobre el trabajo no deben nunca eclipsar a los

personales. Decirle algo afectivo no solo lo reconfortará a él, también a ti.

Esther se sintió mal de repente, tomó su teléfono móvil, lo observó durante unos segundos y luego mandó un mensaje de texto.

<Te echo de menos también, tengo ganas de verte>.

Y lo dejó sobre la mesa observándolo como si fuese un objeto extraño o que fuese a explotar de un momento a otro.

—Esther, ¿estás bien?

—Sí, Cristina.

—¿Quieres una copa?

—No, gracias, ya voy servida con el vino. ¿De qué habláis?

—De las líneas de actuación posibles a seguir. Pablo cree que entrevistar a empleados es lento, peligroso y no dará muchos frutos, siento secundarle. Marcos propone otra cosa más directa.

Esther miró al aludido y él le explicó su plan.

Una aberración

Héctor Pujalde se frotaba el cabello con fuerza, la pesadilla iba creciendo día a día y a un ritmo alarmante. Ya no estaba tan seguro de que el negocio de sus locales fuese rentable, el dinero obtenido cada mes no compensaría la debacle de ver perder el valor de las acciones del resto de sus empresas si todo se destapaba; y esas acciones suponían el setenta por ciento de sus beneficios totales. Antes temía perder el treinta por ciento, ahora no le parecía tan mal haber renunciado a ese extra de beneficios.

«Es un pez que se muerde la cola. Si dejo de presionar al CNI y a mi amigo el ministro, la policía se hará cargo y podrán llegar hasta mí; pero si todo sigue como hasta ahora, más gente morirá y, a la larga, se acabará destapando un asunto que podría tener el doble o triple de asesinatos; y de consecuencias negativas para mí. ¿Qué puedo hacer? Lo del nieto político de mi amigo Adolfo Arteaga ha sido algo inesperado y que podría suponer una bomba. Adolfo tiene poder de sobra para contrarrestar mis órdenes, para buscar al asesino y descubrir que soy el propietario de los locales; él no me creerá si le digo que yo no sabía nada del asunto, no es estúpido y sabe que el CNI lo encubre todo por mis deseos. No es bueno hacerse enemigos, menos aún si son más poderosos que uno mismo».

Tomó el teléfono y llamó al director Manuel Gutiérrez.

—¿Señor?

—¿Por qué no se ha solucionado este asunto?

—Estamos en ello.

—No, no estáis en ello, solo tapáis agujeros en la carretera en lugar de buscar qué vehículo los ha producido. ¿Por qué no se ha encontrado al asesino?

—Señor, nuestras órdenes…

—Lo sé, os limitáis a atar cabos sueltos para que esto no salpique a demasiada gente importante, a mí el primero de ellos. Pero ese asesino seguirá matando y la lista de inocentes caídos seguirá creciendo. Voy a cerrar el local, los voy a cerrar todos.

—Me temo que eso no bastará, señor. El asesino irá a otros locales, aunque no sean de su propiedad, y seguirá actuando a su antojo.

—Y si la policía por fin investiga, llegarán hasta mí.

—Tenemos controlada a la policía.

—No lo parece por lo que me dijiste la última vez que hablamos.

—Esos insurgentes. Los eliminaremos en breve.

—Policías muertos a añadir a la lista… joder. No me está gustando esto. ¿Por qué no encontráis al asesino de una puta vez para que se termine la pesadilla?

—Sabemos que es un camarero, pero ha desaparecido del local, en la vivienda que dio como referencia no aparece, tampoco sabemos su nombre real ni dónde encontrarlo.

—¿Eres policía o lo has sido alguna vez?

—¿Cómo dice?

—Ya me has oído.

—Lo era antes de entrar en el Centro.

—Pues no eras de los buenos. Si esos policías que están buscando respuestas son mejores que tú, tendremos un problema los dos.

—Acabaré con ese problema en veinticuatro horas.

—Te gusta demasiado decir eso de las veinticuatro horas, pero no cumples con tus promesas.

Héctor colgó sin dar opción a réplica.

¿Qué habría pasado si hubiese dejado el caso en manos de la Policía desde el principio? Quizás solo se hubiera producido un asesinato y un criminal estaría en prisión en estos momentos. ¿Se habría filtrado a la prensa que el local era suyo? Podría haber presionado al ministerio en ese caso para taparlo en los medios de información y todo se habría terminado. No lo pensó entonces, no tuvo tiempo de reacción, y ahora tenía a tres importantes clientes como víctimas y otras tantas chicas asesinadas para impedirles hablar. El error había hecho crecer la bola de nieve rodando ladera abajo que iba a arroyarlo.

Tenía dinero de sobra para contratar a los mejores detectives del país y del extranjero, pero no quería hacer eso, no quería meter más cartas en el juego de póker que jugaba y en el que iba perdiendo; sería mucho mejor levantar algunas cartas que estaban bocabajo ya sobre la mesa y hacerlas parte de su jugada, ponerlas de su lado.

Llamó a un experto informático al que había tenido a sueldo muchas veces para localizar llamadas privadas en acuerdos empresariales y disponer de información privilegiada.

—¿Señor Zeta?

—Señor Equis, necesito algo de usted.

—Dígame.

—Quiero que localice a una persona y que me dé su número de teléfono privado.

—Deme los datos.

—Hugo Moretti, exinspector de la policía reconvertido en asesor.

—Eso no parece difícil.

—Está desaparecido y perseguido por el CNI, tendrá una localización y teléfono nuevos, este último secreto.

—Entiendo. Serán cien mil.

—Eso no es problema. Dame algo lo antes posible. El dinero te llegará en cuestión de minutos, como siempre.

Héctor recibía el mensaje en su teléfono cuando un empleado de la casa le servía la tercera taza de café de la mañana. No había tardado más de cuarenta minutos en su labor. El señor Equis ganaba más dinero a la hora que él, o casi, pero se lo merecía por su eficacia. Le gustaría que todos los empleados de sus empresas fueran tan eficaces, sería el primero de la lista Forbes en ese supuesto.

No se molestó en dar las gracias, ya lo hacía con la transferencia que había ordenado, y marcó el número de teléfono que aparecía en el mensaje.

No obtuvo respuesta.

Insistió.

—¿Sí?

—Señor Moretti, no me conoce, no cuelgue, por favor, creo que agradecerá lo que voy a decirle.

Y le contó lo que deseaba.

—¿Dinero? ¿Me ofrece dinero? Ahora es usted el que no me conoce. No necesito dinero.

—Entonces acepte solo la ayuda que le pueda brindar para que resuelva el caso.

—¿Qué gana usted con todo esto?

—Lo sabe de sobra.

—Lo he intuido, señor Pujalde, es el propietario del local.

—No me siento orgulloso, entienda que es solo uno de mis canales de negocios. Un negocio como cualquier otro.

—Eso dicen de la prostitución.

—Júzgueme si lo desea, está en su derecho, pero quiero que acabe todo esto.

—¿Por qué no cerró el local tras el primer o el segundo crimen?

—Pensé que sería algo aislado, una venganza de algún socio.

—Eso es muy pobre, no insulte mi inteligencia. Usted quería salvar el culo, que no le salpicase todo esto y seguir con su vida, pero todo se está yendo a la mierda y me ha llamado porque acaba de descubrir que el CNI no es la solución.

—Está bien, tiene usted razón. Todo se está yendo a la mierda, pero no solo mi situación, también se están sucediendo más crímenes, de empresarios y de inocentes que quita de en medio el CNI para encubrirlos. Y el asesino no parece dispuesto a parar. Usted, como policía, aunque solo sea asesor, querrá ponerle solución. Los dos queremos el fin de esto, regresar a nuestras vidas, no me lo niegue o insultará mi inteligencia también.

—Deje de intentar convencerme y llevarme a su terreno y dígame

lo que quiere de una vez.

—Yo le proporciono información privilegiada, toda la que haya sobre el caso, además de los medios económicos para moverse al margen del CNI, y usted atrapa al asesino. No es un mal trato, ¿verdad?

—No, no lo es. Pero luego, cuando todo haya acabado, tendrá que aflojar de nuevo la cartera, y no le resultará barato.

—Antes dijo que no necesitaba mi dinero.

—No hablo de mí. Ya le daré datos, que serán migajas para usted. Ahora estamos en el mismo equipo, deme información para moverme y asegúreme que el CNI no estará husmeando.

—Yo puedo darle esa información, pero no sé si hay más empresarios implicados, poderosos clientes de los locales tras ustedes; tendrán que cuidarse en sus movimientos por si hubiese empresas de investigación privada contratadas para localizar al asesino.

—Cuidar nuestros movimientos es lo que llevamos haciendo todos estos días. Sabremos mantener el culo a salvo.

—Está bien, apunte.

Moretti llegó a la Biblioteca Nacional en el paseo de Recoletos a la una menos diez de la tarde. Ignacio se sorprendió al ver el edificio.

—¿Aquí tienes un confidente?

—Están por todas partes, Ignacio. Si te salpica una sartén, las manchas aparecen por donde menos te lo esperas, igual pasa con los confidentes y amigos que ayudan en los casos, que surgen por zonas inverosímiles de la cocina y de la ropa.

—Voy tomando nota, maestro.

—Vaya, la fina ironía de Gallardo se contagia…

—No era la intención.

—Quédate en el coche con el motor encendido por si el CNI aparece y tenemos que salir a toda prisa.

—No me atraparán con este coche, aunque no lo conduciré nunca como podría hacerlo Esther con esa cabeza suya prodigiosa.

«Esther, siempre es ella la que aparece, incluso cuando no se le llama. No importa lo que yo quiera mantenerla al margen para concentrarme en el trabajo, siempre surge como el pensamiento de otro a mi alrededor, como un aviso para que la tenga presente; como si necesitase un toque de atención del móvil para no olvidarla».

Moretti se bajó del coche y entró en el antiguo palacio que ahora albergaba la principal biblioteca de la ciudad y del país. Preguntó por la sección de historia y un empleado lo ayudó a llegar a ella tras ver que era ciego.

—¿Moretti?

El exinspector reconoció el tono nasal de su viejo conocido.

—¿Darío?

—Ha pasado mucho tiempo y… ¿estás ciego?

—Una larga historia. He venido a consultarte algo, tengo un poco de prisa.

Seguía llevando el teléfono en la mano por si Nuria le informaba de que el CNI lo había descubierto, aunque confiaba en el trato con Héctor Pujalde sobre apartar a los sabuesos del Gobierno que husmeaban su rastro.

—Pues cuéntame.

Lo puso al corriente.

—No sé en qué puedo ayudarte con eso.

—Conoces todos los asuntos sucios de las altas esferas, es tu pasión, más que una afición. ¿Si te digo los nombres de las víctimas y del dueño del local, todos grandes empresarios, podrías decirme algo?

—Adelante, aunque te aviso de que desconozco mucho de lo que se cuece entre empresarios, soy más de rebuscar entre la basura moral de la aristocracia.

Moretti le dijo los nombres y Darío silbó como acto reflejo, luego siguió hablando en un volumen más bajo que antes.

—Estamos hablando de personas muy poderosas, de las que tienen control sobre el propio Gobierno; en el fondo, esos son la aristocracia en la época actual.

—Dime algo que no sepa.

—Lo sé porque el hijo de una baronesa importante participa de esos locales y suele irse de la lengua en su círculo social más íntimo. Solo puedo añadir que en esos antros hay espectáculos especiales y privados.

—¿A qué te refieres?

—A algo destinado a mentes muy enfermas que buscan siempre algo más que los estimule. Hay muchos perturbados entre nosotros y algunos de ellos tienen el suficiente dinero como para dar rienda suelta y lograr saciar sus perversiones.

—Allí se simulan violaciones con chicas contratadas que parecen niñas, ¿me hablas de violaciones reales a niñas pequeñas?

—Justo de eso.

—Es una aberración.

—Las personas que controlan el mundo suelen creer que las leyes de los hombres y de la moral no forman parte de su camino. Algunos son verdaderos monstruos en busca de estímulos nuevos para su mente. He oído hablar de secuestros de niñas para que sean destrozadas en locales por perturbados que pagan lo que haga falta por vivir la experiencia.

—No sé en qué me puede ayudar eso, pero lo tendré en cuenta.

—No puedo ayudarte más, no conozco los locales ni los nombres de los que participan o han participado.

—Si te enteras de algo que se cueza entre los empresarios y políticos, además de los nobles o aristócratas que conoces, me llamas a este número que voy a darte.

—Claro, cuenta conmigo.

Hugo logró llegar al coche y entró en él con la ayuda de Ignacio, que salió a su encuentro en cuanto lo vio llegar unos minutos antes.

—¿Has descubierto algo?

—Pues no sabría qué decirte, regresemos al piso, aunque antes vamos a comprar comida.

Sorpresa en la noche

El plan de Marcos Navarro, tratar de localizar al empresario dueño del local, no había dado mucho éxito, pues, cuando Esther se comunicó con Moretti esa tarde, ya este le informó sobre Héctor Pujalde y su trato.

—No debiste ser tan blando con él, seguro que sabe mucho y se lo calla.

—Lo sé, Esther, pero ese tipo no es de los que se arrugan y agachan la cabeza en una entrevista o interrogatorio, es un tiburón acostumbrado a devorar todo lo que tiene delante; y si no lo hace él, ya cuenta con dos docenas de abogados que cumplen esa tarea.

—Lo de los espectáculos reales me da escalofríos, ojalá pudiera olvidar eso de mi memoria.

—¿Crees que sirve en el caso?

—Es posible, aunque todavía no se me ocurre nada. ¿Quién es el asesino, un pobre diablo que no puede pagar por participar o un familiar de alguna niña que busca venganza?

—Es lo que he pensado yo también.

—¿Y si investigamos casos de niñas desaparecidas y localizamos a sus familiares? Alguno de ellos podría ser el asesino y que Laura y Marta lo identifiquen.

—Debe de haber cientos de niñas desaparecidas en los últimos años, además de muertas por enfermedad o accidente. Te recuerdo que todo esto está tapado desde arriba para crear coartadas. Imagina que sean quinientas niñas o mil o más. Es una locura. Tampoco sabemos si ese es el móvil de los crímenes, pues desconocemos si los tres asesinados dentro del local participaron de esas sesiones especiales.

—Me dan náuseas al oírte llamar así a la tortura, violación y muerte de niñas.

—Y a mí usar esas palabras, pero estamos trabajando y tenemos que mantener la mente fría para no dejarnos llevar por sentimientos que nos distraigan.

—Lo sé.

—Hablando de distracciones, ¿cómo te lo estás pasando?

—Lo dices como si estuviese de vacaciones.

—Es tu tapadera, y espero que te sirva para desconectar un poco y recargar energías.

—Me encuentro bien, pero no olvido el caso ni dejo de pensar en

cómo resolverlo.

—Eso ya lo sé.

—El sitio es precioso y me gustaría que estuvieses aquí, también son maravillosas las personas que estoy conociendo. Ojalá podamos venir pronto y tomarnos unas vacaciones de verdad, los dos.

—Yo también lo deseo. Me gustaría estar ahí con vosotros, te echo de menos.

—Pronto regresaré y terminaremos con este caso, ya lo verás.

—Eso espero.

—Te dejo, te mandaré un mensaje esta noche.

—Pasa buena tarde.

—Igualmente.

Cada vez que la conversación entraba en un tema íntimo, Moretti sentía la distancia que ponía entre ellos la chica, el tono de voz frío y las palabras elegidas en lugar de dichas de forma espontánea. ¿Sería siempre así? Esperaba que no, aunque eso era parte del encanto de Esther.

Ahora tenían más sobre lo que investigar, lo de los espectáculos con niñas era algo que no podían dejar atrás, aunque fuese para acusar luego a los creadores de los mismos y a quienes participaban en ellos. Tanto Moretti como Esther tratarían de indagar más sobre el asunto esa tarde y los sucesivos días.

Su sobrinita Laura corría por el jardín en el televisor, pero él ya no observaba, estaba absorto en la ventana del salón de su casa. El atardecer llegó sobre la ciudad, en los edificios de enfrente y las pocas personas que caminaban por la calle, y él tenía en mente a su nueva víctima.

Los camareros del local hablaban más de la cuenta cuando consideraban que lo hacían en total seguridad, detallaban lo que habían visto en el antro con pelos y señales. Mario era el más hablador, pero los demás soltaban también lo que sabían en cuanto se habían bebido dos copas tras una larga noche de trabajo. Fue uno de ellos el que le dio los nombres de los clientes que solían ir a los espectáculos privados. Esas máscaras ridículas solo estaban diseñadas para darles seguridad a los clientes, pero los empleados reconocían a los empresarios, políticos o actores populares en cuanto aparecían, algunos de ellos pecaban de vanidad y daban sus nombres cuando se les atendía, para así lograr un trato mayor de favor.

¿Qué tenían que temer esos camareros? Solo eran confidencias, cotilleos entre empleados y amigos, una forma más de pasar el rato y de bromear sobre las extrañas perversiones de los clientes.

Quizás esos camareros y sus cotilleos fuesen insignificantes para

los clientes que querían discreción, pero para él era mucho más, era la forma de vengar lo que había pasado con su pequeña sobrina. El infierno vivido por ella durante horas no sería compensado con la muerte de los enfermos que participaban de esa locura, pero serviría para que él se sintiese mejor y supiese que había quitado de en medio a pederastas asesinos. Esos no volverían a tocar y matar a una inocente niña nunca más.

Apagó el vídeo, pues no lo estaba viendo, y miró de nuevo las fotos de sus siguientes posibles víctimas, esa misma noche moriría uno de esos enfermos.

Tras el tercer crimen, o limpieza, había tirado el teléfono móvil a la basura, pues lo estarían buscando seguro tras hablar alguna chica que lo reconociese y fuera interrogada. Pero había ahorrado dinero suficiente como para entrar ahora en otros locales y localizar a un perturbado de su lista. Podría hacerlo hasta en cinco ocasiones, luego, si no lo descubrían antes, iría a por ellos en las zonas cercanas a sus viviendas, arriesgándose a una presión mayor por su seguridad privada.

Hablando con los compañeros había obtenido las contraseñas del resto de locales, todas iguales de absurdas.

Fue a la ducha para prepararse para una nueva noche de venganza.

Manuel Gutiérrez estaba en un lío tremendo, tenía la orden de Adolfo Arteaga de matar a los dos investigadores del caso y la de dejarlos actuar a su antojo por parte de Héctor Pujalde. Arteaga era más poderoso, pero el otro podría acabar con su carrera igualmente. ¿Qué hacer ante una situación así? ¿Quién podría dormir cuando veía que su carrera, la que tanto le había costado lograr, se estaba diluyendo como una aspirina en un vaso de agua? Trataba de buscar una solución, de actuar de modo que contentase a los dos empresarios, pero cada uno le pedía lo contrario del otro y eso le ponía en la situación de lograr algo imposible. Volviendo a Moretti, no estaba acostumbrado a llegar a un acuerdo con un policía de inferior posición, uno al que decirle que investigase, pero dejando información al margen del caso, así que no sabía cómo abordar la posible conversación que tal vez nunca llegase a producirse, pues no había localizado aún la posición de Moretti y Gallardo.

Y recibió la llamada de Pujalde.

—Gutiérrez, tengo a Moretti localizado y ya sabes que he llegado a un trato con él, quiere a cambio que se le garantice seguridad y yo se la he prometido.

—Mis órdenes vienen desde el ministerio y no creo que…

—No digas estupideces, es tarde y quiero terminar con la

conversación para irme a dormir. Tú obedeces a lo que se te ordena.

—Señor, no comprendo cómo podría mantener el caso al margen de que se destape si dejamos a la policía husmear y descubrir lo que ha ocurrido.

—Ya llegaré a un acuerdo con los investigadores, pero déjalos operar con libertad, deja de buscarlos.

—Está bien.

—Hay algo más.

—Dígame.

—Llama a Moretti al teléfono que voy a darte y asegúrale esa inmunidad, haz el trato de forma directa con él.

«Joder, lo que más temía hace dos minutos».

Gutiérrez obedeció y se mordió la lengua al agachar la cabeza ante el empresario y luego tendría que hacer ante el exinspector.

«Ni siquiera es policía ya, no comprendo esta mierda y cada vez es más grande y apestosa».

Entonces entró una nueva llamada de uno de sus agentes de confianza.

—Señor.

—Dime.

—Hemos localizado a la chica, a la oficial Gallardo, está en Huelva en lo que parecen vacaciones, ¿seguimos con el plan establecido?

Se lo pensó mucho, tenía en su mente los rostros enfurecidos de Arteaga y Pujalde, cada uno por seguir las directrices del otro. Barajó los pros y contras de cada decisión y obró en consecuencia; eso sí, dio la orden con los ojos cerrados y cruzando los dedos para convencerse de que no se había equivocado.

—Adelante con el plan.

Y se marchó a casa sin dar las órdenes por escrito en el sistema interno informático.

Apuraban los restos del atardecer anaranjado sobre el océano en sus retinas mientras cenaban en la cubierta del velero, todo permanecía en calma, los hijos de Cristina jugaban antes de irse a dormir y la conversación había pasado unos minutos atrás del caso a detalles igual de importantes para Esther y que no podían dejar atrás. Hablaban de su relación con Moretti, el tema más personal y complicado para la oficial que pudiera tener.

—Vamos, no te cierres, eso no te hará ningún bien —decía Cristina.

—No me siento cómoda hablando de eso.

—¿Por qué? Es un tema como cualquier otro.

—Tenemos una relación y eso es todo.

—Eso no lo es todo, es algo importante y pareces querer dejarlo en segundo plano; forma parte de tu vida, una parte esencial de la misma, y es como si pensar en ello o hablarlo fuese negativo para ti, en lugar de algo bonito. Yo les hablaba a todos mis conocidos sobre Pablo desde que apareció en mi vida.

—¿En serio? Nunca me habías dicho eso —dijo el aludido.

—Sirve más vino y calla, no te vayas ahora a crecer como protagonista.

Él obedeció ante la sonrisa de las dos chicas. Estaba en clara desventaja.

—Esther, una relación solo debe comenzar con ilusión, la que se pone al pensar en el futuro juntos, en conocer a una pareja y pasar el resto de la vida a su lado.

—Pero ya tuve una mala experiencia y…

—Que una relación no salga bien no es indicativo de que todas las demás sean iguales. Cada persona es un mundo y la relación depende de eso.

—No quiero enamorarme, me asusta la idea.

—Pues no te comprendo, porque la idea de enamorarse es la más bonita que se puede tener.

—¿Y si sale mal?

—¿Y si sale bien? Otro chico es otra relación con otro resultado.

—Sigo sintiéndome muy incómoda al hablar de esto.

—Pues no pienso hablar de política ni de economía, y el caso ya ha quedado descartado para seguir mañana dándole vueltas a su solución. Tampoco he visto películas decentes que recomendarte en estas semanas ni leído libros que merezcan la pena. No se me ocurren otros temas de conversación mejores o amenos para la tertulia tras la cena. ¿Quieres que llame a Nuria para irnos a tomar unas copas? Vivirás una experiencia inolvidable; deja tu arma en el camarote si no quieres tener problemas de esos que no se te vayan de tu memoria prodigiosa.

—No quiero salir de copas.

—Entonces cuéntame más, ¿qué tiene de malo Moretti?

Pablo ya había servido las copas de vino tras abrir una botella nueva y se mantenía al margen en la conversación, casi tratando de ser invisible.

—No tiene nada de malo, ese es el problema.

—Que te asusta enamorarte de alguien que ves perfecto.

—Sí, y que los defectos lleguen luego y lo estropeen todo.

—Los defectos siempre llegan luego; no me mires así, Pablo, todos los tenemos y hay que sobrellevarlos. Esther, a Pablo le huelen los pies, tiene mal genio al despertar y procrastina más de lo que debería. A mí me cuesta frenar mi mal humor, que me digan lo que hacer en

mi trabajo y cuando almuerzo cocido me tiro pedos. ¿Ves? Son defectos que se pueden llevar sin problema cuando quieres a tu pareja.

Esther reía mientras daba otro sorbo a la copa de vino.

—No son los defectos que esperaba oír.

—¿Cuáles, entonces?

—Bueno, que el cariño se acabe, las atenciones, el amor.

—Ese Hugo te amará para siempre.

—El amor nunca dura para siempre.

—No, Esther, el cariño se termina, pero el amor es infinito.

—Ojalá fuese así.

La oficial vio caer un juguete de peluche lanzado por Evita a su lado y se agachó en un acto reflejo para cogerlo y devolvérselo. Entonces la madera crujió al lado y sobre su cabeza.

—¿Qué ha sido eso?

Desconcierto inicial por parte de todos, que se pusieron alerta.

—¡Allí! —gritó Pablo señalando con el dedo hacia una pequeña embarcación a unos cincuenta metros de distancia, apenas se veía bajo la oscuridad de la noche, solo la luna la iluminaba junto con las pequeñas olas que generaba alrededor del casco.

—Un disparo, un francotirador.

—Hay dos sombras, son dos.

Cristina se abalanzó sobre sus hijos y los protegió en el suelo con su cuerpo, luego se los llevó gateando hacia el interior del velero mientras Esther y Pablo se arrastraban también hacia el mismo lugar para buscar sus armas.

La embarcación de Pablo no tenía velocidad para perseguirlos ni para huir de ellos, pero no hacía falta porque los desconocidos no se habían movido de su lugar. Y entonces llegó la pesadilla de disparos que impactaban en la madera del barco. Todos permanecían en el espacio interior y rezando para que la madera impidiese entrar las balas.

—¿Se han atrevido a esto? —preguntó Cristina.

—A lo que sea necesario —respondió Pablo.

Esther se sentía más culpable que nunca por haberles hecho partícipes de algo que amenazaba sus vidas y las de sus dos hijos pequeños.

—Lo siento, lo siento mucho —decía entre lágrimas.

—Deja de llorar y cálmate para que nos puedas ayudar a defendernos.

Pablo apagó las luces del barco, salieron de nuevo a la cubierta, ya armados, y dispararon a la barca de forma rápida y sin apuntar con precisión, solo para darse un respiro, luego se parapetaron tras el puente de dirección del velero.

Otra ráfaga eterna de disparos automáticos que iban destrozando

el barco. Los tres seguían asustados ante la idea de que la madera no pudiese frenar las balas y estas llegasen a los niños.

Cristina dio un golpe seco en las cabezas de Pablo y Esther para que permaneciesen a cubierto, luego se puso en pie y vació su cargador en pocos segundos.

Y todo terminó.

—¿Por qué no disparan más?

—Porque he acabado con los dos.

—Siempre te quedas tú sola con la diversión —dijo Pablo.

—Baja para ver si los niños están bien.

Futbolista

Era hora de acostarse, casi daban las doce de la noche y no tenía sueño, pero Hugo Moretti no quería levantarse a la mañana siguiente más cansado de la cuenta. No había recibido novedades de sus confidentes ni noticias de Esther, así que no deseaba quedarse en el salón para escuchar de fondo la película que habían elegido sus compañeros improvisados de piso.

Salió del cuarto de baño y fue al dormitorio, se ponía el pijama cuando oyó la llamada.

—¿Sí?

—¿Moretti? Soy Manuel Gutiérrez.

—Ya he reconocido tu voz, ¿qué ha pasado?

El director del CNI suspiró hondo al otro lado de la línea antes de responder.

—Siento decirte esto, pero he ordenado hace una hora la eliminación de la oficial Esther Gallardo.

Silencio absoluto, un ataque al corazón a punto de producirse.

—¿Está loco? ¿Eso lo dice en serio? ¿Qué pasa con nuestro trato?

—Tengo presiones desde arriba.

—Me importan una mierda sus presiones, habíamos llegado a un acuerdo, joder… ¿Me está llamando para decirme que han matado a mi compañera? —Hugo sentía que no le latía el corazón en ese momento.

Ante el fuerte tono de voz, Ignacio, Marta y Laura entraron en el dormitorio.

—No tengo comunicación. Mis agentes no responden a las llamadas, eso solo puede significar que han caído en la misión.

—¿Qué cree que me importan sus agentes?

—Si le he llamado es para decirle que me arrepiento de la decisión y que intentaré protegerle.

Moretti colgó, no quería seguir oyendo estupideces de quien le había traicionado de una forma tan atroz.

—¿Qué ha pasado, Hugo?

El aludido no respondió a Ignacio, se limitó a llamar a Gallardo. Un tono, dos… seis, siete… diez, once.

«No, por favor, no puede haberte pasado nada. Vamos, Esther, coge la llamada y dime que estás bien».

Se quedó sin respiración cuando oyó la voz, aunque le llegó el pulso de nuevo.

—¿Hugo?

—¿Esther? ¿Estás bien?

—¿Cómo sabías que…?

—Me acaba de llamar el director del CNI para decirme que había ordenado tu muerte.

—¿En serio?

—¿Cómo estás?

—Mejor que el barco del comisario Pablo Aguilar, lo han llenado de agujeros de bala.

—¿Ha habido bajas?

—No, estamos todos bien, incluso los niños.

—¿Los niños? ¿Te han disparado habiendo niños con vosotros?

—Los dos hijos de Cristina y Pablo, han vaciado varios cargadores de armas automáticas sobre el barco.

—¡Hijos de puta!

—Tranquilo, estamos bien. Cristina los abatió a los pocos minutos. Ahora estamos ocupados, vamos a deshacernos de los cuerpos.

—¿Los cuerpos? ¿Hablas de los asesinos del CNI?

—Claro.

—¿Por qué? No hagáis eso, investigad el atentado y llegad hasta la cúpula de la agencia, informad a la prensa y que todo arda.

—Hugo, estás pensando en caliente, no sabes lo que dices. Ya pensamos nosotros en eso hace unos minutos, pero ahora Pablo y Cristina han decidido que lo mejor es hacer desaparecer los cuerpos en el mar y seguir la investigación como siempre.

—Pero pueden intentarlo de nuevo.

—Es un riesgo, sí, pero estaremos prevenidos y esperándolos.

—Estáis locos.

—No, lo que pasa es que ir contra ellos, como tú propones, es igual que un ratón se enfrente a un león. El CNI y el Ministerio del Interior son uno solo, controlan también a jueces y fiscales, por no hablar de los empresarios que manejan los hilos de todo en las sombras.

—Si metemos a la prensa e informamos de lo ocurrido…

—¿Estás de broma? Pagarán a las televisiones para decir que esos dos agentes murieron de otra forma, o incluso acusarnos de sus asesinatos mientras pescaban plácidamente en sus vacaciones. El ciudadano creerá lo que ellos les digan.

—No podremos avanzar ni resolver el caso si no cambiamos la forma de investigar.

—Piensa, eres el mejor policía que conozco y sé que se te ocurrirá algo.

—Pensaba que la mejor policía era tu amiga Cristina.

—Ahí andáis los dos.

—Dios, Esther, no sabes lo que ha supuesto saber que habían ido a

por ti. No imaginas lo nervioso que estoy.

—Sí, puedo imaginarlo, pero ya te digo que estoy bien y que me cuidaré. Hablamos mañana, tenemos tarea y no queremos que aparezcan los guardacostas mientras estamos sumergiendo cadáveres y una lancha en el océano.

—Eso suena a película, no imagino lo que debe significar para ti en este momento.

—Estoy bien, te lo aseguro de nuevo.

—Joder… de acuerdo, espero tu llamada por la mañana.

—Y yo que descubras la forma de solucionar el caso.

Moretti colgó, sentía las respiraciones al máximo de sus tres compañeros en el dormitorio. ¿Descubrir la forma de solucionar el caso? Quizás fuese el estado de excitación por lo ocurrido, pero ya tenía una idea a la que daría vueltas en su cabeza durante esa noche. Antes de eso calmó a Ignacio y a las chicas contándoles lo sucedido.

Esther estaba bien, eso era lo único que importaba.

Una vez a solas, llamó a Pujalde.

—¿Sí?

—Soy Hugo Moretti.

—¿Hay novedades?

—El CNI ha intentado atentar contra mi compañera mientras estaba de vacaciones en el sur.

—¿Cómo has dicho?

—Esa pregunta parece sincera en el tono de voz de la sorpresa, eso quiero pensar, pues no me gustaría saber que el trato de antes con usted y Gutiérrez era un truco para que nos confiásemos y así poder acabar con nosotros.

—Le doy mi palabra de honor, lo ocurrido no tiene nada que ver conmigo; llamaré a Gutiérrez y… no, mejor haré que lo destituyan del cargo.

—Haga lo que le plazca, pero no quiero que vuelva a suceder, usted me prometió inmunidad y libertad de movimientos para mis colaboradores y para mí.

—Y le garantizo que todo sigue en pie.

—Me temo que su promesa ya no tiene el mismo valor.

—Está usted equivocado.

—No, es usted el que se equivoca, sobre todo en el planteamiento de lo que está sucediendo en sus locales. Esto no es una lucha entre el CNI y la Policía, sino entre empresarios acostumbrados a ganar, a conseguir lo que se proponen al coste que sea necesario. Usted tiene al enemigo en el Ibex-35, en un colega o en varios de ellos. Al final ganará el más inteligente y que haya sabido usar mejor sus recursos. Yo pensaba ser un recurso suyo, encontrar al asesino, encerrarlo y olvidarme de lo que se cuece en sus locales, salvarle el culo; pero

parece que no lo ha comprendido, o quizás otro u otros empresarios estén detrás tratando de vencerle a usted en esta guerra.

Moretti colgó con una sonrisa en los labios. Ya había sembrado la semilla que necesitaba ver germinar. Pujalde se lo tomaría más en serio, como algo personal y contra su orgullo. Por supuesto que Moretti no olvidaría lo que ocurría en los locales y llevaría a prisión a todos los empleados implicados y empresarios, pero para eso necesitaba que Pujalde iniciase una guerra contra los otros poderosos que estaban interviniendo con sus órdenes al CNI.

«Mataos entre vosotros en lugar de ir a por más gente inocente».

Llegó caminando al edificio, oscuro y apartado en una zona marginal o de gente muy humilde que prefería no asomarse a la ventana para no llamar la atención, igual que en el resto de los locales que se dedicaban a aliviar los turbios deseos de desalmados. Seguro que todos los vecinos hablaban sobre el mismo, hacían conjeturas entre susurros y luego miraban para otro lado para que no les salpicase la mierda.

Dijo la contraseña, pagó y soportó la charla fingiendo interés, seguridad y emoción por la experiencia. Sabía interpretar el papel. Dejó en la consigna el teléfono móvil que había comprado y que no llevaba ni tarjeta SIM y entró con su cuchillo oculto en el interior de su muslo derecho a un antro que no se diferenciaba apenas del que había sido su lugar de trabajo los dos meses anteriores.

Pidió una copa en la barra, ya con la máscara de cliente puesta, y comenzó a buscar a cualquiera de los objetivos que se había fijado. Los reconocería a casi todos bajo la máscara, así que solo necesitaba paciencia. Rechazó otra copa y los servicios de una joven y hermosa chica que se acercó a preguntarle si deseaba una experiencia privada. Buscó por la sala común, luego por las individuales ocultas tras puertas plateadas y no vio a ninguno de los clientes que buscaba; llevaba dos horas allí para poder ver bien de cerca a los usuarios del local en la oscuridad y comenzaba a perder dicha paciencia. Claro que había muchos locales en la ciudad y las dudas crecieron de repente.

«Puede que mis objetivos no hayan salido esta noche, o que estén en otro local de la ciudad o de Barcelona o del extranjero. Esto es una lotería. Tuve suerte con el otro local, el principal de Madrid, pero ahora puedo estar viniendo todos los días a este sin obtener resultados».

Se dio otra vuelta completa más y ya iba a marcharse decepcionado cuando lo vio entrar, era de los más reconocibles. Un jugador de fútbol de los que optan a todos los premios de equipo e individuales, de los que copan portadas, de los que tienen una novia

top model como tapadera para que no se descubran sus miserias personales. Alto, delgado y guapo a pesar de la máscara, con traje hecho a medida que le quedaba como si fuese el modelo de un anuncio de televisión.

El objetivo de la noche seleccionó a una chica muy joven para ir a un reservado y empezar la jornada con un plato ligero; ya le habían contado sus compañeros camareros del otro local que era un animal de costumbres.

Siguió a la pareja desde la distancia, tenía tiempo de sobra, observó que entraban en el tercer reservado de la derecha.

Se fue al cuarto de baño, allí sacó el cuchillo y lo puso más a mano, en el bolsillo lateral derecho de su americana; esperaría diez minutos para que el tipo tuviese tiempo de desnudarse y comenzar el juego con la chica, así lo pillaría desprevenido cuando estuviera demasiado excitado como para darse cuenta de que había entrado un intruso en su juego privado. Ahora no se trataba de un empresario atocinado y borracho, sino de un atleta joven, sobrio y que podría plantarle cara con fuerza y rapidez.

Se acercó despacio por el pasillo de los reservados y llegó a la cortina negra, acercó la cabeza y oyó los gemidos, parecían cercanos al clímax, era el momento de entrar.

Respiró hondo tres veces, como en las ocasiones anteriores, y tomó con firmeza el cuchillo a la vez que apartaba la cortina despacio y lo justo para meterse en el interior. Vio como el futbolista estaba sodomizando a la chica mientras ella mostraba o fingía dolor; el caso es que esta vez estaban frente a él y no de espaldas. Un imprevisto que no había contemplado. La pareja se quedó mirándolo en silencio durante unos segundos, tan sorprendidos como él mismo, y la chica comenzó a chillar al ver el cuchillo. El futbolista se apartó de ella y pidió clemencia a gritos, toda una sorpresa, no la recibiría. Fue a por él con el cuchillo en alto y, de improviso, el chico lo atacó para quitarle el arma.

No se había enfrentado antes a una situación similar ni imaginaba tener que hacerlo, así que tuvo que improvisar, claro que el futbolista era muy fuerte y ágil; por suerte, le costaba aferrarse a sus brazos porque tenía las manos resbaladizas, seguro que por la vaselina y los fluidos de la chica. Forcejeaban mientras ella chillaba en el suelo y en posición fetal, estaba muy asustada o era tan estúpida como para comprender que podría escapar y pedir ayuda en ese instante.

El tiempo corría y eso era malo para él, así que le dio una patada en los testículos al futbolista y, cuando este soltó sus brazos para llevarlos a la zona dolorida, le asestó cinco puñaladas en el tórax.

Salió del reservado a toda prisa, seguro que estaba salpicado de sangre, pero podría marcharse por la puerta principal sin que se

fijasen en él si no se daba la alarma en ese tiempo bajo la oscuridad del sitio.

El revuelo y los gritos llegaron cuando estaba a escasos veinte metros de la puerta, pero los demás clientes se unieron a su fuga y ningún empleado le impidió salir, ni a los que le acompañaban. Caminó a paso firme durante varias calles y encontró un taxi libre que lo llevase a su casa. Durante el trayecto se palpó la ropa y descubrió muchas salpicaduras de sangre. ¿Había cometido un error que hiciese que dieran con él? Eso lo asustaba, pues quería continuar con su labor.

Llegó a su casa y se quitó la ropa sobre un plástico que puso en el suelo, luego se dio una ducha y llevó el plástico con las pruebas de su crimen a la calle para arrojarlas al contenedor de basuras.

Subió de nuevo y durmió esa noche como las veces anteriores, como no lograba hacerlo cuando no mataba a uno de los monstruos que disfrutaban de violar a niñas y otras aberraciones similares.

Células grises

«El mundo del deporte en general, y del fútbol en particular, ha amanecido hoy conmocionado por la noticia de que el futbolista inglés James Scott ha sufrido un brutal ataque cuando caminaba durante la noche por una calle de Madrid, cinco puñaladas ha recibido supuestamente por un hincha de un equipo rival y ahora se debate entre la vida y la muerte en un hospital privado del norte de la capital. Numerosas muestras de apoyo no dejan de llegar de todas partes del mundo, especialmente de compañeros de profesión, además de innumerables personas que se han acercado al hospital a darle cariño y fuerzas para que salga de esta terrible situación. La policía sigue sin dar información y no se sabe de testigos que presenciaran el horrible ataque al delantero del Sporting de Madrid. Seguiremos informando y a la espera de que podamos hablar con personas allegadas al futbolista, que se mantiene en estado crítico».

Moretti apagó el televisor tras ver la noticia, le dieron náuseas los ojos llorosos de la presentadora, como si anunciase la agonía de una persona ejemplar, un Premio Nobel de la Paz o un bombero que hubiese rescatado a cientos de personas. No necesitaba los datos de Pujalde, que ya habría recibido del CNI, para saber que estaba ante el cuarto atentado del homicida que perseguía. Claro que la palabra homicida o asesino cobraba otro cariz en esta situación nueva en su vida, pues consideraba más asesinos a los que lo perseguían para no hacer su trabajo que al tipo que eliminaba perturbados en esos locales.

Ignacio lo observó, a su lado en el sofá, con cara de comprender lo que ocurría, pero sabiendo que el ciego no podía verlo.

—Seguirá el reguero de crímenes hasta que lo solucionemos nosotros, Moretti, si es que lo logramos.

—El problema está en que no sabemos si lo lograremos.

—Apuesto a que sí —dijo Ignacio.

—Yo también, por eso estamos aquí.

—Eso es lo que esperaba oír, que estamos, que somos plural, todos estamos aquí y participamos.

—Lamento si no te he hecho partícipe de una mayor forma.

—No me siento excluido, en absoluto, ya Esther hizo que fuese así desde el principio. Somos un equipo y he participado de incursiones, lo que agradezco.

—¿Entonces?

Ignacio suspiró hondo y levantó la cabeza hacia el techo.

—Es que, tal vez, la echo de menos.

—Todos la echamos de menos, regresará pronto.

—¿Eso te ha dicho?

—Sí, y me manda abrazos para ti cada vez que hablo con ella.

—No me lo habías dicho.

—Lo siento, tengo mucha presión ahora mismo por el caso y no me dedico a esas cosas que considero secundarias, pero ahora veo que son importantes.

—Sí, lo son.

—Me he centrado tanto en aportarle a Gallardo toda mi experiencia, que no he sentido que debía aprender de ella, que Esther podría aportarme mucho.

—Todos podemos aportar algo.

—Tienes razón. Estoy muy nervioso, más que nunca, este caso es el más complicado y en el que más me juego, nos jugamos, de mi vida; quizás por eso estoy tan obcecado, perdóname Ignacio.

—No tienes que pedir disculpas. Todos sentimos que nos jugamos la vida en ello, incluso las chicas que protegemos; a veces pienso que te olvidas de ellas.

Moretti sintió que le decía la verdad; no podía verlas y eso, o quizás las ganas de resolver el caso para Gallardo, habían hecho que fuesen invisibles tras saber que ellas no aportarían nada más a su investigación; como si fuesen activos desechables, pero eran personas al fin y al cabo.

—Hagamos una junta —dijo por fin.

—¿Una junta?

—Sí, todos los que estamos aquí.

Se reunieron en el salón del piso y Hugo comenzó a hablar.

—Esther ha sufrido un atentado, nos persiguen a todos, aunque os garantizo que por ahora seguimos a salvo en este lugar —comenzó sin mucha seguridad—. Continuamos adelante y haciendo avances, lo que nos garantiza que pronto recobraremos nuestra libertad —siguió con las mentiras—. Tenemos que encontrar al asesino, al camarero del local, y destapar toda la red de mentiras que se dicen sobre el caso en la televisión. De eso depende todo.

—¿Podremos volver a nuestras casas? —preguntó Marta.

—Te lo garantizo, aunque eso sucederá tras el revuelo que se formará con los medios sobre el caso.

—¿Revuelo? ¿Seremos famosas? No quiero que mis padres, amigos y vecinos sepan a qué me dedico.

—Yo tampoco —dijo Laura.

—Es un poco tarde para eso, ¿no?

—No quiero que todo el mundo sepa que trabajaba de puta.

—¿Quién ha dicho que eso se filtrará a la prensa? Os garantizo que

habrá secreto de sumario, seréis testigos protegidos. Os he traído aquí para estar a salvo, ¿no? Confiad en mí y saldremos de esta juntos.

—¿Y Esther? Ha desaparecido.

—Ella investiga desde el exterior, con policías que se han sumado al caso para poneros a salvo en el futuro.

—Estamos hartas de estar en este piso a base de promesas.

—Es cierto, no tenemos ni Netflix para pasar el rato, además de no contar con nuestros teléfonos móviles para las redes sociales y actualizar el Instagram.

—¿Eso es lo que os preocupa? Salid ahí fuera, ahora mismo hago que Ignacio os lleve a casa y recuperáis la vida que llevabais antes de esto, a buscaros la vida para ganar unos euros fáciles sin pensar en lo que dabais a cambio de ese dinero. Y os recuerdo que os busca el CNI para quitaros de en medio. Es asombroso que lo hayáis olvidado.

—No queríamos decir eso. —Se miraron entre ellas con gesto de complicidad—. Te agradecemos que nos hayas ayudado, pero es que llevamos aquí muchos días y no sabemos si podremos trabajar luego.

—¿Trabajar? ¿De lo mismo? ¿No tenéis otra forma de ganaros la vida?

—Tengo diecinueve años recién cumplidos, no sé cómo ganar ese dinero.

—Deberías estar en la Universidad.

—No me vengas con las mismas mierdas que me decían mis padres, ni siquiera terminé la secundaria. No quiero matarme a estudiar para sacar un título y luego pasarme años buscando un contrato indefinido hasta ganar mil miserables euros por ser administrativa en una empresa a cambio de esclavizarme.

—Entiendo tus dudas y miedos, Marta, seguro que son los mismos de Laura, pero el mundo funciona de dos formas: o entras en el sistema legal y accedes a eso que has dicho, sin contar con las posibilidades de crecer y prosperar en la empresa u otras, además de salir al extranjero a desarrollarte; o trabajas al margen de la ley como has hecho estos últimos meses, donde tu vida no vale nada, hasta que te maten por ver u oír lo que no debes y acabes en una bolsa negra de cadáveres que archiven en el Instituto Anatómico Forense.

—Es cierto que nos lo vendieron así de fácil, sin contarnos lo del forense ese.

—Claro, para ellos es fácil ofrecerte el dinero, pero no te van a decir dónde acabarás si la cosa sale mal. Para ellos solo eres un trozo de carne, como ya deberías haber sabido desde el primer día de trabajo.

—Vale, pero carne bien pagada y saliendo de allí con vida.

—¿Con vida? Vete de aquí y veremos cuánto tardas en perderla.

La chica miró a Moretti con miedo tras esas palabras, igual que su

compañera.

Laura agarró con fuerza a Marta del brazo. Seguían sentadas en el sofá del piso que les servía de refugio con todos los gastos pagados.

—Está bien, seguiremos aquí, pero no podemos estar eternamente ocultas, ni nosotras ni vosotros.

—Eso último es cuenta nuestra.

Ignacio, que había permanecido como espectador de la conversación, le susurró al oído a Moretti:

—Las chicas tienen razón, no podemos estar aquí para siempre.

—Pues trataremos de que sea así, de que podamos estar para siempre, porque no sé aún cómo salir de aquí.

—¿Lo dices en serio?

—¿Tienes tú una idea mejor?

—¿Y tus confidentes?

—Aún no han dado señales ni creo que lo hagan, es un caso demasiado difícil y problemático por los implicados poderosos que están detrás como para que aporten, aunque oyesen algo.

—Estamos vendidos.

—Sí, estamos vendidos.

—¿Desde cuándo sabes eso?

—Eso no importa.

—¿Lo sabes desde que Esther nos metió en esto?

Silencio.

—Moretti —insistió Ignacio—. ¿Siempre has sabido que estaríamos perdidos?

—Perdóname.

—Joder, joder, joder. ¿No saldremos de esto con vida?

—Lo dudo.

—¿Cómo te has metido en esto?

—Te garantizo que lo que más me duele es vuestra implicación, la tuya y la de las dos chicas.

—¿Has hecho todo esto por amor a Esther?

—Vale, ríete de mí, me lo merezco. Aunque eso no evita que me sienta culpable por lo que os suceda.

—¿Lo que nos suceda?

—Claro, vamos a morir todos a manos del CNI.

—Aquí no va a morir nadie, vamos a llamar a Esther y a sus amigos y vamos a salir de esta.

Moretti giró la cabeza en tono de derrota.

—No servirá de nada, han atentado contra ella y lo harán mejor en pocas horas.

Ignacio le dio una bofetada con todas sus fuerzas, el ciego no pudo verla y cayó sobre el sofá. Ni siquiera trató de levantarse. Las dos chicas se quedaron de piedra al ver lo ocurrido. El ardor de la cara le

dolía a Hugo menos que los remordimientos por lo que pudiese suceder a sus amigos y compañeros.

—¡Laura, Marta, marchaos! ¡¡Ya!!

Y las dos se fueron asustadas al dormitorio que compartían, cerrando la puerta a sus espaldas.

Moretti no se levantaba.

—Vamos, hijo de puta, levántate, sé que estás escuchándome. No vamos a morir ni vamos a dejar el caso. Levántate o te seguiré golpeando, joder.

No se movió.

Ignacio levantó la mano de nuevo y el ciego pareció intuirlo.

—Vale, vale, me ha quedado claro, no me des otra hostia.

Pero se la dio, esta vez con más fuerza.

—¡Joder!

—Esta es de parte de Esther, que te la daría si estuviese aquí.

—Pero no está. ¡No está, coño!

—No, no está y la echo de menos igual que tú. Asúmelo. Pareces un novato.

Moretti comenzó a reír ante el comentario, lo que hizo que el agente y chófer lo mirase con asombro.

—Deberías pegarme más, me lo merezco.

—No quiero pegarte más, solo que espabiles y dejes esa idea derrotista sobre el caso solo porque la chica no está aquí.

—La echo de menos.

—Yo también, ¿vas a decirlo más veces?

Ignacio vio las lágrimas en sus ojos.

—Moretti. —No respondió—. Hugo. —Seguía sin responder—. Te daré otra hostia si no hablas conmigo.

Y entonces reaccionó, aunque lo hizo con un semblante de derrota.

—¿Qué quieres que hagamos, Ignacio?

—Lo primero, llámame Nacho; lo segundo, vamos a buscar la forma de seguir en el caso para continuar vivos y a salvo; lo tercero, llama a Esther y pregúntale avances en el caso; lo cuarto… esto… no hay un cuarto punto. Mueve el culo.

Cristina trajo más bebidas a la cocina de su casa para sus invitados; al hacerlo, se sintió como dando un paso nuevo en su carrera, otro en el que hacía justicia aunque esta se mostrase apartada de la ley.

¿Qué era la ley? Para ella, tras tantos años y casos de lo más variopinto, se trataba de una serie de dictámenes no siempre adecuados a lo que la justicia, su justicia, le susurraba al oído. Así se lo hizo saber a su Livia, su niña, y ahora no podía evitar enseñárselo a Esther, la joven oficial que había aparecido con méritos propios para

aprender de ella. ¿De ella? ¿Quién era ella para enseñar o adoctrinar? Tras el intento de asesinato ocurrido en el barco de Pablo, una mano había aparecido sobre su espalda para empujarla a hacer lo correcto, y lo correcto era lo que le dictaba su conciencia.

—Esther, ven conmigo —le dijo para apartarla del resto de investigadores que, aún a riesgo de sus vidas y sus carreras, estaban allí con ellas.

—Dime.

—Tengo que contarte algo.

—¿No puede esperar?

—No, no puede.

Y Cristina le contó un caso en el que se había cobrado la justicia por su mano, al margen de la ley. —Esther oía sin dar crédito—. Luego otro caso y luego otro más.

—¿Tú has hecho todas esas cosas al margen de la ley?

—Y las volvería a hacer.

—Me dices esto para darme ánimos, ¿no es algo inventado?

—Es la verdad, no se lo he contado a nadie, al menos dos de esos casos.

—Debería detenerte por eso, me hablas de asesinatos, algunos a sangre fría.

—Si crees que es lo que debes hacer, si sigues la ley y lo supuestamente correcto, detenme. Si te lo piensas más detenidamente, obra en consecuencia para ver si hay otra u otras opciones más.

Esther no sabía qué hacer ni qué pensar. Estuvo durante unos minutos, que Cristina la dejó a solas, dando vueltas a su memoria prodigiosa, a recuerdos de la academia, de los casos, pero también a su propio criterio, dando prioridad por primera vez a eso último.

Llamó a Moretti.

—¿Sí?

—Hugo, ¿cómo va todo?

—No va mal, Esther, pero te echamos de menos todos.

—Te llamo por algo egoísta.

—Dime.

—¡Joder! Tan acostumbrado estás a mí.

—Vamos, no perdamos un segundo, en el piso hay un motín.

—¿De qué me hablas?

—Deja eso de mi cuenta. Dime qué necesitas.

—Lo hemos hablado más veces… ¿Buscamos ley o justicia?

—Siempre justicia, Esther.

—¿Y si para lograrla hay que saltarse la ley?

—¿Puedes decirme algo más? ¿Qué leyes se saltan?

—Hugo, si yo matase a alguien porque considerase que así hago justicia, si lo hiciese a sangre fría y a sabiendas de que me salto todos

los procedimientos y la ley, si matase a un asesino en lugar de detenerlo porque lo considero oportuno… ¿Qué harías?

—Tendría que denunciarte. No puedes hacer eso.

—Me alegra saberlo, te considero una persona íntegra, además de un inspector que hace lo que se debe hacer. Voy a regresar a la reunión, hablamos en unas horas.

Y colgó para regresar a la cocina, allí estaba Nuria con su ordenador portátil conectado al CNI, además de Pablo, Marcos y Cristina.

—¿Cómo es que no supimos del ataque al barco? —preguntó el comisario.

—Se daría por teléfono y sin registrar como orden directa en el registro interno —respondió Nuria.

—Es algo lógico, no querrían que quedase registrado, ni siquiera en su sistema interno, una orden de asesinato contra policías. Eso significa que no tenemos todos sus movimientos controlados. —Marcos miraba a su pareja, esta asintió apesadumbrada tras lo ocurrido.

—Tenemos que estar juntos para poder mantenernos a salvo de un nuevo atentado —dijo Pablo.

—¿Crees que volverán a intentar matar a Esther? —preguntó Nuria con asombro.

—Lo harán contra todos nosotros, seguro que ya nos han localizado y saben quiénes somos y dónde vivimos —le dijo Marcos—. He mandado un mensaje a mi exmujer para que se quede a los niños hasta que todo esto se solucione, no le he dado información por si mi teléfono está intervenido.

—Esa zorra seguro que se ha puesto en el plan de siempre, que eres una mierda de padre y todo eso.

—Nuria…

—Vale, me callo.

—Vamos a centrarnos, por favor —dijo Pablo—. Encontrar al asesino estando a casi setecientos kilómetros de distancia y sin apoyo de compañeros, además de con las trabas del CNI, es ya de por sí demasiado complicado. Los casos se resuelven cuando se encuentra la línea de investigación que nos lleva al asesino; a veces son las motivaciones que provocan el móvil del crimen, otras se basan en un error cometido, otras en descubrimientos de la científica o forense, otras en testigos presenciales que denuncian. Nosotros no tenemos nada de eso.

—Es imposible —dijo Nuria.

—Usaremos las células grises.

Todos miraron a Esther con asombro.

—Lo siento —añadió—, es lo que suele decir Moretti, es muy fan

de Hercules Poirot. También creo que toda la información está a nuestro alcance, la que tenemos y la que está en ese ordenador que tan bien maneja Nuria. Debemos centrarnos en olvidar lo que no tenemos y observar mejor lo que sí sabemos, además de descubrir más datos poco a poco.

—Esa es la actitud, solo espero que nos lleve a buen puerto —dijo Pablo con optimismo.

—Pues vamos a trabajar —aportó Cristina—. Tenemos muchas horas por delante para usar esas células grises que nos han ayudado a resolver muchos casos antes.

Marcos tomó la palabra.

—Contamos con cuatro crímenes, los tres primeros se sucedieron en el mismo local y, cuando este cerró, el siguiente se cometió en otro de la capital. Se trata de un homicida que vive en la ciudad y que mata llevado por una venganza, como suele suceder en estos casos, pero no sabemos exactamente qué lo mueve ni tenemos más pista que la de que se trata de un camarero del primer local. Nuria, ¿puedes acceder al ordenador del local para descubrir la lista de empleados?

—Claro que no. Un organismo, banco o empresa cualquiera tiene una página web que sirve de origen para buscar una puerta de atrás por la que colarse y buscar en sus archivos, pero esas empresas clandestinas no suelen tener nada informatizado. Solo podría saber quién es el asesino a través de mi ordenador si lo descubre el CNI e incluyera su nombre en un informe.

—El problema es que tenemos que encontrarlo nosotros antes; si lo hacen ellos, lo quitarán de en medio y no podremos demostrar lo que han hecho por no contar con la pieza principal del puzle, la que da sentido a todo.

—Ellos cuentan con todo a su favor.

—Sí, por eso tenemos que ser más listos y rápidos que ellos.

—¿Por dónde podríamos sacar información?

—¿Desde esta distancia? De compañeros de trabajo en los locales.

—Tenemos a dos chicas en el piso franco de Moretti —dijo Esther —, pero solo han apuntado que se trata de un camarero que decía llamarse Miguel, no saben nada más de él.

—Quizás sepan mucho más de lo que dicen, pero tienen miedo a hablar.

—Lo he pensado, se lo diré a Hugo para que hable con ellas otra vez.

Revuelo en la calle

Moretti ya había exprimido a las dos chicas, aunque la petición que Esther le hizo por teléfono la cumpliría; había aprendido que la presión y el tiempo obraban milagros en testigos temerosos; y Laura y Marta estaban asustadas a la vez que cansadas de permanecer en la casa sin poder seguir con sus vidas.

Aprovechó la cena para la reunión y fue más incisivo que las veces anteriores.

—Apaga la televisión, Nacho, tenemos cosas más importantes que tratar que ver una película o serie.

—Pero yo quiero ver *La que se avecina*.

—Laura, son capítulos repetidos, ya los habrás visto media docena de veces. Ahora vamos a centrarnos en ese camarero del local, el asesino que conocéis como Miguel.

—Ya te lo hemos dicho, solo hemos hablado con él unas pocas veces, no lo conocemos.

—Pero sí a quienes puedan aportar algo sobre él. Seguro que tenéis en la memoria datos que se os han pasado por alto cuando hemos hablado en otras ocasiones. ¿Qué empleados conocéis entre los camareros? Dadme sus datos, aunque sean pocos, para que podamos contactar con ellos.

—Ya te dijimos lo que sabíamos.

—Pues haz memoria y recuerda datos nuevos, que todo esto se solucione depende de ello.

—El jefe de barra es Francis, pero de él no conocemos nada, solo que era muy seco y de unos cincuenta años, seguro que lleva en esto toda su vida. Luego conozco a Mario, a Fernando y a Gustavo, pero eso ya lo dije.

—¿Marta?

—Yo los conozco también, además de Javier, muy majo, un día fui a su casa a tomar algo y nos enrollamos.

—A ese no lo teníamos en el listado, joder, pudiste decirlo antes.

—Es que Miguel no se relacionaba con nadie, ni con los compañeros de la barra; era muy simpático, pero no participaba de las reuniones que solíamos hacer tras marcharnos del local. Se iba a casa siempre.

—Intuyo que, por lógica, no le diría a nadie dónde vivía ni ningún otro dato personal que lo señalase —murmuró Moretti.

—No tenemos nada por esa vía.

—Nada, Nacho. ¡Maldita sea!

—Quizás el gerente —dijo Marta.

—¿El gerente?

—Es el que atiende a los clientes en la puerta, ese tío tiene una memoria especial para saber quiénes son nuevos. Es también el que entrevista a los empleados. Quizás sepa algo de él.

—¿Y su nombre?

—Rafael, pero no sé nada más.

—Rafael Mendoza —dijo Laura—. Y sé dónde vive.

—¿Cómo sabes eso?

—Joder… es que… estuve en su casa para conseguir que me contratase. —La chica se veía avergonzada.

—Danos su dirección ya.

—¿Piensas ir a por él? —preguntó Nacho.

—Los dos, vamos a ir a por él los dos. Aunque antes quiero saber si los del CNI estarán vigilando su casa. Voy a llamar a la oficial informática de Huelva para que me resuelva la duda mientras tú te preparas para conducir y una nueva incursión. No me fío de Pujalde, ya me traicionó Manuel Gutiérrez.

—Voy a prepararlo todo.

Llegaron a la dirección que les dio Laura, refrescaba esa noche y en la calle no había nadie paseando o yendo a sus casas. Moretti sintió un escalofrío antes de que Nacho llamase al telefonillo.

—¿Sí?

—¿Rafael? ¿Rafael Mendoza?

—Soy yo.

—CNI, tenemos que hacerle unas preguntas —dijo Nacho por orden del exinspector.

Abrió la puerta y pasaron al interior de un edificio señorial del barrio de Retiro. A la derecha del vestíbulo vieron lo que antes era la oficina o lugar de trabajo de un conserje, ahora ya suprimido ese gasto para los vecinos del inmueble, al menos en el servicio de veinticuatro horas. Entraron en el ascensor y fueron a la quinta planta, allí les esperaba en pijama Rafael con cara de sorpresa.

—Ya he hablado con ustedes dos veces. —Se refería claramente al CNI, sin saber que ellos eran de homicidios.

—Las que sean necesarias, señor Mendoza; no se moleste en ofrecernos un café. ¿Entramos?

—Claro. —Y los dejó pasar al interior, la decoración del salón era la esperada, de lujo y llena de electrodomésticos y aparatos de vídeo y audio de primeras marcas.

—Díganos lo que sepa de ese camarero que nos está ocasionando

tantos quebraderos de cabeza a todos.

—¿Es usted ciego?

—Soy un asesor, me llaman para casos extremos, como es el que tenemos entre manos. No ha respondido a mi pregunta.

—Ya di todos los datos que conocía del tipo. Era muy dispuesto, tenía buen porte y ganas de trabajar, además de asegurar que su discreción era envidiable. No imaginaba que luego fuera a hacer…

—Y lo hizo, mal asunto para la empresa. Ahora ha cerrado, pero otros locales están siendo atacados por el mismo tipo y queremos atraparlo lo antes posible.

—Lo intuyo, pero no sé de qué forma ayudar.

—Algo sabrá sobre él, ¿su dirección?

—Ya la di antes.

—No es la real.

—Eso no es cosa mía. Dije lo que sabía.

—¿Está seguro de ello? No me envían a mí para recibir la misma información.

—Bueno… es cierto que se marchaba siempre en taxi y en una dirección contraria a la que se suponía que estaba su casa. Yo trabajo en la puerta y conozco la ciudad.

—Seguro que pudo oírlo algún día hablar al taxista de turno.

—A Usera, decía, solo eso. No daba más indicación. Pensé en esas ocasiones que iba a dormir a casa de una novia.

—Es menos que nada. ¿No le dijo nunca nada más?

—Apenas nos saludábamos, como con el resto de empleados.

—Entiendo que no quisiera encariñarse con quienes solo estaban de paso por el local —dijo Ignacio con malos modos.

—Nacho, nos marchamos —apuntó Moretti con tono seco—. Gracias por su aportación, Rafael.

Se despidieron de él y regresaron al piso, aunque con la sorpresa de no encontrar a Laura y Marta dentro.

—¿Se han vuelto locas?

—No, Nacho, solo buscan una salida mejor a su situación.

—Pero las busca el CNI.

—Eso no las asusta, piensan que sobrevivirán ahí fuera sin nosotros, pero trabajando y generando dinero.

—Debimos ser más cercanos a ellas, convencerlas de que estarían a salvo a nuestro lado.

—¿Cómo puedes asegurar eso? Estamos en su misma situación, mañana mismo, u hoy, pueden atentar contra nosotros.

—Sí que pueden, pero nos cuidamos de ello aquí y con nuestra formación como policías hemos asimilado que pueden atacarnos o incluso matarnos algún día.

Moretti recibió el mensaje de Nuria, uno que le hizo fruncir el

ceño.

Laura llegó a la casa de sus padres y fue recibida con unos abrazos que no recordaba desde que era una niña pequeña, aunque no habían pasado tantos años desde entonces; claro que suponían un mundo para ella.

Su madre corrió a la cocina para hacerle su comida favorita, patatas fritas con huevos, mientras ella se duchaba. Se reunieron en el comedor unos minutos más tarde todos en pijama, con el televisor apagado por primera vez desde que Laura recordaba, y la chica observó cómo sus padres la miraban devorar la comida sin tocar su propia cena.

—Hija, ¿vas a contarnos qué ha pasado? Vinieron unos señores muy serios del Gobierno para preguntar por ti.

—Tengo que deciros algo sobre mí, algo que no os va a gustar y que me avergüenza mucho —dejó de comer a la vez que brotaban sus lágrimas y le temblaban los labios.

—¿Qué ha pasado? No creo que sea tan grave —dijo su padre.

—No importa lo que hayas hecho, ahora estás de vuelta en casa y te prometemos que no habrá presiones y peleas, no queremos que desaparezcas de nuevo —añadió su madre.

—Fui una inconsciente al marcharme. Edu no me trató bien en su casa y me abandonó al cabo de unos meses, una amiga me acogió por unos días, pero sin trabajo ni dinero no podía quedarme más y me aferré a una oferta que parecía interesante porque se ganaba mucho dinero trabajando poco.

El semblante de sus padres cambió, comprendían a qué se estaba refiriendo.

La chica les contó que había ejercido la prostitución en el local, aunque omitió lo de los asesinatos, se limitó a decir que había problemas en el club y se planteaba dejarlo. Ellos lloraron con ella y se fundieron en un abrazo.

—Eso es el pasado, cariño, ya ha quedado atrás y esperamos que la experiencia te haga aprender y comprender que un trabajo peor remunerado y más duro es a largo plazo la solución. Siempre te ha gustado la estética, te pagaremos un curso de peluquería y maquillaje y verás cómo consigues empleo en un salón de belleza. O haremos el esfuerzo que sea necesario para montarte tu propio salón.

—¿Haríais eso por mí?

—Claro que sí, pero no vuelvas a hacer una locura como esa ni a marcharte de casa.

—No, mamá.

Recogieron la mesa entre todos, el apetito había desaparecido y

una infusión de tila sería lo perfecto en ese momento. La chica puso la televisión en el canal que daba *La que se avecina* y se acurrucaron los tres en el sofá en silencio.

Unos minutos después oyeron el revuelo que se formaba en la calle y se asomaron a las ventanas del salón.

Tras la información de Nuria, Moretti e Ignacio partieron a toda prisa en el coche hacia la dirección que la oficial onubense les había dado con el deseo de llegar a tiempo.

Y fue así, pero por los pelos. Cuatro agentes del CNI vestidos de negro estaban a punto de entrar en el edificio en que vivía Laura con las armas en las manos. Habían colocado micrófonos en la vivienda y, tras saber que la chica había regresado con sus padres, iban a llevársela para atar otro cabo suelto, lo harían también con los progenitores por si ella les había contado la verdad sobre los empresarios implicados.

Ignacio frenó haciendo chirriar los neumáticos y comenzó a pitar para despertar a los vecinos, idea de Moretti. Luego sacó su arma y apuntó a la cabeza del agente que tenía más cerca, a escasos diez metros.

—Si alguno se mueve un milímetro, abatiré al menos a dos de vosotros.

—¿Quién coño sois?

—La caballería, Policía Nacional.

—Somos agentes del CNI, estáis cometiendo un error.

—No, lo estáis haciendo vosotros. Montaos de nuevo en el coche y decidle a Manuel Gutiérrez que esa chica no va a morir hoy. No pienso repetirlo.

—Estáis locos, vamos a acabar con vosotros.

—¿Sí? Observad las ventanas.

Eso hicieron los cuatro agentes, viendo cómo había docenas de personas asomadas por la curiosidad.

—¿Vais a matarnos en mitad de la calle, luego a la chica y a sus padres, y que esto no salga en todas las redes sociales? Habrá más de veinte teléfonos móviles grabándonos y en cinco minutos circularán por Facebook, Instagram y Twitter. Vuestro director seguro que os da una medalla por hacer un servicio tan discreto.

El agente miró a sus compañeros durante unos segundos.

—Vámonos de aquí.

—Espera —le dijo Ignacio cuando emprendían el camino hacia el coche—. Sabremos cuándo vais a venir otra vez y estaremos aquí esperando. Podréis acabar con una o dos personas más, quizás diez, pero la gente acabará sabiendo lo que estáis haciendo y seréis

juzgados como asesinos. Esto que hacéis no es por el bien del país y sus ciudadanos, y no creo que seáis tan estúpidos como para no comprenderlo; esto son órdenes de empresarios poderosos que presionan al ministerio. Llevad eso en vuestras conciencias.

Los agentes no dijeron nada, se limitaron a irse.

—Vaya, Nacho, eres toda una sorpresa, has manejado la situación mejor de como lo habría hecho yo, aunque usando otras palabras.

—¿En serio? Gracias.

—De nada, y ahora vayamos a hablar con Laura, solo tenemos cinco minutos antes de que esos cuatro decidan volver y acabar con nosotros, que no dejamos de ser sus objetivos principales.

Subieron al piso de la chica y le dejaron clara la imprudencia que acababa de cometer, se había puesto en peligro de muerte y con ella a sus padres. La chica lloró y pidió perdón, además de darles las gracias por haberla salvado esa noche y las anteriores en el piso franco. También lo hicieron sus padres.

—Regresaré con vosotros al piso.

—No, ya no puedes hacerlo. Tendrías que venir con tus padres y no hay espacio para tanta gente; además, tenemos que localizar a Marta para asegurarnos de que no se ha puesto en peligro. ¿Sabes dónde está?

—Me dijo que iría al piso de un exnovio, pero no sé dónde.

—Bueno, vamos a suponer que no lo sabe el CNI tampoco. Quédate aquí y no salgas a la calle hasta que todo esto se solucione. Estaremos pendientes a las órdenes que den de regresar, si es que lo hacen, para tratar de evitar de nuevo que te hagan lo que sea que fueran a hacerte esta noche.

—Lo siento, lo siento de veras.

—Es tarde ya para eso, no te disculpes más. Simplemente obedece y permanece aquí.

—De acuerdo, lo haré.

—No me llames, no tienes un teléfono protegido, no comentes dónde has vivido porque tu casa está comprometida, tenéis un micrófono o varios que están siendo testigos de esta conversación ahora mismo. Buscadlos a conciencia para deshaceros de ellos. Y, lo más importante, no digas nada sobre lo ocurrido en el local a tus padres para no implicarlos.

—No lo he hecho.

—Me alegro. Debes ser inteligente y eso significa cauta y discreta. Ellos quieren que seas una tumba o te meterán en una si no lo haces.

Regreso

Manuel Gutiérrez recibió una noticia que no esperaba de los agentes que había enviado a por una de las putas que fueron testigos en el local. Ni se molestó en responder, arrojó el teléfono con todas sus fuerzas contra la pared del despacho. Eran las doce menos veinte de la noche y aún no se había marchado a casa.

«¿Cómo han llegado Moretti y su chófer a tiempo? ¿Cómo sabían que iríamos a por ella? Seguro que el ciego la dejó marchar de donde sea que la tuviese oculta para provocar ese encuentro y mandarme el mensaje de que sigue activo en el caso. Primero fue la oficial en Huelva y ahora esto. Es una guerra que estoy perdiendo. Tengo más medios que ellos, pero no siento que eso me vaya a hacer ganar la contienda. Tengo el número de teléfono del exinspector, pero no hay forma de que responda a mis llamadas para localizarlo. Si voy a por él o a por la chica, puedo meterme en un lío tremendo. Joder, estoy atado de pies y manos por primera vez desde que ocupo este cargo. Y no me gusta una mierda».

Y recordó la llamada de teléfono del día anterior:

—Buenos días, ¿hablo con Pablo Aguilar?

—Buenos días, ¿quién es?

—Manuel Gutiérrez, director del CNI.

—El que ha enviado a dos agentes a atentar contra una oficial de la policía y contra mi familia, incluyendo mis dos hijos pequeños.

—No sé cómo ha llegado a esa conclusión, no he enviado a nadie para…

—Deje las formalidades, o las mentiras, como prefiera llamarlas, y vaya al grano para no hacerme enfadar más.

—No es mi tarea enfadarle.

—Nadie lo diría, sigue sin ir al grano.

—Está bien… el ministerio les apartará a usted y a su mujer de sus empleos si siguen en el caso.

—No, no lo hará.

—¿Cómo ha dicho?

—¿Conoce a Laura Moreno?

—No comprendo.

—Claro que sí. Le hablo de la presentadora y escritora que se ha hecho reconocida incluso a nivel internacional por informar de casos importantes estos últimos años. Es amiga mía y exmujer de uno de mis inspectores. Todo un grano en el culo para quien ha hecho lo que no

debía. ¿Podrán ustedes o el ministerio impedir que cuente lo que ha ocurrido en ese local y la forma en la que han muerto las cuatro víctimas que se lleva cobradas el asesino? La tenemos a buen recaudo para que no la encuentren y destapará toda la mierda en menos de una hora en Internet si siguen las amenazas. Ella tiene la credibilidad de la población y ustedes no podrán hacer nada ante toda la información que ella dé, incluyendo a las empleadas de los locales que han asesinado para tapar el asunto.

—Ahora es usted el que me amenaza.

—Lo hago, claro que sí. ¿Qué piensa hacer al respecto?

—Yo soy un funcionario como usted, hago lo necesario por mi país.

—Usted es una marioneta de sus superiores, que son a su vez marionetas de empresarios con poder. No hace absolutamente nada por su país, solo cumplir órdenes como un estúpido soldado en una guerra injusta.

—No me gustan sus palabras.

—La verdad incómoda siempre duele.

—No puedo permitirle que siga investigando, esa es una premisa que no admite discusión.

—Investigo, junto a mis compañeros, para atrapar a un asesino. ¿Está usted haciendo lo mismo?

—Nos centramos en…

—En salvar el culo del empresario propietario de los locales, además de tapar lo sucedido para que no salpique a otros empresarios poderosos.

—No sabe lo que estamos haciendo.

—Claro que sí, ustedes matan a todo el que pueda ser molesto para esos empresarios, en asesinar a quienes puedan hacer bajar el precio de sus acciones.

Un largo silencio.

—¿Me asegura usted que solo se centran en eso?

—Es nuestro trabajo, ¿acaso usted no ha sido nunca policía?

Manuel sintió una puñalada en el estómago, no era la primera vez que se lo preguntaban esa semana.

—Como policía puede usted querer destapar algo más que al asesino.

—Le doy mi palabra de que esa es la única intención que tenemos en estos momentos.

La conversación terminó y Manuel Gutiérrez repetía en su mente las últimas palabras del comisario: «en estos momentos». ¿Se refería a que luego cambiaría de idea e iría a por los empresarios que a él le habían ordenado proteger? No sabía qué podía implicar dejarle investigar, pero sí que los policías dedicados al caso eran capaces de

lograr su objetivo, fuese localizar al asesino o también a los poderosos que estaban detrás. Conocía a Pablo Aguilar, también a Cristina Collado, a Marcos Navarro y a Hugo Moretti; todos ellos, incluida la novata oficial Esther Gallardo, tenían historiales de resolver casos muy complejos, mucho más que el actual. Ahora no contaban con el apoyo de la científica y el departamento forense, tampoco con la suerte de inspeccionar los lugares de los crímenes ni entrevistarse con los testigos, pero seguían husmeando donde nadie les había pedido que lo hiciesen.

No le quedaban muchas alternativas.

Hizo unas llamadas para aliviar la presión sobre ellos, que sus agentes no los molestasen en sus investigaciones, aunque no estaba seguro del todo de que estuviese haciendo lo correcto.

«¿Lo correcto? ¿Debo pensar en mis órdenes o en la ley? ¿Ley o justicia? Me juego el puesto y ahora mismo no sé si merece la pena todo esto. Tantos años luchando por conseguir el cargo y sentirme una parte valiosa para el país… y en este momento me veo extorsionando a policías de verdad, de los que tratan de resolver casos y perseguir delincuentes, cuando yo mismo estoy comportándome como uno de ellos, salvando el culo de otros delincuentes como Pujalde».

Le tocaba jugar a dos bandas por no haber hecho lo correcto antes. Contentar al ministro y a los empresarios a la vez que dejaba investigar a quienes podrían solucionarlo o arruinarlo todo. Jugaba con fuego y eso implicaba quemarse al fin. Sería la primera cabeza de turco a cortar si todo salía mal tras la jugada, y saldría mal. Si algo puede salir mal, seguro que lo hará; esa era ahora su frase a tener en cuenta en su cargo.

Gutiérrez apagó el ordenador y se fue a casa a sabiendas de que le quedaban solo unos días para perder su puesto, solo deseaba no tener que pisar la cárcel, aunque allí ingresase como un preso protegido.

Esther se había levantado esa mañana antes de que sonase el despertador, aún no había amanecido al otro lado de la ventana del dormitorio. No tenía sueño tras despertarse de una pesadilla en la que perdía a Moretti abatido a tiros. Se sobresaltó y fue a beber agua a la cocina, pero eso no la calmó y se dirigió al cuarto de baño para lavarse la cara con agua fresca; el verano en Huelva hacía que el agua estuviese tibia, pero sirvió para despejarse. El reflejo en el espejo la devolvió a la realidad, como siempre, al parecido con su madre, lo que la hacía llorar a menudo por el recuerdo de su ausencia.

Tras recuperarse del momento, fue a la cocina a prepararse un té verde y allí se encontró con Cristina.

—¿Tampoco has podido dormir? —le preguntó la inspectora.

—No creo que pueda hacerlo hasta que todo esto se solucione.

—Lo hará pronto.

—Ojalá.

—Tienes que tener más confianza en ti misma.

—Me gustaría que fuese tan fácil como desearlo.

—¿Piensas en Moretti?

—Debería estar allí con él.

—Vete.

—¿Cómo dices?

—Ya me has oído. Vete hoy mismo y nosotros seguiremos aquí con el caso, no vamos a abandonarte.

—No me parece justo. Os arriesgáis por mí. Os he metido en algo peligroso que afecta a vuestras familias.

—Es un caso, un caso como todos los demás.

—No, es una bomba que estallará sin control.

—De eso nada, la controlaremos nosotros.

—Si algo he aprendido de los casos, es que no se tiene todo el control sobre ellos, que nos sorprenden cuando menos lo esperamos; sobre todo cuando dependen en el futuro inmediato de personas que no sabemos cómo van a actuar.

—Chica lista.

—Me das la razón, es porque tú también temes lo que pueda suceder.

—Claro que sí, temo en cada caso, más aún en este y tras lo que ha sucedido, pero es un reto demasiado jugoso como para dejarlo pasar. Quiero ayudarte, ayudaros a Moretti y a ti a resolverlo, tanto como deseo la paz y la felicidad en mi vida y en mi familia.

—Suena loco.

—Es que la locura da sentido a la vida. ¿De qué sirve vivir si no puedes sentirte viva?

Esther miró a la inspectora como cualquiera que ve por primera vez a un ornitorrinco. No sabía qué más decir.

—¿La vida es una locura?

—Claro que sí, algo impredecible a lo que te enfrentas a diario y tienes que reaccionar; sea una pregunta de tus hijos o un asesino a perseguir, se trata de asimilarlo y resolverlo para continuar viviendo. La vida va de eso, de avanzar y de tener ilusiones que hagan mover tu motor para seguir adelante.

—Yo solo tengo miedo, miedo a todo, al caso y a mi relación con Hugo.

—¿No estás segura de tus sentimientos?

—No estoy segura de nada en mi vida.

—Qué triste.

—Así soy, no sé lo que quiero. Me he analizado y sé que padezco

narcisismo.

—¿Estás enamorada de ti misma?

—No es tan sencillo como lo dicta la mitología griega, es una patología mental que me hace pensar solo en mí misma, en mis deseos obviando los de las personas que me acompañan, incluso las que me quieren; imagina lo que provoca en la mente de una persona que ni siquiera sabe lo que desea. Además, carezco de empatía, no sé asimilar lo que sienten las personas a mi alrededor.

—Vaya, desconocía eso. Supongo que, siendo consciente de ello, te esfuerzas en dejar atrás esa patología.

—Ojalá fuese fácil. Imagina que tienes un hueso roto en una pierna, no se cura porque pienses en curarte, requiere mucho tiempo, paciencia y reposo.

—¿Permaneces impasible ante lo que Moretti siente por ti?

—Me temo que sí.

—Ese hombre te ama y yo te veo feliz con esa situación, aunque eres tú la que debe ver eso.

—Sí, pero me cuesta comprender lo que veo y razonar sobre lo que implica en mi vida.

—Esther, la vida es una consecución de hechos bonitos y feos, de los segundos se aprende y de los primeros se saca una sonrisa al recordarlos. Debes separarlos o catalogarlos en tu mente prodigiosa para hacer del camino de la vida algo bonito y que te haga sonreír al recordar lo pasado.

Esther asintió tras oír esas palabras y dio un sorbo a su té. Ya quisiera que fuese tan fácil como se lo describía Cristina. Trataría de hacerlo, claro que sí, pero le costaría mucho, tal vez toda su vida. ¿Se cura el narcisismo? En Psicología le habían dejado claro que es la patología mental más complicada, pues sus pacientes no asumen que la padecen y eso hace que sus cerebros actúen en contra de la solución, como anticuerpos luchando contra una medicina externa que ven venir como a un adversario; ese adversario era ella misma y quienes la querían ver curada. Esther debía ser más fuerte y lograr salir del pozo en el que se había metido. ¿Cuándo comenzó todo? Prefería no pensar en eso, la hacía sentirse débil; el rechazo de un chico es algo que asimila todo el mundo, o casi todo, ella no lo había hecho.

Cuando Pablo apareció en el salón, se centraron en el caso.

—Vamos a hacer balance, ya sé que lo hicimos anoche, pero es una tarea fundamental en este oficio para que no se pase por alto ningún dato que pudiera resultar importante de cara a resolver el caso.

—Tenemos a cuatro víctimas —dijo Cristina ante el mutismo de Esther—. Cuatro degenerados que iban a locales en los que se saltan todas las normas legales y morales para dar rienda suelta a sus deseos

más perversos. Han sido asesinados por un tipo con un cuchillo. No tenemos el arma y tampoco pistas que hayan tomado los del CNI de las escenas. Aún desconocemos el móvil, aunque todo apunta a una venganza hacia los locales o el empresario que los regenta. Desde el ministerio han ordenado las muertes de las chicas que estaban con las víctimas en el momento de los crímenes, por lo que las considera importantes. También nos tratan de quitar de en medio, somos una molestia para ellos, aunque no dejaremos de serlo. Tenemos que dar con el asesino lo antes posible, y no para que deje de asesinar a perturbados que se merecen su castigo, sino para recuperar nuestras vidas y acabar con una amenaza que implica a muchos inocentes.

—¿Tú crees que las víctimas se lo merecían? —preguntó Esther; Pablo y Cristina la miraron asombrados.

—Claro que sí —dijo Pablo—, pero no es nuestra tarea juzgar eso, sino de los jueces que se encargarán después.

—Si es que eso sucede —murmuró la oficial.

—Es más que posible que se libren los responsables de lo que han hecho, pero no podremos hacer nada para impedirlo.

—Tenemos a la reportera esa, a Laura Moreno.

—Es un farol que he usado con el CNI —dijo Pablo—, pero ella en realidad no sabe nada todavía, por supuesto que la tengo vigilada las veinticuatro horas del día. Y quizás sea mejor ocultar esa información para ella.

—¿Por qué dices eso?

—Laura es impredecible, ella siempre logra estallar la bomba, literalmente; fue en un atentado que destruyó un gran hotel en esta ciudad cuando conocí a Cristina. En este asunto, además, la bomba puede estallar tanto del lado de ellos como del nuestro. Es mejor dejarla al margen por ahora. Tenemos que seguir investigando, usar las células grises que nos dijiste para avanzar.

—Avanzar… cada día parece más difícil. Creo que voy a llamar a Moretti para saber qué tiene.

—Hazlo y dinos lo que te cuente.

Dieron cuatro tonos hasta que respondió a la llamada, eran pocos para un ciego que no tiene el teléfono móvil encima en todo momento. La chica se había marchado para hablar a su dormitorio de invitados en privado.

—¿Hugo?

—¿Esther, ha pasado algo?

—Nada que contar, estamos analizando el caso. ¿Tienes algo nuevo tú?

—Anoche desaparecieron Laura y Marta.

—¿Qué me dices?

—Se marcharon por sentirse prisioneras, supongo. Marta está a salvo en casa de un exnovio, eso me ha dicho Laura. Esta última sufrió un intento de asalto por parte del CNI anoche en casa de sus padres, pero Nacho y yo logramos impedirlo y ahora estamos como tú, recapitulando.

—Voy a regresar hoy mismo.

—Nos eres tan útil allí como aquí, aunque pensando de forma egoísta me gustaría tenerte a mi lado.

—Cristina y los suyos seguirán con el caso en Huelva y nos apoyarán esté yo aquí o no. Voy para Madrid.

—Tienes el billete de vuelta en tren abierto, haz lo que consideres.

—Voy para Madrid esta noche.

—Ignacio y yo te recogeremos en Atocha.

—Gracias.

Moretti oyó como colgaba la chica tras la conversación sin dar más finalización a la misma, pero se alegró de saber que la tendría a su lado esa misma noche. ¿Era su forma de darle el calor que demandaba de ella en la relación? Se aferró a eso.

Esther sonreía sin muchas ganas al llegar a la estación, el trayecto de regreso a Madrid se le había hecho mucho más corto que el de ida, eso era un claro indicativo de que quería estar allí con Moretti, o resolviendo el caso *in situ*; no lo tenía claro del todo. Cuando era pequeña y viajaba a la playa en agosto para pasar el mes de vacaciones, el trayecto de vuelta siempre se le hacía eterno y triste comparado con el de ida.

Habían puesto una película horrible, una romántica y pastelosa americanada que no soportó ni cinco minutos, y abrió el ordenador portátil al cabo de unos veinte minutos, aunque sin saber qué hacer porque todos los datos ya los tenía en su memoria. Se centró en entrar en las páginas web de algunas multinacionales y buscar la forma de crear esas puertas traseras que Nuria lograba con tanta facilidad incluso en organismos oficiales, pero no tenía ni la más remota idea de cómo se podía hacer eso y bajó la tapa, pidió un té verde para estar despierta esa noche.

«No se trata solo de tener una mente excepcional, también de la formación necesaria para aprender algo nuevo. Tendría que hablar con Nuria para que me dijese dónde estaban los recovecos y cómo crear y meter esas puertas traseras».

Sirvieron la cena tras la parada en Sevilla y pasó el resto del tiempo repasando lo que había sido su vida desde que entró como policía. Lo cierto es que Moretti ocupaba casi todos los recuerdos,

tanto como compañero en los casos como amigo y amante posterior.

Cayó en la cuenta de que no hablaba con su padre y con su hermana desde hacía muchos días y no les había enviado cartas, estarían preocupados. Ese sería su próximo paso al llegar a la estación de trenes de Madrid, buscar una cabina pública, si es que había alguna en el lugar, y llamarlos unos segundos para tranquilizarlos. ¿Estarían pinchados sus teléfonos? Era muy probable, pero no localizarían la llamada al ser tan breve y, si lo hacían finalmente, no la encontrarían en la estación si iban a buscarla minutos después. Además, no pensaba hablar del caso con ellos, solo decirles que estaba bien y enfrascada en el trabajo hasta el punto de que le absorbía todo el tiempo; les diría también que su teléfono móvil se había roto e iba a comprarse uno nuevo con otro número, que ya les daría en unos días.

A su lado durante el trayecto iba una pareja de su misma edad que se pasó toda la película abrazada y comentando las escenas. Ella no era así, no le gustaban esas demostraciones excesivas y públicas de afecto.

«¿Por qué no? Antes lo hacía, con mi pareja tenía ese mismo trato. Sí que he cambiado…».

En la estación se encontró con Moretti e Ignacio, a los que abrazó como si llevase meses fuera. Luego fue a hacer las llamadas de teléfono y partieron hacia el piso franco en una conversación animada sobre lo que había hecho la oficial en Huelva esos pocos días.

Un trato

Se había prometido no ir al barco para evitar verlo a la luz del día, pero solo aguantó el día de ayer, ahora estaba sentado en el suelo de la dársena y observaba los destrozos con todo el dolor de su corazón. El comisario Pablo Aguilar había invertido todos sus ahorros en él, en comprarlo y luego acondicionarlo para sus momentos de relax en solitario, más tarde con la familia que formó junto a Cristina Collado. Era donde pensaba pasar en el futuro su jubilación, pues no tenía intención de cambiarlo por otro más grande o mejor equipado.

Ahora contemplaba los agujeros de bala, más de cien, que habían destrozado un costado y parte del mástil. Desperfectos que podían repararse con masilla y unas semanas de paciencia y trabajo, pero nada comparado con el miedo que los niños habían cogido a navegar, eso era irreparable. Ya hablaría con ellos, al igual que Cristina, para calmarlos y que olvidasen la experiencia, en estos momentos solo hacía un cálculo mental de los botes de masilla, pintura, barniz y otros productos que debía comprar para comenzar con la tarea del restaurado.

Sonó su teléfono móvil.

—¿Gutiérrez? ¿No quedó claro ayer todo lo que teníamos que decirnos?

—Buenos días, comisario. No le llamo para presionarle ni amenazarle. Quería decirle que he dado la orden de que no haya presión por parte de mis agentes hacia ustedes.

—Un gesto inteligente, el primero que observo en usted.

—No esperaba esa agresividad.

—Estoy viendo los daños que sus agentes hicieron a mi barco, si le tuviese delante, sabría lo que es la agresividad.

—Moveré hilos para que los gastos corran por cuenta del Estado.

—No quiero vuestro dinero, ya trabajo para el Estado y lo pagaré con mi sueldo, que es casi lo mismo.

—Me gustaría terminar con esta hostilidad.

—¿Me dice eso después de atentar contra mi familia hace solo treinta y seis horas?

—Todos cometemos errores.

—Unos mayores que otros.

—Lo sé, ir a por la oficial Gallardo ha sido el mayor error de mi carrera, no necesito que me lo repita.

—Volver a ir contra ella o nosotros sería definitivo, destaparíamos

todo esto en el acto y su nombre sonaría veinte veces cada minuto en la televisión.

—No me amenace más, por favor, esta es una llamada de cordialidad y compañerismo.

—No somos compañeros.

—Ya me entiende. Quiero hacer borrón y cuenta nueva, ayudarles. Si pudiera contactar con la oficial Gallardo, la habría llamado a ella para ofrecerle mi ayuda y mis sinceras disculpas. Ya lo hice con Moretti hace unas horas.

—¿Ha dicho su ayuda?

—Quiero que trabajemos juntos.

—Lo que significa que no pueden frenar al asesino y nos piden que lo hagamos por el CNI.

—Yo no lo habría dicho así, pero es la realidad.

—Debieron hacerlo así desde el principio, dejar actuar a la policía con sus departamentos de científica y forense, además de investigadores especializados en resolver crímenes, no en realizarlos.

—Sí, debí hacerlo, pero me centré en cumplir las órdenes del ministerio y ahora me arrepiento. Solo soy el hijo pródigo que regresa a casa a pedir una segunda oportunidad.

—La experiencia me dice que es mejor no darla. Si me fallas una vez, es culpa tuya; si me fallas dos veces, es culpa mía.

—Tenéis muchos datos y a esa reportera, no me arriesgaré a que todo esto explote y suponga algo irreparable para todo el país.

—¿Ahora piensa en el país, en los ciudadanos?

—Sí. Siempre lo he hecho y no me siento cómodo disculpándome todo el rato, como comprenderá. ¿Podemos trabajar juntos?

—Vamos a intentarlo. ¿Qué tienes que ofrecer?

—Tengo el listado de todos los empleados.

—Yo también, pero la mayoría no dieron sus nombres ni sus direcciones reales, varios de ellos están desaparecidos.

—No sé cómo han conseguido esa información, les aplaudo por ello.

—Deje los halagos.

—También tengo al propietario del local.

—Pujalde, tiene siete en Madrid y cinco en Barcelona.

—Vaya…

—¿No tiene nada más? Debieron centrarse en solucionar el crimen desde el primer momento en lugar de tapar lo ocurrido matando a gente inocente.

—Sí, debimos hacer eso.

—Le voy a decir cómo irá el trato. Ya que no tiene nada que aportar, limítese a dejarnos hacer el trabajo que conocemos y usted quita de en medio a los agentes que nos buscan, como acaba de

prometer.

—¿Y qué pasa con los empresarios involucrados? Tienen empresas repletas de empleados que dependen de las cotizaciones en bolsa para conservar sus puestos de trabajo.

—No sea demagogo conmigo, no use a esos pobres empleados para frenarme a la hora de señalar públicamente a perturbados delincuentes que han violado a niñas pequeñas en sus juegos perversos.

—Yo no quería…

—No, usted no quiere hacer nada malo, pero lo hace. Usa las palabras necesarias para obtener lo que desea, solucionar el caso y salvar el culo de represalias de personas poderosas. Usted es un policía de paja, solo tiene la placa, no los cojones necesarios para hacer lo que se debe hacer, aun a riesgo de perder el empleo o la libertad.

—No se lo discuto, no quiero ir a la cárcel.

—Pero ha ordenado la muerte de personas inocentes para ocultar la verdad al país, seguro que en más casos aparte de este. ¿Duerme bien por las noches? ¿Se siente orgulloso de lo que hace? ¿Se hizo policía hace muchos años para esto?

—No ahonde más en la herida, trato de redimirme.

—Es tarde, pero acepto su pacto, la tregua deberá ser más que de palabra, nada de asesinatos, solo ayudar en la investigación. Habrá más crímenes y los que estamos metidos en esto queremos libertad y seguridad para lograr resolverlos.

—Lo haré, pero quiero a cambio que me dé su palabra de que Pujalde no saldrá mal parado, solo es un inversor, no un delincuente.

—¿Él sabe lo que se cuece en sus locales?

—Solo aporta el dinero y se lleva los beneficios, los locales tienen gestores que toman las decisiones.

—Querré los nombres de esos gestores en un listado.

—Lo tendrá. También me gustaría que los clientes fallecidos sigan con esa coartada que se les dio, la de morir en causas alejadas de los locales.

—Eso no será problema, aunque se trate de pervertidos que se merecían un destino aún peor.

—Tienen familias que desconocían lo que ocurría.

—Eso no me ablanda el corazón.

—A mí tampoco. ¿Hay trato?

—Tenemos trato, pero no me falle o caerá usted el primero.

—Oído cocina.

«No pienso fiarme de ti, sé que esto solo es una tregua, no un trato en firme. Cuando atrapemos al asesino, irás a por él para hacerle desaparecer y, lo más seguro, a nosotros con él». Pablo suspiró hondo antes de contarle a Cristina la conversación.

Moretti se levantó con el recuerdo de la noche, hablando con Esther y luego disfrutando de una sesión de sexo que añoraba, sonrió; luego arrugó el entrecejo al sentir que ella no estaba a su lado al despertar. ¿Lo habría soñado? Se visitó para ir al salón, no se sentía a nadie allí; en la cocina encontró a la chica junto a Ignacio, susurrando.

—Buenos días.

—Buenos días, Hugo, ¿te hemos despertado?

—No, solo que… estoy desubicado, voy al baño.

—He preparado café, te pongo una taza —le dijo Ignacio.

—Gracias.

Regresó del cuarto de baño y se sentó a la mesa de la cocina.

—¿De qué hablabais?

—De ti, por supuesto.

—¡Nacho!

—Lo siento, cari, es que por las mañanas me ataca la sinceridad.

—Nacho, vete a la mierda con tu sinceridad.

—Solo te he dicho que Hugo te ha echado de menos cada día como un adolescente enamorado.

—Joder, cómo te detesto ahora mismo —le dijo Moretti.

—Ya me daréis las gracias cuando os caséis y tengáis hijos tan guapísimos y rubios como Esther, espero que a alguno le pongáis mi nombre.

Tanto el exinspector como la oficial enmudecieron de vergüenza, luego Moretti decidió poner algo de cordura a la conversación y pidió repasar el caso.

—En Huelva no hemos obtenido muchos avances.

—Ya los contaste por teléfono y no fue poca ayuda, sobre todo la de esa tal Nuria que nos informa al momento de los movimientos del CNI. Aquí solo tenemos los acuerdos con Pujalde y el director Gutiérrez, pero no han resultado fructíferos. Luego lo sucedido cuando las chicas se marcharon, espero que estén a salvo, para eso contamos con que la oficial desde Huelva nos informe de nuevo si se ordena ir contra ellas.

—O contra nosotros.

—Claro, eso también, aunque nosotros sabemos defendernos, no como ellas.

—Si ponen francotiradores en el edificio de ahí enfrente no nos servirá de mucho saber manejar nuestras pistolas reglamentarias.

—Nuria nos informará si han descubierto este piso franco.

—Eso es cierto, esa chica es asombrosa; me gustaría aprender lo que ella sabe sobre espionaje en la red.

—Seguro que te lo comenta todo cuando acabe esta locura.

—No lo dudo, nos mereceremos las vacaciones que pediremos al comisario cuando terminemos con el caso.

—Primero hay que resolverlo.

—Moretti, no seas aguafiestas.

Entonces llegó el mensaje de Pablo Aguilar con el acuerdo con Gutiérrez, del que Hugo tampoco se fiaba lo más mínimo, y más tarde toda la información que iba llegando del CNI sobre el caso; cada dato que se les había ocultado, claro que no era tan en profundidad como en uno que llevasen ellos de forma oficial; se notaba que no se habían centrado en ningún momento en descubrir al asesino y frenarlo. Estaban a la desesperada cuando todo se les había ido de las manos. Muy tarde, demasiado, pues mucha gente inocente había muerto para que ellos se dedicasen solo a impedir las repercusiones que tendría la noticia sobre las personas implicadas que consideraban más importantes que las vidas que iban quitando para tapar sus acciones. Moretti sentía asco por el asunto, pero era menos que nada, una huida hacia delante del CNI, un intento de tapar sus asuntos sucios, de escapar de lo que habían hecho. Así funcionaba el sistema, los de arriba cometían un tremendo error y luego trataban de solucionarlo, cuando eran conscientes del fallo, ayudando a los que habían perseguido como a delincuentes.

Informó a Esther e Ignacio y ellos le dieron una opinión similar.

—Que se jodan, vamos a ir a por ellos —dijo Ignacio.

—Tranquilo, podemos usarlos para resolver el caso y luego obrar a nuestro antojo.

—Son unos asesinos, no podemos fiarnos de ellos.

—Lo sé, no seas tan impulsivo, vamos a usar sus datos y a seguir con el caso, solo eso.

—Pero es que no puedo olvidar lo de anoche en el portal de Laura, tampoco lo que sucedió con Esther cuando estaba en Huelva.

—Yo tampoco, no te dejes llevar por las vísceras.

—Esther, di algo.

La oficial había permanecido en silencio durante la conversación.

—Creo que Hugo tiene razón, es mejor usarlos para nuestro beneficio, pero sin bajar la guardia.

—¡Han intentado matarte hace solo dos noches!

—Sí, pero no lo han conseguido y ahora están de nuestro lado, nos proporcionan información y dejarán que nos movamos con libertad; es mucho mejor que como estábamos antes.

—Cari, no te reconozco.

—Nuestro enemigo es el asesino, y el enemigo de tu enemigo… Solo sigo el curso del caso. Dejemos las vísceras atrás y usemos el cerebro. Vamos a resolver el enigma, vamos a encontrar al asesino y a salir de esta situación, tener al CNI de repente a nuestro lado nos da

libertad de movimientos, además de asegurarnos de que recuperaremos nuestras vidas tras lo que ha ocurrido.

—¿Y si eso no sucede?

—¿Cómo dices? —preguntó Ignacio.

—Esther se refiere a que, cuando tengamos al asesino, este sea eliminado por el CNI y luego corramos la misma suerte.

—¿Pueden hacer eso? Claro, joder, claro que pueden. Tal vez esto solo sea una trampa.

—Ya nos ocuparemos de eso más adelante, cuando resolvamos el caso.

—Si es que lo logramos.

—Pues pongámonos a ello. Hay un asesino que ha trabajado como camarero en el primer local y que ha matado a un futbolista en otro local hace dos días.

—¿Qué quieres hacer?

—Ya lo sabes, entrar en ese nuevo local y buscarlo.

—¿Estás loca? Saliste traumatizada.

—Eso está superado, quiero volver a entrar y capturarlo.

A Moretti le iba a estallar la cabeza de un momento a otro. Por suerte, tuvo a Ignacio de su lado en un momento tan crítico.

—¿Cómo puedes pensar en eso? ¿Estás loca?

—Nacho, es lo que debemos hacer para avanzar.

—No sabes el aspecto del camarero, no podrás frenarlo en su siguiente asesinato, ni siquiera sabemos si lo cometerá en ese local de nuevo o en otro.

—Hugo, tengamos fe, solo necesito el dinero de la entrada, la contraseña la recuerdo.

—¿Quieres recordar también lo que vivas dentro?

—No será diferente a lo experimentado en el otro local. Debo endurecerme, es lo que me dices siempre.

—Ve con Ignacio, pagaré las dos entradas y entraréis por separado.

—Pero dentro tendremos que estar alejados, allí no hay parejas.

—Pues él te seguirá desde la distancia todo el rato.

—Sí, lo haré —dijo el aludido—, y tengo mucha curiosidad por lo que sucede en esos locales, no me dejéis al margen.

—Es peligroso, Nacho, y no quiero estar pendiente de ti.

—Al contrario, cari, seré yo el que esté cuidando de ti.

—No podemos meter un arma en el local.

—Sé defenderme y te defenderé a ti.

Moretti sonrió, aunque de mala gana, lo que hizo que Esther comprendiese que estaba todo hablado. Si quería entrar en el local, tendría que ser con Ignacio como guardaespaldas. Eso tampoco le importaba, al contrario, sería un alivio saber que un amigo bien adiestrado la protegería de un contratiempo.

Se prepararon esa noche, aunque Esther tuvo que frenar a su improvisado guardaespaldas en la forma de vestir, haciendo que se pusiera un sobrio traje negro con camisa blanca en lugar de lo que él había elegido para la ocasión.

Fue corriendo al salón para atender al teléfono, era quien menos esperaba.

—¿Marta?

—Laura, ¿sabes algo?

—¿De lo nuestro? Nada de nada, aunque Moretti me prometió que me llamaría si había algo sobre lo de los locales.

—Necesito pasta.

—Y yo, aunque vivo con mis padres y me van a pagar un curso de estética y luego me van a montar un local.

—¡Qué suerte! Yo no tengo un euro y no puedo estar más tiempo aquí si no consigo dinero rápido, estoy desesperada, tía. Dime que conoces a alguien que me pueda meter de nuevo en un local.

—No jodas, vas a estar en peligro de nuevo, no solo por lo que te puede pasar dentro del local, sino por todo lo anterior, por lo del CNI.

—Ya me libré la otra vez, y estoy desesperada, ya te lo he dicho. Lo necesito para ya. Quiero dinero para regresar a mi vida. El asesino es amigo y solo se encarga de los clientes, me da igual lo que les pase a esos. Venga, dame un dato de contacto, joder.

—Te paso uno, pero no me gusta esto.

—Vamos, dámelo.

—No quiero ver en las noticias que te han matado.

—¡Coño! No digas eso, que atraes la mala suerte. Sabré cuidarme.

—Está bien, apunta.

Marta lo hizo y le dio las gracias, luego llamó al número, esperó seis tonos hasta que descolgaron al otro lado, dijo lo que quería y su interlocutor le hizo una propuesta, una prueba antes de pasar al local. Haría lo que fuese necesario. ¿Acostarse con el gerente o responsable de las chicas? Eso no era nada comparado con lo que tendría que hacer luego, pero tras un sueldo que le diese la independencia que necesitaba. Y se arregló para ir al encuentro que le había indicado el tipo del teléfono.

Otra incursión

Ignacio se sentía como James Bond con el traje, se había mirado en el espejo sin parar durante un cuarto de hora, le apetecía mucho hacerse una foto con el móvil y enviarla a varios amigos con los que había quedado en las últimas semanas, pero todo se disipó al verla a ella. Esther estaba radiante, parecía sacada de la portada de una revista de moda de las que imponían el estilo y la forma de vestir al resto del planeta.

—¡Dios! ¡Estás alucinante! —dijo por fin.

—Pero si estoy igual que la vez anterior.

—No, ahora brillas de un modo increíble. Te lo aseguro.

—Muchas gracias, Nacho, será la confianza, ahora tengo mucha más. Vamos a resolver el caso hoy mismo.

—Tranquilos, vamos a tranquilizarnos —dijo Moretti en mitad del salón—, no nos precipitemos, tenemos una misión y tiene que salir bien; todos tenéis las premisas a seguir.

—Sí, ya las hemos oído, Hugo. Yo las he memorizado y Nacho estará cerca en el local para actuar como apoyo.

—No la perderé de vista, te lo prometo.

—Más te vale, Nacho.

Pagar los diez mil euros de las entradas al local no suponía nada para Hugo comparado con saber que ella pasaría la noche sintiendo que cada segundo era como una hora en su mente por culpa del miedo y de la cantidad de estímulos que almacenaba sin parar en ese lugar. Había llamado a Simón para asegurarse de que hubiese caballería en los alrededores del local, pero eso no cubría la seguridad del interior del sitio, donde Esther estaría expuesta a la merced de los depravados que asistían al mismo. ¿Se podría valer por sí misma? ¿Ignacio la salvaría de un ataque del asesino o de otro cliente? Ella confiaba en sus capacidades, que crecían cada mes, pero no en su mente, que imaginaba escenarios catastróficos en esos momentos.

La chica entró caminando con más soltura que la vez anterior, ya iba domando los zapatos de tacón y gesticulando mejor con la cara al hablar con el recepcionista o gerente. Aguantó el discurso de bienvenida, se puso la máscara, además de decir que no llevaba teléfono móvil; y entró pensando en que Ignacio no tuviese problemas unos minutos después. La contraseña era diferente a la del otro local,

pero la aceptaron porque allí esperaban la visita de esos clientes decepcionados tras su cierre.

Esa noche, por suerte, no tuvo que llevar en su rincón más íntimo un teléfono móvil.

Esperó en la barra, tomando una cerveza, a que entrase Nacho y la siguiese por el lugar de forma disimulada. Deambuló tras verlo por la sala principal para no resultar sospechosa, pidió otra cerveza tras rechazar ofertas para unirse a fiestas privadas, y entró en la primera de las salas que ya había visto en el otro local.

En la segunda sala sintió a Nacho llegar a su espalda y susurrarle:

—¿Has visto al asesino?

—No lo conocemos aún, sería imposible localizarlo por su aspecto si no lo sabemos.

—Claro.

—¿Estás bien?

—Algo colocado.

—¿Has tomado alcohol?

—Solo esta copa que llevo en la mano, pero me siento raro.

—Es algo que echan en el sistema de ventilación. Disimula.

—¿Cómo voy a hacer eso?

Esther lo besó en la boca, le tocó los genitales por encima del pantalón y se lo llevó de la sala.

—Cari, esa confianza…

—Nos estaba mirando mucha gente, no te hagas ilusiones. Vamos a la siguiente sala.

Y vieron un espectáculo con animales, repugnante para ambos.

—Prefería la orgía de antes.

—Es como en el otro local.

—Esto te lo callaste.

—No me hagas tener náuseas. En otra de las salas fingen violar a una niña. Este local es idéntico al otro.

—Si no reconocemos al asesino, ¿cómo vamos a frenarlo?

—Sencillo, mira las caras de todos los clientes, ¿qué ves?

—Vicio y deseo.

—Pues busca a quien no tenga esa cara, sino la de ir buscando a alguien.

—¿Y si no vemos a nadie así?

—Iremos al pasillo de los reservados, donde siempre ataca, entraremos en cada cubículo del que salgan gritos. No, espera, eso es una estupidez porque allí las chicas gritan todas, lo recuerdo de la otra vez.

—¿Entonces?

—Joder, no se me ocurre nada. Acepta esa copa que te ofrecen o te mirarán mal por no beber. —Esther se puso otra vez cariñosa con él

para disimular.

—Mejor no le contamos nada de esto a Hugo.

—Deja de pensar en esas cosas y céntrate, además de relajarte, pareces un portero de discoteca con ese porte rígido y observando a todo el mundo.

—Vaya, gracias.

—Venga, bébete la copa despacio mientras me metes mano y pensemos en cómo continuar con la misión.

Ignacio obedeció con más entusiasmo del que ella esperaba.

—Oye, no te pases, me estás poniendo a cien y pierdo la concentración.

—Estás flacucha, pero tienes un culo redondo y duro que…

—¿Tú no eras gay?

—Será eso que echan en la ventilación.

—Claro, que no se entere la Iglesia de que estos perturbados han descubierto la cura de la homosexualidad.

Ignacio estalló en una carcajada.

—No bebas más.

—Estoy bien, te lo aseguro —le dijo sin dejar de acariciarle el trasero—. Por cierto, tengo una idea. Vamos a la entrada del pasillo de los reservados y nos enrollamos allí.

—¿En serio es esa tu idea?

—Que no, que me siguen gustando los hombres, aunque, de los que hay aquí, solo me atraen dos camareros de la barra.

—¿En qué has pensado?

—En tu don, cari. Quiero que te fijes durante toda la noche si es preciso en las personas que entran en los reservados, siempre serán parejas o algún vicioso con dos chicas o más; lo que quiero es que te fijes en si entra luego un tipo solo y accede a hurtadillas a uno de los reservados que ya estén ocupados.

—Me gusta la idea, pero no sé si podré lograrlo porque es una zona muy oscura y aquí todos vamos vestidos de negro.

—Pues agudiza la vista.

—Vale, pero no me metas mano ahí abajo, ya sabes a dónde me refiero, que eso me pone a cien y me distraigo.

—Sí, definitivamente esto no se lo vamos a contar a Hugo.

Así permanecieron casi dos horas, Esther ya sentía incluso dolor en los pechos y el trasero, además de haber perdido la sensibilidad en la boca por los besos apasionados y las fuertes manos del chico en lo que eran más que caricias. Pero no lograban ver al asesino que buscaban y no querían que Hugo Moretti se gastase diez mil euros cada noche para hacer lo mismo cuando no sabían si se produciría otro crimen en ese mismo local.

—No metas tanto la lengua, Nacho.

—Es que me dejo llevar por la interpretación.

—¿Interpretación? Pues parece que te lo pasas en grande, pareces un adolescente en su primera noche de rollo con una chica.

—O con un chico, no discrimines. Mi primer rollo terminó con la boca insensible y un dolor de huevos al regresar a casa que…

—Prefiero no oírlo. No vamos a sacar nada esta noche, son las dos y cinco y no creo que esto sirva para nada.

—¿Nos vamos?

—Ni por asomo, tenemos que amortizar el pago que ha hecho Hugo, pero no aprietes tan fuerte, mañana tendré cardenales en todo el cuerpo.

—Estoy acostumbrado a sobar culos y pectorales duros de chicos, siento si aprieto demasiado.

—Con una chica hay que tener más delicadeza, y ni se te ocurra volver a chuparme el cuello, a ver cómo disimulo la marca mañana con el maquillaje.

—Lo dicho, soy un actor, o policía, del método.

—¿Método?

—Vale, reconozco que me he puesto algo excitado.

—Ya lo noto bajo tu pantalón cada vez que te arrimas.

—Es que eres preciosa y tienes un cuerpazo, más con ese vestido. Como gay no me importaría hacérmelo con Madona o Cher, y elevarte a esa categoría debería ser un halago para ti.

—Me halaga que un gay piense eso de mí y tenga una erección o ganas de sexo conmigo, pero solo pienso ahora en que no me dejes el cuerpo lleno de marcas y que me duelan en los próximos días.

—Llega un chico solo.

—¿Cómo?

—Disimula y bésame, lo tienes a tu izquierda.

Ella lo vio, era joven y con buen porte, entraba observando a quienes lo rodeaban, así que ella cerró los ojos en el beso y se dejó llevar por unos segundos, luego giró la cabeza y lo vio entrar en un reservado donde unos minutos antes había entrado una pareja.

—Lo tenemos. Vamos a por él.

—Precaución, sabemos que lleva un cuchillo.

—Lo sé, ¿cómo lo meterá aquí? Hay un detector de metales.

—Es de kevlar o plástico reforzado, seguro que igual al que Moretti me ha dado hoy.

—¿Llevas un cuchillo y no me habías dicho nada?

—Pensé que lo notarías al meterme mano, pero has sido tan mojigata…

—Te detesto.

—No, me quieres un montón.

—Vamos a por ese tipo. Saca el cuchillo para tenerlo a mano.

Se dirigieron al reservado y Esther abrió la cortina unos milímetros, lo justo para observar lo que ocurría en el interior. Un cliente le practicaba sexo anal a una empleada mientras el nuevo, el joven apuesto que vieron entrar, se masturbaba ante ellos.

—Mierda, nos hemos equivocado.

—Volvamos a la entrada del pasillo y aguantemos una hora más.

—Sí, será lo mejor, no tenemos otra cosa que hacer.

—Me apetece otra copa.

—Olvídate de eso, estamos trabajando y no quiero que uses el cuchillo estando algo borracho.

—Cari, se necesitan muchas más de tres copas para emborracharme.

—Por si acaso.

En el piso franco, a las cinco de la madrugaba, contaban a Moretti que todo había sido un fiasco con detalles, claro que obviando lo que la pareja había hecho para pasar desapercibida en el lugar. Todos estaban muy cansados y habían acaparado cinco patrullas de apoyo para nada, Simón Ramos no protestaría, pero costaría convencerle para lo mismo la noche siguiente, o algunas más.

Comieron algo ligero antes de irse a la cama unas pocas horas y recuperar el sueño. Una vez la pareja a solas:

—Siento haberte hecho perder diez mil euros.

—Era una inversión, no todas salen bien.

Esther se desnudó por completo para entrar en la cama, aunque Hugo no pudo verlo.

—Inviertes en el caso, en el trabajo, cuando no es tu obligación.

—Solo quiero recuperar mi vida, que todos lo hagamos.

—Yo también.

—¿Vivirás conmigo en mi piso cuando todo esto termine?

Esther se quedó sin palabras, no recordaba esa conversación, a pesar de que ella no olvidaba nada.

—¿Es lo que quieres, Hugo?

—¿Tengo que recordártelo? Te lo pedí yo.

—¿No te asusta tenerme contigo cada día en tu casa?

—¿Vamos a seguir respondiendo con preguntas? No te lo habría ofrecido si no fuese lo que deseo. Me dijiste que sí hace unos días, ¿has cambiado de opinión?

—No, me apetece probar la experiencia.

Él se acurrucó y se llevó la sorpresa.

—¿Estás completamente desnuda? ¿Tienes calor?

—Pues claro, estoy ardiendo. —Y lo desnudó a él a toda prisa, entre besos, aunque no sentía casi nada en la lengua y los labios, para

hacer el amor de un modo que Moretti no podía imaginar. El exinspector se extrañó cuando ella le pidió por favor que no le acariciase ni besase los pechos.

Dos horas después, cuando la pareja ya dormía y todo el país había despertado para ir a su trabajo o escuela, los informativos matinales se centraban en la terrible noticia de la muerte del futbolista que era favorito para ganar el balón de oro y conseguir para su equipo otra *Champions League*. Seguiría durante una semana más el asunto, entre el bombardeo de imágenes de sus mejores actuaciones y goles, su rostro sonriente al marcar y levantar trofeos, además de su familia rota de dolor por el duelo. Un obseso sexual que había buscado formas más extremas e interesantes, para él, de divertirse en la cama.

Pujalde para el final

Observaba el vídeo por tercera vez, y eso que solo eran las nueve y cuarto de la mañana. Se arrepentía a medias de no haber ido a cobrarse la quinta víctima la noche anterior, pero no podía matar cada dos noches o crearía una pauta a seguir por los policías que lo estuvieran buscando. Si era inteligente y no se dejaba llevar por sus deseos viscerales, acabaría con todos antes de que lo descubriesen; después de todo, esos locales eran ratoneras en las que podría quedarse atrapado si no conocía la ubicación de la puerta de atrás para escapar rápido.

Lloraba al ver a su sobrinita corriendo tan feliz, la niña no pudo disfrutar nunca del resto, de la dicha de crecer, enamorarse, estudiar e iniciar una vida convencional, de un sinfín de buenas experiencias, también de tropezar y caer como todos hacían en la vida. Y con su ausencia sumió a sus padres y resto de familiares en un abismo de oscuridad, dolor e incertidumbre.

La incertidumbre se esfumó para él al cabo de unos meses, los que tardó en saber que la niña había sido secuestrada para participar en monstruosos espectáculos para pervertidos que hicieron con ella lo que quisieron. Ni siquiera había buscado esa vía, le llegó por casualidad a través de un amigo que le avisó de que sucedían esas aberraciones en la ciudad. No quiso creerlo en ese primer momento, pero investigó día y noche las semanas siguientes y dio con los locales. No, se negó en principio a pensar que su pequeña sobrina hubiera tenido un final así. Siguió indagando y dando con empleados del local hasta que le dieron la descripción de la niña. Estuvo dos días llorando ante la noticia. Obviamente no iba a decírselo a su hermana y su cuñado, que aún se aferraban a que la niña apareciese tarde o temprano. Pero nunca habría una tumba a la que ir a rezar y llorar porque no había cuerpo, había desaparecido, como el del resto de niñas que esos malnacidos secuestraban para someterlas a esa aberración. El suicidio de su hermana y su cuñado fue la gota que colmó el vaso, decidió acabar con los asesinos de uno en uno, primero con los que participaban de la perversión, luego con los que se lucraban de ella. Dejaba a Héctor Pujalde para el final.

Esa misma noche partiría para seguir su camino, el único que deseaba andar, el que lo llevase a cumplir su venganza.

Cuchillada

La llamada de teléfono los despertó, ya entraba luz por la ventana, pero solo Esther podía verla y saber que habían dormido más de la cuenta sin oír el despertador.

Antes de atender la llamada de su amiga, vio que eran las once menos veinte, lo que le provocó una mueca de decepción por perder tantas horas valiosas.

—¿Cris?

—¿Esther?

—Lo siento, me he acostado hace solo unas pocas horas.

—Siento despertarte. ¿Tienes novedades?

—Anoche fui a uno de los locales por si me encontraba con el asesino, pero no sirvió de nada.

—¿En serio? Me hubiera gustado acompañarte.

—Siento decirte que me lo pasé mejor con mi agente de apoyo de lo que imaginas, de lo que hubiera resultado yendo contigo.

—¿Cómo dices?

—Olvídalo. ¿Tienes tú algo?

—Nuria ha conseguido nombres, pero no sé si serán útiles para el caso.

—Adelante, ve diciéndome mientras voy al baño y luego a prepararme un té.

Cristina Collado le dio un listado de millonarios, personas importantes como empresarios, actores, cantantes, futbolistas… que participaban de esas sesiones privadas de los locales; le había costado mucho obtenerlos, pero era una buena línea a seguir para buscar al asesino que pretendía acabar con ellos.

—Una línea de investigación fantástica, sabemos ahora a quiénes puede perseguir el asesino.

—No solo te llamaba para decirte el listado.

—¿Cómo?

—Ya lo sabes, lo hablamos hace poco en el barco.

—Ahora mismo estoy recién levantada, tengo un sueño atroz, me duele todo el cuerpo y no tengo la cabeza ni al veinte por ciento.

—¿Te duele el cuerpo?

—Anoche mi compañero me sobó como no te puedes imaginar durante horas.

—¿Perdona?

—Es algo largo de contar, estoy bien, el dolor se irá hoy. Dime eso

tan importante.

—¿Qué piensas hacer con el asesino?

—Detenerlo, por supuesto.

—Espero que eso sea lo que hagas, ya que lo tienes tan claro ahora.

—Vale, ya recuerdo la conversación. La diferencia entre ley y justicia, todo lo que me contaste sobre los casos en los que te has saltado la ley.

—Esther, me llamas frecuentemente para preguntar como lo hace alguien que busca un oráculo, una consejera. No me siento como tal, pero te apoyo y ayudo en lo que puedo. He sido más franca contigo que con mi propio marido, y eso me preocupa por la repercusión que tenga en ti, en tus actos futuros.

—Intentaré no hacer una tontería.

—No quiero que te tomes la justicia por tu mano.

—No pensaba en ello, al menos a tu nivel, solo delatar a los poderosos que están detrás de esto.

—Ten cuidado, son poderosos, como has dicho, y tratarán de sellar tus labios usando métodos que no imaginas.

—Lo contemplo.

—Seguimos en contacto.

—Claro. Un abrazo, espero que a Pablo no le suponga mucho esfuerzo reparar el barco.

—Está ilusionado con ello, estará como nuevo en dos semanas para esas vacaciones que te mereces junto a Moretti, espero conocerlo pronto. Un abrazo para ti.

La chica vio que el agua ya hervía y se preparó el té, Moretti llegó en ese momento.

—¿Y bien?

—Era Cristina, me ha dado un listado de posibles víctimas.

—Eso ayuda, pero si son muchas, no podemos pedir a Simón que las tenga a todas protegidas.

—Lo sé, solo podremos tratar de reconocerlas en el local en las siguientes noches.

—¿Vais a volver? No me asustes, he pasado una noche horrible mientras estabais dentro.

—Sabes que no hay otra forma de atrapar al asesino. ¿No tienes más dinero para las entradas?

—El dinero no es el problema.

Lo vio taciturno y se acercó para abrazarlo.

—Te prometo que me cuidaré.

—¿Y que no harás una tontería?

—Define eso.

—Que no arriesgarás tu vida contra el asesino si lo descubres.

—Para eso ya llevo a Nacho con el cuchillo de kevlar que le proporcionaste.

—Te daré otro a ti.

—No sé cómo podría ocultarlo bajo un vestido ajustado ni si seré capaz de usarlo.

—Ya improvisas eso último si llega el momento. Quiero que tengas el máximo cuidado, solo eso. Lo que prefiero que hagas en caso de descubrir al asesino es salir del local y señalarlo a las patrullas que vigilan fuera.

—El comisario no nos proporcionará apoyo todas las noches.

—Ya me encargaré de presionarlo yo para eso.

—Otra vez salvando a la princesa en apuros.

—No, a una compañera en un caso complicado.

—¿Solo soy eso?

—No puedo mentirte, eres mucho más que eso.

—Por un lado, me gustaría que no lo hicieras; por otro, me siento halagada y protegida.

—Quédate con el segundo lado o no habrá más dinero para las entradas.

—Está bien, tú ganas.

Ignacio desayunó cuando ellos ya habían fregado sus vasos y se reunieron en el salón.

—Se hace extraño el lugar sin Laura y Marta.

—Ellas estarán bien, son jóvenes, pero saben cuidarse —dijo Moretti—, habrían llamado en caso contrario, además de que no podemos retenerlas en contra de su voluntad de forma indefinida.

—Ha muerto el futbolista, la cuarta víctima, lo he visto en las noticias del móvil.

—Ya lo sabemos, también lo vimos en la televisión.

—Era guapo…

—Nacho, vamos a centrarnos.

—¿Qué vamos a hacer hoy?

—Investigar. Esta noche regresaremos al local, pero antes hay que usar las células grises, ¿Moretti?

—Ahora me ha gustado que me llames así, Esther.

—Vamos, Poirot, intentemos avanzar. —Esther se mostraba optimista, incluso risueña.

—El problema es que no tenemos a los empleados para entrevistarnos con ellos, tampoco nada sobre sus vidas para buscar al que tenga el móvil para asesinar. Es como si a la novela de Agatha Christie le faltasen páginas para seguir el argumento.

—La vida es más difícil que una novela negra.

—Mucho más, Esther, mucho más.

Estuvieron repasando los datos del CNI durante horas. Moretti

llamó a sus confidentes, pero ninguno de ellos tenía nada sobre lo sucedido en los locales. Simón Ramos estaba igual, también Cristina Collado, Marcos Navarro, Pablo Aguilar y Nuria; esta última bastante había logrado, quizás se metiese en un buen lío si daban con sus puertas traseras para colarse donde no la habían invitado.

Y la noche llegó para ser testigo de una nueva incursión en el local anterior, donde tres jornadas antes había sido atacado el futbolista.

Esther había aprovechado un rato en la tarde para ir con Ignacio a comprarse un vestido nuevo, esta vez plateado de lentejuelas y con unos zapatos de plataforma aún más altos, pero mucho más cómodos de llevar. La chica se dejó aconsejar por Nacho en la elección, en dejarse el cabello sin engominar y en maquillarse con tonos más oscuros aún.

—¿No me pinto los labios de rojo como ayer?

—Para lo que te van a durar…

—Nacho, ¿qué quiere decir eso?

—Nada, Hugo, es que la chica se bebe dos cervezas y pierde el labial en el acto.

—No bebáis mucho.

—Es para no desentonar con el ambiente. ¿Estarás fuera con los agentes?

—Simón me ha concedido cuatro patrullas, una menos que ayer.

—Serán suficientes —dijo Esther.

—Hoy, además del cuchillo, llevaré un teléfono, ni os digo dónde lo he metido.

—Gracias, Nacho, aunque nos hacemos una idea. Trátame con más cariño.

—¿Cómo? —Moretti estaba a la espera de una respuesta.

—Nada, son tonterías nuestras. Nacho, como si yo fuera de cristal, ¿estamos?

—Ya me queda claro.

No parecía que eso calmase al exinspector, pero se dirigieron al local igualmente, en silencio, como la jornada anterior.

Ambos entraron tras pasar las doce de la noche y recibieron otra vez la oferta de pagar por todo un mes a un precio considerablemente menor. ¿Cuarenta mil euros de gasto para Moretti por las dos cuotas? Ni por asomo, pero Esther comenzó a dudar sobre el tiempo que tardarían en encontrar al asesino.

Una pareja comenzó a darse amor en mitad de la pista cuando otros se iban sumando al espectáculo, ya fuese para participar o para observar masturbándose. Esther se había terminado su cerveza y Nacho, su copa de ron. Ambos habían tenido que rechazar varias

ofertas de unirse a momentos privados, sobre todo ella, que destacaba más que nunca en el lugar, más que las empleadas contratadas para aliviar a los clientes.

—Hoy estás que lo rompes.

—Gracias, pero no he venido a ligar.

—¿Qué te pasa? Estás más tensa que ayer.

—No quiero seguir gastando la herencia de Moretti ni tener que estar escondida en ese piso más tiempo. ¿Tú no quieres recuperar la normalidad?

—Claro que sí, aunque es la primera vez que participo como activo y en un caso de la máxima importancia, estoy muy excitado por ello.

—No te voy a negar que tienes razón, yo también lo estaba en mi primer caso como activo; aquello terminó en mitad del campo y conmigo como cebo para atrapar al asesino.

—Eso tienes que contármelo al detalle. Por cierto, ¿vamos a darnos el lote ya? La gente empieza a mirarnos.

Ella resopló.

—No lo niegues, es lo que estabas deseando. Luego no me digas que no eres bisexual.

—Me lo planteo desde lo de ayer, cari.

—Qué te gusta el vicio…

—Ven aquí, zorrita.

Y la abrazó sin miramientos agarrándola del trasero.

—¡Oye! Hazlo con cuidado.

—Es que os oí a Hugo y a ti anoche al otro lado de la pared del dormitorio, menudo meneo os disteis. Me puse cachondo.

—Ya lo estoy notando en tu entrepierna.

—Me hubiera gustado tener anoche a Gabriel, menuda polla tiene y cómo se curra el sexo oral.

—Gracias por poner en mi memoria esas imágenes.

—Lo digo en serio, menudo amante, pero prefirió regresar a su vida de pareja tradicional y horrible, con su mujer e hijos. Él se lo pierde.

—Nacho, céntrate y no me sobes las tetas, que me duelen.

—A ver si es que estás embarazada.

—Vete a la mierda.

—Vamos al pasillo de los reservados.

—Espera, necesito otra cerveza para soportarte.

—Y yo otra copa para sobarte esos bultitos que llamas tetas.

—Si sigues así, te abofetearé.

—Aquí nadie se extrañaría ante eso, mira lo que hacen esos a tu derecha.

—¡Qué asco!

—Pues parecen pasárselo de muerte.

Ignacio la besó con intensidad, lo que la tomó a ella de improviso, además de tocarla por toda su anatomía con más cuidado que la noche anterior. Esther se sentía en la gloria, hasta cerraba los ojos y pensaba en… ¿Moretti? Sí, en él, le gustaría estar allí con su compañero de trabajo y de vida y pasar a un reservado para olvidarse durante un buen rato del caso. ¿Quién sabe? Quizás en un futuro no lejano lo convenciese para ir al local y disfrutar del morbo que se sentía allí dentro en los reservados, jugando a temas perversos que no solían pasársele por la cabeza en el dormitorio. Pero solo era una fantasía momentánea producida por la excitación, pues ella se centraría en cerrar esos antros en cuanto atrapasen al asesino.

Entró con la contraseña y pagó los cinco mil euros por la noche. Se puso la máscara y fue a pedirse una copa, aunque no lo había hecho en las ocasiones anteriores, pero ahora la necesitaba. Nunca antes había tenido la imagen de su sobrina tan presente como en ese momento, como si estuviese recibiendo una señal, como si aquella noche fuera a ser la más especial de su vida. Como si fuese a acabar con todos los hijos de puta que perseguía de golpe, pero con su cuchillo de plástico reforzado no podría hacerlo, necesitaría una ametralladora de esas que había visto en las películas sobre guerras.

«Sí, una ametralladora estaría bien para terminar con todos estos locos viciosos. A saber cómo la policía o quien estuviese ocultando la verdad en la televisión se las arreglaba para tapar esta mierda tras encontrar a doscientos hijos de puta muertos en el local».

Dio un largo sorbo a la copa y se fue a pasear para hacer tiempo por la sala común, donde docenas de perdedores, desechos humanos, echaban un polvo en orgías improvisadas, además de sentir que habían ligado con una chica joven y guapa que resultaba ser una simple empleada contratada para darles esa sensación. Ya había oído en el local en el que trabajaba de camarero cómo ellas sentían náuseas al sentir los besos asquerosos de los clientes, de los que eran tan tímidos que solo iban allí para sentir el éxito de la conquista al besar a una chica guapa que les recordaba a la niña más bonita del colegio o del instituto que se mostró indiferente ante ellos; una segunda oportunidad para triunfar y sentirse los pletóricos, pero luego las machacaban en las salas de los reservados, como castigando a aquellas del pasado por su indiferencia. Esos patéticos perdedores no eran su objetivo, ni siquiera los que acababan follando entre el público, tampoco los que iban a las cinco salas temáticas. No, él se centraría esa noche, como las anteriores, en buscar a un sádico de mayor calado, a uno de los de su listado, a quien hubiera disfrutado de violar y matar a su sobrina o a otras niñas secuestradas para ese fin.

Estuvo una hora y media analizando el lugar, no parecía que hubiese policías ni una presencia de seguridad extra en la zona. Eso le dio confianza para seguir buscando a su siguiente víctima, que sería la primera que apareciera y él reconociese. No fue así. Se dirigió a una camarera y le pidió otra copa.

—Espera, no te vayas todavía.

—¿Quieres algo extra? Puedo llamar a una chica, dime lo que te apetece. ¿Joven, asiática, una *dominatrix*, un perro u otro animal…?

—No es eso. Verás… esto es embarazoso, es que es mi primera vez en el local y me han dicho que aquí vienen personas famosas. Me pone cachondo ver follar a empresarios conocidos o cantantes y demás.

—Entiendo… No sabría decirte, pero preguntaré a mis compañeros en la barra. Te traigo tu copa y te digo algo en unos minutos.

Pensó que había cometido un error, que lo señalarían para echarlo fuera, o que aparecerían policías para detenerlo, pero fue la chica la que llegó de nuevo, a pesar de haberse apartado unos metros para pasar más desapercibido.

—Aquí tienes tu copa —dijo la chica, luego se acercó a su oído para susurrar—: el propietario de la cadena Goose está en el centro de la sala principal, es el del cabello gris. El magnate de las pilas Verma está en la sala temática cuatro. El dueño de la empresa de baterías y pilas más importante del país acaba de entrar y está en la barra, es el gordo y bajito. Javier Urrutia, el actor que ha ganado todos los premios nacionales e internacionales del cine acaba de entrar.

¡Bingo! Ese último estaba en su listado. La chica había sido todo un descubrimiento.

—Gracias por la copa y por la información.

—Nada de gracias, la copa es gratis, pero la información vale mil euros.

Se quedó mirándola.

Ella le mantenía la mirada sin parpadear.

No tenía ese dinero encima.

Improvisó.

—Escápate conmigo unos minutos a un reservado y te doy cinco mil por una mamada extra.

—Yo no me dedico a… ¿Has dicho cinco mil? —Lo miró de arriba abajo, luego hizo un gesto de aprobación—. De acuerdo.

La tomó por la cintura con suavidad y fueron hacia allí. Una vez dentro:

—Vamos sácate la polla, no puedo estar mucho tiempo sin hacer mis tareas. —Ya se había arrodillado frente a él.

La mató cortándole el cuello y salió sin descorrer la cortina para que no descubriesen el cadáver antes de terminar lo que había ido a hacer allí.

Fue a buscar al actor a la barra, pero ya no estaba allí, solo era un mero inconveniente, lo localizaría pronto en la sala principal o en las temáticas; así fue, en la quinta, en la que dos pastores alemanes sodomizaban a dos actores contratados para dejarse hacer por los animales. Aquel lugar le daba cada vez más asco, como en el que había trabajado antes.

El actor se marchó con una chica muy joven, parecía una niña, hacia los reservados y acompañados de una camarera. Él los siguió de forma sigilosa a un metro de distancia. La pareja se detuvo en la entrada, al lado de otra pareja que se daba el lote. El actor le dijo a la camarera que debía pedir que uno de los pastores alemanes del espectáculo anterior fuese con ellos. La camarera le aseguró que el perro estaría allí para satisfacerlo.

Lo observaba y oía todo al detalle desde sus espaldas, no parecía haber nadie a su alrededor pendiente de sus movimientos, ni siquiera la pareja joven que podría pasar a un reservado para tener más intimidad y dar rienda suelta al deseo que demostraban.

Esperó diez minutos allí mismo, dando unos sorbos a su copa y tratando de disimular y no fijarse en la pareja que seguía besándose y acariciándose a pocos metros. El actor ya debería estar ocupado en su tarea como para estar pendiente de la cortina. Dejó el vaso vacío en un saliente de la pared y recorrió el pasillo hasta donde había visto que entraban, y se asomó al resquicio de la cortina, contemplando una escena de esas que uno trata de olvidar nada más verla: el perro penetraba el ano del actor mientras él recibía una felación de la empleada, que fingía un placer infinito ante una escena que seguro esperaba que durase lo menos posible.

Levantó el cuchillo para atacarlo cuando:

—¡Alto, baja el cuchillo, policía!

Estaban a su espalda.

Se giró a una velocidad que tomó a todos por sorpresa para encararse con el joven que reconoció de antes, el que se daba el lote con otra chica en la entrada de los reservados, seguro que eran policías o seguridad privada. El chico temblaba esgrimiendo un cuchillo en la mano derecha, no le dio tiempo a usarlo porque él le clavó el suyo en el pecho, se desplomó en el acto, luego empujó con fuerza a la delgada chica del vestido plateado y se marchó del lugar todo lo rápido que pudo, sin llamar la atención en la sala principal y esperando que la alarma se diese cuando él ya estuviese fuera y a salvo.

Esther se levantó de un salto por la adrenalina del momento, también sumida en dos pensamientos: el de haber sido demasiado lenta e ingenua, además del dolor de ver a Nacho en el suelo tras haber recibido un ataque que podría ser mortal.

El actor salió a toda prisa del reservado, seguido de la empleada y del perro, que parecía el más asustado de todos. Esther no les prestó atención.

—Nacho, dime que estás bien.

El chico se convulsionaba en el suelo y de su pecho brotaba un chorro de sangre a cada segundo.

—¡No, por Dios! Nacho, aguanta, tendremos una ambulancia aquí en dos minutos.

Sabía dónde había ocultado el teléfono móvil y lo sacó a toda prisa del orificio corporal, estaba envuelto en un preservativo. La oficial no sintió asco alguno, solo sacó el terminal del interior de su compañero y llamó a Moretti.

—¡Hugo! ¡Entrad, entrad ya! Llama a una ambulancia para Nacho. Por favor, corre, date toda la prisa del mundo.

El exinspector no dijo una sola palabra, solo colgó para tener la línea libre y llamar a la ambulancia, luego ordenó acordonar la zona y detener a todo el que saliese del local.

—Nacho, estoy aquí contigo, aguanta, por favor, aguanta.

—Cari, de menuda ayuda he sido.

—¿Qué dices? No hables, solo cálmate y aguanta.

—Al menos me alegro de que me atacase a mí y no a ti, no habría podido vivir con eso, ni mirar a la cara a Hugo tras esta noche.

—Que te calles, joder.

—Me alegro de haberte conocido.

—¿Pero qué estás diciendo? Deja las tonterías para otro momento. —Ella le taponaba la herida del pecho con todas sus fuerzas, pero no impedía que la sangre saliese como lava de un volcán enfurecido.

—Te quiero, flacucha.

—Y yo a ti, deja de hablar —le dijo porque veía brotar la sangre de su boca a pesar de la poca luz dentro del reservado.

—Qué bonito es ese vestido, pareces una *top model*, lo que eres, tanto físicamente como en tu interior.

—Cállate, por favor, calla y relájate, ya viene la ambulancia.

—Tengo mucho frío, no llegarán a tiempo.

—No digas eso, vas a salir de esta y a encontrar el amor en un chico alucinante que te folle como un campeón.

—¿Lo ves? Tú también sabes que no saldré con vida de este local, pero te agradezco el detalle.

—Calla.

—No, calla tú. Me has dado unas experiencias que nunca habría vivido como persona ni policía sin haberte conocido.

—Nacho, estás diciendo estupideces.

—Te digo la verdad, lo que pienso. Ahora que comprendo que me quedan minutos de vida te puedo dar el consejo de que no malgastes la tuya. Deja de pensar en el trabajo y en otras tonterías que no te dan la ilusión que hace que vivir sea maravilloso. Busca a las personas que te hagan feliz, o mejor aún, busca a quienes sean los adecuados para compartir su felicidad con la tuya.

—Nacho, deja de hablar, por favor. —Ella no paraba de llorar mientras presionaba la herida. Ya había entrado un empleado del local en el reservado y se había asustado con la escena antes de salir corriendo de nuevo.

—Cari, Hugo te ama, se desvivirá por ti. Permanece a su lado si sientes lo mismo o termina con él si no es así. No le hagas daño si sientes que él no te aportará la seguridad, estabilidad y felicidad que esperas de una relación. Sé madura y toma las decisiones que debes tomar.

—Lo haré.

—Prométemelo.

—Te lo prometo.

—Espero que decidas estar con él, no sabes cómo te brillan los ojos y la piel cuando estás a su lado. Es una pena que no lo percibas por ti misma.

—Calla, no hables, por favor.

—Deja que lo haga, siento que es lo que debo hacer antes de…

—No te vas a morir, aguanta.

—Dile a mis padres que los quiero y que siento mucho la terrible decepción que les supuso saber que soy gay. Mi padre me dijo que hubiera preferido saber que era drogadicto antes que maricón.

—Dios mío…

—Diles que les perdono, que no me importa, que ya está olvidado y que nunca he dejado de quererlos.

—Nacho, díselo tú, aguanta.

—Y te quiero a ti, mucho, te haces querer, flaca.

—Yo también te quiero, te quiero infinito.

—Me gusta esa palabra, me recuerda a un novio del instituto. No dejes de querer infinito a las personas que se lo hayan ganado.

—Nacho, no… ¿Nacho? Abre los ojos. ¿Nacho? ¡¡¡Nacho!!!

Y permaneció llorando y abrazada al cuerpo del chico hasta que llegaron los sanitarios.

A pesar de los intentos de los médicos, no se pudo hacer nada por la vida de Nacho. Moretti tenía a Esther abrazada dentro del coche, esta no paraba de llorar, y trataba de consolarla como podía.

—Llora, llora hasta vaciar ese dolor.

Y ella lo hacía.

—No te imaginas lo que siento ahora.

—He perdido a personas queridas, como mis padres y algunos compañeros, puedo entenderlo.

—Me gustaría volver atrás en el tiempo.

—Lógico, pero eso no va a ocurrir, tienes que asimilarlo y seguir adelante.

—Yo no asimilo nada, lo llevo dentro para siempre.

—Lo sé, pero tienes ese rincón para guardar lo que no quieres recordar, úsalo para esta experiencia.

—No, no quiero olvidar esto, quiero tenerlo presente para usarlo cuando tenga a ese asesino de nuevo delante de mí.

—Las venganzas nunca son positivas, recuerda lo de cavar dos tumbas.

—Me da igual cavar otra para mí, voy a matarlo; he visto su cara, aunque llevase un antifaz, nunca la olvidaré y cuando lo vuelva a tener delante…

—Esther…

—El CNI nos deberá un gran favor cuando solucionemos el caso, y querrán atar cabos sueltos, así que me darán la coartada tras matarlo.

—Esther, por favor, deja de pensar en eso, tú no eres así.

—Se trata de Nacho, Dios mío, de Nacho, no le haría daño a una mosca. Lo ha matado como si fuese una hormiga bajo su pie al caminar. Ese tipo se merece lo peor.

—No pensabas en eso ayer.

—Ayer no es hoy, lo que ha hecho esta noche es horrible, se merece el peor final.

—Lo atraparemos y llevaremos ante la justicia.

—No, no quiero esa justicia, quiero la mía.

—Relájate y llora, es lo que toca hoy, tal vez mañana y los siguientes días.

Y ella lloró como no lo hacía desde que perdió a su madre por esa puta enfermedad que se la llevó de su lado.

Llegaron al piso y se dieron una ducha, no habría sido muy efectiva la de ella porque exhibía aún muchos restos del maquillaje, y trataron de dormir abrazados, aunque el recuerdo de lo sucedido y las

imágenes de las sonrisas de Nacho estuvieron presentes hasta que entró de nuevo la luz por la ventana del dormitorio.

Hugo se levantó a sabiendas de que la chica seguía despierta, pero quería dejarla a solas un rato más con su dolor y los recuerdos. Preparó el desayuno y esperó durante más de una hora, luego regresó al dormitorio.

—Sé que estás despierta, que no has dormido, tampoco lo he hecho yo sintiendo que no parabas de llorar.

—Déjame aquí.

—Eso no es sano. Levántate, seguro que estás haciéndote pis.

—Me da igual, me mearé encima.

—Pues hazlo, y luego te levantas y desayunas, lo necesitas. Calentaré de nuevo el té y el café.

—No quiero desayunar.

—Ya lo sé, no quieres comer, ni levantarte, no quieres vivir, pero estás viva y tenemos que atrapar a ese tipo. No te olvides de ese detalle.

—Quiero matarlo, quiero matarlo despacio y disfrutar con ello.

—Lo sé, pero no podrás hacerlo desde la cama; vamos, arriba.

—¿Me ayudarás? ¿Me pagarás las entradas en el local?

—El tipo no repetirá, irá a otro.

—Lo buscaré en todos los del país.

—Sabes que hay muchos y que coincidir con él de nuevo no será sencillo.

—Llama a Pujalde, dile que solo abra uno de los que tiene, seguro que irá a ese.

—Es una idea fantástica, empiezas a pensar de nuevo como policía.

—Seguro que la idea ya se te había ocurrido a ti.

—Eso no tiene importancia.

—¿Y qué es lo importante para ti?

—Saber que actuarás como policía con la mente fría y no como los asesinos que solemos perseguir, buscando una venganza ciega.

—No voy a dejarlo obrar a su antojo, voy a matarlo por lo que le ha hecho a Nacho.

—También mató a una camarera en otro reservado, usó el mismo cuchillo para cortarle el cuello.

—Ya lo ves, es un asesino que merece la muerte.

—Somos policías, o al menos yo lo era hasta hace bien poco, nos dedicamos a llevar ante los jueces a los asesinos y que ellos les den su castigo.

—No es suficiente, no lo es para mí. Me da la impresión de que Nacho no era importante para ti.

—Claro que lo era, y sigue siéndolo en mi memoria, no lo voy a olvidar; pero no quiero verte presa veinte años por hacer una tontería.

Joder, Esther, reacciona y piensa como policía, usa esa mente prodigiosa.

—Mi memoria es una mierda, solo sirve para darme dolor, siento lo ocurrido con Nacho como si estuviera ocurriendo ahora. —El llanto se hizo más intenso, como el de una niña pequeña que no logra consuelo.

—Pues no ha ocurrido ahora, así que guarda los pensamientos negativos en el cajón de recuerdos a olvidar y muévete, te necesito para resolver el caso. ¿Acaso vas a dejarme solo en esto?

—Yo te he metido en esto, igual que a Nacho, a las dos chicas y a los amigos de Huelva.

—Pues sácanos de aquí de una vez. ¡Vamos, arriba!

Manuel Gutiérrez recibió la llamada mucho después de lo que esperaba, para entonces ya conocía lo ocurrido en el local donde había sido asaltado el futbolista. No se trataba del ministro ni del empresario Héctor Pujalde, tampoco del comisario Simón Ramos.

—¿Moretti?

—¿Dónde estaban anoche?

—¿Cómo dice?

—Era un local donde había sucedido un atentado tres noches antes. ¿No tenían efectivos en la zona?

—Dos agentes infiltrados dentro.

—Pues se dedicaron a disfrutar de los servicios que presta el local en vez de hacer su trabajo.

—Ya sé que ha perdido a un agente, le doy mis condolencias, pero no he podido hacer más.

—Tiene más poder que nadie, una ambulancia en la zona habría bastado.

—Mi informe dice que su agente recibió una puñalada en el corazón, poco más hubieran podido hacer.

—No me venga con esas, sabe que la intención es lo que cuenta. Usted solo esperaba que nosotros descubriésemos al asesino.

—No se lo voy a negar. Es lo que esperaba. Pero le aseguro que la pérdida de su efectivo me ha afectado.

—¿Seguro? Lo llama efectivo, se llamaba Ignacio, tenía veintisiete años y trataba de hacer su trabajo, a pesar de estar apartado del caso por su orden, sin contar con la familia que ha dejado destrozada.

—Créame que lo siento, se lo digo con sinceridad. Tendré una ambulancia o dos listas en su próxima incursión.

—¿Por qué no entran ustedes en el local? ¿Por qué no arriesgan la vida de sus agentes? Yo no quiero volver a pasar la noche en vela por los míos.

—Sé de la implicación sentimental que tiene con la oficial Gallardo…

—Ha hecho sus deberes, lo felicito. No vuelva a mencionar ese dato si no quiere que el trato con el comisario Pablo Aguilar se diluya y me convierta en una pesadilla para usted.

—Lo siento, no era esa mi intención.

—No, nunca lo es, pero tiene la habilidad asombrosa de conseguirlo. Quiero dos ambulancias en la puerta del próximo local y a una decena de agentes suyos a mis órdenes.

—¿A sus órdenes?

—Ya lo ha oído. Le daré mi frecuencia de radio para que informe de ello al operativo, no es negociable. ¿Quiere al asesino y terminar con esto de una vez?

—Está bien, estamos a sus órdenes.

Esther apareció a las siete menos veinte de la tarde, había tardado casi todo el día en comprar su nuevo atuendo.

—¿Cómo estás tan seguro de que el asesino actuará esta noche y en ese mismo local? —preguntó la chica mientras comía algo en la cocina junto a Moretti, aunque aún no le había llegado el apetito del todo.

—Hemos hecho lo que planeamos esta mañana, que Pujalde cierre todos los demás, solo queda ese y ya te lo conoces. El asesino ha sido descubierto y eso le provocará la prisa por terminar su obra; además, anoche no terminó lo que iba a hacer y eso le producirá ansiedad por avanzar.

—Te vuelves a gastar mucho dinero, y no solo por la ropa, el piso, el coche…

—Nunca te lo he dicho, mi herencia cuenta con millones de euros. La mayoría en inversiones que generan dinero sin cesar, unos miles gastados no supondrán nada.

—Es la primera vez que no me intentas convencer de que no vaya.

—No serviría de nada, sé que irás de todas formas. Eso no quita que sienta, tras lo sucedido, un miedo más atroz que nunca ante la idea.

—Sabré cuidarme.

—Es lo que esperaba de Nacho, que te cuidase y también a él mismo.

—Tendré al CNI cerca.

—No me fío de ellos.

—Yo tampoco, pero, hasta que encuentre al asesino, estarán de nuestro lado.

—¿Llevarás el teléfono?

—Claro que sí.

—Siento que tengas que meterlo ahí.

—No pasa nada, es peor llevar el cuchillo de kevlar pegado a la espalda, no me permite caminar bien.

—Me gustaría verte, seguro que estás preciosa.

Hugo querría ver a la chica aunque solo fuese un segundo. Había recorrido cada milímetro de su cuerpo con besos y caricias miles de veces, pero quería comprobar lo que decían los que la habían visto con sus ojos, que se trataba de la chica más bonita del mundo.

Esther se había puesto el recién comprado traje de esmoquin negro ajustado a su cuerpo. Ante el espejo se sintió como una extraña, como si viese a una modelo de revista, pero ella no se sentía así, sino como una policía que tendría que tomar decisiones vitales en unas horas.

Salió del piso junto a Moretti en silencio, ambos con sus miedos personales. El de él, destinado a que ella regresase sana y salva; el de ella, para resolver de una vez el caso y atrapar al asesino que había trastocado tanto sus vidas.

Seguir la senda de ese homicida implicaba continuar en la misma situación, resolver el caso acabaría con esa rutina, pero ¿qué deseaba ella? Recuperar su vida la llevaría al piso de Moretti. Si seguía la última voluntad de Nacho, ahí terminaría, tal vez siendo feliz o dando rienda suelta a su narcisismo, haciendo que él se sumiese en una relación tóxica por su culpa.

Esther trató de no pensar en eso, en el futuro, sino en el presente, como hacía siempre, y dedicarse al caso que tenía entre manos.

Llegaron a la calle cercana al local.

—Cuídate —le dijo él en un susurró.

Los había llevado como chófer un agente llamado Rafael, desconocido para ambos y que rompía con la intimidad anterior; el universo que habían creado la pareja y Nacho en los casos anteriores se sentía ahora contaminado por una presencia extraña.

—Lo haré, te lo prometo.

—Te quiero.

—No me digas eso, es lo último que esperaba oír.

—Pues es lo único que puedo decirte.

—Yo también te quiero —dijo ella sin saber si decía lo que sentía o lo que él quería oír y así contentarlo.

Se bajó del coche sintiéndose egoísta y fue a la puerta del local, antes de llamar se colocó a la perfección el esmoquin, sin camisa debajo, mostrando un escote hasta casi el ombligo, y respiró hondo. Se sentía a punto de cumplir con la tarea para la que se hubiese preparado durante toda su vida; a punto de contentar a su madre muerta de cáncer poco tiempo atrás; a punto de ver la sonrisa de su padre y de su hermana; a punto de lograr su máximo objetivo vital. Recordaba al asesino, aunque llevase máscara, y lo abatiría esa misma

noche, si es que lo tenía tan cerca como para clavarle el cuchillo en el corazón, como él hizo con Nacho.

Sacudió la cabeza para evitar pensar en Moretti y Nacho y centrarse solo en una tarea.

Se mostró más segura de sí misma que nunca al hablar con el gerente, rechazó la cuota mensual y se puso la máscara mientras observaba la puerta que se iba a abrir para darle de nuevo acceso al universo de placer perverso que ya había visitado más veces de las que desearía recordar.

Estaba sola, sola de nuevo como la primera vez, sin su Nacho a su lado; pero a la vez no sola del todo, pues sentía a Nacho cerca de ella, también a Cristina y los de Huelva, además de a Moretti, muy próximo, velando por ella.

«No, no estoy sola, os tengo conmigo. De eso va lo de ser policía, de contar con quienes te quieren y velan por ti. No voy a tener miedo, voy a buscar al asesino y marcarlo para que lo detengan. ¿Seré capaz de hacerlo? Llevo un arma y he aprendido en las prácticas de tiro a usarla, he venido con una intención, con un deseo, y no sé si seré capaz de contenerlo».

Su mente era un torbellino de deseos mezclados con emociones que no lograba controlar.

Se tomó una cerveza en la barra, como siempre, analizando las caras de los que veía a su alrededor. Recordó una película que vio siendo adolescente, iba de un robot exterminador que viajaba al pasado para buscar objetivos, analizaba al instante a las personas que tenía delante y su única tarea, su motivo de existencia, era el de matarlos en el acto. Así se veía dentro del local, como un *terminator*.

Aún era temprano. Dio una vuelta por el sitio y sintió de repente una punzada en el estómago, la del miedo de Moretti en el coche de vigilancia. Fue al cuarto de baño y sacó de su vagina el teléfono.

—¿Esther?

—Estoy bien, sigo analizando a la gente, solo te llamaba para que no estuvieses preocupado.

—Lo estaré hasta que te tenga de nuevo sana y salva a mi lado, entre los brazos.

—Esta noche haremos el amor, te lo prometo.

—Lo has prometido, no hagas una tontería. El CNI está dentro, además de toda la policía que hay aquí fuera, Simón ha destinado ocho patrullas al caso.

—Menuda presión.

—Es poca seguridad para mí. Ten cuidado y avisa.

—Lo haré, te lo prometo.

Se metió el teléfono en un bolsillo exterior de la chaqueta del esmoquin. Sacó el cuchillo de la espalda, donde lo llevaba por si la

cacheaban en la entrada, lo observó unos instantes, el mismo que había llevado Nacho, y lo metió en el otro bolsillo de la chaqueta; sobresalía gran parte de la empuñadura, pero a oscuras nadie se fijaría en ese detalle. Rechazó a un tipo que le ofreció dos mil euros por un polvo antes de marcharse de los baños.

Y se fue a la entrada de los reservados. Era la una y cuarenta y siete de la noche.

Ni rastro del asesino ni de quien se le pareciese.

Una camarera joven y guapa le ofreció una copa.

—Prefiero una Heineken.

—Ahora mismo se la traigo.

Y cumplió con la promesa en menos de cinco minutos.

Llamaba la atención con su atuendo, no paraban de mirarla.

«¿Qué debo ponerme para no hacerlo? Quizás Nacho tenía razón y llamo la atención porque soy bonita. Debería quererme mucho más, pero no estoy aquí para eso. Estoy estropeándolo todo porque no participo del juego sucio que aquí disfrutan estos degenerados. Tengo que ser una más».

Antes de que la camarera se marchase tras traer la cerveza, le dijo:

—Llama a una chica guapa.

—Claro, y te traigo otra cerveza, ¿o prefieres algo más fuerte?

—No, valdrá con otra Heineken.

Estaba en la puerta de los reservados cuando recibió ambas comandas, una nueva cerveza y una chica joven que se acercó a ella para acariciarle la espalda y el trasero con delicadeza sin decirle siquiera su nombre antes de besarla en los labios.

Esther se sobresaltó.

—Lo siento, he sido demasiado impulsiva —dijo la chica, aparentemente mucho más joven que ella y fingiendo algo de vergüenza.

—No… solo que es mi primera vez en el local y estoy algo tímida, ya me entiendes. —Esther le dio un beso corto en los labios.

—¿Vamos a un reservado? —preguntó la empleada.

—Aquí estoy bien.

—Pensaba que me esperabas aquí porque querías… Allí podemos hacer todo lo que quieras y no tiene coste añadido.

—Quizás más tarde. ¿Cómo te llamas?

—Aquí no tenemos nombres, puedes llamarme como te apetezca, inventártelo o usar el de la chica que sueñas, sea una compañera de universidad o una hermana.

«¿A ti te voy a llamar Gloria? Me dan ganas de darte una hostia. No sigas por ahí o me darán más asco aún tus besos. Joder, y a saber a quién has besado o lo que has hecho en los reservados antes. ¿Te has lavado los dientes luego? Por Dios, este sitio me da más náuseas a

cada segundo. ¡Uf! Esther, concéntrate en el caso y no vomites. Parece mentira que hace poco más de un año vomitaba por cualquier tontería que sucedía en mi vida, incluso por los nervios de entrar en la comisaría por primera vez para conocer mi destino. Lo que ha cambiado mi vida desde entonces… Debo centrarme y evitar pensamientos que me distraigan».

—¿Te pasa algo? Te has quedado como ida. ¿Estás colocada?

—No, estoy bien, solo pensaba en un nombre para ti, te llamaré Anastasia.

—¿Como la de *Cincuenta sombras de Grey*? Me gusta, pero te advierto que meterme cosas por el culo lleva un coste extra.

«No envidio tu vida; por mucho que te paguen, hacer este trabajo no compensa en absoluto».

—A mí llámame Nacho.

—¿Nacho? Bueno, como quieras. Eres un tipo rudo y apuesto, ya lo he notado al verte con ese traje, ojalá me quedase a mí tan bien como a ti.

—Calla y bésame el cuello, me gusta más que en la boca.

Y Esther comprobó que la chica sabía hacer bien su trabajo, mejor que los chicos que había conocido en su vida. Entrecerró los ojos para meterse en situación y pasar desapercibida, pero sin dejar de analizar como el *terminator* a quienes tenía a su alcance.

—No, no me toques ahí, limítate al pecho y el culo.

—Lo siento, ya he notado que no tienes polla. No era mi intención.

—Deja de hablar y sigue con tu trabajo, joder.

«Relájate, Esther, no te enfades con la chica y sigue en el papel que tienes que interpretar».

—Eso es, Anastasia, sigue así, lo haces fenomenal.

Asesino

Tras ese segundo pago de cinco mil euros, solo le quedaba dinero para dos incursiones más, y eso tras vender algunas cosas que tenía por su casa, como el televisor, el frigorífico y varios electrodomésticos más. No le importaba perder artículos valiosos para su día a día, ya que no pensaba en vivir una vez terminada su misión. Tras lo que pudiera conseguir esa noche, si es que lograba su objetivo, le tocaría acabar con los pervertidos por la calle o dentro de sus casas, claro que no tendría la misma simbología que hacerlo donde se mostraban como los monstruos que eran.

Sabía que volvería a tener policías dentro del local y que seguir el mismo ritual entrañaba un peligro mayor que el día anterior, en el que no pudo culminar por culpa de esa pareja que lo sorprendió justo cuando iba a terminar con ese asqueroso actor. Teniendo en cuenta la mente pervertida que solía tener cada uno de esos enfermos, no le extrañaría que el actor volviese a ir por el morbo del riesgo.

En esta ocasión se centró en buscar dentro del sitio a quienes pudieran desentonar, a chicos jóvenes y atractivos, pues allí casi todos eran hombres de mediana edad que no emitían lujuria precisamente, sino miedo, vergüenza, inseguridad en un ambiente ajeno a sus trabajos de diario, asco y otras muchas formas de ser repulsivos. Pues sí, había chicos jóvenes que no participaban de los espectáculos, más bien parecían porteros de discoteca controlando lo que ocurría a su alrededor. Ya comprobó que dos de ellos lo observaban de forma no muy disimulada, no eran tan efectivos como la pareja que lo había sorprendido la noche anterior, aquella que estuvo dándose el lote en la puerta del pasillo de los reservados de forma más que convincente.

Debía decidir entre marcharse y abandonar la misión, tal vez para siempre en los locales, o quedarse y tratar de ser más listo que ellos. No había pagado la cuota, que tardó en ahorrar muchos meses, para ser incapaz de mirar el video y los ojos de su sobrina a la mañana siguiente con la sensación de haberla fallado. Solo debía ser cauto. Podría acuchillar a alguien en mitad de la sala y que solo fuese un espectáculo más para el resto de clientes, que pensarían que se trataba de un *show* como los demás durante muchos minutos hasta que se descubriese el crimen.

Se tomó todo el tiempo del mundo, bebiéndose dos copas y besando a dos de las chicas del local, dio un paso más y comenzó a masturbarse en mitad de la sala ante una pareja que practicaba sexo.

Miró a su alrededor de forma disimulada tras unos minutos, ya ninguno de los supuestos agentes lo observaba, lo habían tomado por un cliente más. Bien. Entró en la segunda sala temática y se quedó quince minutos haciendo tiempo. Todo lo que fuera necesario para volverse invisible ante sus perseguidores.

Salió de la sala y pudo ver a dos chicas dando rienda a su deseo al fondo, una de ellas vestida con un esmoquin negro, seguro que una lesbiana con una vida católica ejemplar fuera de ese lugar. Caminó despacio entre la gente para buscar al resto de objetivos. ¿Los reconocería? No podía preguntar a los empleados de nuevo, eso sería demasiado sospechoso a esas alturas. Tendría que usar sus dotes de fisionomista, para eso había estudiado cientos de fotografías de Internet sobre los pervertidos que buscaba, analizando sus cuerpos, sus mandíbulas y sonrisas. Un trabajo duro, pero si daba sus frutos tendría a otro objetivo eliminado esa misma noche.

Esther seguía analizando a los que la rodeaban, a pesar del duro esfuerzo que hacía para contener impulsos o sensaciones que nunca antes había sentido. Ahora comprendía a Nacho un poco mejor. Seguro que el chico había obtenido más placer de otros hombres que de mujeres, si es que había estado con alguna. La chica a la que llamaba Anastasia la acariciaba y le besaba el cuello como nunca antes había hecho un hombre, como si se conociese su cuerpo y sus gustos mejor que ella misma. Tuvo que frenarla en más de una ocasión porque lograba que se evadiese de su objetivo.

—Oye, Anastasia, ¿cuántos años tienes? —le dijo para que dejara de besar su cuello y así recuperar algo de cordura.

—Quince.

—¿Estás de broma?

—Tengo la edad que tú quieras, ¿quieres que sea más joven o más mayor?

—Quiero saber tu edad real, es solo curiosidad.

—Tengo diecinueve.

—Joder, pareces menor.

—Entonces tengo quince de nuevo y esta es mi primera vez, estoy deseando que me enseñes lo que es el placer.

—Eso llegará en un rato. Ahora quiero la verdad.

—¿Eres uno de los policías que nos han dicho que estarían por la sala esta noche para que no pase lo de ayer?

—No, no soy policía, pero no me gustan las mentiras. Me excita más saber la verdad que la historia que te inventes.

La chica la observó como queriendo leer la mente de la oficial. Luego dijo:

—Tengo diecinueve, es la verdad.

—¿Cuánto tiempo llevas en esto?

—Tres años.

—Guau. Habrás visto de todo.

La chica hizo un gesto de contrariedad y apartó la mirada de los ojos de Esther.

—Es un buen trabajo.

—Un buen trabajo no es solo el que te da mucho dinero.

—El dinero lo es todo, me compro lo que quiero y vivo en un piso diez veces mejor que el de mis padres.

—¿Ellos saben que…?

—Sí, seguro que eres policía.

—Te digo que no. Trabajo como directora de finanzas de una gran empresa, pero soy curiosa, solo eso, te lo prometo. Solo me ha dado algo de lástima que…

—¿Te doy pena?

—No quería decir eso, solo que quiero tener hijos en un futuro cercano y no me gustaría que…

—Que una hija acabe como yo a los dieciséis. Te doy un consejo, edúcala bien y quiérela.

—Siento oír eso.

—¿Lo ves? Te doy pena. Voy a llamar a otra chica, no me siento cómoda. No quiero que me juzguen ni dar pena.

—No quiero que llames a otra, me gusta estar contigo. Quédate, me gusta lo que me hacías.

Anastasia, la chica, siguió con la orden del cliente de turno; a pesar del interrogatorio se sentía mejor que contentando a un baboso de sesenta años o más que quisiera llevarla a un reservado para penetrarla por todos sus orificios con el pene o los juguetes que había por doquier.

Esther, para convencerla, también la acarició con fingida pasión y la besó en el cuello de vez en cuando, pero sin olvidar la conversación. Esa chica habría vivido una infancia o adolescencia terrible para haber acabado allí; y por supuesto que no le gustaría tener una hija que terminase haciendo esas cosas por buscar una salida a una existencia que no le gustaba, que no la llenaba y le hacía buscar unos valores equivocados en la sociedad. Qué difícil sería educar a un hijo en el mundo actual, le daba mucho miedo lo que veía, más aún tras descubrir lo que ocurría en locales como ese.

De repente vio al tipo, lo reconoció con claridad pasando ante ellas en ese momento. Sintió el impulso de empujar a la chica y sacar su cuchillo para usarlo, pero tuvo la cordura de esperar a estar completamente segura y no hacer una locura matando a un simple cliente.

«Dudo, estoy dudando. ¿Es él? Seguro que es él. ¿Qué hago ahora? Mejor observar lo que hace antes de delatarme como policía y espantarlo, o de matarlo sin ser el asesino».

Moretti permanecía en el coche en el exterior, se había puesto unos auriculares para mantener cualquier llamada externa sin que el chófer lo oyese; entonces llegó una de ellas.

—¿Hache?

—Simón, es tarde, ¿cómo es que no estás dormido?

—No puedo pegar ojo tras lo de ayer. ¿Sabes algo?

—Aún nada.

—Debe de ser una tortura para ti no estar ahí dentro.

—¿También me vas a dar un sermón por lo que siento por la oficial Gallardo?

—No, hablaba de tu incapacidad para estar en el ojo del huracán.

—Gracias por recordármelo y con esa broma macabra.

—No era mi intención. Estás irascible.

—¿De qué otro modo iba a estar?

—La chica sabe cuidarse, confía en ella.

—Eso es fácil de decir. No olvido lo ocurrido con Ignacio.

—Lo comprendo. Hay presencia policial dentro y fuera, además de ambulancias.

—No me recuerdes la tarea de las ambulancias.

—Espero que solo sean para el asesino esta noche.

—Yo también. ¿Qué sabes del CNI?

—Tú tienes más trato con ellos que yo.

—Están desaparecidos y me temo lo peor.

—Ellos quieren terminar con esto igual que nosotros.

—Eso me preocupa más que la incursión de Gallardo en el local. A saber lo que significa para ellos «terminar con esto».

—Si atentan contra la chica, te apoyaré con todo para destapar sus acciones.

—Si ella muere, destapar el asunto no me la devolverá.

—Lo sé, pero ellos temerán que hagamos algo que los perjudique.

—Ojalá tengas razón. Espera, tengo otra llamada, hablamos en un rato.

Colgó y atendió la nueva llamada.

—¿Moretti?

—Le habrán pitado los oídos, Gutiérrez.

—¿Cómo dice?

—Hablaba con amigos sobre lo que ocurrirá si sus agentes acaban con la vida de mi compañera.

—Sigue siendo igual de sutil en sus amenazas, me recuerda al

comisario de Huelva.

—Usted cumpla con lo que ha prometido y todos pasaremos un buen verano.

—Eso hago, se lo garantizo.

—Más le vale.

—Olvidaré su tono y sus palabras, entiendo el vínculo con su pareja profesional. Tengo el local asegurado y detendré al asesino esta misma noche si aparece.

—Espero que diga la verdad, aunque me mantendré escéptico hasta que eso ocurra y tenga a mi oficial a mi lado de nuevo.

—No le llamaba solo por eso.

—Lo intuía, con usted siempre hay algo más. Tranquilo, vamos a por el asesino, no nos interesan sus empresarios pervertidos.

—Se equivoca, no lo llamaba por ese detalle.

—Pues ilústreme.

—Como comprenderá… el asesino no puede salir con vida de esto, no podemos permitirnos que haya un juicio con las filtraciones de sus declaraciones en las noticias.

—Ya lo imaginaba.

—Quiero que la operación, dirigida por usted, por supuesto, acabe en un caso fantasma, en uno no registrado por la policía.

—No soy policía.

—Ya me ha comprendido. Quiero que le diga a su comisario y a su compañera, la oficial Gallardo, que sigan su camino olvidando lo que ha sucedido.

—Eso haré.

—¿Tengo su palabra?

—¿Vale tanto como la suya?

—Eso es un golpe bajo.

—Yo no di el primero ni el segundo.

—Teníamos un trato, ¿sigue en pie?

—Usted limpia la basura que han arrojado quienes tienen poder, si dentro de esa basura está mi compañera o cualquiera que no ha hecho nada malo, el trato se romperá y todo saldrá a la luz de un modo que les sobrepasará a usted y a quienes protege, incluido el ministro.

—Eso no sucederá.

—Más le vale.

—Suena a amenaza todo el rato.

—Sonará así hasta que esto acabe y demuestre que su nueva palabra vale más que la anterior.

—Está bien, acepto el reto.

Moretti, tras colgar la llamada, usó la radiofrecuencia para informar a todos los agentes del CNI que estaban en el local.

—Llamada del coordinador, ¿estáis a la escucha? —Respondieron

los ochos agentes en los siguientes segundos—. Hemos venido aquí para atrapar a un asesino y cerrar un caso, ¿me copiáis? Espero que sí. Hay una oficial infiltrada de homicidios en el local. La oficial debe salir ilesa, ¿entendido? Buscamos a un asesino y quizás ella os lo marque con sus movimientos, la prioridad es protegerla y luego atrapar al asesino. Quiero confirmación.

—Así lo haremos, señor, el mando es suyo —oyó Moretti repetido ocho veces.

—El local tiene estímulos para distraeros, mantened la mente fría y los ojos muy abiertos; hoy podríamos terminar con la amenaza. Repito, prioridad de proteger a la oficial y atrapar al asesino. Quiero confirmación.

—Le copio, Moretti —dijo uno, los otros siete repitieron la frase.

Hugo no se fiaba, no podría hacerlo en este caso, pues no se jugaba la vida de un compañero al uso, sino mucho más.

Un trío se formó ante él, dos hombres que hacían lo que les apetecía con una empleada del local que fingía dolor, o lo sentía realmente, ante las miradas lascivas de otros clientes. El resto participaba dando rienda suelta a su onanismo o mostrándose indiferente para buscar algo más excitante.

Seguía sin encontrar a un objetivo, pero pensaba permanecer allí; a la desesperada, acabar con uno de ellos u otro perturbado le parecía la misma buena idea. Seguro que los que veía a su alrededor eran la misma mierda, solo que algunos aún no habían dado el paso siguiente, hacer algo mayor, algo que los satisficiese un poco más. Todos eran pervertidos en busca de sofocar su alma podrida.

Si aquello le daba asco, ¿cómo era posible que hubiese tanta gente a su lado disfrutando de mirar, de participar, de hacer algo más? ¿Algo más? Menuda locura. Estaban todos locos, personas adineradas y poderosas, algunos de ellos controlaban incluso el Gobierno, eran los que dictaban el curso de una nación, el futuro y bienestar de decenas de millones de personas. No eran los adecuados para tal fin, ni mucho menos.

Su sobrina seguía en su mente, lo que le había ocurrido era una monstruosidad. ¿Cómo la sociedad había evolucionado hasta convertirse en eso? El mundo se había vuelto loco a su alrededor sin darse cuenta de ello. Tenía que hacer algo al respecto, tenía que hacerlo de forma imperiosa y sería esa misma noche. ¿Atacar a todos con su cuchillo hasta que lo detuvieran? Esa era la opción más visceral, pero no serviría de mucho ante un propósito más racional, uno en el que le permitiese seguir con vida unos días más para lanzar el mensaje a aquellos que tenía a su lado, para que considerasen lo

que estaban haciendo. No, eran todos locos, lunáticos que se habían dejado llevar por impulsos antinaturales.

Caminó en silencio y sin llamar la atención por la sala común de nuevo, volvió a ver a los agentes encubiertos, ahora los apreciaba a simple vista con sus miradas de soslayo; alguno incluso se delataba conversando a través del auricular oculto en su oreja. Se apartaría de ellos para que no frenasen su mano ejecutora. Volvió a ver a la pareja de chicas en la puerta del pasillo que daba a los reservados. Le pareció que una de ellas, la del esmoquin, lo miraba por un instante, luego regresó a su lujuria.

Aquello estaba contaminado como no había pensado, era fuego y él tendría que haber llevado una bomba para hacerla estallar dentro, una imposible de tapar por las noticias. Se sentía preso de la locura que le impulsaba a acciones que antes no habría contemplado, antes de perderla a ella, a su sobrina querida.

Entró en el pasillo de los reservados decidido, con mirada de ira, mataría a cada pervertido que encontrase en ellos.

Abrió la primera cortina y encontró a un tipo septuagenario con dos chicas que podrían ser menores de edad por su aspecto, le cortó el cuello de un tajo rápido y partió hacia el siguiente; las chicas salieron huyendo aterrorizadas. Un tipo de unos cincuenta que recibía sexo anal con un enorme consolador de látex que esgrimía una chica vestida de cuero negro; le lanzó el cuchillo también a la garganta. Aún no se había girado para ir al siguiente reservado cuando sintió el dolor en la espalda y el mismo grito que recordaba de la noche anterior.

—¡Alto, policía, arroje el cuchillo al suelo!

Vio llegar decidido al mismo tipo, al que había reconocido por su mandíbula, entrando en el pasillo de los reservados. Su rostro, a pesar de la máscara, exhibía ira y determinación a partes iguales, fue una suerte que ella abriese los ojos en ese momento para evadirse del placer que le proporcionaba Anastasia con sus besos y caricias.

Esther apartó a la chica, no sin esfuerzo, para ir tras él luego de sacar el cuchillo del bolsillo de su chaqueta. Se quedó unos segundos a la espera en la distancia tras verle entrar en un reservado, este salió de nuevo al cabo de pocos segundos y fue al siguiente. Entonces fue a su encuentro, no sin antes pensar en Moretti y en lo que estaría sufriendo fuera, además de lo que le diría Nacho en ese momento: «Cari, déjame a mí delante, yo me encargo de todo», de lo que diría su familia al completo, especialmente su madre: «No debiste hacerte nunca policía, una muerte prematura no te llevará de vuelta a mí». Esos locos pensamientos, todos a la vez en su mente, no evitaron que entrase en el reservado y hundiese el cuchillo en la espalda del criminal, que ya

había degollado al cliente. Se sorprendió al gritar el alto tras asestarle el golpe.

«Lo siento, Hugo, no tengo tiempo de llamarte; eso lo haré luego».

El tipo aulló de dolor, la apartó de un fuerte empujón y salió corriendo del lugar; ella, aún con el cuchillo ensangrentado en las manos, fue en su persecución.

El asesino se conocía mejor el local, no tanto la chica, que comprobó cómo se marchaba hacia el interior del pasillo de los reservados y no hacia la salida que todos conocían allí, pues era la entrada por la que habían accedido. Lo persiguió sin tener que mirar el suelo, donde iba dejando un reguero de sangre. Las clases del gimnasio sirvieron para que lo alcanzase corriendo antes de que cruzase la última puerta.

—¡Alto!

El tipo se paró en seco y se dio la vuelta.

—Tienes el pelo diferente que ayer, entre eso y que no estabas con un chico me ha distraído.

—Ese chico era mi compañero, además de mi amigo, hijo de puta, lo mataste.

—Solo quería salir de aquí.

—Te voy a matar.

—Quizás te mate yo a ti.

—Eso me da igual.

—A mí también me da igual morir hoy, no me importa morir aquí, considero que he hecho lo que debía.

Ella no temblaba, no tenía miedo. Esther no se reconocía a sí misma en ese momento, nunca se había visto tan fuerte, decidida, valiente y segura de sí.

—La camarera de ayer, mi amigo… No has matado solo a perturbados. Antes te comprendía, ahora solo veo a un loco como los que hacen estas barbaridades en el local.

—¡No digas eso! Mátame, pero no digas que soy igual que ellos.

—Has quitado vidas inocentes.

—Solo quería salvarla a ella.

—¿A ella? ¿A quién?

—A Laura, a Laurita.

—Esther pensó en la chica que habían tenido en el piso franco hasta hace dos días.

—¿Laura?

—Mi sobrina.

—¿Era una chica que trabajaba en el local?

—¿Qué te importa eso?

—Mucho, habla o enfréntate a mí.

—No quiero matarte, te pareces a ella. Tenía solo siete años y la

trajeron aquí para sus juegos. —El tipo estaba llorando de repente—. La secuestraron para usarla como a un objeto, rompieron su inocencia, le hicieron daño y luego la tiraron a algún sitio que desconozco.

«¿De qué hablas? ¿Una niña pequeña?»

—Eso no te exculpa de lo que has hecho. Debiste llamar a la policía.

—¿En serio? ¿Acaso eres policía?

—Sí, soy oficial de policía de homicidios.

—No me lo creo, si fuese así, sabrías que ellos lo encubren todo; lo que pasa aquí se queda en este local, o en los otros. Esto es una mierda. Mi hermana y su marido…

—Ellos no querrán que acabes muerto en este local.

—Ellos no podrían verlo, se suicidaron hace dos meses.

Esther sentía que la saliva no se podía tragar y el aire era demasiado denso para respirarlo; ataba cabos sobre lo sucedido y las motivaciones del asesino. A pesar de la penumbra del sitio, el semblante del tipo era el de un cadáver, el de un vampiro sin sangre consumida.

—Ven conmigo y cuenta lo que sabes.

—No voy a ir a ningún sitio contigo ni con quienes me quieren muerto. No vayas de héroe, no te servirá de nada.

—No sabes lo que dices, mis amigos y yo te protegeremos para que cuentes la verdad.

—La verdad no es algo que la gente quiere saber, no es algo para lo que estén preparados. Además, hay demasiadas personas que querrán callarme y no quiero arrastraros con ello.

—Dame la oportunidad de demostrarte que te equivocas, no tienes nada que perder. Puedo protegerte, conozco a quienes pueden ponerte a salvo de los agentes del CNI que están tratando de ocultarlo todo; solo tendrás que afrontar tus crímenes tras contar todo lo ocurrido.

—Eso me da igual. Mátame, mira… —Y arrojó su cuchillo suelo, luego extendió las manos en cruz para que ella pudiera apuñalarlo mejor en el pecho—. Mátame, por favor, hazlo, tú me has descubierto y prefiero que seas tú y no esos locos los que acaben conmigo.

—No voy a matarte, por mucho que me gustaría tras lo de Nacho, era un buen amigo mío, un chico que vale más que nadie que haya conocido.

—Yo lo maté, lo hice sin remordimiento alguno, lo volvería a hacer ahora mismo.

—¡Cállate!

—No, lo mataría otra vez, y otra, y otra más. Yo lo he asesinado. Mátame y acaba con esto ya.

Esther apretaba el cuchillo con su mano derecha con todas sus fuerzas, lo tenía a tiro, solo tendría que desahogar su ira contenida

sobre el tipo para acabar con todo. Sus palabras la animaban a ello, así que lo alzó con ímpetu para dejarlo caer sobre su pecho, pero no logró hacerlo. Se quedó ahí arriba.

¿Cristina y su capacidad para olvidar la ley en pro de la justicia? ¿Nacho diciéndole que esperaba algo mejor de ella de lo que esperaba del resto del mundo? ¿Moretti decepcionado ante la mejor policía que había conocido? ¿El comisario esperando a quien era la policía que había aceptado como su mejor efectivo, a pesar de sus notas insuficientes en la academia? ¿Su hermana diciéndole que no era una asesina? ¿Su padre dejando de estar orgulloso de la mujer en la que su niña se había convertido? ¿Su madre abrazándola con desdén por no haber sido capaz de salir de una situación tan compleja como la que se encontraba? Todos se aparecieron para tomar su mano con firmeza y bajar el cuchillo despacio.

—Vamos, no esperes, van a llegar los demás. Quiero que seas tú la que acabe con esto.

Esther respiró hondo y dijo:

—Policía Nacional, está detenido por varios crímenes, va a ser llevado a dependencias policiales y ahora procedo a leerle sus derechos. Tiene derecho a un abogado, si no puede pagarlo, se le asignará uno de oficio; tiene derecho a guardar silencio, todo lo que diga podrá ser usado en su contra en el juicio; tiene derecho a…

—Vamos, mátame, por favor; ellos no me dejarán llegar vivo a la comisaría. Nos van a matar a los dos.

—No voy a matarte, mi trabajo es detenerte.

—¿Y cumplir con la ley? La ley no vale para nada. He matado a tu amigo, incluso lo he hecho disfrutando.

—No digas eso.

—Recuerdo su cara mientras le clavaba el cuchillo, no se lo esperaba; seguro que pensó luego en su familia y seres queridos.

—¡Cállate!

—Era tu compañero, tu amigo. Él me habría matado ya si te hubiese acuchillado a ti.

—Él no mataría a una mosca, hijo de puta. Te voy a llevar ante la justicia y ella decidirá.

—La justicia está corrompida, me matará algún agente que ni me conozca ni me haya visto nunca. Uno de los que protegen al sistema que hace que mi sobrina y otras niñas caigan en las redes de estos pervertidos.

—Cállate. No voy a hacer lo que me pides.

—No sabes el error que cometes.

Se levantó de repente para enfrentarse a ella, cosa que tomó a Esther por sorpresa y con la guardia bajada. Intentó darle un puñetazo en la cara. La chica lo encajó y luego contrarrestó con un golpe en la

zona baja de las costillas, acompañado de un directo a la cara y un gancho a la mandíbula, como había aprendido en las clases de *kick boxing*. El tipo se desplomó en el suelo y ella se arrodilló sobre su pecho y cuello para evitar que se levantase de nuevo tras recobrar el aliento.

Una salida angustiosa

Se llamaba Eduardo; el agente llegó el primero, había estado despierto ante los estímulos del local y vio aparecer corriendo a uno de los empleados, revisó cada reservado a su paso, hallando a las dos víctimas degolladas, hasta llegar al extremo, donde la chica inmovilizaba al tipo en el suelo. Aquella chica sabía lo que se hacía, seguro que se trataba de la oficial de policía que le habían ordenado dejar trabajar y proteger hasta nueva orden.

—Eduardo Jiménez, CNI, yo me hago cargo.

La chica aflojó la presión sobre el cuello y el pecho del asesino, para levantarse por fin.

—Espósalo y léele sus derechos al completo —dijo ella.

El agente del CNI no obedeció, apuntó con su pistola al tipo y le quitó el seguro al arma antes de sentir que tenía un cuchillo en su cuello.

—Mátalo y tú serás esta noche otro cabo suelto por parte de tus jefes, además de toda tu familia —le susurró Esther al oído.

El agente comenzó a temblar.

—Te han dado órdenes desde arriba, no lo niegues, pero vas a hacer todo lo que yo te diga ahora mismo. Parpadea si me entiendes.

El agente parpadeó, aterrorizado.

Tras quitarle la pistola, Esther miró a su alrededor, no venía nadie más por ahora. Tomó el teléfono de su chaqueta y llamó.

—Moretti, estoy en un aprieto. No me pasa nada, no te asustes, solo entra con la caballería de la comisaría para protegerme, lo necesito en el acto.

—Entro yo mismo, ahora.

—No es necesario; en serio, confía en mí.

—No me fío de la seguridad de Gutiérrez.

—Yo menos aún.

—¿Por qué dices eso?

—Porque ya tengo a un agente del CNI a mi lado, lo estoy apuntando a la cabeza con su propia arma.

—Dios, no me digas eso.

—Tranquilo.

—¿Y el asesino?

—Lo tengo también, está aquí conmigo, lo he capturado, está malherido, pero creo que vivirá; y me defiendo a su lado del CNI.

—¿Cómo dices?

—Ya lo has oído, entra con los hombres del comisario, no dejes que seamos un blanco o un cabo suelto.

—Joder, eso tenías que haberlo dicho antes. Me pongo a ello. —Y colgó para llamar a los agentes de la comisaría que estaban en la calle.

Eduardo, el agente el CNI, le dijo a Esther una vez repuesto de la situación:

—Esta es una escena sucia.

—¿Cómo has dicho?

—Ya lo has oído.

—¿Te refieres al asesino?

—Me refiero a todo lo que hay aquí que no sea yo.

—Eso significa que tú haces la limpieza, además de tus compañeros.

—Eso es.

—¿No te ha dicho Gutiérrez que estamos de vuestro lado?

—¿Gutiérrez? ¿Quién es ese? Yo tengo un sargento que me ha dado órdenes desde arriba.

—Eso me ha quedado claro. ¿Has visto a ese tipo a tu espalda? —El agente del CNI se giró para mirar y Esther lo golpeó con todas sus fuerzas con la culata de la pistola en la nuca, dejándolo inconsciente.

Se dirigió de nuevo al asesino y le dijo:

—Ven conmigo si quieres vivir.

Él obedeció a la chica en silencio, quizás tuviese una oportunidad más adelante de escaparse de ella.

Esther lo condujo al final del pasillo de los reservados, tal vez hubiese allí una puerta del personal a la calle donde esperasen refuerzos del comisario, o podría ganar tiempo para que Moretti y los suyos la rescatasen antes de que apareciesen más agentes del CNI.

—Camina más deprisa, joder.

—Estamos los dos vendidos. Mátame ahora y te ahorras el calvario.

—No me lo pongas tan fácil, no sabes lo que me apetece hacer lo que dices.

—¡Qué más da! Estamos los dos jodidos.

—Calla y abre esa puerta.

Era un almacén de limpieza sin ventanas.

—Vámonos de aquí.

—¿Lo ves? Esto es una ratonera.

—Eso ya lo veremos.

Entonces sintió la ausencia de su amiga y asesora Cristina Collado, claro que ella estaría disparando a todo lo que se moviese en dirección a la puerta principal, por la que había entrado.

«Cris no está y yo he sido tan estúpida de no buscar la forma de entrar con más agentes de mi comisaría».

¿Cuánto tardaría la caballería en ir a por ella? Tendría que

permanecer viva hasta entonces y también mantener con ella vivo al asesino, que seguía cumpliendo sus órdenes, por ahora.

No podían ir a la sala principal, que seguro estaría vacía de clientes y controlada por el CNI. Decidió meterse en el último reservado del lado contrario al que había sucedido todo, tras la cama que ocupaba el centro de cada cubículo, agazapada y con el asesino a su lado y apuntándole a la cabeza con el arma.

—No te muevas o te mato en el acto.

—Es lo que harán ellos en cuanto nos vean, nos matarán a los dos.

—Tal vez, pero conmigo tienes una oportunidad de salir con vida.

—¿Por qué te importa tanto mi vida?

—Solo cumplo con la ley.

—¿Otra vez con la ley? ¿Acaso no has visto las noticias? La ley no existe. Los que están detrás de esto controlan la ley.

—Ya lo he visto, pero hay una justicia detrás, la mía y de mis amigos, y yo confío en ella.

—He matado a tu amigo.

—¿Me provocas de nuevo para que te mate?

—Sería lo mejor para ti, te quitarías un peso de encima y estarías más liberada de movimientos ante ellos.

—Mataste a un chico que era especial, que no reaccionó ante ti porque no albergaba ningún mal en su interior, no me provoques porque me muero de ganas de volarte la cabeza.

—Hazlo, así ella desaparecerá de mi mente.

—¿Ella?

—Mi sobrina, ya te dije que solo tenía siete años, pero no quiero hablar más de ella.

—¿Crees que tendrás un mejor momento que este para hacerlo?

—Este es el peor lugar del mundo para hablar de ella.

—Aquí murió mi amigo y lo mataste tú.

Silencio.

—Pues te mataré si es lo que quieres, así tengo una oportunidad con los del CNI cuando nos encuentren.

—Hazlo, mátame, estoy preparado para eso.

La oficial, por primera vez en su carrera en un caso y en un momento crucial, usó su filosofía.

—Me llamo Esther, tengo veinticuatro años y estoy cagada de miedo, no quiero morir aquí dentro, en esta mierda de sitio; no me hice policía para esto, para ver esta realidad de la perversión humana, para saber que algunas personas necesitan de estos estímulos. Siento asco en este sitio, como las veces que lo he visitado antes para buscarte.

—Estos lugares abundan más de lo que crees.

—Lo sé, no quiero visitarlos más.

—Estás aquí para buscarme y acabar conmigo, termina con la tarea. Me alegraré de que seas la que lo haga. Prefiero que me mates tú, tras conocerte y también tus ideales, a que lo haga un agente que solo cumpla una orden sin saber lo que he hecho.

—¿Qué has hecho?

—Lo sabes de sobra.

—Has matado a escoria, a pervertidos que lo merecían.

—¿Lo ves? Tú me conoces, así que termina conmigo o ellos lo harán contigo luego. Hazlo por tu amigo, por la camarera que maté ayer para eliminar a quien se interponía en mi camino, por ti, que te habría matado de haber tenido la oportunidad. Hazlo por la justicia.

—¿Qué sabes de la justicia?

—Lo suficiente. Si esta existiese, no habría empresarios detrás de estos locales ni otros participando en ellos. Si la justicia fuese real, mi sobrina no habría terminado su vida en una sala privada de un sitio como este. Mátame, mátame ya y sal de aquí. Ellos, los que te están buscando, quizás te den una coartada y seguirás en tu puesto de policía resolviendo crímenes y apartando asesinos de las calles. No te compliques la vida por mí. Aunque tengas éxito y me lleves a la comisaría, me matarán antes de llegar a la prisión, no disfrutaré de las dependencias penitenciarias.

—Joder, cállate, no me dejas pensar.

—No pienses, estamos vendidos los dos.

—De eso nada, tengo amigos fuera que velan por mí.

—Pues más te vale que sean buenos.

—Lo son.

«Eso espero».

Héctor Pujalde se despertó con la llamada de Gutiérrez, se levantó de la cama para no mantener la conversación ante su mujer, aunque esta seguía dormida.

—¿Otra llamada del trabajo o es que tienes una amiguita?

No, no estaba dormida.

—Apenas te soporto a ti, ¿cómo iba a aguantar a dos mujeres? Voy a la cocina.

—Tráeme un vaso de agua cuando regreses.

Descolgó al salir del dormitorio.

—Dime.

—Tenemos al asesino en el local.

—¿Tenemos? ¿Has acabado con él?

—Bueno, no puede salir del sitio.

—Entonces no lo tienes.

—Lo ha capturado la oficial de la policía. Tenemos presión fuera.

—Tienes órdenes que cumplir.

—Yo cumplo órdenes del ministro.

—No volvamos a la misma conversación de siempre, el ministro cumple mis órdenes.

—Los ministros van y vienen.

—¿Intentas joderme? No quiero que esto me salpique. Hemos dejado actuar a la policía para que detengan al asesino. Si ya lo han hecho, termina con la limpieza.

—¿Incluidos los policías implicados?

—¿Cuántos son?

—Son muchos, pero el problema está en que no sabemos qué pasaría si acabásemos con ellos. Desconocemos los datos que tienen sobre el asunto, grabaciones de conversaciones o documentos que se puedan filtrar en caso de que desapareciesen.

—Lo comprendo. Teníamos un trato con ellos, respétalo, pero acaba con el asesino y hazlo desaparecer.

—Ese es el problema por el que le llamo.

—Tu trabajo es solucionar problemas, no molestarme con ellos. ¿De qué se trata?

—La oficial que lo ha detenido no quiere entregarnos al asesino y tenemos a veinte policías en la puerta, no los podremos retener durante mucho más.

—La policía debe cumplir tus órdenes, impide que entren y que se lleven al asesino al coste que sea.

—No voy a matar a veinte policías, tampoco tengo agentes para lograr eso. Si nos atrincheramos dentro del local, la prensa llegará en minutos.

—¡Joder, joder! Pues deja que se marchen con el tipo y ya lo eliminarás antes de que declare.

—Es lo que había pensado, pero quería su visto bueno.

—Deja de perder el tiempo y actúa.

Pujalde colgó la llamada y se quedó un rato mirando la pared de la cocina. Le había vuelto la úlcera con ese asunto y quería cerrarlo lo antes posible. La policía siempre era un engorro, así que se sentía algo asustado al saber que tenía insurgentes que no había quitado aún de en medio, como Moretti, con el que hizo un trato y ahora tendría que cumplir. Todo sería más sencillo si eliminaban al asesino en el local, hacerlo en dependencias judiciales o policiales sería una pesadilla.

El teléfono vibró en su mano izquierda y ella lo descolgó en el acto, solo una persona tenía el número de ese pequeño y obsoleto móvil.

—¿Hugo?

—Me alegra oír tu voz.

—No me queda mucho.

—No hagas una tontería, no dispares a diestro y siniestro cuando lleguen los del CNI, espero que ellos no hagan tampoco algo de lo que arrepentirse. Ahora mismo los muchachos de la comisaría están entrando por fin en el local y somos mayoría. Muéstrate dócil y coopera hasta que nuestros agentes te saquen de ahí.

—El anterior agente del CNI quiso matar al detenido.

—Si eso vuelve a suceder, no des tu vida por él; solo diles que hay un acuerdo con el director y con el ministro, que esperen.

En ese momento llegaron tres agentes con las armas en alto.

—¡Policía, soy oficial de policía!

—¡Suelta el arma!

—¡Bajad primero las vuestras!

A Moretti le estaría dando un infarto al oír la conversación, pues la chica había dejado caer el teléfono al suelo y este seguía conectado.

—¡No voy a repetirlo, baja el arma!

—Está bien, pero recordad que aquí están mis compañeros, que no podréis hacer una estupidez sin pagar luego las consecuencias. No hagáis de esto una carnicería, no tendréis siquiera la oportunidad de arrepentiros.

Ella dejó el arma en el suelo despacio y los agentes aflojaron la agresividad, se dirigieron a ella para tomar al detenido.

—Lo he apresado yo.

Ni le hicieron caso, se limitaron a llevarse a rastras al asesino.

Y entonces entró el comisario en persona con media docena de agentes por el pasillo.

—Simón Ramos, comisario de la brigada central de homicidios, ese detenido es nuestro.

—No son esas mis órdenes.

Se apuntaban unos a otros.

—Vamos, no te lo voy a repetir, hijo. Bajad las armas y soltadle para que nos lo llevemos. Consulta a tu superior.

—Mi superior nos ha ordenado que… —se notaba que estaba recibiendo información nueva en el auricular—. Está bien, todo vuestro.

Y lo dejaron caer al suelo, aún sangraba y parecía haber perdido el conocimiento. Esther apareció tras la marcha de los agentes del CNI.

—¿Gallardo? ¿Estás bien? ¿Te han herido?

—Estoy perfectamente, Simón, marchémonos de aquí.

Llegó todo el operativo a la comisaría. Era muy tarde, pero Simón había accedido a la petición de Moretti: habría veinte agentes

custodiando al detenido en todo momento. Estaban agotados, pero no descuidarían la situación tras tanto y tan duro trabajo efectuado.

—Todos vamos a perder el empleo.

—No seas agorero —le dijo Moretti al comisario—. No se arriesgarán a tocarnos a sabiendas de lo que se destaparía si filtramos la confesión grabada en vídeo del detenido.

El asesino seguía siendo atendido por sanitarios en las dependencias policiales por una perforación de su pulmón izquierdo, de la que sobreviviría si los cuidados continuaban en los próximos días.

—No conoces el poder de esos empresarios —dijo Simón—, ni lo que es capaz de tapar el gobierno, una bomba incluso en esta misma comisaría.

—Saben que muchas personas conocen la verdad, que tendrían que efectuar un genocidio para ocultar los hechos.

—Un genocidio no es difícil de tapar si tienes la tapadera perfecta para hacerlo. Hitler perdió la Segunda Guerra Mundial y eso le impidió tapar lo que hizo; los Estados Unidos han matado a mucha más gente en las guerras que han iniciado por fines económicos y políticos y nadie los acusa de nada ni los lleva a juicio. La verdad la escriben los que vencen, y nosotros no sabemos si vamos a vencer en esto.

—Entonces tendremos que esforzarnos en ganar para que ellos no puedan usar su brazo más fuerte: el de los medios de comunicación.

—Espero que tengas razón.

—Centrémonos en proteger al asesino hasta que pueda declarar e ir a juicio.

—Esa es tarea mía, vete con Gallardo a casa, la chica es aún demasiado joven e inexperta como para asimilar lo que ha vivido en un caso como este, además de la pérdida de Ignacio.

Una vez terminada la parte inicial de la pesadilla, ambos pensaron en regresar a sus casas, pero tuvieron la precaución de permanecer en el piso franco hasta asegurarse de que no irían a por ellos para silenciarlos, al menos hasta que todo quedase atado con el ministro y con Pujalde. Esther condujo el coche que había llevado Nacho esos días atrás; fueron en silencio, así entraron en la vivienda y se dieron una ducha para luego irse a dormir.

Ya con la luz apagada y abrazados:

—¿Quieres contarme algo?

—No sé a qué te refieres, Hugo.

—A lo que has sentido o sientes, a algo que lleves dentro y necesites soltar para desahogarte.

—Quizás mañana, estoy muerta.

—Estás viva y me alegro de que así sea. —Y la apretó con fuerza.

—Me haces daño.

—Lo siento.

—No pasa nada. —Tras unos segundos—: Hugo.

—Dime.

—¿Siempre será así?

—¿A qué te refieres?

—A tener que cargar con los recuerdos de casos repugnantes, locales horribles, escenas de crímenes y pérdidas importantes.

—Siento decirte que en tu caso sí será así, porque no puedes olvidar lo sucedido como hacemos los demás.

—Creo que me he equivocado al elegir esta profesión.

—Mañana, con la mente más fría y descansada, comprenderás que es la profesión perfecta para ti, porque todo lo que acumulas también es experiencia que te ayudará a resolver más crímenes y más rápido que el resto, evitando muertes de inocentes y sacando a criminales de las calles.

—Eso no me devolverá a Nacho a la vida, tampoco hará que olvide lo que le hacían a las niñas en ese local.

—No, no lo hará, pero esos pensamientos te darán fuerza para seguir.

Ella no siguió la conversación, parecía quedarse dormida, pero Moretti la oyó llorar durante horas.

Narcisismo

Manuel Gutiérrez no se había movido de su despacho esa noche, la situación era demasiado importante como para permitirse el lujo de irse a casa a dormir, cosa que no hubiera logrado hacer, no por las llamadas incesantes de sus agentes, sino porque se jugaba toda su vida en el caso. La oficial de la policía había sido mucho más efectiva que sus ocho operarios, lo que le hizo plantearse de nuevo la eficacia de su departamento. Sus hombres actuaban como mercenarios, no como policías, mataban a quienes se les señalaban para cerrar casos incómodos, pero no resolvían crímenes, no apartaban a asesinos de las calles. Cumplían órdenes con datos precisos, no indagaban ni usaban el intelecto para averiguar lo que era preciso. Y decía «sus hombres» cuando quería incluirse a sí mismo, ya que él daba las órdenes que recibía desde arriba. Este caso le había abierto los ojos, le había mostrado que su idílica meta no era más que estiércol, dinero y poder, nada más que eso, mierda. Claro que hasta ahora no la había olido. Los policías insurgentes habían demostrado más valor y compromiso con su trabajo que él y los suyos. Tenía que hacer algo al respecto, pero ¿qué? El ministro y Pujalde presionaban con fuerza, querían al asesino en una tumba sin nombre y a la policía tras un pacto de silencio perpetuo. ¿Cómo lograr eso? O, mejor dicho, ¿cómo hacerlo sin destruir todo lo que había creado y sin defraudarse a sí mismo?

Pactar con el comisario suponía perder su empleo y su vida tal como la conocía; y cumplir las órdenes del ministerio implicaba perder su empleo para depurar responsabilidades. El balance estaba claro, *a priori*, aunque no cuando se metía en la comparación su deseo de cumplir con la justicia y sentirse bien consigo mismo en las funciones que desempeñaba. La vida era algo valioso, claro que perdía fuerza si no se vivía de la forma adecuada.

¿Justicia o ley?

Daba vueltas al despacho mientras entraba la luz por los ventanales y le recordaba que no había siquiera desayunado. Pidió un café a su secretaria, ya estaría en su puesto desde hacía unos minutos, y siguió meditando.

¿Seguir junto a Moretti o acceder a las presiones de Pujalde? Aquello era como estar en una partida de póker en la que habías apostado tu vida y que dependía de tomar la carta final o rechazarla, con la diferencia de que ganar quizás supusiera que tu oponente te condenase tras perder. Moretti podría ir contra el CNI y los

empresarios más tarde, lo que supondría su perdición. Como mínimo, perdería el cargo. Como máximo, iría a la cárcel.

Ganar o perder en la partida significaba en ambos casos algo negativo.

La secretaria llegó con el café.

—Desea algo más.

—No, gracias. Márchate y mantenme informado de lo que vaya surgiendo sobre el caso.

Surgiendo, esa palabra lo aterraba.

¿Qué podría surgir? ¿Quizás una noticia en la televisión que lo llevase al infierno? Era posible. Ahora tenía que dar la orden de ejecutar, o no, al asesino del local mientras se hallaba en las dependencias policiales donde finalmente lo habían metido. Eso exigía Pujalde, pero no sería sencillo de hacer ni tampoco fácil de asimilar, ya que supondría una bomba para los policías que habían intervenido en el caso y con los que había hecho un trato, ¿cumplirían sus amenazas de destaparlo todo en la prensa? Tenían datos de sobra para hacerlo.

«¿Por qué me planteo lo más cómodo para mí? Estoy actuando como ellos, como los empresarios y el ministro; estoy haciendo su trabajo sin plantearme si es lo que quiero y debo hacer. Tengo la mente demasiado contaminada como para tomar mis propias decisiones basadas en mi forma de pensar y la experiencia adquirida».

Se frotó el cabello tras dar el segundo sorbo a la taza del café.

¿Cómo pensar con más claridad? No tenía consejeros a los que consultar, pues su comisario ya había fallecido y no respetaba como policías lo suficiente a los inspectores que tuvo como subordinados durante su ejercicio en la brigada de homicidios en Barcelona.

Por primera vez en su vida, y se sorprendió al hacerlo, se puso en el lugar de las víctimas, claro que no lo hizo pensando en los empresarios, el político, el actor o el futbolista caídos en los locales, sino en los empleados y en todo lo que se cocía en esos lugares de mierda, también en sus padres, hermanos…

No, no haría nada, no atacaría al asesino, dejaría seguir el curso natural de lo que ocurría en estos momentos, lo que dictaban los responsables de homicidios. Se metería en un buen lío, claro que no sería diferente al que afrontaría en caso contrario. Puestos a elegir, mejor justicia que ley.

Moretti y Esther no habían pegado ojo por segunda noche consecutiva y la claridad del amanecer inundaba ahora el dormitorio desde la ventana. Habían permanecido abrazados en la misma posición en la que se acostaron.

Ella comenzó a moverse despacio, él la liberó del abrazo en ese instante y la dejó ir sin poder ver qué hacía, solo intuirlo por el sonido de sus movimientos.

—¿Estás despierto? —preguntó Esther al cabo de unos interminables segundos.

—Sí, tampoco he podido dormir.

—¿Me has oído llorar?

—Eso no importa, vamos a desayunar.

—Prefiero hablar.

—Pues dime.

Ella tragó saliva y respiró hondo.

—No quiero terminar como Nacho.

—Deja la policía, trabaja como psicóloga, monta una consulta, te apoyaré.

—No digas eso, no me hagas sentir económica y emocionalmente dependiente de ti.

—Ni por asomo era esa la intención.

—Lo sé.

—Pues no montes la consulta.

—Quiero seguir siendo policía, pero me asusta el futuro inmediato, ese que te llega de repente y acaba con tu vida sin poder hacer todo lo que habías planeado. Seguro que Nacho tenía mil deseos y metas por realizar, igual que mi madre. Me aterra pensar que un día acabará mi vida sin poder realizar los míos.

—Nunca me has hablado de esos deseos.

—Lo triste es que no los he tenido, no tengo deseos o planes para el futuro.

—Tal vez sea hora de comenzar a tenerlos y, luego, ponerte a ello para lograrlos.

—¿Cuáles son los tuyos?

—Yo solo tengo uno.

—Por Dios, no me digas eso y con ese tono… —Comenzó a llorar de nuevo.

—Solo soy sincero.

—Me gustaría decirte que el mío es el mismo, pero no sé si estaría siendo sincera.

—Te cuesta indagar en tu corazón.

—Y en mi cabeza también. Ya me vas conociendo. Me gustaría ser más concisa, para ti y también para mí, sobre todo para mí.

—Date tu tiempo.

—Estoy harta de esperar a que llegue ese momento, no quiero esperar más, creo que debo estar atenta a los sucesos que conmueven mi vida para tomar una decisión definitiva. Ya llevo años dando la espalda a los sentimientos y quizás sea el momento de afrontar la

realidad. Me siento a gusto contigo, mucho más que con nadie que haya conocido antes. Vamos a vivir juntos, si sigues queriendo hacerlo.

—Sabes que sí. Pero…

—¿Pero?

—No quiero que lo hagas en un impulso tras lo ocurrido en el local y con Nacho.

—Quizás eso me haya abierto los ojos.

—Solo quiero que te asegures de que están abiertos firmemente y no sea todo un espejismo. Por suerte, los míos no se pueden abrir, solo puedo mirar con los sentimientos que me produce la gente o lo que ocurre alrededor.

—No puedo asegurarte nada, ahora estoy en un tobogán de emociones. Solo sé lo que deseo en este momento.

—Tendrá que valerme por ahora.

—Sí, es lo único que puedo ofrecerte.

—Vamos a desayunar y llamemos a Simón para saber cómo va el detenido.

El comisario respondió a la llamada asegurando que el arrestado seguía custodiado y seguro, además de estable tras la herida. Era todo lo que necesitaban saber.

—Preparo unas tostadas y café para mí, además de un té para ti.

—Lo hago yo, tardaré algo menos, pon las noticias en la tele.

—Esther, deja que lo haga yo, tengo que habituarme a esas tareas. Tampoco quiero sentirme dependiente de ti. Aprovecha para llamar a los amigos de Huelva, estarán ansiosos por las noticias.

—De acuerdo.

Esperó tres tonos en la llamada hasta obtener respuesta.

—¿Esther?

—Cristina, ya está todo solucionado.

—¿Cómo dices?

—Bueno, detuve al asesino y lo llevamos a comisaría.

—¡Joder! Cuéntame eso. Llevo muchas horas preocupada sabiendo que entrarías de nuevo en el local tras lo de tu amigo y compañero Nacho. Todos lo estamos. Ahora que me dices que atrapaste al asesino queremos saber cómo ha sucedido.

Esther le hizo un resumen de su última incursión, incluyendo lo sentido en ese lugar oscuro y lleno de personas que deberían tratarse en un psiquiátrico. Cristina asentía a cada frase, asombrándose con los detalles más escabrosos.

—Y eso es todo.

—¿Eso es todo? Menuda locura has vivido en solo unos días. Me extraña que no hayas acabado entrando con una ametralladora para terminar con lo que tenías ante ti, como habría hecho yo. Te admiro

más que nunca por haber sido capaz de controlarte, que no es poco.

—No me digas eso.

—Es la verdad. Has actuado con una frialdad asombrosa, incluso has detenido al asesino, bravo por ti, sin matarlo aun sabiendo que el CNI te encubriría y lo que le hizo a tu amigo. Has arriesgado tu vida de un modo inimaginable y has salido ilesa del asunto. Siento muchísimo lo de Nacho, de verdad, me hubiera gustado conocerlo en persona.

—Te habría encantado.

—¿Cómo estás ahora? Te siento cansada.

—Estoy muy agotada, no he dormido en toda la noche.

—Aprovecha para hacerlo ahora.

—No es el momento, hay que ultimar los detalles de la detención, del caso y batallar con el ministerio.

—No te machaques a ti misma, tómate el curso de la investigación con calma incluso cuando llega esta fase.

—No sé cómo hacer eso. En fin… te llamaré cuando tenga algo más que contarte.

—Claro, espero tu llamada. Un fuerte abrazo de parte de todos.

—Otro para vosotros y gracias eternas por lo que habéis hecho y lo que habéis arriesgado.

Esther fue a la cocina tras terminar la llamada sintiendo el aroma del café recién hecho desde el pasillo. También el de la fruta fresca cortada. Moretti le puso agua hirviendo en un vaso con un sobre de té con una habilidad asombrosa que había adquirido esos días.

—No has tardado nada.

—¿Ves? Cada vez me entiendo mejor con esta minusvalía.

—No me gusta esa palabra, tampoco te la había oído decir nunca.

—Esther, hay que afrontar lo que uno tiene, es el primer paso para superarse a sí mismo.

Se produjo entre ellos un silencio eterno.

—Soy narcisista.

—¿Perdona?

—Ya lo has oído.

—¿Quieres decir que estás enamorada de ti misma?

—Esperaba mejores conocimientos de psicología de ti.

—¿Te refieres a que eres ausente, dispersa, insegura, frágil, emocionalmente dependiente, egoísta, egocéntrica, que careces de empatía y que no contemplas una relación afectiva si no tienes todo el control sobre la otra persona?

—Joder.

—Venga, vamos a desayunar y profundizamos más sobre el tema.

—No me apetece.

—Bienvenida de nuevo.

Ella apartó la mirada, no esperaba que Hugo también hubiese descubierto su patología, tampoco le apetecía hablar sobre ella o iniciar una terapia en ese momento. La vida era más compleja a cada minuto que pasaba esa semana, no solo en el trabajo, también en su situación personal.

Despedida

Se había prometido a sí misma no visitar un lugar como ese en toda su vida, pero allí estaba. Un tanatorio era como el infierno en vida para ella, seguro que también para la mayoría que tenía que visitarlo. Podías despedirte de un ser querido de muchas formas, pero sin poder oír su voz al hacerlo era de las más crueles, más aún asumiendo que no volverías a verle nunca más, salvo de esa forma distante y fría que te transmitía el cristal.

El lugar era como el que recordaba Esther tras el último adiós a su madre, gélido, mucho más que la piel de la persona a la que besabas en la frente antes de que fuese enterrada o incinerada. Ese último beso siempre te acompañaba en los pensamientos. ¿Por qué una vida de experiencias cálidas terminaba de forma tan horrible y distante? Ni siquiera podías mirar a los ojos de esa persona tan importante para tu existencia. Nunca deseabas tanto tenerla de nuevo a tu lado, con su risa contagiosa y su buen humor, además de consejos y abrazos, como en ese instante tan horrible.

Entró ayudando a Moretti en el lugar y se dirigió a la derecha de la recepción, donde indicaban el número de la sala en la que se podría encontrar cada protagonista del día.

«A Nacho le hubiera gustado ser el actor principal de muchas películas, pero no de esta», pensó ella sin parar de llorar. Y se sorprendió al descubrir que era Hugo el que la sostenía a ella y no a la inversa.

Llegaron al lugar y sintieron el dolor al instante, aunque era el mismo que ellos percibían en su interior. De entre las dos docenas de presentes, una pareja permanecía al fondo, abrazada y vestida de negro, sin más consuelo que observar a través del frío cristal un ataúd con el cuerpo inerte del que había sido su hijo.

Esther se separó de Moretti, fue al cristal y lloró como si lo viese morir entre sus brazos de nuevo, justo lo que sentía sin que nadie supiera lo que ocurría por no saber de su memoria horrible y precisa. El cuerpo de Ignacio se veía tan hermoso y robusto, llenaba todo el ataúd, elegante con el traje negro y como si fuese a levantarse de un momento a otro para decirles a todos que se trataba de una broma. Esther habría querido que así sucediese, para ver de nuevo su sonrisa despreocupada y su mirada simple pero incisiva a la vez. Le habría gustado decirles que el caso había salido bien y que todo se había solucionado, que estaban a salvo; que llegarían muchos casos más

después.

—¿Eras amiga de Nacho? —oyó a su espalda a la vez que sentía una mano cálida sobre su hombro.

Ella se giró y observó a la mujer, era joven aún, tanto como su madre cuando la perdió.

La abrazó con fuerza en un arrebato y se desahogó en su hombro.

—Hija, ¿estás bien? —preguntó de nuevo la mujer al cabo de unos segundos.

—Era su compañera de trabajo, su amiga. Siento muchísimo su pérdida. Les doy mi pésame.

—Era un niño excepcional, qué pena que eligiese la policía como trabajo.

—Sí, yo también lo siento.

—Mi marido y yo no comprendemos que haya acabado así.

—Estaba a su lado cuando sucedió, no pude impedirlo. —Esther comenzó a llorar mas fuerte.

—Hija, tranquila… ¿Te encuentras bien? ¿Qué es eso de que estabas con él?

—Nacho es… era una persona maravillosa, no lo olviden nunca, nunca.

—¿Cómo dices?

—Nada, olvide eso y quédese con que su hijo valía más que nadie en el mundo.

—¿Te dijo algo? ¿Pudo hablar contigo?

Esther recordó cuando le dijo Nacho lo de la decepción porque era gay, era la última voluntad de su amigo, pero no se sentía capaz de soltar ese dolor en ese momento. Era lo último que necesitaba oír su madre.

—Me dijo que os quería más que a nada en el mundo, solo eso. Que quería a sus padres, os tuvo en sus pensamientos hasta el final. Me pidió que os lo dijese.

La mujer se derrumbó en su hombro como lo había hecho ella sobre el de su hermana Gloria cuanto perdió a su madre.

Es cierto que se había prometido no asistir a un acto de dolor como ese en su vida, pero allí estaba, y consolando a la madre de Nacho como su hermana mayor la había consolado a ella tras una pérdida anterior.

No, no era como antes, pues allí veía a padres de la misma edad que tendría su madre cuando estaba al otro lado del horrible y frío cristal. No era lo mismo, ni por asomo. Entonces ella era una chica joven despidiendo a una mujer madura, aunque aún con mucha vida por delante; pero ahora veía a personas de la edad de sus padres desconsolados por la pérdida de un hijo joven y con mucha más vida por delante.

Mejor despedir a una madre que ver a una madre despedir a un hijo. Sin duda.

Nacho tendría que vivir, que dar motivo a orgullo a sus progenitores. ¡Qué demonios! Eso tendría que haberlo hecho ya, pero ella no era quién para juzgarlos por haberse avergonzado de su condición sexual. Decidió no decirles ni siquiera en el futuro el dolor que habían desprendido sus últimas palabras sobre su rechazo; era lo que menos desearían oír ellos.

—¿Eras su amiga?

—No, su pareja, íbamos a formar una familia juntos. —Ni siquiera supo por qué dijo eso, pero lo mantuvo incluso ante la mirada de la mujer.

—¿Cómo dices?

—Íbamos a irnos a un piso en breve.

—¿En serio?

—Claro que sí.

—Dame un abrazo, hija.

Y Esther rompió a llorar de nuevo ante el llanto de ella. Ni siquiera opuso resistencia a que el padre de Nacho, que lo había oído todo, se uniese al abrazo.

Nacho se enterró unas dos horas después, para entonces Esther ya sabía por qué había hecho todo aquello. Ella siempre habría querido saber que el legado de su madre dejase un regusto de felicidad en su entorno más querido, que toda su familia la recordase de la forma más dulce posible. Así lo haría con la familia de Nacho también.

El día caluroso no parecía tomar por sorpresa a quienes se congregaban ante el nicho en el que se metió el ataúd. Había lirios, claveles y rosas blancas por doquier, de la funeraria, de la comisaría y de amigos y compañeros como ella, que había comprado el centro más bonito y grande de todos. Esther repartió sus abrazos entre Moretti y los padres de la chica, que habían creído que su hijo había vuelto a la «normalidad» que esperaban y se había enamorado de una chica, como su educación arcaica les había instruido.

Tras los abrazos de rigor, que fueron muchos para ella por haberse ido de la lengua la madre del fallecido, Moretti la tomó por la cintura para ir al coche y le preguntó.

—¿Has sido muy protagonista o solo me lo ha parecido a mí?

—Vámonos a casa y prométeme que nunca volveré a vivir esto de nuevo.

—No te puedo prometer eso, Esther, pero sí que haré todo lo que esté en mi mano para que no suceda.

—Me vale con eso.

Caso cerrado

A pesar del verano, hacía mucho frío en la celda, esta se hallaba ubicada en la planta sótano de la comisaría y Miguel no sabía cuánto tiempo permanecería allí; porque, aunque no entendía mucho de temas policiales, sabía que los presos acababan en la prisión, y no en los calabozos de la comisaría, a la espera de juicio. ¿Cuánto le quedaría de vida? Quizás poco, pero eso no le importaba, había hecho lo que debía y no encontraba metas ni ilusión alguna por seguir adelante; ni siquiera tras las promesas de la chica que había arriesgado su vida por detenerlo y llevárselo de allí para que lo curasen antes de ponerlo a disposición de quienes lo custodiaban ahora. Esa chica le gustaba por su actitud, alguien idealista como le hubiese gustado que fuese su sobrina, pero había desaparecido tras su labor, seguro que no era más que un producto del sistema corrupto que observaba a su alrededor.

Le hubiera gustado terminar con la tarea y acabar con muchos más criminales, sentir que había vengado completamente la muerte de su sobrina y el dolor ocasionado a su familia, especialmente a su hermana y su cuñado, que no soportaron el dolor y se quitaron la vida, no era capaz de pensar en otro momento que ese. Lo que ocurriese con él ahora no era importante.

—Hora de comer —dijo uno de los dos agentes que permanecerían día y noche, por turnos, al otro lado de la puerta.

Vio pasar la bandeja por el hueco de la puerta de metal y se preguntó, como había hecho cuando le trajeron el desayuno unas horas antes, si la comida estaba envenenada.

No tenía apetito, pero comió sin importarle que fuese la última vez que lo hiciese. Había oído desde siempre que en la cárcel se vive mejor que fuera, estaba claro que no se referirían a la comida, esta estaba sosa, era escasa y no se podrían llamar manjares a un filete de pollo vuelta y vuelta, una ensalada de lechuga sin aliñar, una sopa de ave y un yogur natural al lado de un plátano demasiado maduro. Sonrió al comprobar que el filete ya estaba troceado para no proporcionarle un cuchillo con el que suicidarse.

Devolvió la bandeja tras comer un poco y se tumbó de nuevo en el camastro; no se sentía mal, parecía que viviría unas horas o días más.

No se había arropado aún con la sábana cuando le dieron el aviso; tendría que salir para una entrevista con los policías que lo habían detenido, a pesar de haber hecho una antes para contarlo todo al

comisario nada más llegar a la comisaría.

Lo llevaron seis agentes al mismo cubículo en el que había hablado con el comisario, pero dentro había dos personas diferentes, a una la conocía de sobra. Los agentes lo esposaron a la silla para inmovilizarlo y se marcharon.

—¿Has pasado buena noche? —preguntó seria pero cordial la oficial que lo había sacado con vida del local unas horas antes.

—Por tu cara, creo que mejor que tú.

Ella no hizo caso al comentario personal.

—¿Te encuentras mejor de la herida?

—¿La puñalada que me diste? Duele al respirar, pero sí, mucho mejor que anoche, quizás por los analgésicos. Los médicos me han dicho que los pulmones se regenerarán rápido, como el tejido de la boca tras una llaga o herida.

—Me alegro.

—Supongo que no has venido para preguntarme solo por eso.

—No, no es solo por eso. Este es mi compañero asesor, el inspector Hugo Moretti. Tenemos que hablar sobre lo que sucederá en el juicio.

—¿A qué te refieres? —El detenido no había saludado a Moretti, pero a este último no pareció importarle.

—En el juicio no habrá prensa, eso ya está decidido desde el ministerio, todo se hará en el más absoluto secreto, pero luego habrá transcripciones de las declaraciones para los informes policiales y de los juzgados. El ministerio no quiere que se filtren determinados nombres.

—Comprendo. Estáis comprados, todos sois corruptos.

Esther se levantó y desconectó la cámara que grababa la entrevista, y volvió a su silla.

—Si lo estuviésemos, habrías muerto hace unas horas en el local. Estamos aquí porque queremos que se haga justicia, pero pudiendo recuperar la normalidad en nuestras vidas, tener seguridad a partir de ahora.

—Vuestra tarea es la de atrapar al asesino —dijo con claro tono de cinismo.

Moretti tomó la palabra.

—Mataste a esas personas, hiciste justicia y te aplaudo; pero acabaste también con otras que no tenían culpa ni habían participado en lo que sea que le ocurriese a tu sobrina.

—La violaron hasta la muerte y la arrojaron vete a saber dónde, solo tenía siete años. Y no quiero que habléis más de ella.

—Presionaremos a los gerentes de los clubes hasta que digan qué hicieron con los cuerpos de las niñas, te lo garantizo, también irán a la cárcel para pagar por sus crímenes; ellos eran los que organizaban esa aberración, no el empresario dueño de los locales.

—No me creo que él no supiese lo que ocurría.

—Yo tampoco, pero no tengo pruebas de ello.

—¿Lo investigaréis?

—Aunque lo hiciésemos, no tendríamos la forma de saber qué órdenes dio a los gerentes y estos no lo venderán acusándolo para reducir sus condenas por miedo a ser asesinados antes del juicio.

Miguel suspiró hondo y se recostó en la silla.

—Es lo que tiene el poder, que te libras de todo. Ya lo dijo Donald Trump una vez, que podría matar a quien quisiera en mitad de la Quinta Avenida de Nueva York, rodeado de testigos, sin ir a la cárcel por ello.

—Comprendo tu malestar y lo comparto, pero hemos venido solo para pedirte que no des nombres en el juicio, que no digas a qué personas mataste; limítate a decir que acabaste con clientes sin conocerlos.

—Me da igual si me matan.

—Ya sabemos que eso no te importa, pero hay muchos policías que nos hemos arriesgado para destapar esto en lugar de mirar hacia otro lado, docenas de personas con sus respectivas familias que no quieren acabar como cabos sueltos para el CNI.

—Queréis salvar el culo.

—¿Salvar el culo? No seas tan simple. Hubiera sido más cómodo para nosotros seguir con nuestras vidas, dejar que el CNI te atrapase después de cuatro o cinco asesinatos más, pero los locales seguirían abiertos tras tu detención. Ahora nos encargaremos de cerrarlos todos, ¿te parece poco? —Eso lo había dicho Esther.

—No, lo cierto es que me parece un logro —musitó Miguel muy a su pesar.

—Tú has tenido tu venganza, nosotros hemos capturado a un asesino que ha matado también a un compañero y amigo, y los locales serán cerrados.

—Pero Héctor Pujalde sigue libre e inmune.

—El ministerio y los jueces harán un trato contigo, solo quince años de cárcel por delatar a los gerentes de los locales que organizaban las fiestas privadas, saldrás en libertad en nueve años como mucho.

—Yo no conozco sus nombres.

—Te los proporcionaremos. Pero solo esos nombres en el juicio, ¿estamos? No reveles el de Pujalde ni el de las personas que has matado.

—Tengo que pensármelo.

—Pues tienes cinco minutos.

—¿Cómo dices?

—Están esperando tu respuesta los que han hecho el trato contigo.

—¿Y si tardo más en decidirme o elijo ir contra ellos?

Otra vez Moretti tomó la voz:

—Todos estaremos en peligro, no solo tú. Cada día de nuestras vidas tendremos la amenaza e inseguridad de que sea el último. Nosotros quitamos delincuentes de las calles, los detenemos, aunque no podamos juzgarlos y condenarlos; intentamos hacer nuestra labor de la mejor forma. Muchos policías moriremos para que ellos tapen esto.

—Sé que no eres un asesino —apuntó Esther—, a pesar de lo que has hecho, también de lo que le hiciste a Nacho y a la camarera. Cuando estudié Psicología aprendí que todos somos capaces de matar si un resorte se activa en nuestra mente, un hecho que nos trastoca hasta el punto de que no nos importe quitar una vida o las que sean necesarias, pero eso no nos convierte en monstruos. No eres un monstruo, Miguel, solo intentas hacer justicia, pero no servirá de nada que delates a los empresarios o al futbolista. Desde arriba lo taparán todo y nuestras muertes no habrán servido para tu propósito. Incluso nos impedirán cerrar los locales y encarcelar a los gerentes.

Se lo pensó durante dos eternos minutos, cabizbajo.

—Está bien, no diré nada, pero quiero algo a cambio, algo de vosotros.

—¿Qué quieres?

—Que encontréis el cuerpo de mi sobrina.

—Te lo prometo.

Moretti giró la cabeza hacia Esther, aunque no pudiese verla.

—Presionaremos a los gerentes —añadió el exinspector—, nos cueste lo que nos cueste, para saber dónde metieron los cuerpos de las niñas y que puedan recibir un entierro digno. Y te proporcionaremos un permiso especial para que vayas en ese momento.

—Está bien, decidles a esos hijos de puta que controlan las vidas de los demás que sus nombres no saldrán jamás de mi boca.

La pareja de investigadores regresó al despacho en la planta principal del edificio, allí se sorprendieron al ver al comisario.

—No sabéis la de llamadas que he recibido en lo que va de día, y ninguna era para felicitaros por vuestro trabajo.

—Lo supongo, Simón —dijo Moretti—, ¿todo amenazas con palabras amables?

—Habrías sido un buen comisario, Hache.

—No me llames Hache, joder.

—Olvida eso, dime que tenéis el trato.

—Lo tenemos.

—Uf, menos mal. —Se secó el sudor de la frente a la vez que suspiraba de alivio.

—A cambio quiere que los gerentes de los locales digan dónde

metían los cuerpos de las niñas.

—Eso será cuestión de presión en los interrogatorios y de hacer tratos con ellos.

—Apuesto a que la fiscalía y el ministerio no tendrán problemas para rebajar sus condenas a cambio de colaboración.

—Bien, pues todo cerrado de una puta vez, realizad el informe usando los menos nombres posibles y seguiremos con nuestras vidas.

—Nos vamos de vacaciones mañana.

Simón miró a la chica, Moretti también estaba sorprendido.

—¿Vacaciones?

—Una semana, nos la hemos ganado.

—No lo discuto, pero tengo docenas de casos que…

—Que pueden esperar.

—Está bien, largaos tras el informe.

Moretti no dijo nada a Esther cuando terminaron la tarea, antes se había marchado a hacer una llamada que tenía pendiente para cerrar un trato personal y que trataría de mantener en secreto.

Manuel Gutiérrez recibía más llamadas en ese momento de las que podía atender, por eso su secretaria le filtraba las que eran de urgencia.

—Señor, el ministro.

—Pásamelo —dijo tras un hondo suspiro.

—¿Señor ministro?

—No me llegan novedades del *asunto* —Había hecho énfasis en la palabra asunto.

—Ya hemos cerrado el trato.

—¿Qué trato?

—Con el asesino y con la policía. No dirá ningún nombre a cambio de una condena de solo quince años.

—No me fío, sería mejor quitarlo de en medio.

—Eso sería complicado.

—No es complicado, en absoluto, solo es meter a un sicario o que uno de nuestros policías fieles lo elimine haciéndolo parecer un suicidio.

—No lo digo por tapar la muerte del asesino, sino porque la policía sabe lo ocurrido y no podemos hacer lo mismo con ellos, son docenas y no sabemos qué información pueden tener en su poder para arruinarnos la operación. Si han preparado informes para enviar a la prensa en caso de fallecimiento, estaremos todos en un serio aprieto. Una cosa es tapar la muerte de una persona, de cinco, como mucho, y otra la de treinta o muchos más, incluyendo inspectores y comisarios. Esos policías nos tienen cogidos por los huevos, señor, si me permite

la expresión.

—No me gusta esto, no quiero que la mierda me salpique, tampoco a los amigos que están preocupados, son personas importantes.

—Lo comprendo, pero no podemos hacer otra cosa.

—Ese asesino puede hablar.

—También quienes saben lo ocurrido en los locales.

—¿Podríamos eliminarlo una vez ingresase en prisión?

—Me temo que no. Los investigadores que lo han detenido me lo han dejado muy claro, si el tipo muere, aunque sea en un suicidio o atragantándose mientras cena en el presidio, todo saldrá a la luz.

—Busca alternativas, no me gusta perder el control de lo que hago, de mi vida.

«Pero si te quedan dos meses y medio en el cargo, hijo de puta».

—Bien, señor, estaré al tanto de lo que ocurra con el detenido y de la información que vaya dando, no puedo hacer más.

—Es poco, eres un inútil.

«Y tú un puto enchufado que no sabría desempeñar ni el trabajo de un auxiliar administrativo. Solo tuviste suerte por haber nacido en la familia correcta…».

—Gracias por el halago, lo mantendré informado.

Colgó sin dar opción a réplica y llamó a Héctor Pujalde, esperaba que fuese la última llamada de la mañana y también la última establecida con el empresario, aunque no apostaba mucho por ello. Pujalde estaba más salpicado que nadie por el asunto, pues no solo podría perder su libertad, también la inmensa fortuna que tanto le había costado amasar, el legado de su familia. Que su nombre pasara de generar orgullo y admiración a vergüenza y desprecio era algo que no se podía permitir, claro que eso era lo que debía usar Gutiérrez para aplacarlo y llevarlo a su terreno.

El director del CNI había hecho un trato con los inspectores e iba a cumplirlo, aunque antes cometiese el fatídico error de haberlos traicionado.

Epílogo

Al no ser televisado el juicio, en la comisaría no sabían qué estaba pasando en la vista ante el juez. Nunca antes habían conocido un juicio tan rápido, claro que desde arriba todos estarían tratando de pasar página y dejar estos sucesos en el olvido, incluido el juez asignado a dedo por los ministerios de Interior y Justicia. Esther y el comisario fueron a declarar, pero no podían contar nada al resto de compañeros para no romper el trato con el asesino; tampoco sabían qué habían declarado los demás testigos y acusados, ya que solo entraban para los pocos minutos respondiendo las preguntas del fiscal y del abogado defensor de Miguel.

Pujalde había cerrado todos los locales, y el resto de empresarios que tenían otros similares por el país hicieron lo mismo ante la presión y el miedo a que fuesen descubiertos. Moretti y Esther vigilarían periódicamente que no se abriesen de nuevo en el futuro, pues bastaba en el mercado una demanda jugosa para que apareciese una oferta para satisfacerla en el acto.

El ministerio había llegado al acuerdo de los quince años de prisión con el asesino y a los diez con los gerentes a cambio de que se declarasen culpables de lo ocurrido en los locales e indicaran dónde habían metido a las niñas. Sus pequeños cuerpos fueron encontrados enterrados en una nave industrial a las afueras de Madrid, en un lateral de la carretera A-42 que comunicaba la capital con Toledo. Tardarían meses en identificarlas y llamar a sus familiares para proceder a los entierros. Crearon la coartada para los familiares de que se trataba de un asesino en serie aún sin capturar que las había matado sin provocarles dolor.

En esos pocos días se recibió un aluvión de información interna en la policía, pero con casi nula repercusión en los medios, ya que solo una pequeña cadena de noticias informó y sin saber muy bien de qué lo hacía. El ministerio y el CNI se comportaron como habían prometido y no ejercieron presión alguna, aunque el comisario no se fio de ello y se aseguró de que el asesino permaneciese en su edificio y bajo su seguridad como había prometido a Moretti y Gallardo. Ningún agente del edificio, ni siquiera los que habían participado en las sesiones de vigilancia de los locales, sabía lo ocurrido realmente, así que solo Simón permanecía a la espera de cambios o novedades en torno al suceso.

Claro que eso pasó un mes después de la detención y resolución del

caso.

Un mes antes del juicio:

Cristina Collado, Pablo Aguilar, Nuria Carvallo y Marcos Navarro llegaron a la estación de trenes de Huelva media hora antes de lo previsto, lo que les dio tiempo a tomar algo fresco en la cafetería esa mañana calurosa de verano. Luego sacaron el cartel, cuando el tren llegaba al andén, para observar a la chica reír a carcajadas al verlo: «Clarice Starling y Hercules Poirot» rezaba con letras enormes dibujadas con rotulador negro. Al lado de la oficial vieron a un hombre apuesto y vestido de la forma más elegante que hubieran imaginado, no llevaba bastón de invidente, se guiaba agarrado del brazo de Esther.

La chica, al llegar a su lado, recibió el abrazo cariñoso que esperaba.

—Jo, cómo sois en el sur con el afecto… No estoy acostumbrada a esto. Por cierto, os presento a Hugo Moretti.

—Un placer —dijo Cristina a la vez que le daba dos fuertes besos que lo tomaron de improviso.

—¡Guau, qué guapo! —exclamó Nuria tras darle un abrazo.

—Hugo, enhorabuena, menuda chica —dijo Pablo.

—Bienvenido, es un honor conocerte —apuntó finalmente Marcos.

—Me siento demasiado halagado, ¿es ahora cuando me secuestráis para sacarme los órganos y venderlos en el mercado negro?

Y rieron todos. Salieron de la estación para ir al puerto y entrar en el barco.

Esther y Hugo se hospedarían en un camarote doble, donde colocaron la ropa que traían en las maletas antes de darse una ducha rápida, vestirse con atuendos más livianos y subir a la cubierta. Allí les esperaban sus amigos y anfitriones ante una mesa repleta de víveres y bebida.

—¡Hoy vamos a pillar una buena borrachera!

—Nuria, contrólate, ¿quién diría que estás buscando tener un hijo con Marcos?

—Cuando el test dé positivo, ya me controlaré. ¡Vamos a emborracharnos! —Ninguno la siguió tras el grito, así que permaneció callada y algo decepcionada durante unos minutos.

—Estábamos contando los minutos para que llegaseis.

—Gracias Cristina, nosotros también para veros —dijo Esther.

—Me siento muy halagado —apuntó Moretti cuando estaban ya todos disfrutando relajados de un día magnífico—, nunca me había visto entre tantos policías condecorados.

—No seas humilde, has resuelto casos muy importantes.

—¿Yo? Me siento como un niño ante los jugadores de baloncesto de más de dos metros que admira, con el inconveniente de no poder verlos. Vosotros habéis resuelto casos asombrosos e imposibles: el criminal de los elementos, el asesino de embarazadas, el de las prostitutas en la playa, el de las trampas-bomba a inspectores, la homicida del magnate del café con origen nazi, y eso sin contar con el más letal asesino en serie de la historia, Alfil.

—Guau, sí que nos conoces —dijo Pablo sin pecar de orgullo al ocultar que su mujer, Cristina, había resuelto un caso nunca antes logrado en un curso del FBI con la dificultad de ser atacada durante el mismo por un adiestrado asesino en serie.

—Mejor vamos a relajarnos y dejar de hablar de trabajo —dijo Cristina. Los demás asintieron y comenzaron a tomar una copa de vino o cerveza fría mientras degustaban los productos de la tierra.

—Pablo, veo que el barco está quedando fenomenal, apenas se aprecia lo que sucedió cuando…

—Sí, está casi como nuevo, lo cierto es que me he entretenido mucho con la tarea. Agradecería a esos malnacidos lo que hicieron si no fuese por lo que sintieron los niños, lo que les hubiera sucedido si Cristina no hubiera acabado con ellos tan rápido. —Los niños jugaban despreocupados sobre la cubierta a pocos metros, ajenos a la conversación, tanto los dos de Cristina como los dos de Marcos, que tenía esa semana la custodia.

—No me lo hubiese perdonado nunca.

—Esther, tú no sabías nada. Además, todos estamos adiestrados y avisados de que esto puede sucedernos, sea desde el CNI o desde un mafioso, asesino o traficante.

—Lo sé, Pablo, pero esto lo traje yo y no habría podido vivir si a los niños o a vosotros os hubiera pasado algo malo.

—Entiendo, pero deja de pensar en eso.

—No puedo olvidarlo, aunque quisiera hacerlo.

—Claro, por tu memoria. Pues piensa que no pasó, eso es lo importante. Estamos todos aquí a gusto y sanos y salvos. Disfrutemos de esta semana.

—Tendréis que trabajar —dijo Hugo.

—Nos hemos tomado la semana de vacaciones todos y serán unos días épicos, inolvidables, claro que eso no será difícil para la heroína del momento, ¿verdad, Esther? —Nuria guiñó el ojo a la oficial y esta le devolvió una carcajada.

—¿Funcionará la comisaría sin todos vosotros durante una semana? —preguntó Hugo.

—No, pero así nos valorarán más a la vuelta, aunque nos cueste trabajar el doble de rápido y de eficaces para recuperar el tiempo

perdido.

—Pues brindo por eso, porque a uno lo valoren, que no es poco.

Y todos alzaron sus copas ante la idea de Moretti.

El sol castigaba sus cabezas con saña, pero la brisa fresca del Atlántico compensaba y ellos no pensaban en la temperatura, solo en el momento que se merecían tras tanto esfuerzo y miedo. Habían pasado más de dos semanas desde que todo había empezado, pero ellos lo sentían como años por la tensión vivida y el estrés ante las repercusiones que pudieran llegar.

—Sé que está prohibido hablar del caso fantasma, pero vamos a finiquitarlo con una última conversación —dijo Pablo.

—¡Aguafiestas! —gritó Nuria entre risas.

—Es fácil para ti tomártelo así, controlas los movimientos del CNI y sabes que estás segura —le respondió el comisario onubense.

—Ya te confirmo que consulta su puerta trasera cada dos horas —dijo Marcos, el marido de Nuria.

—Venga, un poco de seriedad, vamos a comportarnos como si nos estuvieran observando los chicos de la academia como ejemplos.

—Mejor que no vean a Nuria de fiesta, mal ejemplo.

—¡Cris, puta!

Rompió a reír de una forma contagiosa. Esther le apretó la mano a Moretti y se acercó a susurrarle:

—¿Estás incómodo?

—¿Cómo dices eso? Esto es muchísimo mejor de lo que había imaginado. Conozco a estas personas solo de oídas, como policías ejemplares y de un nivel asombroso, además de tus pocos comentarios sobre ellos en los días anteriores, y estoy descubriendo a amigos más divertidos que ninguno que haya tenido en mi vida. De verdad, estoy encantado de haber accedido a estas vacaciones, son mucho mejores de lo que imaginaba. Esto no acaba más que comenzar y ya me siento feliz como no lo hacía en años.

—Yo también soy feliz.

—Esther, eso es maravilloso, es lo que necesitabas.

—Pero no olvido a Nacho.

—Yo tampoco lo haré nunca, te lo prometo, como si tuviese tu memoria especial. Pero lo recordaré con una sonrisa cada vez, recordaré su buen humor, sus ganas, su entrega en los casos, su apoyo, su calor… Nacho era una persona excepcional y así seguirá para siempre en mi interior, te lo aseguro; sigue en mí como si no se hubiera marchado, lo siento ahora mismo riendo y disfrutando entre nosotros como si estuviese físicamente aquí, con una copa en la mano y preguntando de un momento a otro a Nuria cuándo saldremos de fiesta para conocer a un chico guapo.

Esther sonrió a la vez que le brotaron las lágrimas. Abrazó a

Moretti.

—Ojalá yo tuviese esa capacidad especial que tienes tú, y así ver a Nacho como lo haces, en lugar de divagando entre mis brazos mientras moría. Y también con mi madre cuando me despedía de ella minutos antes de que me abandonase.

—Tu madre no te ha abandonado, tampoco Nacho, siguen muy presentes, más vivos que nunca. Solo tienes que cerrar los ojos y quedarte ciega como lo estoy yo, entonces los verás a tu lado sonriendo y hablando contigo para decirte que te quieren y que no te abandonarán nunca.

Esther rompió a llorar como una niña pequeña, lo que hizo que Hugo la abrazase con fuerza y el resto de los presentes se quedasen mudos y mirando.

Su compañero la apretó y le susurró:

—Vacíate, hazlo de una vez, pero hazlo para siempre, es el momento más oportuno. También promételes a ellos que será la última vez, que no llorarás más por su ausencia, que los recordarás con una sonrisa o con esa risa tan especial que tienes.

—Tú no has visto nunca mi risa.

—Eso no quita que no imagine que es la más especial del mundo.

—Lo dices porque estás enamorado de mí.

—Desde que apareciste en mi vida.

—No te merezco, no te mereceré nunca.

—Me arriesgaré a ello.

—Te haré daño. Soy narcisista, una persona tóxica.

—Eso se cura.

—No es sencillo.

—Me gustan los retos.

—No sabes lo que dices.

—Te apuesto un millón de euros a que lo consigo.

—No apuestes, no me gustan los chicos sobrados que apuestan para conseguir lo que desean.

—Pues acostúmbrate a mí también.

Ella sonrió entre las lágrimas, no pudo evitarlo.

El resto de comensales frente a ellos en la mesa de la cubierta del velero los observaba sin querer romper el momento.

—Esther, dejemos esto para luego, es descortés con nuestros anfitriones.

—Hablas como salido de otra época.

—¿Te molesta?

—No, me encanta.

—Nunca me lo habías dicho.

—Pues ya lo sabes.

Cristina Collado intervino pensando que era el momento oportuno.

—Tortolitos, ya tendréis tiempo de susurraros mil cosas bonitas sobre el futuro cuando estéis a solas, ahora divirtámonos. Nuria habla de salir de fiesta esta noche en un local nuevo donde hay una música fabulosa de nuestra época.

—Suena genial —dijo Esther—, aunque aquí se está mejor que en ningún otro sitio en el que haya estado antes en mi vida.

—Como desees, seguiremos la fiesta aquí, tenemos comida y bebida para cinco días seguidos y un supermercado justo a veinte metros de distancia —apuntó Pablo.

—Lo siento, no quiero decidir sobre lo que debe hacer el resto.

—Esther, no pasa nada por decir lo que deseas, yo opino igual que tú, quiero estar aquí contigo y con los demás toda la semana, aunque Nuria quiera algo más salvaje.

—Qué decepción —dijo la aludida.

—Venga, que podemos desmadrarnos aquí igual que fuera.

—Ni por asomo. —Nuria parecía firmemente convencida de ello.

—Parece que no recuerdes la última fiesta. Mejor no decirlo en voz alta, ¿no te parece, amiga?

—¿Por qué dices eso?

—¡Por Dios, Nuria! Acabamos esposadas y detenidas.

—¿De qué me hablas?

—¿En serio te has olvidado? Salimos de tu casa en tu cumpleaños, hace solo un mes, tras tomar unos chupitos de tequila, luego fuimos a Pablo Rada y pasamos de cenar para seguir bebiendo. El caso es que, dos horas después, acabamos en el hotel Monteconquero fingiendo una detención de un narcotraficante, pero solo era para ver cómo los pobres camareros de la cafetería-bar nos servían otra copa gratis. La cosa se desmadró y acabaste cacheando a uno muy guapo que no se resistía a la detención.

—Eso te lo estás inventando.

—Pero si te pusiste un top blanco ajustado y se te salió una teta mientras gritabas: «*Toermundo detenío, polisía, hijoputas, toermundo al suelo*». Y los huéspedes del hotel se meaban de miedo al verte con el arma en la mano apuntándolos de uno en uno. Vinimos al barco para refugiarnos cuando oímos llegar las sirenas de la policía y nos persiguieron hasta aquí. Menuda cara ponían Javi y Edu al tener que esposarnos mientras tú cantabas desafinando *Like A Virgin* de Madonna. Marcos y Pablo estuvieron dos días haciendo cuarenta llamadas cada uno para que no te suspendieran de empleo y sueldo por haber sacado el arma en el hotel.

—Ah, vale, fue por eso. Joder, cómo se lo toma de mal la gente. Solo fue un momento divertido, ni que fuera a matar a alguien.

Hugo y Esther oían la anécdota sin dar crédito, como si fuese una broma para ellos, pero los demás parecían serios y preocupados. ¿En

serio pasaba eso en la comisaría y la ciudad? Aquello era más emocionante que la capital del país, pensó Moretti.

—Nuria, nos costó mucho convencer a los testigos para que no denunciasen lo ocurrido.

—Bueno, una mala noche la tiene cualquiera.

—Si solo fuera una.

—¿Cristina? ¡¡Puta!!

—¡Oye! Siempre te he defendido.

Todos a reír otra vez, y más copas para celebrar el momento.

—Mala amiga.

—Es que eres imposible cuando sales de fiesta, no se te puede controlar.

—Soy un amor, solo que me vuelvo impulsiva a veces con una copa de más.

—Claro, como cuando sacaste el arma un sábado por la noche sin avisar y la usaste para asustar a todos los empleados de un restaurante diciendo que había un asesino suelto en el local y que tenían que darnos todo el ron que tuviesen.

—No recuerdo eso.

—Claro, será que no pasó.

—Pues eso.

—Nuria, me costó más de veinte horas negociar con el restaurante para que no te denunciaran —dijo Pablo. Nuria miró a Marcos, que asintió ante las palabras del comisario.

—Debo de tener lagunas en la memoria.

—Es lo que tiene el alcohol.

—Marcos, dejemos de hablar de trabajo y vamos a zarpar para disfrutar de la tarde. Todos obedecieron y cumplieron las órdenes de Pablo para soltar amarres, desplegar las velas y elevar el ancla. Cada invitado-tripulante obedeció, aunque Moretti no pudo hacerlo y eso le hizo sentirse inferior durante unos minutos.

A la derecha en el puerto al atardecer, un enorme y majestuoso velero de dieciocho metros de eslora se mostraba como lo más grande y bonito del lugar en los años que llevaba Pablo con su barco allí. El comisario no fue indiferente ante él.

—¡Qué maravilla! ¡Un Beneteau de casi veinte metros de eslora! Nunca había visto en vivo uno así, solo en el ordenador en las búsquedas de los barcos más bonitos que se fabrican. Dios, qué línea de proa tiene…

Los demás se quedaron mudos al pasar muy cerca del velero tras las palabras de Pablo.

—Moretti se acercó como pudo al comisario onubense y le susurró al oído:

—Echa el ancla.

—¿Cómo?

—Ya me has oído, hazlo ahora.

Pablo obedeció sin saber qué ocurría. Luego lo miró fijamente, claro que el exinspector ciego no lo veía, así que tuvo que decirle:

—Ya he parado, ¿qué es lo que pasa?

—El barco es tuyo.

—¿El barco? ¿Mío? ¿De qué hablas?

—El velero es tuyo, ese que ves, yo no puedo verlo, pero intuyo que lo tienes delante, acabas de hablar de él.

—¿Estás loco?

—No, es tuyo, por las molestias y el apoyo en el caso.

Los presentes no podían hablar en ese momento; ni Esther, que pensaba que conocía a Moretti e intuiría siempre lo que fuese a hacer; ni Cristina, la mejor policía que disfrutaba de la travesía entre los otros mejores policías del país.

—¿Ese barco es mío?

—Te lo he comprado, espero que te guste.

—Pero no tienes que… Soy feliz con este barco.

—Bueno, pero pensamos venir todos los veranos Esther y yo para molestar unos días y necesitamos más espacio, por si vienen más niños en los próximos años.

—¡Ja, ja, ja! ¿En serio? Pero eso es casi un transatlántico. No puedo aceptar algo que tiene que costar casi dos millones de euros.

—Es del programa de embargos.

—¿Estás de broma? Está nuevo, incluso con los plásticos sobre cada colchoneta o cojín. Este barco no ha sido usado nunca —dijo Pablo con asombro tras analizar todo el velero al acercarse a él—. Venga, me ocultas algo.

—Todos ocultamos mucho a lo largo de nuestra vida, pero lo que importa es la amistad y la familia, y así me siento en este momento, rodeado de amigos, de familia; nunca olvidaré que ayudasteis en el caso sin tener por qué hacerlo y arriesgando vuestras vidas. Este barco es para ti y solo cuenta eso.

Pablo Aguilar no supo qué decir. Tampoco Esther Gallardo, que cuando regresó a su casa una semana después vio que el apartamento había sido pagado y puesto a su nombre de repente.

—¿Hugo?

—¿Esther?

—Tengo una carta en mis manos que dice que el piso es mío.

—No sé de qué me hablas.

—¿Hugo? Vamos, no me quiero enfadar. ¿El barco nuevo de Pablo y ahora mi apartamento? ¿Cómo te has gastado la herencia de tus padres en esto?

—No lo he hecho, no he tocado un solo céntimo.

—Pero…

—Pujalde no ha pagado con ir a prisión gracias a nuestro silencio, ese silencio tiene un precio y él ha accedido a pagarlo. El barco, tu apartamento, el piso de Nuria y Marcos…

—¿Lo has chantajeado?

—En absoluto, solo ha sido un acuerdo amistoso —respondió con ironía.

Esther se quedó en silencio, observando las paredes del apartamento como si las viese por primera vez.

—¿Estás decepcionada conmigo?

—Un poco.

—Entiendo que no apruebes lo que he hecho, pero lo hice con…

—No, si la decepción es porque hubiera preferido un ático en la zona de Retiro. Total, ya puestos…

—Ja, ja, ja. Venga, vamos a cenar.

—Prefiero que cenemos aquí, ya que mañana me traslado a tu piso y quiero despedirme del apartamento.

—Con su alquiler te llevarás un sobresueldo, no está mal situado.

—Uf, qué pereza pensar en la mudanza. Vamos a perder todo el fin de semana próximo.

—Puedes llevar lo imprescindible mañana y continuar poco a poco.

—Eso haré. Y tengo que llamar a los padres de Nacho para ver cómo están.

—Si te dicen que han recibido un premio o donación de cinco millones de euros, no te extrañes.

—Vaya, le has sacado a Pujalde un buen pellizco.

—No le he pedido nada para mí, solo para los damnificados, y dudo que sea más de lo que gana en un mes con sus empresas.

—Pues yo inicié el caso y lo resolví, y me he llevado un apartamento cochambroso.

Moretti estalló en otra carcajada y la abrazó. Los dos mantenían el recuerdo de una semana maravillosa en el sur junto a amigos que lo serían para siempre. Ahora tocaba regresar a sus vidas, a los casos, en concreto a uno de ellos que significaría en breve un antes y un después en sus vidas por cómo las iba a trastocar. Esther no sabía aún que un intruso había entrado durante su ausencia en el apartamento para sustraer el diario que escribía desde la muerte de su madre. Un intruso que tenía una cuenta pendiente con ella.

No olvides hacer una reseña y/o valoración en Amazon y en las redes sociales sobre lo que te ha parecido este libro.

Gracias.

Libros publicados por el autor que también podrían gustarte.

SAGA AMURAO: (Novela negra)

Que 12 entregas no te frenen, ya que cada una cuenta con un argumento completamente diferente y, además, va cambiando de protagonista, de escenario, de tiempo narrativo, de estructura en el ritmo y mucho más, como si cada una estuviese escrita por un autor diferente.

Acompaña a los inspectores de la brigada de homicidios de Huelva en los casos más escabrosos que pudieras imaginar.

SAGA ALFIL: (Novela negra)

Intriga, suspense, asesinatos en serie, persecuciones, sexo...

Si lees Alfil por primera vez, usa este orden: Negro-Blanco-Azul-Rojo.

Si la lees por segunda vez: Blanco-Azul-Negro-Rojo.

Si la quieres leer junto con Amurao, lee Amurao hasta las 6ª entrega, luego Alfil y continúa con la saga Amurao.

No se trata de descubrir al asesino. En estas novelas intentarás descubrir los motivos de sus acciones, a la vez que te sumerges en las aventuras, persecuciones y suspense de averiguar si sale victorioso o es atrapado.

SAGA INVERSIA: (Distopía)

En el año 2022 Rusia lanzó bombas experimentales contra sus enemigos en la Tercera Guerra Mundial, estas bombas no destruían edificios y personas, sino que inverían la gravedad planetaria, y todo lo que no estuviese sujeto al suelo «caía» hacia el cielo. Un visionario creó una ciudad en la red de alcantarillado de Detroit y refugió a cinco mil niños de seis años y a doscientos adultos encargados de su educación, formación y protección. Han pasado doce años y el lugar, diseñado para ponerles a salvo, no parece tan seguro cuando sufren la muerte de dos adultos destacados.

BLOODY MARY 1 y 2: 35 Relatos de horror y violencia.

¿Duermes bien por las noches? Eso es porque no hay fantasmas en tu mente, o que no les has permitido entrar aún.

Imagina la tortura de una hermana que llora por quien no pudo salvar de las tinieblas, pero le queda la venganza. Imagina el deseo de un asesino a sueldo que ansía dejar de matar pero no puede cuando se le plantea el caso más interesante y beneficioso de su vida. Imagina la libido de un violador y asesino que disfruta, en primera persona, de castigar a los niños que captura en su garaje. Y así hasta once relatos escalofriantes.

Un día te levantas y te encuentras en medio de una historia de esas que solo ocurren en las películas o en los sucesos de los informativos. Uno de esos relatos enfermizos del maestro Stephen King. Todo puede suceder, todos somos vulnerables de protagonizar el suceso más espeluznante de la década, solo nos falta ese último empujón... En el primer libro tendréis once relatos medios de unas 9000 palabras cada uno, escritos y recopilados en la primera entrega de relatos sangrientos del autor. Todos con una temática completamente original. Sumérgete en la densa atmósfera y el ritmo acelerado que te provocarán todas estas historias. (también disponibleBLOODY MARY 2 con 24 relatos aún más originales)

ANATOMÍA DE UN SUICIDIO: Relato largo (75 páginas) Auto-ayuda con clave de humor ácido y satírico.

Conoceréis con todo lujo de detalles lo que acontece durante y después de un suicidio. Basado en un hecho real, os mostrará la poca importancia que tiene vuestro mundo y lo que os rodea, en comparación con el maravilloso don de la vida que poseéis. Un relato de autoayuda narrado en tono ácido y satírico sobre la importancia de vivir y de quererse a uno mismo.

No podrás evitar reír con las declaraciones de los testigos de la muerte de la protagonista, como lo son la sangre que sale de sus venas, el piso en el que vive, los gusanos que dan buena cuenta de su cadáver o la hoja de afeitar que sirvió para tal fin. Regálalo a quien te importe o a quien desees demostrar que es valioso para ti.